



**TIEMPOS**  
DE  
**ESPERANZA**

EMILIO LARA



**EMILIO LARA**

*Tiempos de esperanza*

***EDHASA***

©2019, Lara, Emilio

©2019, EDHASA

Colección: Narrativas Históricas

ISBN: 9788435047296

Generado con: QualityEbook v0.87



*«La historia descubre que todas las épocas son tanto nuevas como antiguas»*,

José Enrique Ruiz-Domènec

*«Toda historia es historia contemporánea»*,

Benedetto Croce

*A José López Jiménez  
por los años compartidos*

# PRÓLOGO

*Perugia, septiembre de 1260*

El mundo estaba en tinieblas. Era la época en que los días se acortaban y las noches se alargaban. Era la temporada de la vendimia, pero el tiempo de hacer vino se había convertido en el de la superstición y de la sangre. Hubo malas cosechas, hambrunas, epidemias y linchamientos de leprosos, convertidos en chivos expiatorios de las calamidades. Las profecías de los ermitaños alertaban sobre el inminente Juicio Final y la gente contaba estrellas fugaces porque decían que anunciaban desgracias. Era el reinado de la noche.

Procesiones de flagelantes recorrían el centro de Italia entre gritos, cánticos fúnebres y azotes. Curas y frailes de ojos desorbitados y voces enronquecidas animaban a la gente a unirse para conseguir la salvación y, en un estado de frenesí, untaban sus manos en la sangre sin coagular de los penitentes y las alzaban gritando que el Apocalipsis estaba al llegar. Y, con los dedos crispados, decían:

—¿No oís cómo resuenan las trompetas del Juicio Final? ¿No las oís?

Atemorizados, hombres y mujeres aguzaban el oído, pero nada les llegaba de la trompetería de los ángeles, sino el llanto histérico de quienes llevaban coronas de espinas en la cabeza, cargaban con cruces de madera y se golpeaban la carne con tiras de cuero o ramales de esparto.

—¡Ya se avecinan las legiones de ángeles para empujar al infierno a los ricos y poderosos! ¡Sólo los pobres se salvarán! ¿Es que no escucháis las trompetas de Jericó allá arriba, en el cielo? ¿Acaso estáis sordos? ¡Vuestros pecados os taponan los oídos!

Algunas personas, sugestionadas por las amenazas apocalípticas de los clérigos y por la visión hipnótica de quienes lloraban y se azotaban, entraban en arrebatos místicos y, echándose las manos a la cabeza, gritaban:

—¡Las trompetas! ¡Vamos a morir! ¡Piedad, Señor, piedad!

Y, poseídas por un incontrolable furor, se tiraban de los pelos, se lamentaban a gritos entre lloros, se mezclaban con los flagelantes y les arrebataban las cuerdas deshilachadas para lastimarse el cuerpo. Y cuanto más voceaban, cantaban, lloriqueaban y se azotaban, más velocidad adquirían aquellas acciones. Hasta que alcanzaban un ritmo trepidante de locura

colectiva.

Las terroríficas procesiones engrosaban el número de participantes cada día. Muchos siervos y colonos, al contemplar aquellas fanáticas manifestaciones religiosas, arrojaban a los sembrados los aperos de labranza y se incorporaban a ellas magnetizados por los chillidos de dolor, el anuncio del fin del mundo y la exigencia de pobreza para salvar el alma.

Nadie dormía por las noches. Las exaltadas multitudes entraban en las ciudades y pueblos al atardecer, cuando se desperezaban las estrellas del cielo. Los vecinos de las aldeas salían de sus hogares alarmados y sobrecogidos para ver tan inesperado espectáculo. Campesinos, menestrales, nobles, frailes y mercaderes, todos los estamentos, contemplaban la riada humana que anegaba calles y plazuelas. Las campanas de las iglesias repicaban para convocar a los feligreses. Los perros ladraban y los burros, en las cuadras, rebuznaban asustados por el ruido. Penitentes vestidos con harapos buscaban iglesias y monasterios, se concentraban delante de sus portadas y confesaban en voz alta sus pecados, al tiempo que se flagelaban las espaldas desnudas y encendían velas. La cera derretida les quemaba las manos.

El otoño miraba hacia delante, hacia el invierno. Hacía un frío desusado y se decía que no era normal, que era señal de que el mundo estaba cambiando. Hubo partos malogrados en los que los niños nacieron asfixiados, con el cordón umbilical anudado alrededor del cuello, y las matronas lo achacaban a que las criaturas se negaban a vivir en aquella época de pecado en la que el sentido del bien se había trastocado y reinaban las tinieblas.

\* \* \*

Aquel día, como siempre al caer la tarde, una turba de flagelantes dirigida por sacerdotes y monjes radicales llegó a Perugia. Los penitentes ascendieron trabajosamente por las empinadas cuestas de la ciudad, muchos de ellos de rodillas para lacerarse la piel y mortificar el cuerpo, jaleados por otros hermanos de penitencia.

—¡Vamos! ¡Tened fe! ¡El cielo se consigue con sangre! ¡Purificaos!  
¡Vamos, seguid adelante!

Llegaron a la abadía benedictina de San Pedro y la rodearon. Cientos de velas y teas ardían en torno al monasterio a la luz tiznada del anochecer.

Lo más triste eran los niños.

Solos. Asustados. Temblando. Eran la viva imagen de la pena con las manitas achicharradas por la cera y los hombros en carne viva de los cinchazos que se propinaban, alentados a azotarse por quienes cargaban cruces o empuñaban antorchas.

Un hombre mayor se los quedó mirando. Era alto y delgado, vestía buena ropa, tenía la frente surcada de arrugas y una mirada dulce y penetrante. Suspiró al ver a los chiquillos, tan indefensos y abrumados por el vocerío y los cánticos hipnóticos de la muchedumbre.

El hombre, casi un anciano, se entremezcló entre aquella masa humana que hedía a sudor rancio y a mugre y se abrió paso hasta los niños dando codazos.

—Otra vez no. Ya fue suficiente con una vez —musitó.

Diez chiquillos se arracimaban junto a la esquina de la abadía. Miraban a su alrededor con lágrimas en los ojos, desamparados, sin alcanzar a comprender el significado de aquello.

Al llegar junto a ellos, les dijo, con un tono de voz dulce, para no intimidarlos:

—¿Vuestros padres están aquí, con vosotros?

Los pequeños, con los labios fruncidos y haciendo pucheros, negaron con la cabeza.

—No os preocupéis. No va a pasaros nada malo. Tirad esas cuerdas y venid conmigo. Yo cuidaré de vosotros.

Tendió la mano al más pequeñín, de unos cinco años, calculó, y éste se la cogió, obediente y conmovido por el cariñoso trato. Los dos comenzaron a andar y rápidamente siguieron los otros nueve niños, que arrojaron al suelo los cordeles ensangrentados con los que se fustigaban. Ningún clérigo exaltado intentó evitarlo, pues los participantes en la sangrienta ceremonia estaban ensimismados en sus cantos, azotazos y lamentos por el Juicio Universal que creían inmediato.

El hombre, seguido por los chiquillos, dejó atrás la ruidosa multitud y se adentró por las callejuelas. Ni un solo candil alumbraba en los alféizares de las ventanas o en la fachada de las casas, pero gracias a la luna llena pudo orientarse en la oscuridad. Las escenas de pesadilla quedaban atrás. Aullaban perros en la lejanía.

Llegó a su casa. Extrajo de sus ropajes una pesada llave y abrió el portalón. Llamó a voces a sus criados y al instante aparecieron en el zaguán dos jóvenes, alarmados, con sendas lamparillas de aceite que daban una débil



luz.

—Poned agua a calentar. Despiojad a estos niños y lavadlos. Dadles de comer y de beber. Estarán hambrientos y sedientos. Y después, que uno de vosotros avise a mi médico para que les cure las heridas.

Los dos criados se quedaron petrificados al ver a los famélicos chiquillos. Su amo los sacó del estado de estupefacción con una palmada:

—¡Rápido!

Cerró la pesada puerta con dos vueltas de llave, echó la tranca y guió a los pequeños hasta la caldeada cocina, en la que sus servidores se afanaban en encender fuego para calentar ollas de agua y preparar comida.

Los niños dejaron pronto de tiritar de frío y miedo. Abrieron desmesuradamente los ojos al ver cortar trozos de queso y gruesas rodajas de una hogaza de pan.

El hombre sonrió. Los había salvado del fanatismo al igual que habían hecho con él.

De eso hacía mucho tiempo.

La historia se repetía.

*Abadía de San Denis, 4 de mayo de 1212*

El sol de primavera iluminaba y templaba la sala de la abadía. Por las altas ventanas de arco apuntado penetraba una luz dorada que hacía refulgir las lanzas y cotas de malla de los guardias. Llegaban aromas de incienso y se escuchaban, lejanos, los cadenciosos cánticos litúrgicos de los monjes. Una mullida alfombra carmesí ayudaba a aislar la estancia del frío, y caminar sobre ella era algo parecido a hacerlo en sueños. A la sala no ascendía la humedad de la cripta donde estaban enterrados los reyes de Francia. Los huesos reales se deshacían como hojaldre viejo en sus tumbas mientras resonaban los cánticos de los latines.

El rey no estaba solo. Los consejeros reales, entre los que se encontraban profesores de la recién fundada Universidad de París, aguardaban una extraña visita. Habían sido convocados por expreso deseo del soberano para ayudarlo a dilucidar qué había de cierto en un mensaje que estaban a punto de entregarle.

Los clérigos consejeros del rey parecían amodorrados, como cuando, tras una opípara comida, se quedaban traspuestos en sus sitios del coro o en la cátedra durante los largos oficios litúrgicos.

El bufón andorreaba por la sala vestido de morado, con su gorro rematado con cascabeles.

Mientras tanto, el rey Felipe Augusto, sentado en un sillón frailuno con respaldo de cuero, guardaba silencio. Con su único ojo sano escrutaba las nervaduras góticas del techo y examinaba los rostros de los presentes. Era un hombre de acción más que de reflexión, y dominar sus impulsos le exigía un gran control de sí mismo. Esa permanente lucha interior se traslucía en su gesto tenso, en la boca contraída.

Los docentes, revestidos con sus ropones académicos, cuchicheaban entre sí, expectantes. El portador del mensaje era un niño. Al parecer, éste había caminado hasta París para preguntar dónde se hallaba el rey, pues traía un recado urgente para él. Le indicaron que no se encontraba en el palacio de la Cité, sino en la abadía de San Denis, distante a unas cinco millas.

Se rumoreaba que iba a darle al monarca una carta de trascendental

importancia.

Una carta que le había dado Jesucristo. En persona.

La maravillosa epístola y el carismático verbo del zagal habían capturado la atención de muchos parisinos, de modo que el niño emprendió camino hacia la abadía de San Denis seguido por muchas personas que, complacidas y conturbadas, esperaban con ansia la decisión del monarca. Decían que estaban a las puertas de algo grande y hermoso. De un mundo nuevo.

Al fin la pesada puerta de madera se abrió entre chirridos y un oficial de la guardia entró escoltando a un niño rubio, flaco y de escasa estatura. El muchacho andaba con paso decidido, sin amilanarse por estar en presencia de hombres poderosos. Todas las miradas se clavaron en él, inquisitivas. ¿Aquel pequeñajo era el carismático orador? ¿Ese niño que calzaba sandalias medio rotas?

Se detuvo justo frente al monarca y un rayo de sol incidió en su cara. Sus ojos tenían luz propia, como de una rara combustión interna. Alzó la barbilla y, sin pestañear, sostuvo la mirada al rey. Ni se arrodilló ante él ni le besó las manos en señal de respeto.

Se alzó un murmullo de reproche por semejante falta de cortesía que el monarca atajó con un gesto de la mano.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Esteban, majestad.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce.

—¿De dónde eres?

—De Cloyes, Señor.

—Has recorrido un largo camino para verme.

El chico asintió. Vestía ropas humildes y llevaba colgado un zurrón de piel. No titubeaba en las respuestas y su voz era infantil. Aún no la había mudado.

—Y bien. ¿Para qué querías verme?

—Tengo una carta para Su Majestad.

—¿De quién?

—De Cristo.

De todas las gargantas brotaron sonidos guturales, palabras de asombro y expresiones de desagrado. Los clérigos presentes se persignaron al considerar aquello una blasfemia, y los profesores universitarios sonrieron con

suficiencia. Unos y otros habían catalogado al niño como un mentiroso. Un loco.

El bufón hizo una pedorreta, agitó la cabeza y el cascabeleo de su gorro se prolongó unos segundos.

—¡Está más loco que yo! —exclamó con voz aguda.

El rey, impasible, tamborileó con los dedos sobre los brazos de madera del sillón.

—¿Se te apareció Nuestro Señor Jesucristo mientras dormías? —continuó el interrogatorio al fin—. ¿Jesucristo estaba clavado en la cruz? —inquirió, suspicaz.

—Yo estaba cuidando las ovejas de mi padre cuando Él se me acercó.

Sin que se le trabasen las palabras, Esteban explicó que era pastor y que una mañana, mientras el rebaño pastaba en un prado, se le acercó un hombre alto, moreno, con barba y cabello largo que vestía a la usanza de los campesinos del lugar. El perrillo, en lugar de ladrarle, meneó el rabo y se acercó al extraño con docilidad para lamerle las manos. Entonces se dio cuenta de que las tenía agujereadas. Lejos de perturbarse, Esteban había sentido una gran paz en su presencia y un calorcillo en el pecho. Mostró una sencilla cruz de madera que llevaba al cuello y dijo que la había pasado por las manos taladradas de aquel hombre, que había afirmado que era Cristo, que había descendido de los cielos para entregarle una carta cuyo contenido no debía revelar a nadie más que al rey de Francia.

—Ésta es la carta que Jesucristo me encomendó dar a Su Majestad.

El niño sacó del zurrón un papel doblado y se lo entregó al rey. Se hizo un abrupto silencio en la sala abacial. Los consejeros contenían la respiración.

—Esta epístola, dirigida a mí, habla de la necesidad de convocar una nueva cruzada para reconquistar Tierra Santa —dijo al fin en voz alta.

Ninguno de los presentes se inmutó. Todos sabían que el rey había sido uno de los convocantes de la Tercera Cruzada junto a Ricardo Corazón de León y que había participado en el asedio de Acre en el año 1191. En toda Europa era célebre la acometividad del monarca, sus dotes organizativas y su carisma. Lo insólito era que aquel pastorcillo hubiera tenido la osadía de erigirse en mensajero del Hijo de Dios. Pero cuando parecía que los consejeros se disponían a tomar la palabra atropelladamente, el monarca levantó la mano derecha para imponer silencio.

—La epístola exige que la cruzada sea de niños —añadió.

*Condado de Blois, 4 de mayo de 1212*

El valle del Loira era de una belleza sobrecogedora. Las suaves lomas aparecían tapizadas con viñedos cuyo verdor refulgía bajo el sol primaveral. El aire era tan tibio como el aliento de los enamorados. Las aguas del río bajaban mansas y los agricultores se prodigaban en los cuidados de las vides. Se afanaban en eliminar el gorgojo rociando las viñas con agua en la que habían hervido hojas de laurel. Los monjes inspeccionaban satisfechos los feraces terrenos de sus monasterios. La cosecha se prometía excelente.

Cuatro nobles castellanos y un niño cabalgaban por la ribera del río, admirados de la hermosura de las interminables filas de viñedos, de las imponentes abadías y de las iglesias de altos campanarios que jalonaban los pueblos por los que pasaban. Del arzón de una de las sillas de montar colgaba la bolsa de tafilete con monedas de plata para costear los gastos del viaje.

José Calabrús, conde de Torredonjimeno, se irguió sobre su montura e hizo pantalla con la mano para otear el paisaje.

—Los vinos de esa zona son de los más finos de toda la cristiandad.

—¿Habéis tenido la desfachatez de catarlos sin haberme invitado a probarlos? —Sonrió uno de sus compañeros, guasón.

—Querido Pedro, no los bebí en mi casa, sino en un banquete ofrecido por el rey —respondió el conde—. Bien sabe Dios que si me envían una barrica la compartiré con buenos amigos como vos.

Calabrús, hombre rollizo de piel muy blanca y bigote muy negro, tenía la voz cantarina y era propenso a que se le encendiesen las mejillas. Sudaba bajo el sol del mediodía, así que se había desembarazado de la capa de paño segoviano con la que se abrigara al amanecer.

—Allá a lo lejos distingo un monasterio —dijo el conde de mejillas arreboladas—. Descansaremos en él para almorzar. Los monjes tendrán vino fresco de los que resucitan a un muerto. —Sonrió y se dirigió al niño—: Juan, ¿tienes hambre?

—Ya lo creo, don José. Me comería un pollo entero.

—¿No has tenido suficiente con el desayuno?

—¡No!

Antes de que rompiese el alba, habían tomado leche con meloja y migas de caldero.

—Con lo glotón que eres cualquier día reventarás —comentó jocosamente su padre, a modo de burla—. Bien, veamos qué tal es la bodega de ese monasterio.

Pedro Sandoval, señor del Puente de la Sierra, viajaba con Juan, su único hijo. No había querido dejarlo solo en Palencia, pues pensaba que aquella legación diplomática sería de gran importancia educativa para su vástago. Entre otras cosas, practicaría el provenzal, la lengua que había aprendido de su madre pero que comenzaba a oxidársele por falta de uso. Juan era un chico espabilado y estudioso que aprendía con rapidez, de manera que extraería vitales enseñanzas mientras su progenitor y sus tres acompañantes negociaban con los señores feudales franceses.

—Pasado mañana se producirá el encuentro concertado. Tengo la impresión de que será satisfactorio —señaló Calabrús.

—¿Disponéis de algún dato que se nos haya escamoteado? ¿Alguna sorpresa que darnos? —preguntó Pedro Sandoval.

—Sólo un pálpito. Y suelo fiarme de mis intuiciones.

Los cinco caballos trotaban en dirección al monasterio que coronaba una colina rodeada del verdor de los viñedos. Eran animales de buena alzada. El más dócil, claro, el que montaba el niño, que en cualquier caso se comportaba como un buen jinete y no se quejaba de las incomodidades del viaje.

Juan permanecía ajeno a las motivaciones de la expedición. Aún no era conocedor de la crucial importancia de la misión en la que participaba su padre, consejero del rey Alfonso VIII de Castilla, como también lo eran los demás. El monarca castellano les había encargado, por el interés de la cristiandad, convencer a los nobles del condado de Blois de que se sumasen a la cruzada que se preparaba contra los almohades.

Las aguas del Loira brillaban bajo el dulce sol de mayo. Por las veredas iban los agricultores montados en sus borriquillos, pensando en los árboles frutales que habían injertado. Los pájaros ejecutaban acrobacias en el cielo. Las espadas envainadas de los castellanos colgaban de las sillas de montar, y las alforjas de Pedro Sandoval guardaban enrollada la carta de presentación firmada por Alfonso VIII dirigida a los nobles de aquella región de Francia. Sonaron entonces las campanas de las iglesias y conventos del contorno. La hora del ángelus.

El mundo hizo un receso en sus quehaceres. Los campesinos detuvieron

sus pollinos y los que estaban atareados en los viñedos se incorporaron, se quitaron los gorros de paja, juntaron las manos y bajaron la cabeza para musitar un avemaría. Los castellanos también se detuvieron y rezaron. Pero, al minuto, los viajeros reanudaron su camino y los agricultores retomaron sus labores con las manos enrojecidas e hinchadas, como si acabasen de arrancar ortigas. El mundo recuperaba su ritmo.

Juan observaba a su padre con indisimulado orgullo. Era un hombre fornido, de espaldas anchas y cuello de toro. Estar a su lado significaba sentirse protegido de todo mal. Además, su carácter equilibrado y su bondad lo convertían en un padre justo y cariñoso. No sufría arrebatos de cólera y jamás le había dado una tunda de azotes ni se había quitado el cinturón para castigarlo, algo tan frecuente en otros padres.

Los campos regados por el Loira constituían una interminable sucesión de viñedos. Era un paisaje idílico, de serena belleza. La guerra y los conflictos parecían acontecimientos remotos, desastres inconcebibles en un lugar así. El pequeño Juan se enderezó sobre su montura, satisfecho de acompañar a su progenitor en aquella embajada. Miró alrededor y entendió que el mundo estaba bien hecho. Los nobles se encargaban de guerrear, los clérigos, de rezar, y los campesinos, de labrar la tierra.

La vida era hermosa y estaba bien dispuesta, pensó. Nada podría perturbar tanta placidez.

*Abadía de San Denis, 4 de mayo de 1212*

Felipe Augusto y sus consejeros se miraban atónitos. No acertaban a interpretar si aquel chiquillo era un infeliz, un tarado o un embustero. Osado sí que era. Y altanero, pues no mostraba humildad en presencia de los magnates. El rey, tras leer la carta, se la entregó a los allí reunidos para que la sometieran a examen antes de emitir su veredicto.

Los profesores del Studium Generale analizaron su contenido desde un punto de vista académico y aportaron peregrinas interpretaciones acerca de su autoría, tratando de desentrañar quién estaba detrás de la redacción de la epístola. ¿Un embaucador, un demente, quizá un antiguo guerrero con ínfulas de poeta? Los nobles, desconcertados, intentaron determinar si la forma de expresarse era propia de un plebeyo o de alguien de sangre azul, pero no llegaron a ninguna conclusión. La representación clerical formada por un obispo, el abad de San Denis y tres monjes copistas fue la más tajante al enjuiciar la carta. Los copistas, expertos en caligrafía, en libros decorados con miniaturas y en el manejo de textos antiguos, consideraron que se trataba de un vulgar fraude, a lo que el prelado, con voz campanuda, añadió no podía considerarse una reliquia.

Entre tanto, el bufón, con su traje morado y su gorro atestado de cascabeles, se dedicaba a hacer piruetas alrededor del pastorcillo. Su lengua larga compensaba la poca gracia con la que bailoteaba:

—¡Una cruzada de juguete! ¡Está chiflado! ¡Su Majestad debería darle mi puesto a este niño! ¡Que me den una armadura, que voy a conquistar Jerusalén yo solo!

El bufón tomó aire, soltó un eructo que sonó como un ciervo en la berrea y se puso a desfilar por la sala.

Mientras los consejeros reales seguían deliberando, moviendo mucho las manos y alzando la voz sobre la asombrosa cruzada infantil, el monarca, sentado en el sillón frailuno, recordaba su pasado militar. Y al evocar el asedio y conquista de Acre en 1191 su mente se llenó de un torbellino de imágenes. Y volvió a sentirse fuerte y animoso. Regresó al dulce tiempo de su juventud, al de la Tercera Cruzada.



Recordó el apestoso olor del aceite hirviendo que arrojaban los musulmanes desde las almenas y las quemaduras que causaba, el sonido sibilante de las flechas, los alaridos de los heridos, el estruendo de las piedras de las catapultas al impactar contra las murallas, las banderas y gallardetes ondeando al viento. Y a sí mismo, junto a Ricardo Corazón de León, arengando a sus respectivas tropas, espadas en alto, sobre sus monturas, tras recibir la bendición colectiva de los capellanes castrenses. «¡Ah, la guerra, qué emocionante aventura!», pensó, ensimismado.

Los consejeros seguían con sus discusiones. Y Esteban, el niño, se mantenía de pie ante el rey, sin parpadear, atento a las disquisiciones de aquellos sabios. Pero Felipe Augusto cerraba los ojos para retrotraerse en el tiempo. Las sensaciones físicas eran tan vívidas que su memoria era el lugar donde la caída de Acre sucedía por segunda vez. Así se sumió en la oscuridad y en su pensamiento se hizo la noche.

Recordó la negrura del cielo sobre Acre y las lluvias de flechas ardientes trazando estelas como estrellas fugaces asesinas. También recordó los chirridos de las ruedas de las torres de asedio al ser empujadas, las gargantas rotas de tanto invocar el nombre de Dios, las máquinas de asedio lanzando pedruscos, el afilado sonido de las espadas desenvainadas y las huestes de cruzados bajo la luna nueva.

El bufón seguía desfilando en círculos y sus cascabeles no paraban de sonar. Soltó otro eructo, hizo una cabriola y continuó su procesión con teatrera marcialidad.

De repente, el rey abrió los ojos y el pasado se esfumó. Con una voz gutural preguntó a sus consejeros qué habían concluido. La carta no era creíble, dijeron. No obstante, Felipe Augusto reclamó la epístola para releerla y concederse unos instantes para reflexionar.

—Guárdatela —ordenó al niño devolviéndole la carta.

Esteban la plegó con cuidado y la introdujo en su zurrón, junto a los mendrugos de pan y los pedazos de queso y tocino rancio que le quedaban.

—¿Con qué armas piensas derrotar a la morisma? —le preguntó el rey.

—Con las de la fe.

—De nada sirve la fe si no la acompaña el acero.

—En cuanto nos acerquemos a las murallas de Jerusalén Dios fulminará a sus enemigos.

—¿Y cómo llegarás a Jerusalén?

—Desde París iremos a Marsella.

—Y cuando lleguéis a Marsella, ¿en qué barcos embarcaréis?

—En ninguno.

Los presentes emitieron un «¡oh!» mayúsculo y prolongado ante la ingenua respuesta del pastorcillo. El monarca comenzaba a mostrar signos de hartazgo.

—¿Cruzaréis a nado el Mediterráneo hasta Tierra Santa?

—Rezaré, y las aguas se abrirán como le sucedió a Moisés en el mar Rojo.

Los cuchicheos alcanzaron una intensidad de abejorros enloquecidos. El pastorcillo permanecía serio, inalterable.

—He tomado una determinación —dijo al fin el monarca.

Se hizo un silencio tajante, de los que sobrevienen cuando el verdugo descarga el hachazo. Tan sólo se oía la respiración entrecortada del obispo, gordo y asmático. Hasta el bufón, incapaz de hacer un chiste, estaba callado. El radiante sol que entraba por las ventanas ojivales calentaba la sala de la abadía, sacaba destellos a las armas de los guardias e iluminaba la mirada de Esteban.

—Vuelve a tu casa, pequeño. Olvida este asunto. Organizar una cruzada de niños para la conquista de Jerusalén es una idea ridícula. Quienquiera que te entregara esa carta era un farsante. Uno de mis soldados te acompañará a caballo hasta París. No te faltará alimento. Te surtirán de comida y bebida para el camino de regreso a tu casa.

Esteban respiró hondo y, aunque algunos pensaron que se iba a echar a llorar, respondió sin que le temblara la voz:

—Gracias por escucharme, majestad. No es menester que me acompañe ningún soldado. Regresaré junto a mis seguidores. Me esperan fuera.

El rey hizo un gesto para que abrieran la puerta y acompañaran al niño. Esteban se marchó sin postrarse, henchido del mismo orgullo con el que había llegado. La puerta de doble hoja se cerró.

—Pobre crío —apostilló el monarca.

La sala, bajo el olor del incienso, quedó de nuevo sumida en el silencio.

*Condado de Blois, 5 de mayo de 1212*

Las estrellas se apagaban al amanecer. Los colores del cielo despertaban. Apenas volaban nubes. La legación diplomática de Castilla reemprendía el viaje tras haber pernoctado en una mansión señorial. Los cinco nobles habían sido escogidos por Alfonso VIII por su probada lealtad y sus cualidades negociadoras. La misión era de gran importancia y requería hombres persuasivos, lentos a la cólera y dotados de agudeza psicológica. Negociar una alianza militar era muy parecido a jugar una partida de ajedrez, y aquellos hombres destacaban por su paciencia y sentido de la oportunidad.

El rey castellano había fraguado una alianza internacional contra el Imperio almohade que amenazaba con conquistar Europa. El papa Inocencio III había concedido el año anterior la calificación de cruzada a la expedición militar que Alfonso VIII preparaba contra los almohades. El rey de Aragón Pedro II el Católico y el monarca navarro Sancho el Fuerte se habían sumado a la coalición, así como las órdenes militares de Calatrava, de Santiago y de Malta. La España cristiana se conjuraba contra sus vecinos islámicos.

Los templarios también se unieron a la causa, y la noticia de que los famosos caballeros del Temple iban a participar en la guerra enardeció los ánimos de los occitanos, que se comprometieron en la lucha.

Los enviados del monarca castellano debían ganar para la causa a más caballeros franceses. Por eso, desde comienzos de primavera, se había concertado una reunión en Orleans. Al día siguiente llegarían al fin a la ciudad.

Ningún obstáculo parecía interponerse. No había amenaza de tormenta, nadie había caído enfermo y los caballos estaban en perfectas condiciones.

—¿Tienes frío?

—No, padre.

—¿Y hambre?

—Tampoco.

Los gatos, saltimbanquis de los tejados, caminaban silenciosos entre las gárgolas y aleros del monasterio. Sus maullidos se le antojaban a Juan lloros de niños endemoniados.

—¿Sigues sin soportar a los gatos?

—Sí, padre —respondió, malhumorado.

Juan llevaba puesto un tabardo. Se habían levantado con los madrugadores ruidos del monasterio. Antes de que despuntase el alba tomaron unos tazones de leche y cuencos de gachas de camuña, ensillaron los animales y prosiguieron su camino. Todavía repetía en su cabeza las últimas frases en latín que su padre le había hecho estudiar al anochecer a la luz de una vela. Hubiera preferido dejar de tomar las lecciones durante el viaje, pero su progenitor era inflexible en ese aspecto y había metido en el ligero bagaje un pliego con unos pasajes de las *Catilinarias* de Cicerón, para que practicase y no se oxidase su latín, demasiado rudimentario para su gusto. También llevaba un fajo de cuartillas, una pluma y un tintero de rosca para traducir y no descuidar la caligrafía.

Aun así, prefería el placer de viajar junto a su padre por parajes de insólita belleza y estudiar un rato antes de dormir que pasarse varias horas en la húmeda aula de la escuela catedralicia. El *magister schola* era severo, el aliento le olía a ajo y cuando un alumno fallaba en la traducción le propinaba golpes con la palmeta. Pensar en él y en sus métodos le daban escalofríos.

—Esta noche, durante la cena, concertaremos cómo exponer el asunto a los señores franceses —dijo José Calabrús—. El tiempo corre. A comienzos del verano debería ponerse en marcha el ejército hacia el sur, y los amigos de Orleans deberán organizarse, atravesar su país y unirse a nuestras tropas.

—Bien pensado. La santa bula de cruzada nos será de enorme ayuda —respondió Pedro Sandoval mientras palpaba la alforja en la que llevaba una copia del documento papal.

—Probablemente la batalla se producirá bajo el calor. Nos asaremos con las armaduras —advirtió Calabrús.

—Antes del final del verano habrá terminado todo y podremos descansar. Sí, descansaremos en nuestros queridos hogares.

Pedro Sandoval sonrió al pensar en su encalada casa solariega, donde se solazaba durante el verano huyendo del calor abrasador. Allí recibía a sus amigos y se abrazaban con redoble de palmadas. Al atardecer, cuando las sombras rozaban la hierba, le gustaba sentarse fuera, bajo un emparrado, bebiendo clarete mientras el suelo, baldeado con agua para que refrescase, desprendía un olor a tierra mojada. Las avispas revoloteaban alrededor de las uvas de la parra, él acariciaba a los perros tendidos a sus pies, bebía sorbitos de vino y contemplaba cómo el sol se apagaba con lentitud. Aquella casa

campestre blanqueada era su paraíso terrenal. Cerró los ojos y viajó con la mente allí por unos instantes.

La bola del sol comenzaba a salir por el horizonte cuajado de viñedos. El azul oscuro del cielo se aclaraba con grises. Era el milagroso y cotidiano renacer del mundo. Y Juan, mientras sujetaba las riendas del caballo, se acordó de su madre.

Hacía tres años de su muerte. Cada vez se le desdibujaba más en la memoria su bella cara y la dulzura de su voz. Ella había pasado la infancia en el Rosellón, donde aprendió provenzal, idioma que más tarde enseñaría a Juan porque le encantaba su sonoridad, sobre todo al pronunciar palabras amorosas que, dichas por su boca, parecían revestidas de seda. Él se acordaba de sus caricias, de su risa y de las canciones de trovadores que le cantaba por las noches para que le viniese el sueño. Y el sueño lo vencía arrullado por aquella voz maternal que cantaba canciones de amor.

La echaba de menos. Pero la presencia protectora de su padre le había servido para sobreponerse al dolor de la orfandad materna. Con él no existían peligros en la vida ni problemas que no tuviesen solución. A su lado se sentía afortunado, seguro, feliz.

—La mañana se presenta buena. Mejor. Es malo viajar bajo la lluvia. No caerá una gota de agua —vaticinó el conde de Torredonjimeno.

—Tiene esa pinta —corroboró Pedro Sandoval levantando la vista hacia el cielo.

Ese viaje era para Juan lo más emocionante que le había ocurrido jamás. La ruta, planificada con cuidado, atravesaba tierras de belleza insospechada para él, probaba nuevos sabores en las comidas y aprendía costumbres de otras gentes. Y como desde muy pequeño estaba habituado a estar rodeado de personas mayores, le agradaba escuchar sus conversaciones. Cuando creciera quería emularlos, parecerse a su padre, al que adoraba.

Los campesinos, con la piel azacaneada de tantos años de sol y las manos arrugadas como sarmientos, salían ya de las casas de labranza para empezar la faena diaria con la resignación obstinada con la que asumían sus vidas, sometidas a los caprichos de sus señores y los designios inapelables de Dios. Con los pies metidos en almadreñas, sus pisadas resonaban por la madera de las suelas que aislaba de la humedad. El esquilón de una ermita cercana y las campanas de una iglesia llamaban a misa del alba. Los embajadores plenipotenciarios castellanos cabalgaban tranquilos siguiendo el curso del Loira, entre fértiles viñedos.

No vieron al grupo de jinetes que, a distancia, los seguían.

*Narbona, 5 de mayo de 1212*

El aire olía a chamuscado al atardecer. Delante de la iglesia de San Pablo se había congregado una airada multitud. La luz de las antorchas iluminaba caras crispadas y puños amenazadores. Las bocas se anegaban de insultos y palabras empuetecidas. La envidia y el resentimiento hacia los judíos abastecía de odio los corazones. Pululaban los rumores de saqueos en las juderías de diversas ciudades. Decían que violaban a las mujeres judías en grupo entre las risotadas y escupitajos de las mujeres cristianas, que animaban a los hombres a penetrarlas. Decían que saqueaban las casas y se llevaban los candelabros de oro de siete brazos, las joyas y las sedas, pues robar a los judíos se consideraba un acto de justicia. Decían que estampaban las cabezas de los niños chicos contra las paredes hasta que les sacaban los sesos, y que luego dejaban tirados los cuerpecitos en el suelo, como marionetas inservibles.

Decían, decían, decían. Propalaban bulos dándolos por noticias ciertas. Los ojos de la muchedumbre brillaban no por la luz de las antorchas, sino por el resentimiento. Un frailecillo delgado de nariz ganchuda se situó delante de la portada de la iglesia. Chistó una y otra vez para imponer silencio. Durante unos segundos sólo se oyó el crepitar de las antorchas. Con voz grave, comenzó a hilvanar un titubeante discurso que arrebató a los presentes, como si sufrieran un secuestro del alma.

Relató que los judíos eran el pueblo deicida, pues mataron al Señor. Los acusó de usureros, de ser unos prestamistas dedicados a maquinizar conspiraciones para arruinar a los cristianos, de emponzoñar el agua de manantiales y abrevaderos para propagar epidemias, de realizar maleficios para provocar sequías, de practicar rituales satánicos donde crucificaban a niños para beberse su sangre y, luego, ocultaban los cadáveres bajo el entarimado de sus comercios.

La voz grutesca del frailecillo adquiría un tono más contundente conforme hablaba y, justo antes de finalizar la arenga, aumentó la cadencia y alcanzó tal velocidad, que la atención de los oyentes quedó en suspenso, hipnotizados.

Aquellas palabras fueron la yesca que encendió la paja seca del odio.

Se desató la furia.

—¡Vamos! ¡No dejemos ni uno!

—¡A por los hijos de Moisés!

Comenzaron las carreras, los aullidos vengativos, las miradas cómplices y las palmadas en la espalda para darse ánimos. La suma de cobardías individuales generó una valentía colectiva. Había sonado la hora de la impunidad. Entre risotadas histéricas se jaleaban unos a otros para escarmentar a quienes se llamaban Salomón, Aarón o Abraham, a quienes vestían diferente, estaban circuncidados, cocinaban con aceite de oliva y no comían cerdo.

—¡A por las putas judías! ¡Son peores que los hombres!

—¡Pelonas, a dejarlas pelonas! —gritaban, y enarbolaban tijeras con las que trasquilar a las judías y escarnecerlas.

Abrían las bocas para reír y gritar, mostrando las encías sangrantes y los dientes picados, soltando canicas de saliva y juramentos.

La rugiente muchedumbre se dirigió a la barriada judía armada con estacas y pedruscos. Los judíos, temerosos y en prevención de actos violentos, habían cerrado y atrancado los postigos situados al final de las calles como medida disuasoria. Lo hacían cada anochecer para impedir la entrada de ladrones y también cada Viernes Santo, para que las pandillas de exaltados rapaces bautizados no apedrearán las tiendas hebreas en venganza por haber crucificado a Jesucristo.

Pero puertas y postigos cerrados resultaron insuficientes para contener a la masa. Violentaron los cerrojos y los echaron abajo. Hombres y mujeres se desparramaron por las callejas para insultar a los semitas con barba de chivo y saquear a mansalva. Afloraban los más bajos instintos. Rompían los cristales de las ventanas, envidiosos de tal lujo, entraban en tromba en las tabernas, destrozaban a hachazos los toneles de vino y rajaban los odres después de beber hasta saciarse y perder el conocimiento por la rápida borrachera. Ladraban los perros y lloraban los niños, asustados todos.

Les arrancaban la ropa a las judías, las obligaban a recorrer las calles a trote cochinerero y se reían del vaivén de sus pechos desnudos; las apaleaban, seleccionaban a algunas y los hombres, envalentonados y excitados por el vino y la violencia, las violaban en grupo.

Gritos de pavor y alaridos de siniestro placer rebotaban en las fachadas de las angostas calles. Pasaron unos minutos eternos, como cuando el tiempo lo miden personas aterrorizadas.



Y se hizo de noche. Y con su manto negro se recobró la calma.

Ella esperó a que reinara el silencio para abandonar su escondite. Se había refugiado en la bodega de su casa. Tuvo la fortuna de que no registraran allí abajo. Al inspeccionar la vivienda se le hizo un nudo en la garganta. Casi todos los muebles estaban destrozados, habían robado su ajuar, su vajilla y los aretes de oro que le regaló su esposo al casarse. Los habían desvalijado. Pero fue al entrar en la habitación donde su marido pasaba consulta cuando la congoja le salió a borbotones y se echó a llorar.

Habían desencuadrado los libros de medicina y esparcido por el suelo sus rajadas hojas de pergamino y papel, entre las que reconoció las del *Isagoge* de Hunain ibn Ishaq que tanto consultaba su esposo y tanto apreciaba. Los recipientes de vidrio y loza estaban hechos añicos, estrellados, y el instrumental quirúrgico, doblado o partido. Y también habían robado algunos útiles, creyendo que los escalpelos servirían como leznas para los zapateros remendones.

Le dolió más la destrucción de los útiles profesionales de su esposo que el calamitoso estado del resto de la casa. ¿Qué iba a hacer él cuando regresase? ¿Con qué utensilios operaría? ¿Cómo asistiría a las parturientas? Se cubrió la cara con las manos y lloró con desesperación. No entendía aquella furia irracional. Posiblemente, pensó dolorida, algunos de los vándalos habían sido pacientes de su marido, y recompensaban la sanación con la destrucción.

Estaba sola. No tenía familiares en la ciudad ni apenas amigas. Hacía sólo seis meses que se habían establecido en Narbona.

Tuvo miedo. Una vez pasado el peligro, comenzó a temblar, pero no de frío. Se negaba a quedarse allí esperando el regreso de su marido, expuesta a otro pogromo, a otro saqueo. Se enjugó las lágrimas con una manga del vestido y respiró profundamente; pensó qué hacer y, al cabo de un rato, tomó una decisión. Nada la detendría.

Buscó algo de ropa y, como le habían sustraído casi todas las prendas, sólo encontró una capa de lana con capucha. Estaba guardada en un arcón cuyo cerrojo no habían podido abrir. Se esparció por la habitación un suave olor a membrillos, metidos entre la ropa para ahuyentar a las polillas. Aquel dulce aroma le recordó el otoño, la subtít de su boda, y las lágrimas acudieron de nuevo a los ojos al acordarse con qué cariño había introducido aquellos frutos amarillos entre las sábanas dobladas y las camisolas.

La arqueta donde guardaba el dinero estaba vacía. En una faltriquera

cosida en el interior del vestido aún tenía las monedas sobrantes de la compra diaria en el mercado. Aquello era todo su capital.

Se sobrepuso, salió al portal de la casa y miró a derecha e izquierda. La calle estaba solitaria y oscura. Tomó aire y, con la capa puesta, recorrió la judería tanteando las paredes. La noche era sin luna. Sus pisadas crujían bajo los restos de cristales de las ventanas reventadas. Ningún judío se atrevía a salir. Todos se afanaban en inventariar los daños, echar la tranca a las puertas, abrazarse para sentirse seguros y rezar para agradecer el seguir vivos.

Cuando dejó atrás la barriada asaltada, le llegó el penetrante olor del mar. Los barcos mercantes y las barcas de pesca estaban amarrados en el puerto. La oscura superficie marina exhalaba un aroma a algas y a salitre. El ritornelo de las suaves olas chocando contra la dársena le confirió una extraña paz. Respiró hondo.

Iría en pos de lo que más quería en el mundo.

Caminaría hasta Marsella en busca de su marido.

*Condado de Blois, 6 de mayo de 1212*

La legación castellana se hizo al camino antes de la salida del sol. Urgía llegar con tiempo suficiente a Orleans para dejar resuelta la alianza con los caballeros franceses. Los luceros daban sus penúltimos parpadeos. En breve amanecería. El conde de Torredonjimeno, cansado tras una noche de insomnio, se restregaba los ojos, pues le picaban. Hacía frío y de las hondonadas de unos cercanos riachuelos brotaba una neblina como de aliento de fantasmas. La vereda por la que iban atravesaba un bosquecillo.

Se adentraron en la arboleda sin percatarse de que el grupo de jinetes que los perseguía a distancia desde hacía un par de jornadas picaba espuelas.

Al no haber despertado aún el sol, la luz de candela de las estrellas apenas se filtraba entre las espesas ramas. La tierra húmeda exhalaba un penetrante olor a humus. El silencio era espectral, como si ningún animalillo habitase en la espesura.

Pedro Sandoval sintió un escalofrío. Frenó su montura y levantó una mano para reclamar atención a sus compañeros.

—¿Sucede algo, don Pedro?

—Silencio. Oigo algo.

Aguzaron los oídos. Parecía que se acercaba un tropel de caballos. Los nobles se giraron y, al poco, se hizo más nítido el ruido de los cascos al galope. A lo lejos vislumbraron un fugaz resplandor de aceros desnudos. Dos de los castellanos hicieron amago de desenvainar, pero Pedro Sandoval, tras valorar las opciones, dio una voz de mando:

—¡Salgamos de aquí!

Hincaron espuelas y comenzaron a galopar. Intentaban salir del bosque para tener más posibilidades de defenderse de sus perseguidores. ¿Cuántos serían? Debía de tratarse de ladrones, pensaron, pero no intercambiaban palabras, concentrados en cabalgar y encontrar alguna aldea donde refugiarse o un accidente natural propicio para luchar.

—¡Rápido! —gritó Calabrús, desesperado.

Pedro Sandoval miraba a su hijo de reojo, temeroso de que la velocidad de la cabalgada lo hiciese caer y desnucarse, pero Juan agarraba con fuerza

las riendas y, aunque el corazón se le salía por la boca, la cercanía de su padre le daba seguridad. Volvieron la cabeza. Sus perseguidores eran al menos una docena de hombres. Y se les echaban encima.

Zumbaron flechas.

Tres se clavaron en troncos, dos en carne. Un caballo, herido por un venablo en un anca trasera, hizo un extraño y el jinete estuvo a punto de precipitarse al suelo. Uno de los castellanos soltó un alarido de dolor. El dardo le había atravesado el hombro.

El conde de Torredonjimeno, en un arranque de lucidez, comprendió que, además de estar en inferioridad numérica, no podrían evitar las flechas por más tiempo, así que hizo salir a su caballo del camino para adentrarse entre los árboles. Los demás lo imitaron, incluido Juan, que a punto estuvo de resbalar de la silla.

Las flechas mordieron madera. Obstaculizados por los árboles, no podían apuntar bien.

El castellano malherido gimió. No podía aguantar más. A punto de desmayarse, frenó su montura. Sus compañeros lo imitaron para no dejarlo a merced de los enemigos. Desenvainaron para repeler la acometida. Pedro Sandoval mandó a su hijo colocarse junto a un grueso árbol, al lado del noble que había recibido el ballestazo, el cual, en un alarde de valor, empuñaba el acero con la mano diestra mientras el sudor le resbalaba por la cara.

—Ataquemos antes de que nos rodeen—dijo José Calabrús.

Conforme los cuatro primeros jinetes llegaron con cimitarras en alto y lanzas, fueron derribados a espadazos por los castellanos, duchos en el manejo de las armas y poseídos por el instinto de supervivencia.

Los siguientes jinetes, diez más, sin tiempo para recargar las ballestas, atacaron a la vez para no dar respiro a sus oponentes. Chocaron los aceros. Hubo blasfemias en dos idiomas diferentes y se lanzaron tajos que hendieron carne animal y humana. Las voces, golpes y sonidos de metal resonaban en el silencio del robledal. Brotó la sangre, relincharon los caballos y cayeron varios cuerpos al suelo con un ruido sordo.

Dos atacantes se enzarzaron en una desigual pelea con el castellano herido por la flecha hasta que los alfanjes acabaron con su vida. Entonces, el caballo que montaba el niño se asustó y comenzó a cabalgar fuera de control.

De pronto, Juan sintió un tremendo golpe en la cabeza.

Y se hizo la oscuridad.

*Sevilla, 6 de mayo de 1212*

El aire era tibio y olía a azahar. La primavera estallaba en los campos y en los recónditos jardines de la ciudad islámica, la capital andalusí. Las flores blancas de los naranjos y limoneros de las huertas endulzaban los alrededores de la Mezquita Mayor. El sol relucía en el *yamur*, las cuatro bolas doradas que coronaban el alminar para conmemorar la victoria sobre los cristianos en la batalla de Alarcos. Mujeres cubiertas con velo caminaban deprisa por las callejuelas camino de los tenderetes del zoco, cogiendo de la mano con firmeza a sus hijos pequeños para que no se demorasen tonteando, pues jugar al aire libre y reír a carcajadas era pecado.

Otras mujeres transportaban en equilibrio sobre sus cabezas alcarrazas de agua, o llevaban las cántaras apoyadas en las caderas y, a cada contoneo, sentían sobre ellas las lascivas miradas de los hombres.

Delante de los puestos de huevos, había ollas con agua para que los compradores comprobasen si estaban en buen estado o podridos, porque éstos últimos se hundían. En el suelo, las cestas de mimbre exhibían tabletas de pan de higo y alfajor y los vendedores no se molestaban en espantar a las moscas que, enloquecidas por el azúcar, zumbaban alrededor.

Muhammad al-Nasir, el califa, caminaba a buen paso rodeado de su habitual cortejo de consejeros y guardaespaldas de piel aceitunada. Se mostraba eufórico y sus andares eran enérgicos. Miró las refulgentes bolas del alminar y sintió una pleamar de orgullo. Aspiró el aire perfumado de azahar y sus labios se destensaron. Aquel mínimo gesto era indicativo de su excelente estado de ánimo, pues al-Nasir, príncipe de los creyentes, jamás sonreía.

Quienes reconocían por la calle su alta figura agachaban la cabeza en señal de sumisión, se hincaban de rodillas o proferían alabanzas a Alá por haberles otorgado la dicha de pisar el mismo suelo que él.

Vestía la tradicional capa negra de los guerreros almohades, lo que resaltaba la blancura de su piel, su cabello rubio y el azul de sus ojos, herencia de su madre, Zahar, la bellísima esclava cristiana de la que se quedó prendado su padre, al-Mansur, el vencedor de Alarcos. El nombre de su madre era el de la aromática flor del naranjo. Por eso aspiraba el aire con gozo. Le

recordaba a ella.

—Rápido. Qui-quiero revistar a las tro-tropas —dijo a sus dignatarios.

Acababa de rezar en la mezquita, de dar gracias a Alá por las mercedes que le concedía, por sus continuados éxitos frente a los cristianos y por el esplendoroso futuro que le aguardaba. Los Alcázares Reales estaban comunicados con la Mezquita Mayor a través de un pasaje, pero no se disponía a regresar a su palacio. Tras atravesar la Puerta del Lagarto de la mezquita prefirió cruzar parte de la ciudad antes de comprobar el estado de su ejército acampado extramuros.

—Vamos. Rá-rápido —ordenó.

La tartamudez lo obligaba a hablar con frases cortas. Y eso cuando rompía el silencio, pues, para no mostrar en público lo que consideraba una debilidad, desde la adolescencia se inclinaba por el mutismo. Era tan sumamente raro que hablase fuera del recinto palaciego, que había que achacar aquellas palabras pronunciadas a la exultación que sentía. Le agradaba la ciudad y el mundo sobre el que reinaba.

Entre sus planes inmediatos figuraban ampliar las fronteras de ese mundo, extenderlas como aceite derramado por la Europa cristiana, sustituir la cruz por la media luna, convertir las iglesias en mezquitas o en establos y eliminar a los sacerdotes para acallar el latín y, así, que el árabe de imanes y ulemas fuese la única lengua para comunicarse con el Todopoderoso.

Sus espías y confidentes sobrepasaban los territorios controlados por el Imperio almohade. Vivían infiltrados en los reinos cristianos peninsulares. Los dírhems, las monedas de plata de amplia circulación, obraban milagros para comprar voluntades y soltar lenguas, por lo que no pocos renegados castellanos y aragoneses informaban de los movimientos políticos y militares de sus reyes. El dinero hacía flaquear las lealtades y su brillo convertía la religión en un cachivache de mercadillo. De ese modo, en la corte califal sevillana se había sabido que una embajada de Castilla había partido al condado de Blois, en Francia, para buscar aliados entre los nobles.

El contumaz monarca castellano, con el beneplácito del Papa de Roma, organizaba una cruzada contra los almohades, los puros y rectos hijos de Alá. Aquellos dos satanes no eran conscientes de a quién osaban enfrentarse, pensaba al-Nasir. Al igual que la brisa hinchaba las velas de los bajeles que navegaban por el Guadalquivir, un vendaval de orgullo hinchaba su corazón. En ocasiones, cuando oraba con los ojos cerrados frente al Mihrab o meditaba a solas caminando bajo las palmeras, una voz interior le decía que estaba

llamado a cambiar la historia. Él no sólo pretendía emular a su padre, al-Mansur, sino superarlo. Su padre había infligido una dura derrota a Alfonso VIII en la batalla de Alarcos, y él, en una guerra santa, volvería a derrotar a ese mismo rey. Y también al Papa y a todos los reyes europeos, después de que, tiempo atrás, les lanzara la advertencia de que, o se convertían al islam, o los vencería en una batalla jamás soñada.

—Daos pri-prisa —ordenó el califa.

Sevilla era un bullebulle. Los alumnos más rezagados corrían a las escuelas coránicas, los ulemas inspeccionaban las librerías por si algún libro contenía algún pasaje heterodoxo y los aguadores transportaban a lomos de sus pollinos los cántaros con el agua que recogían en un pontón río arriba. Era una ciudad próspera y temerosa de Alá, un edén de limoneros y palmeras en el que toda opinión contraria era calificada como disidencia y blasfemia, una ciudad hermosa en la que los pecadores eran detenidos y las palabras arrestadas.

Los censores de las costumbres, reconocibles por sus turbantes negros y varas de avellano, patrullaban las calles para que todo estuviese en orden. Con gesto adusto, vigilaban que ninguna mujer osara salir de su casa sin ir tapada o se juntasen en las plazoletas para cotillear en voz alta desatendiendo sus quehaceres domésticos. Ya era memoria antigua el tiempo decadente de aquellos almorávides que permitían a las mujeres pasear a cara descubierta y con un moño en la cabeza similar a la joroba de un camello. Los censores tenían autoridad para varear el cuerpo de las infractoras de la vestimenta, deslomar a las deslenguadas y atizar en el trasero a los niños que jugaran con algarabía a cielo abierto, incluso si se divertían en el patio de su casa o escandalizaban a los vecinos con sus aparatosas risas. Ellos eran los guardianes de la ortodoxia, de la *hisba*, la rígida vigilancia de la pureza de las tradiciones.

Varios censores de las costumbres, al reconocer al califa, se emocionaron y comenzaron a agitar las varas en el aire, deseosos de descargarlas sobre las espaldas de algún contraventor de las buenas normas. Al-Nasir les lanzó una azulada mirada de indiferencia que ellos interpretaron como de reconocimiento a su labor.

La comitiva califal no se adentró en el zoco. Se encaminaba a una de las puertas de la muralla de tapial, para salir de la medina. La fragancia del azahar quedaba atrás, así como el olor a velas de cera de abeja y a perfumes de las cererías y perfumerías que, como de costumbre, había en las proximidades de la mezquita aljama. Ahora olía a aceite caliente y a buñuelos

rociados con miel recién hechos. Entraban ganas de comerse el aire a mordiscos.

Los soldados guarnecían las torres almenadas y los portillos de la muralla que corría paralela al Guadalquivir y se erguían y sacaban pecho al paso del califa y su cortejo. El bullicio de la ciudad se disipó al cruzar la puerta de la muralla.

Daba gloria ver los campos espigados de mayo y oír el rumor del agua del río. Un anchuroso cinturón de huertas rodeaba Sevilla. Las blancas alquerías respunteaban las tierras de regadío, y los agricultores, con la piel del color del cuero de tanto trabajar de sol a sol, cargaban con verduras y hortalizas los serones de sus jumentos o, arriñonados, escardaban las huertas con sus azadas y escardillos. Y los acemileros, con sus chilabas blancas, tiraban del ronزال de las mulas para vender las berenjenas y rábanos picantillos que transportaban.

Barcos y barcazas bajaban por el Guadalquivir cargados de la harina triturada en los molinos del río Sublime y de la seda bordada elaborada en Almería, de mejor calidad que la persa y bizantina. En lontananza se elevaban al cielo las pestilentes columnas de humo de las alfarerías y las curtidurías, ya lejos de la ciudad por su mal olor.

Uno de los altos funcionarios se adelantó y le susurró al califa que, según sus cálculos, en unos días deberían recibir noticia del grupo de escogidos jinetes enviados junto a mercenarios castellanos para seguir el rastro de la legación diplomática de Alfonso VIII que se dirigía a Orleans. E impedir que los infieles cumplieran su cometido.

Al-Nasir entrecerró los ojos. El misericordioso Alá le allanaría el camino hacia la victoria final. «El destino me depara un sitio de gloria», pensó. Ensimismado en sus meditaciones, el califa contempló las alquerías bajo los cipreses y palmerales, y también observó en la distancia las tiendas del ejército y las nubecillas de polvo que levantaban los soldados en las maniobras. Quería ajustar detalles del plan de operaciones con los mandos del ejército e inspeccionar el número y calidad de los caballos y camellos reunidos para transportar la impedimenta militar.

El bonancible sol de primavera hacía destellar las mansas aguas del Guadalquivir, y los ojos azules de al-Nasir brillaban como hielo sin fundir. Su mirada se endureció al recordar el juramento que tiempo atrás realizó ante su corte.

Aseguró, con la mano sobre el Corán, que convertiría la basílica de San



Pedro en un establo para sus corceles y que éstos abrevarían en el Tíber.

*Condado de Blois, 6 de mayo de 1212*

Atardecía sobre el bosque. La brisa removía las hojas de los árboles en un concierto de susurros verdes. Juan abrió los ojos. Le dolía mucho la cabeza y no sabía dónde estaba. Tiritaba de frío. Al incorporarse, el cráneo le retumbó como si dentro martilleara un herrero loco. Se palpó la frente con las manos y se asustó al comprobar el enorme chichón. Fue rozarlo con la yema de los dedos y unas punzadas dolorosas le hicieron gritar de dolor.

¿Dónde estaba su padre? ¿Y los demás?

De súbito, recordó. El asalto, la encarnizada lucha, la huida a galope y el golpe con la rama del árbol. Miró alrededor. ¿Y su caballo?

Saberse solo en el bosque le produjo una oleada de pánico. El corazón se le encabritó y comenzó a latir a toda velocidad. Se puso en pie y buscó con la mirada a su padre y a sus acompañantes. Dio unos pasos e intentó llamarlo en voz alta, pero el miedo le atenazaba la garganta y en vez de palabras brotaron sollozos. Se obligó a caminar entre los árboles, pese a las lágrimas y mocos que le caían, hasta que avistó unos bultos en el suelo.

Corrió hacia allá.

Gritó, y una bandada de pájaros remontó el vuelo desde la copa de los árboles.

Distinguió las siluetas de dos caballos y de hombres yacentes.

Calabrús, el conde de Torredonjimeno, permanecía tendido en el suelo con una brecha en la cabeza de la que había manado abundante sangre. No se movía.

Había más cuerpos yertos diseminados por el suelo, algunos en posturas inverosímiles tras haber sido abatidos y derribados de sus monturas. Los charcos de sangre coagulada y negruzca exhalaban un olor acre, lo que sumado a la pestilencia de las tripas y vísceras de algunos muertos provocaron arcadas al niño, que vomitó doblando su cuerpo como una alcayata.

Aunque el nerviosismo le hacía desenfocar la mirada y ésta se le nublaba, corrió hacia su padre, al que reconoció por la ropa a pesar de estar boca abajo.

—¡Padre!

Se tiró a su lado y comenzó a zarandearlo.

—¡Padre! ¡Despierte!

Pedro Sandoval no se movía.

Intentó darle la vuelta, pero pesaba demasiado y sus fuerzas eran escasas. La cabeza le estallaba de dolor y el llanto era tan violento que hipaba y se agitaba. Respiraba por la boca frenéticamente, pero el aire apenas le llegaba a los pulmones.

—¡Padre! ¡Padre! ¡Despierte!

Clavó las rodillas en la tierra, introdujo las manos bajo el hombro del cuerpo inerte de su progenitor y, aullando por el esfuerzo, consiguió voltearlo.

Su padre tenía la boca y los ojos entreabiertos y un tajo en el lado del corazón. No respiraba. Estaba frío.

—¡Padre! ¡Ay, padre mío! ¿Qué le sucede? ¡Ay, padre mío!

Se abrazó al cadáver y lloró de manera compulsiva largo tiempo hasta que, vencido por el cansancio, se quedó dormido abrazado al cuerpo de su padre.

Salió la luna y el cielo se puso de luto.

*París, 7 de mayo de 1212*

Llovió durante la noche y las calles, al ser terrizos, estaban enlodadas. El agua sucia de los charcos desprendía un olor nauseabundo por la basura acumulada y los orinales vaciados desde las ventanas. Los carros circulaban con estrépito por la ribera del Sena, el río de aguas grises que atravesaba la capital más populosa de la Europa cristiana y donde vertían sus heces las letrinas públicas.

Las obras de Notre Dame eran inacabables. Los altísimos muros y contrafuertes se alzaban airosos, como la gigantesca osamenta de un animal mitológico. Los alrededores del templo en construcción eran un pandemónium. Los capataces voceaban a los obreros subidos en los andamios, los canteros golpeaban los sillares con los escoplos y las enormes poleas, engranajes y carruchas de las máquinas de madera y metal chirriaban al izar grandes piedras. Los carpinteros, con las herramientas colgadas de sus anchos cinturones de cuero, martilleaban los tablones para ensamblarlos, los escultores esculpían estatuas de santos que esbozaban sonrisas y los vidrieros, en equilibrio sobre el andamiaje, colocaban en los ventanales paneles de cristales policromados. Frailes de voz gutural vendían bulas para ayudar a sufragar la catedral y ofrecían rebajar el tiempo de espera para entrar en el cielo: miles de días menos en el purgatorio a cambio de unas monedas. Los vendedores ambulantes pregonaban su mercancía a grito pelado. Y entre aquel griterío y aquella turbamulta que trabajaba, curioseaba, mercadeaba y trampeaba, un niño intentaba hacerse oír.

Esteban, tras ser despachado por el rey en la abadía de San Denis, se había negado a regresar a su hogar. Felipe Augusto no le había hecho caso. El monarca y sus incrédulos y estúpidos consejeros estaban ciegos ante las evidencias, pensaba el niño. ¿Acaso les parecía poca cosa la carta que le había dado el mismo Jesucristo? ¿Por qué no creyeron en su historia? Él se había limitado a relatarles tal y como sucedió su encuentro con el Señor en el prado, mientras cuidaba el rebaño de su padre. Pero la tajante negativa del rey a prestarle ayuda para organizar la cruzada infantil no había desanimado a Esteban.

Al contrario. Le insufló ánimos. Era una prueba que Dios había dispuesto para medir su fuerza de voluntad, su determinación, su fe en la misión encomendada.

Nada más abandonar la abadía, el pastorcillo predicó a sus adeptos. Les dijo que estaban solos, pero les anunció que la cruzada pacífica desbarataría el curso de la historia, pues demostraría que las manos desnudas vencerían a las que empuñaban armas.

Y una vez enardecidos los corazones, retornaron a París entre cánticos populares, rezos en un deficiente latín y un barullo similar al de los días de fiesta.

Esteban caminaba indiferente ante la hermosura de los paisajes, tal como le sucedía desde que abandonó su pueblo por primera vez. Le traían sin cuidado la alegría por la novedad de las cosas y el espíritu aventurero, pues el mundo no era para él lo que veía, sino lo que sentía. Para él la vida no residía en el exterior, sino en el interior.

Llegaron a París como un vendaval. El pastorcillo entró en una iglesia y pidió a sus seguidores que lo esperasen fuera. «Va a hablar con Dios», «Cristo se le va a aparecer de nuevo», «Se dispone a ascender a los cielos en cuerpo y alma», decían los fieles, emocionados, entremezclados con los pedigüeños que, aquejados de llagas y manquedades reales o fingidas, limosneaban delante de la iglesia.

El templo estaba sumido en una pleamar de penumbra. Apenas entraba luz por las ventanas, estrechas como las saeteras de un castillo. En el lampadario de hierro de una capilla, ardían velas votivas que arrojaban una luz fantasmal a una imagen sedente de la Virgen. Había un denso olor a lilas, las flores depositadas como ofrenda. Esteban se aproximó a la talla policroma y se quedó mirándola. De tú a tú. María, en aquella efigie románica de manto carmesí y estofado, adoptaba una pose hierática sosteniendo sobre sus rodillas a un Niño Dios con los carrillos tan hinchados, que parecía aquejado de paperas.

Resultaba mareante aquel aire cargado de olor a cera y a lilas. De repente, le vinieron a la memoria imágenes de cuando, al pastorear de pequeño, los labradores araban la tierra y desenterraban cotas de malla oxidadas, puntas de flecha, huesos mondos y yelmos abollados de las guerras entre los reyes y los nobles levantiscos. Se había criado rodeado de despojos bélicos que afloraban en primavera, cuando verdeaban los árboles. Siempre consideró aquello la premonición de que comandaría un ejército.

El pastorcillo no se arrodilló, no rezó ni abrió su corazón. Miró alternativamente los grandes ojos pintados de la Virgen y el bailoteo de las llamitas de las velas. Al rato salió y reanudaron el camino entre aclamaciones.

Al poco llegaron a Notre Dame y, en expectante silencio, se distribuyeron alrededor de las voluminosas máquinas que izaban sillares y capiteles de columnas ante la mirada de albañiles, vidrieros, escultores y operarios que manejaban cabrias y enormes fuelles y accionaban cabestrantes para elevar las piedras.

Bajo el sol de la mañana, junto al Sena y delante de la catedral a medio construir, una voz interior le susurró que había llegado el momento.

La hora de predicar la cruzada de los niños.

Las cuadrillas de canteros amontonaban los sillares sin pulir en una esquina de Notre Dame, y Esteban se subió en uno de los bloques de piedra. Extrajo del zurrón la carta, la sostuvo en alto y, con su vocecilla infantil, inició el discurso.

Al principio, la muchedumbre pasaba de largo. Nadie prestaba atención a un niño rubio que enarbolaba un papel y peroraba. Los sonidos metálicos de las herramientas de los maestros de cantería y los golpes secos de los sillares al encajar en los muros ahogaban sus palabras. Pero él insistía. Con una obcecación pareja al resonar de escoplos y martillos trabajando la piedra, Esteban continuaba su parlamento. Con la tozudez de un pájaro carpintero, hablaba sin importarle que su predicación se la llevase el viento.

Cuando tenía ya tan reseca la lengua que apenas podía continuar, varios trabajadores catedralicios se congregaron a su vera movidos por la curiosidad. Entre ellos, un cantero desbastador que, sudoroso y lleno de polvo, sostenía la maceta y el cincel. Un temblorcillo de emoción recorrió el cuerpo del niño. Se chupó los labios, salivó a duras penas y comenzó a contar la historia desde el principio, desde que, mientras pastoreaba su rebaño, se le apareció Jesucristo en forma humana y le entregó una carta. Y mostró la cruz de madera que, colgada de un cordón de cuero, llevaba al cuello, y explicó que la había pasado por las manos de Cristo, agujereadas por los clavos de la cruz.

Su inesperada facilidad de palabra, su aspecto humilde, la extraña confianza que transmitía y el contenido del mensaje arrebataron a muchos de quienes se acercaban a escucharlo. «¡Una cruzada de niños!» «¡Reconquistar Jerusalén sólo con la chiquillería!» «¡Dios en persona se lo había pedido!» «¡Los corazones puros de los más pequeños ganarían de nuevo Tierra Santa

para la cristiandad!»), empezaron a decir, y algunos se arremolinaban en torno a él, estupefactos, y otros se marchaban corriendo para contar tanta maravilla revelada.

Pasaron veloces las horas y las palabras de Esteban ya no las arrastró el viento ni fueron engullidas por el olvido. La semilla de su encendida oratoria había germinado en el corazón de muchos hombres. Brazos fuertes disputaron entre sí para llevarlo en volandas como si fuese un profeta. El pastorcillo cambió varias veces de emplazamiento para su discurso y su auditorio fue en aumento conforme las campanas de las iglesias marcaban las oraciones y misas del día. Al caer la tarde, varios cientos de hombres y mujeres de todas las edades lo seguían por las calles parisinas. Y niños de toda condición. La muchedumbre, prendada de su verbo, elevaba las manos al cielo para dar gracias por haber enviado a tan extraordinaria criatura, y un puñado de clérigos, arrobados por la oratoria mística del niño, propalaban su mensaje por todo París multiplicando su efecto.

Subido a hombros de hombres altos y robustos para hacerse oír, un Esteban henchido de fervor predicó frente al palacio de la Cité, la residencia real, y también lo hizo delante de la universidad, para escarnio de los avinagrados profesores que habían aconsejado al rey rechazar su petición por absurda. Muchachotes forzudos lo llevaban en bomborombillos y, sintiéndose a lomos de gigantes que recorrían con zancadas de siete leguas las embarradas calles de París, Esteban pregonó su cruzada a las puertas del hospital de la Trinidad, y también junto al muro del cementerio de los Santos Inocentes, adornando su alocución con el recuerdo de los niñitos degollados por orden de Herodes, proclamando que sus pequeñas almas se sentirían gozosas, arriba en el cielo, cuando la cruzada infantil entrase triunfal en Jerusalén.

En una de aquellas concurridas prédicas, un letrado adujo que la carta era una engañifa por estar escrita en lengua romance, y luego alegó que de haberla redactado Jesucristo lo habría hecho en latín, el idioma de la Iglesia, el que hablaban los curas al decir misa y sacramentar.

—La escribió así para que la entendiesen las gentes sencillas. Quien sepa leer de los aquí presentes puede hacerlo —respondió Esteban mostrando el papel a la embobada audiencia, satissubtitit con su razonamiento.

—¿Tomar Jerusalén sin armas? —protestaban airados algunos espontáneos—. ¡Qué disparate!

—¿Cómo combatirán los niños? ¿Tirando piedras? ¿Apedreando a los moros? ¡Anda ya, charlatán! —preguntaban otros con sorna.

—La inocencia de sus corazones vencerá la maldad musulmana. Dios obrará el milagro. En Él confío —respondía Esteban, impertérrito.

Una mujeruca desdentada que sostenía una cesta con conejos recién desnucados, gritó, tras gargajear, que si la carta exigía una cruzada infantil debía haberla escrito el Niño Jesús, pero Esteban le refutó que Cristo murió en la cruz hombre y no niño, y que resucitó con la misma edad que tenía al expirar en el madero, y por eso a él se le apareció como adulto, con las llagas de la crucifixión en las manos. Los religiosos que de manera espontánea ayudaban a Esteban se quedaban parados por su aplastante lógica, y decían a voz en cuello que aquel chiquillo tenía la locuacidad y sabiduría del Niño Dios cuando se perdió en el templo y San José y la Virgen María lo encontraron discutiendo con los doctores de la Ley.

Antes del toque de ánimas, uno de los clérigos, conmovido con la retórica de Esteban, lo invitó a pasar la noche en su convento, a lo que el niño, exhausto, accedió de buena gana. Parte de la impresionada multitud se negó a abandonar al que consideraban un enviado del Mesías y, así, los monjes tuvieron que abrir las puertas del convento para que sus seguidores durmieran bajo las arcadas claustrales o al sereno, junto al pozo en mitad del claustro. Y entre los prosélitos había numerosos niños que, bien solos bien acompañados por sus progenitores, después de llenar la barriga con una segunda remesa de sopa boba, sin más abrigo que sus túnicas de saya o unos ponchos raídos, se acurrucaron sobre las frías losas conventuales mientras las estrellas tachonaban la oscuridad.

A la luz de un candil, arrodillado junto a un sillar, uno de los canteros de Notre Dame que había escuchado las fogosas palabras de Esteban cinceló un *Puerorum exercitus*. Saltaron chispas al grabarlas. «El ejército de los niños». Y también esculpió un cuadrado, símbolo de la Jerusalén celeste, y una espiral, que representaba el infinito. El bloque de piedra sería izado con grúa al día siguiente para colocarlo en la parte superior de uno de los altísimos muros de la catedral. Desde allí, la inscripción desafiaría el paso de los siglos, y sólo vista por los vencejos y las golondrinas.

Había sido un día largo. Los perros ladraban a la luna. Comenzó a lloviznar. Del Sena brotaba un hálito húmedo. En París corría la noticia del milagroso pastorcillo. La mayoría de religiosos, durante la cena en los refectorios, lo tachó de perturbado o fantasioso, aunque una minoría pensaba que tamaña inocencia sólo podía provenir de Dios y que el niño era su intermediario. En las tabernas y antros, los borrachos hacían chanzas sobre las



facultades mentales del chiquillo, y decían que le regalarían a los holgazanes de sus hijos para que se los llevase a tierra de moros. Así tendrían menos bocas que alimentar y más espacio en sus angostas casas.

Esteban durmió en el catre de una celda monacal. En el duermevela, su mente se pobló de imágenes gloriosas, y tuvo la certeza de que todo cuanto imaginaba no era sino una anticipación de la realidad. Que lo que soñaba tenía que suceder.

*Condado de Blois, 7 de mayo de 1212*

Juan pasó toda la noche abrazado al cadáver de su padre. Despertó helado al amanecer, con el cuerpo anquilosado. Sólo llevaba un tabardo por toda ropa de abrigo. Dormir a la intemperie le había metido la humedad en la caña de los huesos. Al abrir los ojos recommenzó a llorar, con la cara aún pegada al cuerpo rígido de su progenitor. La realidad era peor que las pesadillas que lo habían asaltado de madrugada. Recordó. No había sido un mal sueño.

Después de derramar lágrimas tibias sobre la fría carne de su padre, se incorporó. El miedo a la soledad aceleraba su corazón. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? ¿A quién pedir ayuda? Empezó a rezar un paternóster, pero la oración se le trabucaba en el pensamiento y no le llegaba a la lengua. Los pájaros cantaban y el sol se filtraba entre las copas de los árboles. Tanto amontonamiento de muerte lo paralizó. Seguía sin entender cómo los caballos no relinchaban ni los hombres se levantaban, como si estuviesen durmiendo un sueño profundo.

No tenía a nadie en el mundo. Huérfano, sin hermanos ni familiares, solo en un país extraño. Pero tenía hambre y sed, y el instinto de supervivencia lo obligó a sobreponerse. Buscó en los zurrones y alforjas de los dos caballos muertos. Encontró una calabaza seca llena de agua y bebió hasta saciarse. Comió con ansia unos mendrugos de pan con tocino. Lloraba mientras masticaba y las lágrimas reblandecieron la miga.

Sabía que los muertos debían recibir sepultura. Así se había hecho con su madre y así había visto hacer muchas veces en las criptas de las iglesias. Pero ¿cómo iba a cavar una tumba? Carecía de fuerza para ello y además no sabía con qué hacerlo. Desesperado, estuvo un rato meditando de pie junto a su padre, cuya piel cerúlea y nariz afilada mutaban sus facciones.

Y supo que debía alejarse de allí, abandonar aquel lugar de muerte.

Metió en el tabardo el pliego con el pasaje de las *Catilinarias*, las cuartillas para practicar traducción y caligrafía y el tintero de rosca. La pluma para escribir se había quebrado y estaba inservible. La tiró.

Con el corazón encogido y una torrentera de lágrimas, se dio media vuelta y comenzó a caminar siguiendo el sendero que atravesaba el bosque.

Odió los trinos en el silencio y los rayos de sol entre los robles.

¿Qué sentido tenía tanta belleza ante tanta tristeza?

Después de andar una hora salió del bosque. De nuevo un ondulado paisaje de viñas apareció ante sus ojos. Pensó en dirigirse hacia una casa de labranza para pedir auxilio y contar lo sucedido, para que su padre y los demás castellanos recibiesen cristiana sepultura. Para que sus cuerpos no se pudriesen como alimañas.

Se cruzó con grupos dispersos de judíos. Huían de sus pueblos con un hatillo, ligeros de equipaje, mas no para caminar más rápido, sino porque con la precipitación del abandono de sus hogares tras los asaltos de las hordas cristianas no habían tenido tiempo de recoger sus pertenencias más preciadas. Cariacontecidos y recelosos, andaban con celeridad en dirección sur, en busca de lugares menos inhóspitos o donde embarcar hacia Oriente y olvidar el pasado. Condenados a no dejar recuerdo en las ciudades que habitaban, a que su vida fuese como huellas en la orilla del mar.

A ratos cruzaban el cielo palomas mensajeras. Llevaban atadas en las patas mensajes escritos en hebreo que los judíos enviaban a sus familiares y amigos de otras ciudades. Los papelitos enrollados eran a veces tranquilizadores; otras, contaban malas nuevas, provocando lágrimas de alegría o de pena que corrían la tinta de las letras. Algunas palomas eran abatidas en pleno vuelo, ensartadas en flechas o cazadas por halcones, y en ocasiones terminaban en cazuelas y los papelitos que transportaban jamás llegaban a su destino. Y las palabras de amor, tristeza o esperanza jamás serían leídas.

Al cabo de unas horas Juan divisó una cuadrilla de agricultores en la linde de un viñedo y decidió encaminarse hacia allí. Ellos lo socorrerían.

De repente, oyó un traqueteo a sus espaldas. Se giró, y vio que se trataba de un carromato. Se quedó quieto en el borde del camino de tierra hasta que el carro, tirado por una mula, se detuvo.

—¿Qué te ha pasado en la cabeza, chico? ¿Estás herido? —preguntó el hombre que sujetaba las riendas.

—Sí.

Juan se palpó el chichón de la frente. La hinchazón había bajado y la cabeza le dolía menos, pero no podía ver la costra de sangre seca que se extendía desde el nacimiento del cabello hasta las cejas.

—¿Y tus padres?

El niño se encogió de hombros y comenzó a sollozar.

—¿Te has perdido?

—Mi padre ha muerto...

Nervioso, sin aportar muchos detalles, el pequeño relató el asalto sufrido y cómo el cadáver de su progenitor estaba en mitad de un bosque, y al hacerlo señaló con el dedo en dirección al robledal donde los había visitado la muerte.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

—No.

—Se nota por tu acento. ¿Acaso eres del Languedoc?

—De Castilla. Mi padre es el señor del Puente de la Sierra.

Juan contó por encima la historia de la legación diplomática y, al finalizar, bajó la cabeza, apenado.

—Con razón estás tan triste. Pobrecito.

El hombre cogió una talega de tela y la calabaza seca que hacía de cantimplora y se apeó.

—No temas. Voy a curarte con un poco de vino —dijo en un tono tranquilizador.

Destapó la calabaza, derramó un chorrillo de clarete sobre la tumefacta frente de Juan y la limpió con suavidad con un trapo que extrajo de la talega. La herida le escocía, pero se dejó hacer. Acto seguido, el hombre presionó con una moneda el chichón y anudó el trapo alrededor de la frente, para que bajara la hinchazón.

Aquel individuo era corto de talla y panzudo. Como al hablar ponía los brazos en jarras, semejaba una orza. La protuberante nariz estaba surcada por venillas y los ojos chispeaban. Llevaba calzas de cordellate para abrigarse las piernas y en la cabeza un papahígo verdoso. Aquel gorro que se abrochaba bajo la barbilla lo protegía del frío matutino y le confería un aspecto bobalicón.

—Ven conmigo. Voy a París. Te llevaré a alguna iglesia, algún capellán sabrá cómo proceder para enviarte de regreso a tu casa.

Juan, enmudecido de agradecimiento, asintió con la cabeza.

—Sube y ponte detrás. Irás cómodo.

La trasera del carro estaba atestada de ropa que desprendía un fuerte olor a sudor agrio y a suciedad corporal. Ropa vieja. Era buhonero y se dedicaba a comprar prendas de lino usadas y raídas, que vendía para fabricar con ella papel. Al acomodarse sobre unas camisas y calzones mugrientos, Juan se dio cuenta de que, bajo una capa con capucha, una niña pequeña dormitaba,

chupándose el dedo y abrazada a una muñeca de trapo. La señaló con el índice.

—¡Oh! Es una niña judía. Están asaltando sus casas en muchos pueblos. No los quieren. Ayer la encontré en el camino, perdida, llorando desconsolada y muerta de hambre. Quizás hayan matado a sus padres. —El hombre cerró los ojos y suspiró—. La gente es muy mala. La pobrecilla apenas habla. Los señores curas también dispondrán qué hacer con ella. Ya ves, los dos habéis tenido suerte en cruzaros conmigo. Hay mucho bandido suelto.

El ropavejero miró el sol para calcular la hora, agitó las riendas y la mula, dócil y llena de mataduras, comenzó a andar. Las ruedas del carromato crujían como si fuesen a desarmarse. Pero ni sus chirridos ni el balanceo despertaron a la niña, sumida en un dulce sueño. Tal vez soñar que su madre la arrullaba entre sus brazos.

De repente, Juan sintió escalofríos. Imaginó que aquella ropa maloliente pertenecía a muertos que habían sido desenterrados para desnudarlos. Pensó en su padre, tirado en el bosque, a expensas de que algún buhonero le robase la vestimenta para trapichear.

Pero al poco se calmó y desterró esas ideas. Dentro de la desgracia había sido afortunado. Un buen hombre lo había recogido. Su padre le había enseñado a confiar en las personas mayores, en la nobleza de los corazones.

Aun así, no pudo evitar recordar la tragedia vivida y, cubriéndose la cara con unas calzas agujereadas, rompió a llorar en silencio. Rezó por el alma de su padre y dio gracias a Dios por haber puesto en su camino a aquel hombre tan caritativo.

*Costa mediterránea francesa, 7 de mayo de 1212*

Dejó atrás Narbona y, para no perderse, caminó sin alejarse de los caminos de herradura que serpenteaban por la costa. El día siguiente de su huida no descansó, pues el temor le activaba las piernas y le combustionaba el corazón. Comió algunas frutas de los árboles y bebió agua de los arroyos. Al anochecer continuó el viaje, creyendo que su cuerpo no acusaría el cansancio, que la mera voluntad primaba sobre el organismo. Pero finalmente cayó rendida y durmió un par de horas guarecida en una choza de pastores deshabitada.

Rehuía el trato con personas y, cuando de lejos veía carruajes, caballerías o caminantes, procuraba esconderse detrás de algún árbol o tumbarse en el suelo, como un animal huidizo.

El lejano sonido de bronce de las campanas regía la vida de pueblos y villas. Doblaban a muerto con inquietante lentitud, repicaban para alertar de un peligro, llamaban a misa y, en el vespertino toque de ánimas, anunciaban la hora del cierre de puertas de las murallas. Los tañidos alejaban a los malos espíritus y marcaban la vida y la muerte. Eran tiempos de paz. Los campesinos trabajaban los campos de sus señores feudales, los frailes rezaban y zampaban, las comadronas ayudaban en los alumbramientos, los gremios enterraban a sus agremiados y los barcos mercantes navegaban con las bodegas colmadas de especias. Ella vislumbraba en el horizonte marino sus velas infladas por el viento y los faroles encendidos a popa. La vida proseguía, inalterable.

Entre tanto, las imágenes del asalto a su casa se negaban a abandonar su pensamiento; tozudas, con tal insistencia que parecía que el tiempo no transcurriera y se hubiese quedado estancado en esa noche aciaga.

Pero no lloró. No porque se hubiese secado su provisión de llanto, sino porque se había hecho el firme propósito de no verter ni una lágrima más. No merecía la pena.

Dos días después, el miedo cerval se fue disipando porque su mente estaba ocupada en recuperar los intensos momentos vividos junto a Saúl, su marido. Entonces, paulatinamente, los sentimientos de desesperación y rabia

dejaron paso a la esperanza. Eso caldeó su corazón y le hizo recobrar la fuerza de voluntad.

Saúl. Saúl. Repetía su nombre para sí, sin necesidad de pronunciarlo. Lo repetía para darse ánimos. Ir en su busca era su objetivo, lo único que le importaba en la vida, pues desde que se conocieron no habían distinguido entre mío y tuyo. Ya no eran dos personas, sino una, porque ambos corazones latían al unísono, en armonía. Ni sabía ni quería vivir sin él. Ésa era la alquimia del amor.

Una semana antes, movido por una indesmayable curiosidad científica, él había emprendido el viaje a Marsella. Quería recibir clases prácticas de un colega, Jacob Halevi, un sabio y anciano judío que había estudiado en Bagdad y Alejandría y ejercido la medicina en varios países. Su fama como médico en Marsella impulsó a Saúl a conocerlo para aprender su ciencia y métodos.

Ella no tenía a nadie más. Su madre falleció de fiebres puerperales en el parto, y su padre, un acaudalado mercader de seda, la educó en Lyon como hija única, sin malcriarla; mas una mala racha en los negocios y el desfalco de un socio sin escrúpulos hicieron quebrar la sociedad mercantil y la salud de su progenitor, que murió de pena negra cuando ella acababa de cumplir diecinueve años. Entonces la desgracia se aposentó en su vida: los viejos amigos paternos, tan obsequiosos en los buenos tiempos, se tornaron desagradecidos y desaparecieron. Incluso echaban la cara a otro lado cuando se cruzaban con ella por las calles de Lyon.

Un año después del entierro de su padre, tras verse obligada a malbaratar el patrimonio para liquidar las deudas restantes, quedó en la ruina. Y cuando la negrura parecía teñirse con tinta apareció Saúl. Y todo cambió.

Fue una dulce convulsión en su vida.

Ya podía estallar una guerra, declararse una epidemia o llover fuego del cielo. Tanto daba. Nada le impediría llegar hasta Marsella para reencontrarse con él. Sabía que debía caminar hacia el este siguiendo la línea de costa. Era todo cuanto necesitaba.

Al atardecer se levantó una brisa que traía el olor del mar. Raquel, con el corazón ardiendo sin consumirse como la zarza de Moisés, continuó su camino en dirección a la salida del sol.

*París, 8 de mayo de 1212*

La mañana amaneció borrascosa y el Sena plumizo. Esteban se despertó con el alma al rojo vivo, como si en el pecho le cupiese una fragua. Saltó de la yacija en la que había dormido, comió a toda prisa la colación que le prepararon los frailes y, preso de un entusiasmo que le impedía estarse quieto, conminó a sus seguidores del día anterior a patearse París para predicar la cruzada. El niño, con el azogue que parecía hervirle en la sangre, salió del convento a paso rápido, sin que la llovizna enfriase el horno en el que se cocía su corazón.

Dos frailes, resentidos con el abad pero enardecidos por el mensaje divinal del niño, lo convencieron para que predicase en el mercado. Debía de estar abarrotado.

Efectivamente, el mercado era un hervidero a primera hora de la mañana. El humazo se mezclaba con el hedor de los desagües y con la pestilencia de las tripas extraídas a los animales desollados. Los carniceros, con sus blusones manchados de sangre y roña, despiezaban reses y desollaban liebres para exponer la carne en sus puestos al aire libre. Los pescaderos manoseaban los peces del Sena previamente rociados con orina para conservarlos durante más tiempo, y los colocaban en las tablas de sus tenderetes al tiempo que voceaban la mercancía fresca. Soldados de infantería y caballería hacían la ronda para mantener el orden en aquel recinto sujeto a las leyes reales, y los caballos dejaban un reguero de boñigas que la muchedumbre pisoteaba y diluía en los charcos de cieno.

Esteban se subió encima de un tonel de vino y sus fieles exigieron silencio. El niño comenzó a hablar con su innata elocuencia, mostrando la carta en alto como un trofeo celestial sólo durante unos segundos, para que la lluvia no corriese la tinta ni deshiciese el papel. Y al cabo de un rato, verduleros y cordeleros, especieros y cuchilleros salieron de sus tenderetes para entremezclarse con los compradores que, boquiabiertos, escuchaban al chiquillo. La fina lluvia no apagaba su verbo encendido, y los espectadores, pese a las gotitas que resbalaban por sus sombreros de paja o gorros de piel, no rechistaban. Sólo cuando terminó el sermón, se bajó del tonel de un salto,



para dirigirse luego a otros enclaves de París rodeado de muchos fieles cautivados por su retórica.

Algunos monjes versados en los comentarios del Apocalipsis, mostrando sus dedos manchados de las tintas de colores con las que pintaban miniaturas en los libros, alertaban de que la susodicha cruzada era una temeridad, porque los niños, en su expedición, se encontrarían con los monstruos que ellos dibujaban en el pergamino de los bestiarios: centauros, dragones, unicornios y sirenas.

—¿Y tales monstruosidades existen?

—¡Por supuesto!, están dibujadas y descritas en códices antiguos —respondían los religiosos como expertos en la materia. Y enfatizaban la maldad de las criaturas mitad hombre mitad caballo, el fuego que los dragones escupían por la boca, la muerte que anunciaban los unicornios al aparecer en un claro del bosque y las canciones que cantaban las sirenas para atraer a los hombres y devorarlos.

El niño, cuyas pupilas brillaban bajo las gotitas de lluvia, rebatía las advertencias de los agoreros frailes, y sus palabras eran como tijeras que cortaban los argumentos contrarios, lo que encantaba a sus adeptos, entre los que se hallaban raterillos y pequeños pordioseros que solían malvivir en la calle hasta que una enfermedad se los llevaba a la fosa común.

Aquellos fueron sus primeros cruzados.

Una exaltación vital recorrió la ciudad con el ímpetu de un vendaval. Se decía que la cruzada no necesitaba preocuparse por la comida porque Dios haría caer del cielo maná, el cual imaginaban como hogazas desmigadas o crujientes hostias consagradas, y que llovería vino, por lo que bastaría con mantener abierta la boca para beber hasta ver doble.

—Niños de toda Francia acudirán a Marsella y desde allí partiremos a Tierra Santa —anunciaba el pastorcillo.

—¿Y cuándo será eso?

—Para la siega del trigo —respondía.

—¿En qué barcos navegaréis?

—Rezaremos con fe y se abrirán las aguas del Mediterráneo, como hizo Moisés con el mar Rojo —contestaba—. El mismo milagro en distinto mar.

Respuestas tan contundentes y soluciones tan sencillas para los inmensos problemas de logística, en vez de enfriar el ánimo de la gente lo soliviantaban. Los parisinos ponían subtítulo para la concentración marsellesa: cuando el trigo esté dorado y la hoz lo corte. Daban voces de alabanza a aquella cruzada

pacífica en la que la ingenuidad infantil rendiría Jerusalén, y aplaudían al pastorcillo cuando proclamaba que iban a cambiar el mundo, pues el mundo no debía ser como se les mostraba, sino como lo pensaban.

Al inquirir cómo combatirían los niños contra los musulmanes encastillados en Jerusalén, Esteban se encogía de hombros y respondía que no le había sido revelada la forma, pero que el Señor, en su infinita sabiduría, les mostraría la solución llegado el momento. Y esa ambigüedad revolucionaba la delirante imaginación de la gente, que elucubraba que las saetas y lanzas sarracenas se convertirían en agua antes de hincarse en la carne, que a la morisma se le engarrotarían los brazos y serían incapaces de sostener un arma, o que una lluvia de azufre y fuego al estilo del Antiguo Testamento asolaría la ciudad para que pudieran entrar los niños cruzados.

Las mujeres más piadosas llamaban al pastorcillo «el amiguito del Niño Dios» o «el ahijado de Cristo» y cosas de más sonrojo, y las abuelas cogían en brazos a los nietos para que tocasen a Esteban y así quitarles el mal de ojo o curarlos de enfermedades reales o imaginarias. Y hombres y mujeres, seducidos por la mágica verborrea del chiquillo, decían que predicaba «el evangelio según Esteban».

Había, cómo no, personas que tildaban de chiflado al niño, de engatusador, o de pertenecer a la clase más peligrosa de idiota: el que no es consciente de su tontuna y se cree listo. Protestaban, alarmados, que era una locura que una mesnada de niños jugase a ser soldaditos de Dios, pues una cosa era entretenerse con batallitas con juncos y cañas a guisa de lanzas y mandobles y otra ir a la guerra.

Entre el estamento clerical, los pocos que daban pábulo a la profecía de Esteban tenían en común el estar descontentos con la insignificancia de sus vidas y el resentimiento hacia sus superiores jerárquicos. Encontraron en la predicación del niño un revulsivo para abandonar sus monasterios y capellanías y se lanzaron a conquistar un futuro que se les había presentado tan esquivo que llegaron a pensar que ya sólo tenían pasado.

Y antes de que saliera la luna, el pastorcillo y sus numerosos fieles volvieron a distribuirse por el claustro, los almacenes y otras dependencias del convento. Antes de dormir, con los materiales donados por entusiastas artesanos, construyeron estandartes y lábaros según las instrucciones de Esteban.

Éste, después de tomar un sopicaldo que le entonó el cuerpo, explicó que en cuanto reclutase el número suficiente de niños, partirían hacia el sur. Y sin

dudarlo pidió al puñado de religiosos que lo seguían que marchasen al día siguiente a predicar la cruzada en las poblaciones más cercanas a París.

La voz interior le había anunciado que la partida tendría lugar en tres días.

*París, 10 de mayo de 1212*

Al atardecer, el buhonero llegó a las puertas de París con el cargamento de prendas usadas y los dos niños que había recogido por el camino. La niña, que no pronunciaba palabra, permanecía todo el tiempo abrazada a su muñeca de trapo y comía con lentitud trozos de pan endurecido, cecina y cortezas de queso. Juan, apenado por la muerte de su padre, apenas había tomado bocado a causa de la bola de congoja que se le formaba en la garganta.

—Pararemos allí —dijo el hombre, señalando con el dedo un molino situado junto a un arroyo.

El ropavejero no era persona dicharachera, pero durante el trayecto los había alimentado dos veces diarias y permitido dormir arropados entre las malolientes prendas que llenaban el carronato. Juan pensó que el hombre iba a comprar harina de la que debía molturarse en el molino. La desgracia se había cebado con él, pero al menos la providencia divina había enviado un alma caritativa para socorrerlo. Aun así, la sensación de desolación y pérdida no abandonaban su corazón.

El carro se detuvo cerca del molino, de cuyo interior salían unos rítmicos golpes, como si un gigante apalease sin desmayo a sus víctimas. Un gato negro cruzó silente por delante de la carreta y Juan lo miró furioso. Dos hombres vertían cubetas de pulpa blanquecina dentro de moldes de madera y alambre. Al ver al conductor del carro, posaron los cubos de madera en el suelo y se acercaron. No saludaron.

—¿Traes buena carga?— se limitó a preguntar uno de ellos.

—Muy buena.

El buhonero se apeó de un salto y conminó a los niños a bajar.

—¿Y éstos quiénes son?

—Los encontré perdidos. Pobrecitos. Después los dejaré en buenas manos.

Los chiquillos bajaron y los tres hombres descargaron la mercancía. Tuvieron cuidado de apartar los sombreros y hacer con ellos un montón aparte.

—De aquí saldrán los chapeos que los *monsieurs* se quitarán para saludar a las damas.

Y rieron al unísono, como si hubieran dicho algo muy gracioso. Ya pensaban en que los forrarían, guarnecerían y falsificarían la marca del gremio de sombrereros parisinos para revenderlos como si fuesen nuevos y de calidad.

Con la ropa vieja fabricarían papel. Las prendas, sumergidas en agua y golpeadas sin cesar por gruesos mazos de madera movidos por el molino hidráulico, eran reducidas a una masa que, vertida en moldes y puesta a secar al sol, se convertía en finos pliegos de papel en los que sus señorías firmaban sentencias, los notarios redactaban testamentos, los mercaderes consignaban las cuentas y los obispos escribían pastorales. Las camisas, túnicas y calzas que una vez vistieron cuerpos hermosos o deformes se transmutaban en las hojas donde se componían poemas, se legaban patrimonios o se enviaba a reos a la horca. No cabía mayor metamorfosis.

Los fabricantes de papel pagaron el precio convenido y lo invitaron a beber una jarra de vino sin aguar, pero el ropavejero alegó tener prisa:

—Debo ocuparme de estas criaturitas. Pronto anochecerá. —Se persignó y se besó el pulgar.

—Encontrarás París convulso —comentó uno de los papeleros—. Un pastorcillo medio chiflado quiere reconquistar Jerusalén con un ejército de niños. —Se llevó el dedo a la sien y lo giró como si fuese una barrena.

El buhonero reanudó el camino. No tuvo más remedio que pasar cerca de la leprosería de San Lázaro. Se llevó un pañuelo a la boca para no contagiarse con las miasmas que exhalaban las gentes en cuarentena del pequeño edificio. En la puerta del lazareto, un médico, escoltado por dos guardias, repasaba la lista de defunciones diarias, de quienes habían pasado de enfermos a cadáveres. Entretanto, un enterrador cargaba los cuerpos en unas parihuelas tiradas por un rocín. Los arrastraba asidos de las muñecas, sin miramientos. No les darían sepultura en lugar sagrado para no exponer a los sanos al contagio.

Una vez sorteada la leprosería, entraron en París. La luz languidecía. La niña acunaba a su muñeca para que se durmiese y Juan, sentado en la parte trasera del viejo carromato, observaba la desmesura de la ciudad. Nunca había visto nada igual. Palencia era su referencia, pero su urbanismo no podía compararse con la altura de las casas parisinas ni la longitud de sus calles. El olor cenagoso del Sena y a fritanga de las posadas prevalecían sobre otras pestilencias. Las ruedas del carromato traqueteaban y parecía que los radios iban a descuajaringarse en cualquier momento.

Al rato, el ropavejero se detuvo delante del hospicio de Santa Catarina. Estaba a punto de anochecer. Las campanas dieron el toque de ánimas. En la cancela del hospicio había colgado un farol. El hombre bajó del carro, se quitó el papahígo y se rascó la cabeza, como si aquel gesto sirviese para mejorar las entendederas. Llamó tres veces con el aldabón de la puerta y, al poco, abrió un seglar. Se trataba de un viejo cargado de espaldas que, al verlo, esbozó una sonrisa huérfana de dientes. Tenía los dedos retorcidos por la artritis y sus manos semejaban garras.

—Es tarde. No son horas.

—Traigo dos niños.

—¿Están sanos?

—Compruébalo tú mismo.

El anciano se frotó las manos, se chupeteó los labios, cogió de la alcayata el farol, dio un par de pasos y observó a la niñita a la luz de la vela, que ardía embutida. El vestido de terciopelo rojo que llevaba brilló al acercarse la llama anaranjada.

—Es muy linda. No parece enferma.

—Está más sana que una manzana —respondió el ropavejero mientras se anudaba la cuerda que le sujetaba los calzones—. Es judía. Algún fraile tendrá que cristianarla.

Juan observaba al vejestorio que sostenía el farol para examinarlos. Se mantenía callado y confiado. Tenía hambre. Suponía que pronto le darían de cenar y que algún capellán, como le había prometido el bonachón del buhonero, se encargaría de solventar su situación de orfandad y desvalimiento. El anciano, que movía las mandíbulas como si mascase aire, subió por fin el farol para iluminar a Juan, y le gustó su cara.

—El rapaz es fuerte y de buena cuna. Y hermoso. No hay más que ver la calidad de su ropa, su tez y sus finas manos. Éste nunca ha cogido una azada. ¡Je, je, je!

—Bajad. No tengáis miedo —les indicó entonces el ropavejero.

La niña abrazó a su muñeca de trapo y bajó de un salto del carro. Juan la imitó.

—Venid conmigo. Os daré un plato de comida caliente. ¡Una succulenta cena os aguarda! —El anciano puso un tono de voz meloso.

Entraron en el hospicio de Santa Catarina. El viejo tosió, cerró la puerta con una pesada llave y la atrancó con una barra oxidada. Los cuatro recorrieron un pasillo en el que la humedad rezumaba por los muros, como si

las piedras sudasen un agüilla helada. Las pisadas retumbaban en el silencio.

Atravesaron un pequeño patio porticado y entraron en la sala de convalecientes, donde varias decenas de enfermos, encamados o sentados en taburetes, esperaban a curarse o morir. Los clérigos acogían a pobres y peregrinos para confortarlos en cuerpo y alma, y administraban más extremaunciones que medicinas y comidas debido a la gravedad de muchos de los ingresados. Para no malgastar velas, ardían allí varias lamparillas de aceite, que aportaban una luz tenue, casi enfermiza. Olía a emplastos, a medicamentos y a deposiciones. Un facultativo y un practicante comprobaban con la palma de la mano la calentura y, si alguno ardía de fiebre, deliraba y convulsionaba empapado en sudor, colocaban a los pies del camastro un candil encendido, señal de que la muerte lo acechaba. El galeno, con bata manchada de pus y sangre de los forúnculos sajjados, diagnosticaba con rapidez las enfermedades. «Cólico miserere, baile de San Vito, hidropesía», decía, categórico.

Atravesaron la sala de convalecientes con rapidez. El ropavejero se pinzó la nariz con los dedos para no respirar el aire cargado de efluvios mientras iban sorteando los bacines y escupideras llenos de vómitos y excrementos. En ese momento el médico agarraba un afilado escalpelo que goteaba sangre de los golondrinos y bubas que había rajado para extraer la supuración. Ni él ni el practicante, absortos en su tarea, se dignaron mirar al buhonero y a los niños.

Se cruzaron con clérigos de coronilla tonsurada y con seglares que ayudaban en el cuidado de moribundos. Al pasar delante del refectorio, Juan aspiró un olorcillo a rica comida y ensalivó. Recorrieron otro pasillo y entraron en una gran sala iluminada por cuatro candiles colgados de las paredes. Era el dormitorio colectivo de los expósitos, de los huérfanos, de los abandonados al nacer por ser un estorbo, una carga insoportable o el fruto de un desliz.

Una tufarada de sudor rancio y mugre recibió a Juan. Entre las hileras de literas, muchos niños harapientos hacían cola para recibir una grasienta papilla que repartía un cocinero, gordo como un marrano cebado. Tras recibir una escudilla de aquella bazofia, se retiraban al jergón de paja que les correspondía para engullir con las manos el condumio. Por encima de ellos, las rejas de los altos ventanucos estaban tan oxidadas que los churretes de herrumbre resbalaban por la pared.

Todos estaban molidos tras la jornada de trabajo en los talleres

habilitados en el hospicio. Desde la salida del sol hasta el ocaso, con sólo un breve intermedio para la sopa boba del almuerzo, los niños empleaban las horas en manufacturar cuerdas y sogas de cáñamo, tejer cestas de mimbre, elaborar sandalias de esparto y cuero y fabricar velas de sebo. El agotador trabajo los dejaba rendidos y hambrientos.

Dos niños se enzarzaron en una pelea para disputarse unas cucharadas de comida. El fraile vigilante los separó a correazos, las escudillas rodaron por el suelo y los pequeños empezaron a chillar, doloridos y rabiosos por los golpes.

La niña judía hizo un puchero y, con un rapidísimo gesto, le dio la vuelta a la muñeca para taparle la cara contra su pecho, para que no viese aquella violencia que le había recordado las escenas del cruento asalto a su casa por parte de las turbas. Cuando mataron a sus padres.

Tras la somanta de palos propinada a los niños, el cocinero hundió el cazo en la marmita de las gachas, espesas como una argamasa, y continuó llenando las escudillas de los expósitos que, obedientes, esperaban su turno y comían a dos carrillos, aunque aquel comistrajo ni saciaba su apetito ni les aportaba energías.

Juan tuvo el convencimiento de que lo habían engañado. Ningún sacerdote enviaría cartas ni haría gestiones para devolverlo a su hogar. No sabía dónde se encontraba, pero parecía un lugar aterrador. Acuciado por el miedo, se dio la vuelta y trató de escapar por donde había venido, pero el ropavejero adivinó sus intenciones, le soltó un guantazo y lo lanzó contra la pared.

Aturdido y sobresaltado por aquel estallido de violencia, se quedó paralizado, incapaz hasta de soltar una lágrima. Le pitaban los oídos y le ardía la cara de la bofetada.

—De aquí no te muevas —le advirtió el hombre con tono de voz sombrío y sonrisa hipócrita.

El anciano, aún con aquella sonrisa blanda, extrajo unas monedas de plata de una faltriquera, las contó y las puso una a una en la mano extendida del buhonero.

—Te pagaré el precio habitual —dijo el viejo.

—¿Estás borracho? El niño es de la nobleza. Su padre era conde o duque de no sé qué. Vale el doble de la tarifa normal —repuso el otro, contrariado.

—Veré qué puedo hacer.

—Eres un tacaño —contestó ahora, en tono conciliador.



—Sólo velo por la buena marcha del negocio. La cosa está muy mal últimamente —alegó el anciano abriendo las manos, en un falso gesto de impotencia.

—Sabes bien que habrá muchos compradores para una niña bonita y un mozalbete tan bien parecido. Estos niños son mercancía de primera. No te quejes y págame el precio que valen.

El anciano suspiró, resignado, y le dio cuatro monedas más.

El ropavejero movía los labios mientras contaba el dinero. Quedó satisfecho con la cantidad, musitó un «adiós» y se fue.

El viejo empujó por los hombros a la niña y a Juan para que hiciesen cola y recibiesen su ración de gachas.

—Están muy ricos. Dormiréis aquí. Buscad una litera. Esta mañana se han muerto tres y hay sitios libres —repuso con indiferencia.

Juan, sintiendo una intensa quemazón en la mejilla golpeada que se le empezaba a hinchar, obedeció de manera mecánica, aturdido todavía por la guantada. Se echó a llorar. Demasiadas desgracias en muy poco tiempo. La atroz muerte de su padre y el engaño del ropavejero lo sumieron en un llanto desconsolado.

Bajo la escasa iluminación aceitosa de las candelas y rodeado de huérfanos hambrientos, los labios del niño se entreabrieron para pronunciar el nombre de su padre como si fuese una letanía. Sintió que su alma se tintaba de negro.

La vida se había ensañado con él.

*Costa mediterránea francesa, 10 de mayo de 1212*

Anohecía. La brisa marina arrastraba olores de salitre, algas putrefactas y peces muertos. Comenzaba el parpadeo de plata helada de lejanas estrellas. Los caminos se vaciaban de gente con las campanadas del toque de ánimas. Hora del apresurado regreso, de la salvaguarda. Los campesinos aparejaban a las bestias y cargaban a hombros los aperos para regresar raudos a sus casas y chozas de techo de bálago. Las mujeres, después de la jornada en el campo, sacaban a sus hijos pequeños de las jaulas donde, al clarear el día, los habían metido, no por castigo, sino para protegerlos del ataque de lobos y perros cimarrones asilvestrados. Aquellas jaulas de hierro, situadas en la linde de los bosques, quedarían vacías hasta el próximo amanecer. Pronto se haría la oscuridad y ningún caminante se atrevería a salir por miedo a los salteadores, a las alimañas y a las brujas. Robaban, atacaban, hechizaban.

Raquel tenía destrozados los pies de tanto caminar. Andaba sin descanso, infatigable. El hambre roía sus tripas y el miedo, su mente. El cansancio, la ansiedad latente y la falta de comida le consumían las energías, aunque su fuerza de voluntad se sobreponía a la debilidad. Se alimentaba con la poca fruta que robaba de los huertos, pues a pesar de que disponía de algún dinero, no se atrevía a comprar comida en alguna venta o aldea por si la identificaban como judía. Todavía tenía fresco el recuerdo de aquella aciaga noche de odio. Su miedo era que la persiguieran y apalearan como a un animal rabioso.

Su corazón se caldeaba pensando en Saúl. El temblor que no le provocaba pasar la noche a la intemperie se lo causaba recordar los despertares junto a él. Con el frío del amanecer solían abrazarse bajo la manta buscando el calor de la pareja, aspiraban el olor de sus alientos, exploraban los cuerpos con avidez, se besaban y hacían el amor sin prisas hasta quedar satisfechos, acurrucados, mirándose a los ojos mientras los latidos se desaceleraban. No necesitaban palabras para expresar lo que las miradas y las caricias expresaban. Después de las frases susurradas y de los gemidos, llegaba el gustoso silencio.

Cuando más tarde él salía para atender a sus pacientes impedidos o debilitados para caminar, ella anhelaba su regreso. Lo hacía con palpitante

ilusión, de manera que las esperas, en vez de agitadas, eran serenas, y lo que más la emocionaba no era verlo llegar, sino oírlo llegar, escuchar sus pasos en el zaguán tras cerrar la puerta de la calle. Para Raquel, la prueba del amor era la promesa del retorno.

Pensar en su marido y soñar con el reencuentro la mantenía en pie. Eso evitaba que decayese su ánimo. Esos pensamientos la sostenían de sol a sol.

Conforme la luz declinaba buscó dónde refugiarse para pernoctar, mas no halló ninguna cabaña deshabitada. Tendría que dormir al raso, hecha un ovillo. Los ruidos de la noche no la sugestionaban, ni tampoco le causaban temor las supersticiones ni los cuentos de brujería. Los lobos sí la aterraban, pero como no había escuchado aullidos en la noche sólo le podía infundir temor la maldad de los hombres.

A lo lejos divisó a una figura. Caminaba en su misma dirección. Tuvo reparos y por un momento dudó si debía salir de la vereda para no toparse con ella. Pero tuvo un palpito y aceleró el paso.

Se trataba de una mujer. Eso la tranquilizó.

Cuando restaba poco para darle alcance, la mujer se detuvo, dejó un hatillo en el suelo, se dio la vuelta y se quedó mirando a Raquel. La examinaba.

—¿Qué quieres? —preguntó a bocajarro.

—Nada.

—¿Adónde vas?

—A Marsella.

—¿Estás sola?

—Sí.

El cielo no era aún del todo negro y la última claridad permitió a Raquel apreciar su aspecto. Vestía ropas humildes, no era tan joven como ella y su robustez y la desafiante mirada le daban un aire fiero. Pensó que aquel encuentro fortuito había sido una equivocación, pero, cuando iba a continuar su camino, la mujer relajó el gesto, puso los brazos en jarras y le espetó con satisfacción:

—¡Tú eres judía!

Raquel se quedó atónita, con los pies clavados en el suelo. Apretó los puños, nerviosa.

—Tan judía como yo. ¿No es así? —volvió a preguntar.

—Sí... Lo soy —titubeó.

—Salta a la vista. ¿De dónde eres?

—De Narbona.

—Yo vivía en un pequeño pueblo. Da igual el nombre. Nunca volveré. — Sus palabras tenían la contundencia del hierro—. ¿Qué haces sola?

—Busco a mi marido.

Un aleteo de sombra cruzó por la mirada de la mujer.

—Tienes suerte. Yo perdí al mío. Lo mataron. A él y a otros —dijo bajando la voz.

—Lo siento mucho.

—Sí. A mí no pudieron atraparme. Me escapé —respondió, hinchando el pecho.

Mientras tanto, con las manos apoyadas en las caderas, no dejaba de mirar a Raquel de arriba abajo. Reparó en la tersura de su piel, en lo cuidadas que tenía las manos, en sus gestos refinados y en la calidad de sus ropajes.

—Eres rica. Tú tienes de aquí. —Y frotó el índice contra pulgar.

—No. Mi padre sí lo fue hasta... hasta que lo perdió todo.

—Lo sabía. Te criaste como una rica. Comiste con cucharas de plata. Se nota a la legua.

Ya había anochecido. El recorte de la luna brillaba con intensidad. Ululó un búho. Ambas cruzaron las miradas y, tras los tanteos iniciales, no necesitaron decirse que juntas se sentirían más seguras en la noche.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó la mujer.

—Raquel.

—Yo, Esther. ¿Tienes hambre?

—Sí.

—Tengo unos trozos de queso, algo de pescado ahumado y pan. Pude salvar unas hogazas de mi panadería antes de que le prendiesen fuego.

—Gracias. Puedo pagarte.

Hizo amago de buscar una moneda pero Esther la detuvo con un rápido gesto de la mano.

—No hace falta. Compartiremos la comida. Estamos solas y tenemos que ayudarnos.

Raquel, superada la inicial desconfianza, se atrevió a preguntar:

—¿Adónde vas?

—Escapaba. Me alejaba...

—¿Te da igual adónde ir?

—Tanto me da. Si tú vas a Marsella, iré contigo. Dondequiera que esté esa ciudad. He oído hablar de ella.

Esther miró alrededor, localizó una hondonada cerca de unos árboles y dijo:

—Haremos fuego allí, nos calentaremos, comeremos algo y buscaremos dónde pasar la noche a cubierto. Juntas, nos protegeremos mejor.

Salieron del camino y se encaminaron hacia la arboleda para recoger ramas y hacer una fogata. Pisaban tierra blanda, humedecida. La brisa traía los olores muertos del mar, de las algas y los peces pútridos, y quizá de los naufragios. Volvió a ulular un búho y su canto hizo más profunda la noche.

A lo lejos se oía el rumor del mar y en lo alto brillaban los luceros. Dos mujeres se adentraban en el campo. Frente a la implacable naturaleza y bajo el universo, dos personas.

Ya no estaban solas.

*París, 11 de mayo de 1212*

Después de romper el alba la cruzada de los niños alzó sus estandartes y se puso en marcha. Esteban, con una madurez impropia de su edad, predicaba por las abarrotadas calles que no pretendían evangelizar Jerusalén, sino conquistar Tierra Santa. Miles de pequeños caminaban en pos del pastorcillo y un puñado de clérigos entusiastas alababa al Señor, vitoreaba al niño profeta y gritaba: «¡Marchamos como Moisés a Canaán, la Tierra Prometida!»; a lo que otros contestaban: «¡Vais como ovejas al matadero!». Había por igual niños y niñas, porque Esteban predicaba que el Señor no hacía distinciones entre los que alzarán sus banderas. Las campanas repicaban como en los días de gloria, una cacerolada los despedía en son de burla, las risas de pitorreo se solapaban a los llantos de emoción y las mujeres arrojaban flores desde las ventanas alfombrando de pétalos las pisadas de los niños cruzados. París se había quedado paralizada.

—¡Vámonos! —gritaban los niños.

Los curas dejaban de decir misa y sin quitarse las casullas recamadas salían a la puerta de las iglesias para presenciar el espectáculo; los médicos desatendían a sus pacientes y las prostitutas interrumpían el goce de sus clientes para ver la procesión; las llorosas madres decían adiós a sus hijos enrolados o los buscaban si se habían escapado para ir a Jerusalén, y las niñas colocaban flores en las ballestas de los soldados para que una primavera de paz hiciese olvidar las armas.

—¡Vámonos, vámonos! —decían los niños.

Los maestros gremiales dejaban a medias los trabajos para no perderse la despedida; los enterradores abandonaban a los muertos en las oscuras criptas y salían a la luz del día con los ojos entrecerrados para no deslumbrarse; los taberneros no aguaban el vino de los toneles ni añadían tajadas de gato a los guisos de liebre con tal de contemplar a los seguidores del pastorcillo, y los ladrones lanzaban aclamaciones e improperios mientras birlaban las repletas bolsas de los asombrados espectadores.

—¡Vámonos, vámonos, vámonos! —segúan gritando los niños.

Los guardias que custodiaban las puertas abiertas de las murallas les

franquearon el paso y los niños dejaron de caminar por calles para hacerlo en el campo; los arriñonados agricultores se irguieron y saludaron con sus grandes sombreros de paja; los comerciantes remontaban el Sena con sus barquichuelas y hacían bocina con las manos para motejar de aborregados o animar al minúsculo ejército de cruzados. Flotaban vilanos en el aire. Los repiques de campanas sonaban a Domingo de Resurrección.

Así se fueron de París a Jerusalén.

*París, 11 de mayo de 1212*

Antes de que rayase el alba reinaba el silencio en el hospicio de Santa Catarina. En la sala hospitalaria los agonizantes expiraban en sus camastros, el boticario ultimaba emplastos y pócimas en el habitáculo de la farmacia, los frailes se desperezaban y, con legañas en los ojos, se dirigían a la capilla para el rezo de maitines, mientras en el dormitorio colectivo de ventanas enrejadas los huérfanos dormían y soñaban con inalcanzables vidas felices.

El cocinero, alumbrándose con un candil, miraba con sigilo las literas de los hospicianos. Acercaba la débil luz al rostro de los niños, salivaba y repetía la operación una y otra vez. Un cazador al acecho de su indefensa presa. Buscaba a un chiquillo en particular. Si alguno de los chicos tenía la cabeza cubierta con la manta remendada, la retiraba para que la llamita iluminase su rostro.

Al rato de búsqueda, por fin lo encontró. Uno de los nuevos. Se había fijado en él la noche anterior, cuando le sirvió la papilla. Carne fresca. Al descubrirlo arrebuñado, el cocinero se relamió y lo destapó con brusquedad.

Juan.

Lo agarró con fuerza del cuello, lo sacó de la litera y le dijo en voz baja:  
—Si gritas, te mato a palos.

Juan, sobresaltado por haberse despertado en mitad de una pesadilla, no acertaba a discernir qué sucedía, por qué aquel hombre lo sujetaba con violencia. Trató de gritar, pero estaba paralizado de miedo y estupor.

—No te resistas, que es peor. Este juego te va a gustar. Ya verás cómo disfrutas —susurró el cocinero con voz atiplada mientras se encaminaba a la puerta.

El hombre respiraba agitado, excitado por lo que estaba a punto de suceder. La papada le retemblaba y se pasaba la lengua por los labios, engolosinado.

Aunque el pánico lo atenazaba, Juan tuvo conciencia de que aquel hombre iba a hacerle algo malo y, sobreponiéndose, consiguió morderle en la mano. El cocinero pegó un respingo y dio un alarido.

—¡Aaaayyyyyy!



El agudo chillido sonó como una trompeta en la oscuridad. Se le cayó el candil y se apagó. Se hizo una brusca oscuridad difuminada sólo por la luz lunar filtrada a través de los ventanucos. Algunos niños abrieron los ojos alarmados mientras otros, sabedores de las costumbres del cocinero, apretaron los párpados y se taparon la cabeza con la manta en un infantil gesto de escabullirse del peligro. Pero todos los corazones comenzaron a latir deprisa, como si un demonio les hubiese dado cuerda.

Nadie hizo nada. Ningún expósito osaba moverse por temor a recibir una paliza y luego ser violado.

—¡Cerdo asqueroso, suéltalo! —gritó uno de repente saltando de la litera.

Era de los mayores. El más fuerte quizá. Corrió hacia el cocinero y le propinó una patada en los testículos que lo hizo doblarse sobre sí mismo. Cuando abrió la boca para tomar aire, el niño le atizó un puñetazo en la barbilla y continuó pateando su barriga de tonel hasta que lo derribó al suelo.

—¡Aaaayyy, que me mata, que me mata! ¡Socorro! ¡Aaayyyy!

Gritaba como si hubiese llegado su San Martín. Todos los huérfanos se habían incorporado en sus literas y, boquiabiertos, contemplaban la merecida paliza que estaba recibiendo aquel cocinero que de tantos de ellos había abusado. El niño cesó de pegarle, tomó de la mano a un asustado Juan y dijo:

—¡Vámonos! ¡Todos fuera! ¡Vámonos de aquí!

El hombre, despatarrado y aún protegiéndose los testículos con las manos, continuaba dando alaridos y pidiendo auxilio. Los ojos desorbitados. Algunos hospicianos abandonaron los sucios lechos y cruzaron miradas, y en sus ojos se encendió una lucecita de esperanza.

—¡Vámonos! ¡Es nuestra oportunidad! —volvió a gritar el niño justiciero.

Los expósitos, espoleados por aquella llamada a la libertad, echaron a correr hacia la puerta que el cocinero había dejado entornada, con el cerrojo descorrido por fuera. La algarabía y el griterío alarmaron a los frailes y al boticario, que interrumpieron las oraciones de maitines y la elaboración de medicamentos para ver, con estupefacción, cómo más de doscientos niños corrían por las dependencias del hospicio con ímpetu de vendaval.

Irrumpieron en tromba en la gran sala de convalecientes, derramando el viscoso contenido de los orinales; sortearon las camas donde yacían enfermos y cadáveres aún calientes, recién expirados, y el facultativo, ojeroso por la mala noche pasada, se quedó mirándolos como un pasmarote. Cruzaron un

claustro con luz de luna encharcada en las losas y asustaron a los clérigos legañosos que abandonaban la capilla olorosa a incienso. Entraron en la farmacia poseídos de una rabia liberadora, tiraron al suelo albarelos, orzas y morteros, esturrearon ungüentos y drogas, y las sanguijuelas de las sangrías se retorcieron en el suelo buscando a tientas sangre que vampirizar.

Ningún religioso o personal a su servicio intentó detener la estampida infantil que, irrefrenable, alcanzó la puerta principal del recinto hospitalario. El viejo portero, asediado por la vociferante chiquillería, no pudo evitar que los más avispados le quitasen la llave. Al fin abrieron el portón y huyeron del hospicio de Santa Catarina.

Los dos centenares de niños sintieron la ebriedad de la libertad. Muchos no habían conocido otra cosa en sus cortas vidas que las paredes hospicianas, y estar de repente en las calles y bajo el cielo abierto les pareció el paraíso. Los más chiquitines, sin saber bien qué hacer, se pegaban a los mayores como polluelos. Y así, bandadas de chiquillos vestidos con sayos y con el cráneo rasurado para evitar piojos y liendres, se desperdigaron por París antes de que los frailes pudieran dar la alarma por su escapada.

Recorrieron la ciudad agrupados, desconfiados de los hombres que los llamaban a gritos o simulaban voces confitadas. Les daba miedo valerse por sí mismos, pero, antes de que saliese el sol, se toparon con la peregrinación de muchachos que marchaba hacia Jerusalén, hacia aquel país maravilloso donde la felicidad sería completa. Los hospicianos confiaron en las palabras esperanzadoras de aquellos niños que encontraron en las calles y, junto a ellos, se sintieron a salvo.

Fascinados por el revuelo de la cruzada y la promesa de gloria predicada por Esteban, se unieron al grupo poco después del amanecer. Todos ellos habían sido abandonados por sus padres al nacer, o repudiados, y los adultos les habían proporcionado una vida de privaciones, castigos, abusos y desesperanza. Los huérfanos, despojados de la caridad, olvidados del mundo de los mayores, creyeron que sólo estarían a salvo junto a otros niños, sobre todo si iban en pos de aventura. Nada malo podría pasarles.

Juan no se despegó del chico que lo había salvado de las garras del cocinero. Aunque apenas hablaron las primeras horas de aquel día extraño y glorioso, pues las emociones desbordadas y las ensoñaciones no dejaron lugar para las palabras.

Al alejarse de París, Juan se acordó de la niña judía que abrazaba la muñeca de trapo. Intentó buscarla entre la multitud caminante recordando que

llevaba un vestido rojo. Pero fue en vano.  
Nunca más volvió a verla.

*Abadía de San Denis, 11 de mayo de 1212*

El rey paseaba por la sala con las manos a la espalda. Pensaba. Los chorros de luz que entraban por las ventanas formaban charcos de sol en el suelo. Los latines cantados de los monjes sonaban lejanos, amortiguados por la piedra de los muros y la madera de las puertas. Flotaba un tenue olor a incienso, a cera derretida y al palosanto de los arcones. Sus consejeros legistas le presentaban documentos que prefería firmar como *Rex Franciae* en vez de *Rex Francorum*, para distinguirse de sus predecesores. El monarca había sido informado de la partida de la cruzada infantil organizada por Esteban, el pastorcillo, y del ambiente festivo vivido en París. Felipe Augusto recorría despacio la estancia y preguntaba a sus consejeros:

—¿El niño ha ocasionado tumultos?

—No, majestad —respondió un secretario pelado con melena corta y nuca y sienes afeitadas.

—¿Ha conculcado alguna ley?

—Ninguna.

—¿Ha desafiado el principio de autoridad?

—No.

—¿Ha obligado a otros niños a sumarse a su loca cruzada?

—No, que sepamos.

—¿Cuántos son?

—Millares. Portan estandartes, cruces y flores. No empuñan armas.

—¿Qué dice el pueblo de mi decisión de no ayudar al pastorcillo?

—Que tenéis el corazón de piedra, señor.

—No se gobierna un reino con un corazón abizcochado, sino con uno de hierro.

—Podríais haber demostrado tener sentimientos, majestad.

—Los sentimientos son propios de mujeres. Un rey debe carecer de ellos.

El bufón, achispado por el alcohol, y enfadado al pensar en las mujeres de las que nunca gozaría y en los amigos sinceros que jamás tendría, no supo callarse:

—¡Tantas preguntas y respuestas me dan dolor de cabeza! ¡Me aburro!

—Calla, que estás borracho —le ordenó el monarca, dándose la vuelta—. El vino blanco que bebes gracias a mi generosidad es el que moja los labios de los reyes de Francia al nacer.

—¡Qué honor coger cogorzas así! —respondió, provocador, a sabiendas de que podía recibir una patada en el trasero.

Felipe Augusto lo ignoró, entrelazó los dedos de las manos y caminó por la sala caldeada por el sol. Meditaba de nuevo. Aquellos rayos primaverales calentaban sus maltrechos huesos, vapuleados durante la juventud, cuando dirigiera la Tercera Cruzada en tierras lejanas. Cerró los ojos y recordó su época de soñador, los tiempos en que estaba convencido de poder cambiar el mundo con una espada en la mano y palabras gloriosas en la boca. La edad lo había vuelto un hombre cauteloso, desconfiado y pragmático. Se había convertido en un político.

—¿Qué tipo de niños se han unido al pastor?

—Sobre todo pobres. Morralla —respondió el canciller del Tesoro.

—¿Y adultos?

—Algunos, majestad. Un puñado de sacerdotes y monjes de fe inflamada. Y otros hombres de baja condición. Parece ser que de ideas extremistas.

El rey esbozó una sonrisa zorruna. Sus ojos brillaron bajo la luz de una de las altas y estrechas ventanas. Sólo veía por un ojo. Ser tuerto no lo aplejaba. La idea de la ceguera es lo que lo atormentaba. Pero callaba sus miedos. No era amigo de mostrar debilidades.

—¿Desea Su Majestad que detengamos la insensata cruzada? —preguntó un consejero.

—Al contrario. Nos conviene que esos desgraciados tengan el camino expedito.

Los consejeros levantaron las cejas, sin entender. El monarca se detuvo cerca de la chimenea con un manto de cenizas frías, y se explicó:

—Nos conviene que los clérigos más radicales y fantasiosos, los menos apegados a la realidad, acompañen al pastorcillo en su patraña. Esos hombres son los que incendian los corazones de las masas al estallar las revueltas. Que se marchen. Seguramente morirán, vivirán en lejanos países o, si regresan, serán el hazmerreír y jamás podrán movilizar al pueblo contra la Corona o la Iglesia. Nadie confiará en ellos. A ojos de la gente, serán bufones. Cómicos.

—¿Y los niños, majestad?

El rey suspiró. Alargó las manos hasta tocar los rayos de sol que penetraban por los ventanales. Se deleitaba en aquel gesto pueril, como si la

luz fuese algo táctil.

—¡Ah, los niños! —repuso al cabo—. Decís que muchos de ellos son pobres, ¿no es así? Hay exceso de mendicidad infantil en París, en toda Francia. Los conventos no dan abasto con la sopa boba para alimentar a tanto vagabundo y menesteroso. La mayoría de esos pequeños morirá pronto por una causa u otra. El hambre, las enfermedades, el frío... Y quienes sobrevivan a la niñez acabarán en el cadalso, con una soga al cuello por ladrones o asesinos. Y las niñas, pobrecillas, terminarán como carne de prostíbulo. El mundo es cruel con quienes nacen indigentes. Bien pensado, la cruzada del pastorcillo abreviará los sufrimientos presentes y futuros de miles de infelices. Se convertirán en ángeles en el cielo. ¿Y decís que salieron de París con flores?

—Las niñas las cogieron del campo, como en los días de fiesta. Hicieron ramilletes.

—Al menos dispondrán de flores para sus entierros —respondió el rey, en un arrebató de humor negro.

—¿Entonces no se les facilitará alimento?

—No se les prestará ayuda de ninguna clase. Que se busquen la vida —zanjó.

El bufón, tras la media botella de vino de la Rochela bebida, parecía meditar, pero su cara pánfila sólo reflejaba su mundo interior. Le entró hambre y se dirigió a la cocina abacial para buscar algo que zampar.

—¡Estoy harto de oír hablar de niños! —exclamó al marcharse—. ¡Ojalá las brujas se los lleven volando! A mí que no me monten en la escoba, que me mareo. —Y hacía eses al andar, medio ebrio.

Nada más salir al corredor, el bufón se topó con una dama, camarera de la reina Isambur, la danesa de carácter tan frío como su país. La dama, gruesa y de manos grandes, le arreó un guantazo.

—¿Me pegáis porque soy enano? —protestó el bufón, con el oído pitando.

—Te pego porque eres un deslenguado. Deja de contar chismes.

—¡Oh, ya entiendo! Os referís a vuestro marido. Él es el que tiene el miembro muy largo. O eso dicen ciertas señoras.

La camarera de la reina le soltó otra bofetada.

—La próxima vez, te caparé como a un gorrino —amenazó, y se marchó dejando al bufón con la cara colorada.

El resto de la mañana los consejeros estuvieron presentándole al monarca el estado de cuentas del Tesoro Real. Las arcas estaban repletas. La bonanza

de cosechas y el auge comercial habían permitido el puntual cobro de impuestos. La prosperidad del reino y el sometimiento de la nobleza levantisca reforzaban cada día el poder del rey.

Felipe Augusto, ocupado en sus asuntos contables, no volvió a interesarse por la cruzada de los niños.

El brillo del oro era más importante que el don de la ingenuidad.

*Proximidades de París, 11 de mayo de 1212*

Las nubes de polvo indicaban el avance de los niños cruzados. Descalzos, con sandalias o alpargatas, caminaban sin prisa en un ambiente festivo. Levantaban polvaredas por los caminos de tierra y cantaban y reían por lo que les esperaba y por lo que dejaban atrás. Se sentían felices por un futuro esplendoroso y porque olvidaban las miserias con las que los había bendecido la vida desde su nacimiento. No habían conocido más que penurias, maltrato y desdén.

La extraordinaria noticia volaba de pueblo en pueblo, de manera que los agricultores, al ver pasar la comitiva, se hincaban de rodillas y juntaban las manos para rezar, o escupían en la hierba y se mofaban de aquellos infelices. Las campanas de las iglesias saludaban a lo lejos el advenimiento de los chiquillos, repicando como en Pascua Florida.

Las niñas confeccionaban coronas de flores silvestres para ponérselas. Se sentían como novias frente al altar o princesas de cuento de hadas. Y cuanto más se miraban entre ellas más reían y cantaban, pues para muchas era el día más feliz de su vida. La alegría era tan contagiosa que a algunas les daba por chillar o llorar, y todas se abrazaban. Las palizas, el trabajo brutal, la desesperanza y los abusos cotidianos se habían trocado por un viaje mágico en el que conquistarían una ciudad lejana por voluntad del Señor. Muchas tenían agujereados los dedos de ayudar a su madre hilando en la rueca. Se cogían de la mano y daban saltitos, se intercambiaban con coquetería las coronas floridas, canturreaban y soñaban despiertas los sueños que nunca habían tenido dormidas.

Esteban, a quien las niñas habían colgado guirnaldas de flores, caminaba rodeado de niños que se disputaban su favor y amistad a base de gracias, pruebas de fuerza, carreras alocadas y juramentos de fidelidad perruna. Pugnaban por convertirse en sus favoritos, en sus amigos íntimos, y para conseguirlo recurrían al ingenio, la delación, la violencia larvada o la fanfarronería. El pastorcillo no mostraba inclinación por ninguno en particular, pero les dejaba hacer, por lo que la competición de afectos no cesaba en ningún momento.



La cruzada la encabezaban los religiosos que se habían unido a ella en París. Y a veces se entremezclaban con los pequeños, les preguntaban sus nombres y acariciaban los remolinos de sus cabezas para congeniar. Y cuando se acercaban a alguna aldea, los clérigos se adelantaban para predicar la buena nueva ante un improvisado auditorio, y bastantes niños, con el corazón desbocado al oír aquellas palabras, abandonaban familia y hogar sin que las amenazas de los padres y los lamentos de las madres sirviesen para disuadirlos. Eso quienes tenían familiares, porque los que malvivían de la caridad no se pensaban dos veces sumarse a la cruzada. Los niños olvidados, aquellos que incluso por no tener no tenían ni nombre ni sabían su edad, por primera vez en sus miserables vidas se sentían acompañados, acogidos por sus iguales.

Al caer la tarde, los más memoriosos, los que mejor retenían las maravillas de las que habían oído hablar en París los días previos a la partida, comenzaron a mirar al cielo para ver si caía maná o migajas de pan candeal. Tenían hambre.

Señalaban las nubes dispersas y voceaban que llovería el vino aguado que los curas bebían en misa. Y abrían la boca como guacharros para tragarse aquella ricura y no desperdiciar ni una gota. Tenían sed.

Pero ni cayeron pedacitos de pan ni llovió vino rebajado con agua.

Sin paciencia para milagrerías, impacientes por comer, los más osados se dispersaban por los plantíos para robar fruta, mientras los más maliciados entraban furtivamente en los corrales para llevarse los huevos recién puestos y las gallinas y los conejos, para asarlos más tarde tras partirles el pescuezo.

Para conseguir alimentos, los frailes predicaban en las aldeas con la intención de mover a caridad y pedir sustento. Modulaban la voz como si estuviesen en el púlpito, recurrían a una oratoria cuaresmal, hacían aspavientos con las manos, exageraban el hambre de los niños e imploraban a las buenas gentes que les diesen comida y bebida. Y tan convincentes resultaban sus desgarradoras escenificaciones, que los aldeanos buscaban en sus despensas y graneros y se quitaban de la boca los alimentos para dárselos. Los clérigos, agradecidos, los bendecían con señales de la cruz trazadas en el aire y repartían las vituallas entre los niños, que se las quitaban de las manos.

Al atardecer, el pastorcillo ordenó hacer un alto para pernoctar. El cielo despejado no anunciaba lluvia, podrían dormir bajo las estrellas. Los niños comenzaron a buscar acomodo sobre la hierba, junto a los árboles, pues sus troncos y frondosas copas les proporcionaban una rudimentaria seguridad. Se

sentían protegidos arrimados a las moreras y los olmos.

Conforme el azul celeste viraba al marino, Juan buscó recostarse contra un tronco. Cuando antes del amanecer se había producido la fuga masiva del hospicio, los chicos, vagando por las calles de París en su recuperada libertad, descubrieron el ambiente sobrecargado de emoción que rodeada la salida de la cruzada del pastorcillo. Los expósitos, al no saber qué hacer ni adónde ir, se unieron a ella movidos por una instantánea solidaridad. Los adultos les habían proporcionado una vida desgraciada y pensaron que, entre niños, estarían mejor. Sin azotes, abusos ni engaños.

Juan seguía sin perder de vista al chico valiente que lo había defendido en el hospicio, el que le molió las costillas al asqueroso cocinero cuando se lo llevaba agarrado por el cuello. Corrieron juntos por las calles de París, resbaladizas por la mugre, el fango y la humedad matinal del Sena, y también cuando se sumaron a la masa infantil.

El valeroso muchachito dio una carrerilla y se sentó en el verdor de la hierba, bajo un frondoso árbol.

Juan se acercó con los labios combados hacia arriba. Era la primera vez que sonreía desde la muerte de su padre. Se quedó plantado delante de él.

—Gracias —dijo, escueto.

—¿Por qué?

—Por haberme salvado de ese horrible hombre.

El chico se encogió de hombros y soltó aire por la nariz.

—Se lo merecía. Es un cerdo. A mí nunca se atrevió a ponerme las manos encima. No quería que le hiciese esas cosas a nadie más. Los otros niños lloraban mucho luego.

—¿Cómo te llamas?

—Pierre.

—Yo, Juan. ¿Has comido?

—Algo. He podido pillar un cacho de pan y una longaniza.

—Yo un poco de chacina y queso.

—Algo es algo. Con el estómago vacío se duerme mal. Cogemos el sueño.

Pierre sonrió y se palmeó la barriga. A pesar de tener aproximadamente los mismos años que Juan, su constitución recia le hacía aparentar más edad. Sus ojos marrones brillaron al compás de su sonrisa, y Juan se alegró. Se encontraba junto a una persona de fiar. Su padre le había enseñado a prevenirse contra los hombres y mujeres cuyos ojos jamás sonreían a pesar de

que lo hiciesen sus labios, y a desconfiar asimismo de quienes no miraban de frente, pues las miradas atravesadas escondían un alma venenosa.

—Siéntate —dijo Pierre.

Juan se sentó a su lado, sobre la fragante hierba.

—He oído decir muchas cosas... —Y preguntó—: ¿Sabes a dónde vamos?

—Dicen que a Jerusalén. No sé dónde está. —Pierre hizo un mohín con los labios y puso cara de ignorancia.

—Donde murió Cristo.

—¿Y dónde cae eso?

—Lejos. En Tierra Santa. Mi padre me lo explicó.

—Entonces nos espera un largo viaje. A no ser...

—¿Qué?

—A no ser que antes encontremos un buen lugar para quedarnos. Tú y yo, juntos. Yo puedo defenderte y tú parece conocer el mundo. —Entrecerró los ojos con teatral astucia e hizo una pausa—. ¿Sabes leer?

—Claro.

—¿Y escribir?

—También.

A Juan le parecían tan normales esos saberes que no entendía la cara de asombro de Pierre.

—¡Ya lo decía yo! —Se dio un golpe en la frente con la palma de la mano—. Eres listo, y yo fuerte. Nos apañaremos.

El día, moribundo, se teñía ya de azul oscuro. Las estrellas más tempranas aparecían y la brisa acariciaba la hierba. La tierra desprendía un suave olor a feracidad, a promesas de cosechas. Juan respiró hondo. Aquel aroma bajo el anochecer lo sosegaba. La compañía de su nuevo amigo era un asidero con la vida, porque tanto había sufrido desde la violenta muerte de su padre, que en algún momento pensó que su corazón reventaría de soledad y pena.

Ya no estaba solo.

*Alrededores de París, 12 de mayo de 1212*

Atardecía con suavidad. Soplaban una ligera brisa que acunaba las hojas de los árboles. Los campesinos, encorvados sobre la tierra, apuraban las horas de sol. La aldea estaba en calma. Un niño, en brazos de su madre, mamaba una leche que le agriaría la sangre. La mujer miraba con aspereza a su esposo, grande y de musculados brazos. Se habían casado hacía un año; ella había encontrado un marido que la protegiera y él, viudo, una mujer que le calentase el lecho. El hombre había dejado el peto de cuero en la herrería y se secaba el sudor de la frente con el peludo antebrazo. La fragua y los hierros al rojo vivo daban un calor sofocante, pero más calor irradiaba el corazón del atribulado herrero al coger la mano de su hijo de cinco años.

—¿Dónde vamos, padre?

—Ya lo sabrás, Philippe.

Salieron de la aldea y no miraron atrás, por lo que el herrero no pudo ver la sonrisa de piedra de su mujer ni la dureza mineral de su mirada. El airecillo removía las hojas de la primavera, pero no secaba el sudor del hombre, que le empapaba la camisa blanca.

—¿Por qué tiembla, padre?

—Porque te quiero mucho, hijo mío.

Caminaron por campos de trigo verde sin mediar palabra. El niño, callado, de vez en cuando alzaba los ojos para mirar a su padre, encerrado en el mutismo. El hombre pensaba y mascullaba. Pensaba en las palabras del joven predicador que, días antes, visitó la aldea para anunciar la partida de una cruzada infantil liderada por un pastorcillo santo, y mascullaba entre dientes por la decisión que su esposa le había obligado a tomar. «Deshazte de tu hijo», le había dicho. Ella no lo había aceptado desde el primer momento porque le recordaba a la primera mujer que él tuvo. «Con el hijo que te he dado, te basta», había dicho ella con voz tan fría como el agua donde el herrero sumergía los hierros candentes tras martillearlos sobre el yunque.

Ni supo ni pudo contestarle que no. Así que aquel atardecer de mayo, aprovechando que la cruzada del pastorcillo bendecido por Dios pasaba cerca de la aldea, la madrastra del niño propuso que había que aprovechar la

ocasión. El herrero, alto y fuerte como un titán, temblaba de pena y su corazón ardía de vergüenza mientras caminaba de la mano de su hijo.

A lo lejos divisaban ya la comitiva de alevines cruzados. Sus cabecitas sobresalían entre el mar de espigas, que se ondulaban con los soplidos de la brisa como olas de trigo.

—¿Dónde vamos, padre?

—Con esos niños de allá.

Alcanzaron a los niños, que caminaban despreocupados, empuñaban cruces hechas con ramas y lucían coronas de flores en la cabeza. Hablaban mucho, reían, cantaban, hacían carrerillas y discutían por pequeñeces. Parecía una romería, un día festivo.

Una banda de hombres malencarados seguía a los pequeños a cierta distancia. Llevaban sacos vacíos a la espalda y vino peleón dentro del cuerpo. Reían como hienas y algunos se tambaleaban al caminar.

El herrero conminó a su hijo a unirse a los pequeños caminantes dándole un suave empujón en la espalda.

—Ve con ellos.

Philippe dio unos pasos pero se detuvo, temeroso. Dio la vuelta y regresó junto a su padre. Éste volvió a empujarlo con su manaza para que se mezclase entre los niños.

—Quiero volver a casa, padre —adujo, asustado y sin comprender qué sucedía.

—Ve con ellos.

—¿Qué he hecho de malo?

El padre, con las palabras atascadas en la garganta, sólo atinó a decirle:

—Ve con estos niños, Philippe. Cuando llegues adonde se dirigen, encontrarás una madre.

El niño, atónito, se quedó clavado en el suelo como una estaca. Y empezó a llorar en silencio, sin aspavientos. Mientras las lágrimas rodaban por su cara, su padre le dio la espalda para regresar a la aldea, al hogar, junto a su esposa y su niño sin destetar.

El herrero aceleró el paso. Se juramentó no mirar hacia atrás para evitar ver el llanto de su hijo. La misma brisa que convertía el campo en un oleaje de cereal arrastraba las voces agudas de los chicos que iban a Jerusalén. Oscurecía. El hombre recordó algo y se le encogió el corazón.

Cuando llegaba la noche, Philippe sentía miedo.

*Roma, 12 de mayo de 1212*

El frufrú de las sotanas y las pisadas sobre el mármol eran los únicos sonidos en los largos corredores del palacio Laterano. Los jóvenes sacerdotes que estaban a cargo de la burocracia papal o que asistían a los viejos cardenales caminaban erguidos como arbotantes de catedrales, tiesos de envanecimiento por servir a la curia romana y manejar el creciente papeleo de la Santa Sede. A su exultante juventud, los sacerdotes que andaban con aire de conquistadores de mundos lejanos sumaban la promesa de una meteórica carrera eclesiástica, por lo que, cuando hablaban, lo hacían secreteando, conversando en voz muy baja entre sí o con los viejos purpurados para que los demás no estuviesen al tanto de sus confidencias. La información era poder.

Uno de esos sacerdotes entró en la sala del Triclinium Leoninum con un cartapacio bajo el brazo. El Papa estaba de pie, bajo el magnífico mosaico del ábside que representaba a Cristo y sus apóstoles, hieráticos, de frente, flotando en un tiempo sin tiempo. La luz de la mañana hacía destellar el dorado de las teselas. Con el pontífice conversaban varios cardenales y un joven clérigo que lucía un fajín de seda negra sobre la sotana. El sacerdote, cuyos andares enérgicos resonaban entre los mármoles de colores, no se dirigió hacia sus eminencias. Extrajo dos papeles del cartapacio de piel de carnero y se los entregó al joven religioso.

—El memorándum y la carta que me solicitó su reverencia —le susurró.

—Gracias, puede retirarse.

Francesco Roncalli leyó los documentos concentrado, sin que le importase estar acompañado. Tenía la capacidad de ensimismarse al instante y el don de decir lo que pensaba sin endulzar sus opiniones. A sus veintiocho años se había labrado un brillante futuro en la Iglesia. Al ser miembro de la Corte Pontificia, la proximidad al Papa le había granjeado su confianza, por lo que éste le pedía a menudo consejo. Eso levantaba recelos entre el cardenalato.

—¿Problemas, Su Reverencia? —le preguntó un cardenal de nariz aguileña.

—Soluciones —respondió el joven clérigo.

—¿Para algún asunto de su interés particular? —inquirió el anciano.

—Para la Iglesia.

Francesco se aproximó a Inocencio III y le comunicó que el rey de Castilla se estaba preparando para enfrentarse al todopoderoso ejército almohade de Miramamolín, el príncipe musulmán que había prometido extender su imperio africano hasta la mismísima Roma y la sede papal, en cuyas fuentes, había manifestado con jactancia, abrevarían sus corceles y en cuyas pilas de agua bendita se mearían.

—El rey castellano hace una petición, santidad.

—¿Dinero? —el Papa enarcó una ceja.

—Misas.

—¡Ah! Es un buen cristiano. —Y relajó el gesto.

—El monarca solicita que Su Santidad aplique una eucaristía por el éxito de los preparativos de la guerra que se avecina contra los mahometanos.

—Así lo haremos. Nos aplicaremos mañana la misa del alba por la preparación de la cruzada.

Los cardenales, atentos a las palabras entre el Papa y Francesco, asentían con la cabeza e intentaban no perder hilo. Debido a la incipiente sordera, algunos estiraban su cuello de tortuga, ladeaban la cabeza y se llevaban la mano a la oreja para escuchar mejor. Los rayos de sol que penetraban por las ventanas iluminaban la techumbre de madera de la espaciosa sala. Las velas de las lámparas que colgaban del techo estaban apagadas, sus churretes de cera solidificados y los pabilos ennegrecidos. En aquella sala se reunían los concilios cuando los papas los convocaban. No olía a incienso.

—Hay otro asunto del que quería hablaros, santidad —le dijo Francesco, en tono susurrante.

El joven sacerdote y el pontífice comenzaron a andar despacio hacia la espléndida fuente de pórvido que decoraba la sala. Inocencio III, a sus cincuenta y un años, conservaba el vigor y la lucidez de su mocedad. Era alto y espigado y, al contrario que la mayoría de los cardenales, no estaba cargado de hombros. El peso del pontificado parecía una levedad física, algo que sobrellevaba sin merma de sus facultades, sin necesidad de que los protomédicos vaticanos le suministrasen medicamentos vigorizantes. Llevaba muy corto el poco pelo que le quedaba y su nariz era aquilina, como la de los bustos de los patricios romanos. Caminaba con gravedad, gesticulaba con lenta y estudiada solemnidad y sus penetrantes ojos imponían, pues apenas parpadeaba y no desviaba la mirada. Su físico y su voz timbrada revelaban su

aristocrática cuna y, como tenía la piel pálida y unas manos nervudas de dedos largos, las venas azuleaban al dar a besar su anillo. El anillo del Pescador.

—Si no tenéis inconveniente, he preparado un encuentro con los gremios.

—¿En San Pedro o aquí, en palacio?

—Donde tengáis a bien.

El Papa titubeó. Sus pensamientos entrecucharon antes de responder, y tal cosa se reflejó en el gesto dubitativo de su cara. Tras unos segundos lo hizo como solía, usando el plural mayestático:

—No encontramos motivos suficientes para rodearnos de gente. Estamos por encima de esas menudencias.

—Si Su Santidad me lo permite, el propio Jesucristo no rehuía el contacto humano. Antes bien, buscaba la cercanía de enfermos y tullidos.

—¿Acaso pretendéis, Francesco, que nos curemos milagrosamente a mancos, cojos y ciegos? ¿Qué impongamos nuestras manos sobre sus taras? ¿Que les nazca un nuevo brazo, vuelvan a caminar y recuperen la vista? —Su mirada se clavó en la del sacerdote.

—Claro que no, santidad. Lo único que pretendo es que las buenas gentes sientan la cercanía del vicario de Cristo. Muchos se sentirán confortados.

—Podría entenderse que ese gesto restaría majestad a la dignidad que representamos.

—Más bien sería un gesto que realzaría vuestra dignidad, santidad. Sois el representante de Jesucristo en la tierra y Nuestro Señor consolaba a los desvalidos y pobres de espíritu. Imitaréis su ejemplo. Por toda Roma y los Estados Pontificios se ha extendido la opinión de que sois un hombre especial. Además...

—¿Sí?

—Además, los agremiados que solicitan ver a Su Santidad hacen un trabajo excelente para la cristiandad. Tejen los tapices que decoran este palacio, bordan las casullas que ensalzan las eucaristías y labran las esculturas que honran a Dios.

—¿Acaso no se les paga cumplidamente por esos trabajos?

—Hay cosas más importantes que el dinero. Ver de cerca a Su Santidad, por ejemplo.

Inocencio III se detuvo. Los rayos de sol iluminaban los zapatos de tafilete rojo con hebillas de plata, la sotana blanca y la esclavina púrpura. Compuso un esbozo de sonrisa.

—Está bien. Ocupaos de ello, Francesco —dijo.



En ese momento, uno de los celosos cardenales se acercó con pasos cortos y reclamó la atención del pontífice. Entre tanto, en un movimiento combinado, otro purpurado se aproximó a Francesco y le deslizó unas palabras al oído:

—Gozáis de gran predicamento con Su Santidad.

—Sólo soy un humilde servidor.

—Demasiada influencia para ser tan joven.

—Con dos años más de mi edad, eminencia, Cristo comenzó a predicar. Y si poco después Él estuvo preparado para morir, yo lo estoy para servir a la Iglesia.

—Que sepáis que en la Iglesia se necesitan años para alcanzar ciertos privilegios. Haber vivido mucho evita cometer fallos de envergadura y hacer juicios equivocados sobre las personas.

—Yo no soy juez, sino sacerdote.

—La experiencia nos dicta que el mundo se gobierna con el temor.

—El evangelio habla de amor.

—Me jacto de tener pocos amigos y muchos enemigos. Es preferible ser temido a ser amado.

—No sabéis cuánto lo lamento, eminencia. Debe ser triste vivir así.

El cardenal abrió la boca para responder, pero sólo exhaló un aliento que olía a podrido, como si su alma estuviera en descomposición.

—Que su reverencia se ande con cuidado —dijo entrecerrando los ojos—. Lo vigilamos, Francesco.

—¿Y qué? Dios nos vigila a todos.

—Sois amigo de las novedades. No pretendáis cambiar nada. *Malae sunt novae consuetudines* —advirtió con un tono que aparentaba ser afectuoso pero que resultó amenazador.

Francesco sonrió al escuchar aquella máxima, tan apreciada en la curia, de que cualquier novedad era signo del Mal, y luego se dio la vuelta, pues un sacerdote entraba en la sala del Triclinium Leoninum con rápidos andares. Sus pisadas resonaban entre las paredes marmóreas. Estaba alterado. Los cardenales enmudecieron y palidecieron a la vez. Cruzaron miradas de pánico al pensar al unísono que el imbatible ejército de al-Nasir se aproximaba a Roma. El Papa, ducho en bendecir cruzadas, se mantuvo imperturbable. Cerró los puños.

—Traigo una mala nueva. El cardenal Pignatelli acaba de expirar.

Sus eminencias respiraron y se persignaron. El Papa mostró la palma de

las manos.

La muerte había visitado a un anciano compañero del colegio cardenalicio. Los prolongados suspiros de alivio antecedieron a relampagueantes miradas de alegría. A la proveya edad de los cardenales, la muerte ajena se vivía como una victoria propia, como una prórroga, un tiempo añadido antes de bajar a la fosa. Una vez repuestos, sabedores de que la guadaña había pasado de largo, pusieron caras compungidas, se lamentaron de la irreparable pérdida y se abrazaron sin rozarse, a la protocolaria manera eclesial.

—Tendrá las exequias merecidas —comentó un purpurado.

El sacerdote tosió. Reclamaba atención.

—¿Sucede algo? —preguntó el pontífice.

—El médico que atendía al difunto cardenal Pignatelli sospecha que Su Eminencia ha sido envenenado.

Los cardenales miraron hacia otro lado. El Papa no se alteró. Los rumores de envenenamientos entre miembros de la curia eran frecuentes. Casi rutinarios.

Francesco se santiguó y abandonó la enorme y bella sala del Triclinium Leoninum.

Aquella estancia nunca olía a incienso.

*Alrededores de París, 12 de mayo de 1212*

Los merodeadores, amparados por la oscuridad que se cernía, se acercaron con los sacos abiertos. Caminaban por el trigal con el sigilo y la rapidez que les permitía el alcohol ingerido. Conforme se aproximaron a los niños más rezagados de la cruzada, sus ojos comenzaron a desprender un brillo etílico y sus bocas a mostrar sus negruzcos y afilados dientes. Prendieron a varios pequeños, los metieron en los sacos y huyeron con ellos al hombro, mientras los gritos y lloros de los niños se perdían en la inmensidad de la noche que se echaba encima.

Philippe, desconcertado aún por el proceder de su padre, que lo había abandonado con aquel enjambre de niños, se había quedado de los últimos. Tenía un nudo en la garganta y se enjugaba las lágrimas con la manga de la camisa. Atolondrado, caminaba muy despacio, y se había quedado descolgado de los demás.

Entonces vio cómo aquella banda de ladrones robaba niños. Y sintió miedo.

De súbito, un hombre se abalanzó sobre él sosteniendo un saco.

Y echó a correr.

Corrió con todas sus fuerzas.

El hombre daba largas zancadas. Alargó una de sus zarpas, rozó el cuello de Philippe, tropezó debido al vino bebido, cayó al suelo blasfemando y el niño escapó.

Philippe seguía corriendo para alcanzar al grupo de niños peregrinos. Los secuestradores se alejaban con sacos abultados en los que los niños se rebullían inútilmente. Los lamentos se perdían en el mar de trigo.

La comitiva se había detenido al encontrar una extensa arboleda donde pernoctar. Philippe, asustado, dejó de correr cuando se entremezcló entre ella. Miró atrás y no vio a aquellos hombres. Entonces, respiró.

Pero, una vez superado el peligro, volvió a cobrar conciencia de su situación y una oleada de tristeza le recorrió el cuerpo. Le flojearon las piernas y le afloraron las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

El pequeñín se dio la vuelta. Eran dos chicos. Uno más alto y fuerte que el otro.

—¿Qué te sucede?

Philippe hizo acopio de valor antes de responder:

—Mi padre me dijo que siguiera a los niños. —Su voz, anegada de pena, temblaba.

—¿Y tu madre?

—No tengo. Mi padre me dijo que, al final del camino, encontraría una madre.

—Pues te engañó. No encontrarás a ninguna madre. Vamos a Jerusalén. A conquistar Tierra Santa —contestó con sequedad y orgullo el más fornido.

Philippe sintió una amargura tan grande que se echó a llorar. El sentimiento desbordó la esclusa de su corazón. Lloró en silencio. Las lágrimas le resbalaban y la cara le ardía. Su padre le había mentado.

—No te preocupes. Nosotros cuidaremos de ti. ¿Cómo te llamas? —dijo el menos fuerte.

—Philippe —respondió, con un hilillo de voz.

—Yo me llamo Juan. Éste es Pierre.

El pequeño asintió con la cabeza. Miró hacia la negrura del cielo y dijo, con la voz entrecortada:

—Cuando se hace de noche me da miedo.

Juan se arrimó a él y le cogió la mano.

—No tengas miedo. Yo te protegeré, y Pierre nos protegerá a ambos. Ven, dormiremos juntos.

Los tres se dirigieron hacia los árboles bajo los que la muchedumbre se disponía a dormir al raso. La brisa nocturna acariciaba los trigales verdes con manos invisibles. Los niños más dispuestos tronchaban las ramas más bajas y recogían palos para hacer fuego. Pronto brotaron las lumbres. Asomaron los luceros. Luz fría en el firmamento y luz caliente en la tierra.

*Costa mediterránea francesa, 13 de mayo de 1212*

Raquel y Esther caminaban bajo el sol de mediodía por un sendero que tenía profundas rodadas de carros. La cuneta del camino amarilleaba por la abundancia de jaramagos, los campos de amapolas eran un océano rojizo y en el cielo no volaban nubes. Esther era más locuaz, Raquel más introvertida. La mañana era calurosa y tenían hambre.

A lo lejos divisaron a un mozalbete que atendía a un hombre tirado en el suelo. Oyeron lamentos.

Apretaron el paso. El muchacho trataba de socorrer a un anciano que gritaba de dolor. El hombre, con las cuencas de los ojos blanquecinas, no paraba de lanzar quejidos y de revolverse en el suelo. El chico, torpe en su impotencia, manoteaba un brazo del viejo, sin saber qué hacer. Junto al cuerpo del hombre doliente había una zanfona. El instrumento musical del ciego.

—Al pobre hombre le ha dado un tabardillo —dijo Esther, meneando la cabeza.

—¿Qué le pasa? —preguntó Raquel.

—Ha tropezado y, al caer, se ha hecho daño —respondió el lazarillo, angustiado.

—Déjame ver —dijo ella.

Se agachó y comprobó que al anciano se le había salido el hombro. Sabía que era algo extremadamente doloroso. En algunas ocasiones había presenciado cómo su marido resolvía situaciones así en la consulta de su casa, alertada por los berridos de quienes eran transportados hasta allí en tal estado. Como era observadora y tenía buena memoria, recordaba los movimientos que hacía su esposo para recolocar el hombro en su sitio.

—Intentaré arreglarle el brazo.

El viejo, desesperado de dolor, pataleaba y gritaba. El brazo dislocado permanecía inmóvil, en una extraña posición. Causaba impresión mirarlo.

Raquel se dirigió a Esther y al chico:

—Agarradlo de los pies para que no se mueva.

Ambos obedecieron. Ella, sin titubear, sujetó el brazo desencajado y, con dos movimientos rápidos, le dio un tirón mientras lo giraba hacia la izquierda.

El brazo encajó en su sitio. El anciano invidente dejó de gritar y de patear. Su cara ya no estaba desencajada de dolor. Todo había sucedido en un instante. El tormento se había esfumado.

Esther, boquiabierta por la habilidad de su compañera de viaje, sonrió.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto? ¿Acaso eres concertadora de huesos? ¿Curandera?

—Mi marido es médico. He visto cómo lo hace —respondió con orgullo.

—Una vez vi a un cabrero hacerle eso a un choto. Pero una cosa es componerle los huesos a un animal y otra a una persona. ¡Ya sabía yo que eres muy lista!

El lazarillo, al que se le había pasado el susto, ayudó al ciego a levantarse.

—Dame un pañuelo —pidió Raquel al chico.

El muchacho extrajo de su talega un trapo verde, Raquel le hizo un nudo y le puso al viejo el brazo en cabestrillo.

—Téngalo así varios días. Si no lo mueve, mejorará más rápido.

—Gracias, buena mujer —murmuró el ciego con voz trémula.

El lazarillo recogió del suelo el cayado, el sombrero de ala ancha y la zanfona. Se colgó a la espalda el voluminoso instrumento de música y le dio al anciano el largo bastón que le servía para caminar. El sombrero estaba polvoriento.

—Di un traspié, caí y me hice daño. Estoy torpe. Mis muchos años son un estorbo. Tu ayuda, mujer, ha sido providencial. ¡Bendita seas! —dijo, agradecido.

—No hay de qué —contestó Raquel—. Pero no haga esfuerzos, no le conviene.

—¡Oh, ha sido milagroso! El dolor era insoportable y de repente se me ha quitado. ¡Hubiera preferido la muerte antes de seguir padeciendo ese sufrimiento! ¡Dios te colme de bendiciones!

Los ojos blancos del ciego, faltos de vida y de pupila, asustaban porque no miraban hacia ningún sitio, sólo hacia el interior de sí mismo. Era un hombre robusto con una larga barba canosa que le llegaba hasta el pecho.

—¿Falta mucho para llegar al pueblo? —preguntó al lazarillo.

—Poco. Ya lo veo a lo lejos —contestó el muchacho.

—Acompañadnos. Comeremos juntos. En el zurrón tengo comida suficiente.

Esther, muy extrovertida, no tardó en aceptar la invitación:

—¡Claro, estamos muertas de hambre!

Anduvieron durante un trecho y se sentaron junto a una fuente situada a la entrada de la población. De los establos provenía un olor a boñiga fresca. El ciego se lamentaba de que, al tener inmovilizado el brazo, no podría tocar la zanfona durante algunos días, y como el lazarillo carecía de oído y no había aprendido a manejarla, sustituiría la música por canciones hasta que pudiese girar la manivela y tañer las cuerdas del instrumento.

—Comprobemos que no ha sufrido ningún desperfecto con la caída. Dámela —exigió.

El lazarillo colocó con cuidado el delicado instrumento sobre las piernas del ciego, éste hizo girar el manubrio y a continuación, con el brazo sano, tocó las cuerdas. El complejo y hermoso instrumento funcionaba. No se había roto con el golpe, ni siquiera desafinaba. El viejo sonrió con su boca desdentada y emitió una risilla aguda.

—Menos mal. No se ha descompuesto con el batacazo. Gracias a esta maravilla vivo de las limosnas. —Acarició la madera de la zanfona con sus dedos rugosos—. Y ahora, comamos y bebamos, que ya hay gazuza.

El muchacho extrajo del zurrón una calabaza seca llena de clarete, pan, queso y lonchas de carne ahumada. El ciego ensalivó al olor de las viandas. Se relamía. Tras el doloroso percance se le había abierto el apetito.

El lazarillo le pasó la calabaza al anciano y éste, molesto por la descortesía, le dio un manotazo.

—¡No seas cafre! ¡Ofrece primero a las señoras!

El chico le pasó la calabaza a Esther, la cual, tras quitarle el tapón de corcho, la sostuvo en alto para beber un largo trago de vino.

—¡Ah, qué bueno está y qué bien entra! —Se limpió los labios con la mano—. Toma, bebe.

Raquel cogió la calabaza que servía de cantimplora y titubeó. Ella siempre bebía en vaso. Jamás lo había hecho como su compañera, y le daba vergüenza chupar. Probó suerte. Vertió un chorrito de clarete en la boca y se atragantó. Esther y el lazarillo rieron a coro.

—¿Qué sucede? —preguntó el ciego.

—Esta mujer no sabe beber a chorro —explicó el muchacho, atónito.

—¡Mi amiga es muy fina!

Los tres rieron mientras Raquel, abochornada, le tendía la calabaza con el vino al lazarillo, el cual repartió equitativamente el pan y el queso.

El viejo masticaba, feliz. Las dos mujeres saciaban el apetito cerrando

los ojos para saborear mejor aquella humilde comida que les sabía a manjar. Apretaba el calor del mediodía. Los pájaros piaban posados en las copas de los árboles. El cielo seguía como había amanecido: afeitado de nubes, de un azul limpio. El mundo parecía un lugar apacible.

El muchacho entregó a cada cual una loncha de carne ahumada. Al coger la suya, Esther la olió.

—¿Qué es? —preguntó.

—Carne, qué va a ser —respondió el lazarillo, pasmado de explicar una obviedad.

—Ya, pero ¿qué tipo de carne?

—Cerdo.

Ambas se miraron y rechazaron comerla. El muchacho, molesto por el desprecio, dijo:

—Está muy buena.

—No la queremos. No comemos cerdo —dijo Esther.

El ciego dejó de mascar y adelantó la quijada. El chico achinó los ojos para aguzar la inteligencia de la que carecía.

—¡Judías! ¡Sois judías!

El viejo escupió las palabras como si fueran insultos. Los judíos no comían carne de cerdo por considerarlo un animal impuro. Se lo prohibía su religión. El lazarillo endureció el gesto y les lanzó un gargajo:

—¡Perras judías! ¡Asesinas de Dios! —añadió, enrojecido de ira.

El ciego, cuya boca era un pozo negro de palabrotas, recogió del suelo el cayado y lo agitó en el aire tratando de golpearlas.

—¡Putas judías, asquerosas! —gritaba, encolerizado.

El lazarillo lanzó un segundo escupitajo sobre Esther y ésta, puesta en pie de un salto, le dio tal bofetada que le volvió la cara, agarró por la punta el cayado del viejo, se lo arrebató y lo lanzó lejos. No satisfecho, cogió la zanfona para estrellarla contra el suelo.

—¡No! ¡Quieta! ¡No lo hagas!

—¿Por qué?

—Ten piedad. Es un pobre ciego.

—¿Y así paga a quien le ha ayudado? ¿Insultando?

—No lo hagas. Te lo ruego —suplicó Raquel—. Se gana la vida con eso. No le destroces el instrumento.

Aún enrabiada, Esther dejó la zanfona en el suelo mientras el lazarillo, conmocionado por la guantada, las maldecía entre dientes. El viejo,



desesperado e impotente, trataba de averiguar qué sucedía e interrumpió su verbena de procacidades para escuchar mejor.

—Vámonos —dijo Raquel.

Y echaron a andar. El chico, envalentonado por la huida de las mujeres, acumuló unos insultos tan soeces que se atragantó por la rapidez con la que los encadenaba. De la boca del ciego de la que tantos poemas y canciones salían al limosnear, sólo manaba la palabra «putas». El odio a floraba de sus gargantas como una emanación pútrida.

Raquel, sobrecogida por la violenta situación, admiraba la manera con la que Esther la había resuelto. Y ésta, a su vez, estaba orgullosa de las habilidades y conocimientos médicos de su amiga. Cruzaron miradas de complicidad y apretaron el paso. Los insultos ladrados quedaban atrás, como un ridículo eco. Prosiguieron su camino bajo el calor.

El borde del sendero estaba amarillo de jaramagos y los campos, colorados de amapolas.

*Cercanías de Montlhéry, 13 de mayo de 1212*

Las mañanas y tardes apenas bastaban para saciar la curiosidad de los niños y monjes que, acercándose a Esteban, lo interrogaban acerca de las revelaciones que Cristo le había hecho. Los monjes incidían en aspectos teológicos y los pequeños en cuestiones fantásticas. Unos especulaban y otros fantaseaban. Y todos redoblaban su fe en el pastorcillo.

Esteban alternaba periodos de mutismo con otros de una locuacidad sin fin. Cuando permanecía en silencio, los niños rivalizaban para granjearse su favor y su amistad, y cuando hablaba, se quedaban prendados de su verbo, paralizados por el magnetismo de su mirada. Lo que más le gustaba a su entregado auditorio era escuchar cómo narraba los sueños que tenía.

—Anoche soñé que estaba en la carpintería de San José —explicaba esa mañana—. Olía a barniz y a cola. Sobre un banco había serruchos, formones y otros utensilios cuyos nombres desconozco. El suelo estaba lleno de virutas y serrín, el santo encolaba unas sillas y una mesa de madera, comprobaba la firmeza de sus patas y llamaba a su hijo para que le ayudase a terminar los muebles.

—¿Dónde estaría Cristo? ¿Con los doctores de la Ley en el templo? ¿Predicando? ¿Haciendo milagros? —preguntaban los clérigos echando cuentas de qué edad tendría Jesús en el sueño.

—No sé.

—¿Cómo era Jesucristo? ¿Guapo? ¿Alto? —preguntaban las niñas, curiosonas.

—No sé. Me desperté en ese momento —respondió el pastorcillo.

—Pero lo viste cuando se te apareció y te entregó la carta —las chiquillas insistían.

—Cierto. Era como aparece en las iglesias, en las esculturas y retablos. Con pelo largo y barba.

—¿Qué significa ese sueño?

—Que las sillas y la mesa son reliquias que encontraremos al conquistar Tierra Santa. Después de tomar Jerusalén recuperaremos los Santos Lugares, allí donde vivió el Señor.

—¡La carpintería de San José! —exclamaron algunos críos, asombrados.

—La misma.

—¡Entonces existe!

—Claro que existe. Todo lo que se sueña se cumple. Los sueños descienden de los cielos hasta nosotros mientras dormimos. El que tuve anoche fue una premonición, la confirmación de que recuperaremos esos muebles que construyó San José con sus manos, los traeremos como reliquias y como tales serán veneradas.

Los monjes, que soñaban a tamaño natural, decían que los sueños de Esteban tenían una escala bíblica, y que eso demostraba su don profético.

El resto de la tarde, los niños, con la imaginación encendida por el relato onírico del pastorcillo, fantasearon con encontrar en la carpintería de San José caballitos de madera en los que montarían y con los que jugarían a caballeros en lizas y torneos, espadas de madera para combates incruentos, muñecos con sonrisas pintadas y columpios para colgarlos de las ramas de los árboles en verano. Y no sólo les entraban prisas por llegar a Jerusalén, sino también por conocer el paraíso:

—Me gustaría saber cómo es el cielo. Estar un rato pero luego volver, ¿eh? —decía algún pequeño.

—Para ganarse el derecho a subir al cielo antes hay que morir —advertían los frailes, sin ver la gracia al pícaro ingenio infantil.

—Se puede estar en el cielo sin morir —respondían otros niños.

—Rezando en una iglesia, ¿verdad? —afirmaban los religiosos con una sonrisa beatífica.

—No, hartándose de comer y durmiendo luego a pierna suelta.

Los frailes, molestos por aquellas contestaciones que tomaban por sacrílegas, propinaban puntapiés y manotazos a los arrapiezos, pero Esteban, alertado por sus seguidores, advertía que en la cruzada no tenía cabida la violencia, así que los monjes se limitaban a sonreír con los labios apretados cuando escuchaban respuestas que contravenían el catecismo.

La noticia de la cruzada infantil se extendía por el reino como la crecida de un río desbordado. Por todas las poblaciones por las que pasaban, los niños recibían alimentos, ropa y mantas, y las aclamaciones y rezos por el éxito de su aventura se sobreponían a los abucheos y risas sardónicas por la locura de la empresa.

Y seguían uniéndose niños en un incesable goteo. Había padres que los despedían de buen grado, agitando las manos, secándose las lágrimas y

gritando al viento que esperaban su regreso y que tuviesen cuidado. Otros progenitores trataban de evitarlo a base de palos o súplicas, y muchos otros, aliviados o indiferentes, los dejaban marchar. Y todos los nuevos cruzados eran acogidos entre abrazos y palmadas en la espalda, pues los niños, hechos unos hombrecitos, imitaban los gestos de los adultos, aunque la impostada seriedad les duraba poco.

Como había comida suficiente, nadie protestaba. Los estómagos agradecidos eran garantía de sosiego, de ausencia de alboroto. Pierre, en estado de felicidad, decía que nunca había estado en una boda, pero que los banquetes nupciales debían de ser así de abundantes, pues en el hospicio jamás sació su apetito y sólo servían inmundicias. Juan y Philippe comían en silencio, pues no podían olvidar con rapidez sus pesares, pero el saberse unidos les confería tranquilidad. Se sentían protegidos.

La libertad era tan fascinante para Pierre que vivía cada día en permanente perplejidad. Apenas parpadeaba para no perder detalle de cuanto acontecía ante sus ojos, pues su mirada era inaugural, descubridora. La dureza del hospicio lo había endurecido y convertido en un resabiado en muchos aspectos, pero adolecía de la experiencia de vivir al aire libre. Para él, el mundo estaba recién estrenado, como debió de quedar el séptimo día de la Creación, cuando Dios, cansado del trabajo, se echó a descansar. Conocía el nombre de las cosas, pero verlas al natural le emocionaba. A Philippe, sobre todo, le resultaba gratificante erigirse en maestro, y con su manita señalaba los ríos, las montañas, los árboles y los nidos de los pájaros. Y la esponjosa mente de Pierre absorbía todo, como un discípulo aventajado que pretendiera saber con rapidez cómo funcionaba el mundo.

—Es más bonito de lo que imaginaba —decía, ebrio de felicidad.

Juan echaba de menos a su padre. Su ausencia a veces cobraba tal peso que le oprimía el corazón, pero ya no lloraba. Al haber muerto su progenitor organizando la guerra contra los moros, el niño vio una consecuencia lógica el incorporarse a la cruzada contra los mahometanos. Su padre así lo habría querido, pensaba, y de esa forma se consolaba y aceptaba resignado el inesperado giro que había dado su vida.

Con esa naturalidad innata de los niños, los tres hablaban entre ellos con total sinceridad. Pierre contaba que nada sabía de sus padres y que sólo había conocido el hospicio, por lo que aquellos días de libertad se le antojaban un sueño muchas veces aplazado y ahora cumplido. Hablaba del hospicio como de un presidio infantil donde trabajaba en el esparto o el mimbre muchas horas

diarias y que, por razones de edad, al año siguiente lo habrían cedido a algún maestro gremial para aprender el oficio.

—¿Cómo es una madre? —preguntaba Philippe.

—No sé. Nunca he conocido a ninguna —respondía el grandullón, sin darle excesiva importancia.

—Yo sí me acuerdo de la mía. Cada vez menos, pero recuerdo que para dormirme me cantaba nanas.

—¿Nanas? —El chiquitín abrió mucho los ojos.

—Canciones de cuna. Para que durmiera.

—¿Podrías cantarme alguna?

—No, Philippe. Sólo me acuerdo de algún trozo.

Durante las caminatas y los descansos se habían contado sus respectivas vidas con brevedad; no a causa de sus escasos años, sino porque necesitaban pocas palabras para expresar sus sentimientos más hondos. Les bastó poco tiempo para anudar lazos de camaradería. Para sentirse hermanos de sangre.

Así, antes de que cayera el telón de la noche, al acampar para cenar y dormir, buscaron la compañía de otros niños que encendían una fogata mientras un viejecito les hablaba. Aquel hombre mayor había aparecido de repente, en una curva del serpenteante camino.

Los niños empezaron a llamarle «el abuelito» debido al aspecto bonachón que le conferían su barba y cabello blancos, sus cejas espesas de color nevado, sus ojillos chispeantes y su dulce voz. Su mera presencia imantaba el cariño de los pequeños, y éstos lo rodearon cuando, sentado frente a las llamas, comenzó a contar un cuento.

—Hace mucho tiempo, en un país muy lejano, vivía una princesa que estaba enamorada del príncipe de un reino donde sólo existía el invierno. Era tanto el frío del reino de escarcha, que el corazón del príncipe estaba siempre helado, y por eso no había conocido el amor.

Juan y sus dos amigos atendían absortos. El resplandor anaranjado de la lumbre iluminaba la cara del abuelito y sus manos, que se movían acompasadas con la narración. Philippe, prendado del cuento de la princesa enamorada y del príncipe del corazón de carámbano, se recostó sobre Juan hasta que, arrullado por la historia principesca, se quedó dormido.

Así no le daba miedo que llegase la noche.

*Sevilla, 14 de mayo de 1212*

Sevilla era la ciudad de las lágrimas. Los viejos lloraban de alegría y de pena. De alegría, porque creían vivir en la ciudad más hermosa del mundo. De pena, porque sabían que no alcanzarían a vivir mucho más en un imperio llamado a durar mil años, en la culminación terrenal de la gloria de Alá. Entre llantos, los ancianos saludaban la salida del sol y de la luna, y aquella torrencera de lágrimas saladas agradaba al Príncipe de los Creyentes cuando paseaba por la ciudad o cuando los supervisores de costumbres le relataban lo que acontecía en el reino. Al menos, eso era lo que los consejeros le contaban al califa, para que éste estuviera satisfecho.

Aquella esplendorosa mañana en la que las golondrinas ya habían anidado bajo los aleros de los tejados, los consejeros de al-Nasir le explicaban cómo iban los preparativos de la guerra que se avecinaba contra el infiel, la elevada moral de las tropas acampadas extramuros y el interminable desconsuelo de los ancianos por si no llegaban a vivir en un mundo en el que la media luna y las banderas verdes campeasen en Castilla, Aragón y Roma.

Al-Nasir, con rostro impenetrable, escuchaba atento bajo los arcos de herradura de la lujosa sala del alcázar. No hablaba. La yesería polícroma de las paredes refulgía bajo la luz del sol que entraba por las ventanas. Olía al cuero repujado de los respaldos de las sillas, a la madera de las arquetas y arcones recién salidos del taller de ebanistería, al esparto de las esteras tendidas en el suelo para sentarse y acucillarse, a cansinas esencias aromáticas quemadas en pebeteros, a pies y a sudor.

Y a azahar.

Por las puertas y ventanas que daban a los jardines penetraba el olor blanco del azahar. Tras un prolongado invierno que había mordisqueado el almanaque primaveral, la floración de los árboles había sido tardía, pero copiosa. Una nevada en los naranjos. Cuando soplab algo de brisa, el aroma dulce de las flores se colaba por las estancias del alcázar y limpiaba el aire enrarecido. Daba gusto respirar a limpia primavera.

Los consejeros más cercanos de al-Nasir procedían de la madrasa de Marrakech. Eran los *talabat al-hadar*, los estudiantes de la Presencia. Vestían

túnicas de lana, remendadas y deshilachadas por los bajos, y todos llevaban tupida barba. Su desaliño reflejaba el poco caso que le prestaban a su aspecto exterior, pues sólo les importaba llevar una vida ascética, mantenerse dentro del rigorismo religioso y supervisar las costumbres del pueblo para evitar su degeneración.

Los estudiantes de la Presencia y los generales debatían cuestiones teológicas y militares, pues el adoctrinamiento de los soldados era tan importante como la estrategia. Los generales desplegaban sobre las mesas mapas de al-Andalus y de los reinos cristianos y señalaban con el dedo las posibles rutas para que las tropas se enfrentaran al enemigo. Buscaban puntos donde podrían chocar ambos ejércitos, valles que atravesar, ríos que vadear, campiñas idóneas para acampar y desplegarse en orden de batalla.

El Comendador de los Creyentes escuchaba, meditaba, asentía con la barbilla y callaba.

Una vez contemplados los hipotéticos enclaves geográficos donde dirimir la crucial batalla contra castellanos y aragoneses, los militares, henchidos de orgullo, desenrollaron un gran mapa de Europa y, encorvados sobre él, trazaron itinerarios terrestres para llegar hasta Roma. El corazón de la cristiandad. Y los almirantes, parejos en soberbia, deslizaron las yemas de los dedos por el Mediterráneo indicando la ruta que la flota, anclada en el puerto de Valencia, seguiría para arribar a las islas Orientales, abastecerse y, desde allí, continuar hasta la costa romana. Así, con una clásica maniobra de pinza, conquistarían Roma por tierra y mar.

Y tras estudiar sobre los mapas las rutas de la proyectada campaña triunfal, generales, comerciantes y *talabat al-hadar*, henchidos de emoción, se lanzaron a elucubrar qué harían después de tomar Roma.

Los altos oficiales, con la palma de las manos apoyada en las empuñaduras labradas de sus alfanjes, hablaban de aprovechar el final del verano para lanzar una rápida acometida contra Venecia, la perla del Adriático. Estimaban que, antes de finales del otoño, habrían conquistado medio continente europeo. Se acariciaban las puntiagudas barbas satisfechos de su genio militar, de la invencible maquinaria bélica que comandaban. Soñaban con desfiles, tambores, clarines y banderas al viento.

A los comerciantes les brillaban los ojos, como si se reflejasen en ellos monedas de oro recién acuñadas, apenas salidas de la ceca. Sus mentes, convertidas en ábacos, calculaban sumas de dinero a velocidad de vértigo, maravillados por el montante de los negocios que iban a realizar. Controlarían

la Ruta de las Especias, y la anexión de la República de Venecia al Imperio almohade supondría tal cantidad de riquezas que bizqueaban de avaricia. Soñaban con plata, canela, navíos cargados de pimienta y caravanas de camellos que abrevaban en oasis africanos.

Los estudiantes de la Presencia, envueltos en sus raídas túnicas de lana, sudaban profusamente por el calor de la primavera sevillana y, para no deshidratarse y desmayarse, bebían vasos de agua perfumada con ralladura de limón o endulzada con palitos de canela. Y discutían. Debatían acaloradamente si convertir las iglesias y basílicas romanas en mezquitas o en hospitales, pero coincidían en transformar el Vaticano en un muladar y en un zoco, construyendo comercios en las capillas y vendiendo alfombras sobre las lápidas de los papas enterrados. Soñaban con los muecines llamando a la oración de los viernes desde los campanarios, con escuelas coránicas repletas de antiguos monaguillos, con piras de evangelios ardiendo, huesos de santos arrojados al Tíber y mujeres cubiertas de arriba abajo por las calles de Roma.

El Comendador de los Creyentes callaba y mostraba irritación. Escuchaba las conversaciones cruzadas de generales, mercaderes y *talabat al-hadar*. Llegado un momento, las conversaciones devinieron en parloteo. Se habían olvidado de que todo poder dimanaba de su voluntad, de que cualquier decisión debía contar con su beneplácito. Molesto, pegó un puñetazo sobre la mesa en la que estaban los detallados mapas. Se hizo el silencio.

—Ya basta. Antes hay que ga-ganar la gue-guerra —dijo, en un agresivo tartamudeo.

Los chorros de sudor resbalaban bajo los turbantes de los estudiantes de la Presencia, que, asustados por el arrebató de al-Nasir, no se atrevieron a llevarse a los labios los vasos con el agua aromatizada con cáscara de limón. Temían su cólera y, para no contrariarlo más, era preferible callar y no mirarlo a los ojos. Cerraron la boca y rehuyeron su mirada.

—Cuando obtenga la vic-victoria, decidiré.

En un intento de congraciarse con al-Nasir, un general, cuya barriga imitaba la curva del alfanje que llevaba al cinto, dijo:

—Vuestra victoria contra los infieles será tan grande como la que obtuvo al-Mansur, vuestro padre.

El Príncipe de los Creyentes enrojeció. El recordatorio de la hazaña paterna en la batalla de Alarcos hizo que su sangre entrase en ebullición. Catapultado por la ira, se abalanzó sobre el general, lo agarró del cuello y lo lanzó contra la mesa de los mapas. El militar se dio un costalazo y cayó al



suelo. Nadie se atrevió a ayudarlo. Todos permanecieron quietos, asustados, temerosos de provocar otro acceso de cólera. El miedo los paralizaba.

Al-Nasir respiraba de manera entrecortada. El pulso se le había acelerado y le latían las sienes. Fijaba la mirada sobre los presentes por si alguno osaba sostenérsela, pero todos la rehuían y bajaban la cabeza, sumisos. El gordo general, temblando, renunció a ponerse de pie y se quedó arrodillado, esperando un nuevo golpe. Sudaba frío, como si fuese la emanación de un alma descompuesta, atiborrada de pecados mortales.

Pero nada más sucedió.

Al-Nasir salió de la lujosa sala. Para calmar su disgusto, paseó por los jardines del alcázar. Su guardia personal, con capas y turbantes negros, lo seguía a prudente distancia. Respiró el aire cargado de azahar y oyó el relajante sonido del agua corriendo por las acequias. Las palmeras y cipreses sobresalían entre el apaciguado verdor. La sombra era un remanso de fresco en el calor primaveral. Su respiración se aquietó y sus latidos recuperaron el ritmo normal. De repente, sintió un impulso carnal. Pensó en la última adquisición de su harén. Una joven de piel acanelada, ojos de avellana y pechos generosos como ubres. Najma.

Se encaminó hacia el harén con el deseo instalado en la entrepierna y el reciente recuerdo del placer en su memoria. Había gozado de los placeres de Najma la noche anterior. Cerca de su lecho de plumas y sábanas de seda siempre tenía a mano una orza con miel. Era goloso. Le enloquecía untar con ella los pezones de sus mujeres y deleitarse con ellos, como si fuesen enhiestos mazapanes.

Le gustaba que sus mujeres y favoritas de piel olivácea oliesen a limpio. Ellas se bañaban en agua aromatizada con hierbas silvestres, se secaban con toallas caldeadas junto a braseros en los que se quemaban palitos de maderas traídos del País de los Negros, y se perfumaban con ámbar. Para el disfrute de su amo y señor.

Mientras se dirigía al harén con la sangre hirviendo, oyó el rumor del agua que irrigaba los jardines, y durante un instante, creyó que se trataba del llanto de los viejos que no vivirían para ver la derrota de los reyes cristianos, la decapitación del Papa y mujeres cubiertas con velo caminando presurosas por las siete colinas de Roma.

*Cercanías de Étampes, 14 de mayo de 1212*

Las buenas gentes eran obsequiosas con los niños. Allí por donde pasaban, les entregaban de buen grado comida en abundancia para que no les faltase de nada hasta llegar a Jerusalén, a ultramar. Las personas, conmovidas por la visión de miles de pequeños andariegos, compartían con ellos alimentos y bebidas. Les ofrecían agua para calmar la sed, leche para recobrar fuerzas y vino para calentar el corazón. Bebían agua con sabor al barro de las jarras, leche recién ordeñada y vino aguado para entonar el cuerpo. Desmigaban pan en la leche con su telilla de nata y en el vino rebajado para reponerse del camino recorrido, y comían con apetito todo lo que les daban. Los menestrales y campesinos les ofrecían lo que tenían en sus casas, los mercaderes abrían sus despensas, los sacerdotes y frailes vaciaban sus bien abastecidas alacenas, y los nobles, que acaparaban gran parte de las cosechas, ordenaban que se suministrasen las mejores viandas a los niños cruzados, a los minúsculos guerreros de Dios.

Comían y bebían como si la expedición a Tierra Santa fuese un jolgorio, un banquete inacabable. Por eso reían y cantaban.

Pierre, de natural glotón, se hartaba de comer. Maravillado de vivir en libertad, de no tener que respetar normas de entronque carcelario y de respirar aire puro, se daba atracones. Aún no llegaba a creerse que podían existir semejantes ricuras, y que incluso podía repetir mientras sobraba. Acostumbrado a las nauseabundas gachas del hospicio, cualquier almuerzo se le antojaba una comilona. La carne era lo que más le gustaba.

—Vas a reventar —le advertía Juan.

—¡Quita, qué va! Tengo hambre atrasada desde que nací.

Philippe comía como un pajarito, casi con desgana y, con los ojos muy abiertos, observaba a Pierre engullir y reír al mismo tiempo sin atragantarse. Lo hacía por pura felicidad.

Aquel día, Pierre había dado buena cuenta de una perdiz escabechada. El pájaro olía mucho y sus dos amigos rehusaron probar siquiera un bocado.

—¡No sabéis nada de nada! ¿No habéis oído al mesonero que nos la ha dado?

—Claro que sí —respondió Juan.

—Dijo: «La perdiz, en la nariz».

—¿Eso significa que sólo hay que olerla? —preguntó Philippe.

—No. El mesonero lo ha explicado. Significa que esta carne está rica cuando está un poco descompuesta. Por eso huele un poco.

—Apesta, querrás decir —matizó Juan, con cara de asco.

—¡Bah! ¡Tú eres muy fino!

Pierre se comió la perdiz con glotonería, chupando los huesecillos hasta mondarlos, y no dejó ninguna hebra de carne adherida a ellos. Pero, por la tarde, los retortijones le hicieron doblarse sobre sí mismo y le obligaron a defecar varias veces, aquejado de una violenta diarrea.

—¡Que me cago! —decía, pálido y sudoroso, cada vez que un nuevo apretón le hacía apartarse de la comitiva para acuclillarse y aliviarse.

Tras el primer apretón, Pierre arrancó una hoja de higuera para limpiarse.

—¡No, no cojas hojas de higuera, que raspan! —lo avisó Juan.

Pierre, desconocedor de tantas cosas de la naturaleza, no hizo caso del consejo y se restregó con aquella hoja que tanto abarcaba en cada pasada por el trasero.

Juan y Philippe sonreían cada vez que su amigo salía disparado para ensuciar y cuando regresaba a su lado, blanco y perlado de sudor, escuchaban a otros niños relatar la historia del abuelito, el venerable anciano que había contado un cuento la noche anterior.

Él mismo les explicó que había participado en la Tercera Cruzada, la conocida como de los Reyes, que combatió bajo las banderas del rey Felipe Augusto y que vio al inglés Ricardo Corazón de León batallar con un valor sobrehumano. Los niños lo rodeaban para que les explicase cómo era Jerusalén, qué tal peleaban los mahometanos y si con la mera visión del signo de la cruz los enemigos del cristianismo saldrían huyendo. El abuelito satisfacía la insaciable curiosidad de los pequeños. Cuando le preguntaban dónde estaba su espada, él contestaba que oxidándose en alguna herrería, porque había prometido dejar las armas y abrazar la paz para cambiar el mundo.

Algunos niños, ávidos de historias truculentas, le pedían que les narrase detalles de sarracenos ensartados en lanzas o aplastados por pedruscos de catapultas, pero el abuelito meneaba la cabeza y se negaba. «Son recuerdos malos», respondía para justificar su silencio al respecto. Los niños, cansinos, insistían en querer escuchar relatos escabrosos, pues estaban acostumbrados a

la violencia y la muerte era omnipresente en sus vidas: conejos desnucados con el canto de la mano, gallinas degolladas, cerdos abiertos en canal en las matanzas, delincuentes expuestos en cepos en las plazas para ser insultados y vejados, criminales ejecutados y despiezados como reses cuyos restos mortales eran repartidos por las picotas hasta que las hermandades de misericordia recogían los cadáveres desmembrados y los enterraban extramuros, en los cementerios para ajusticiados, en tierra no bendecida. Era un mundo teñido de sangre.

—Vuestra misión es un designio divino —decía el abuelito con los ojos brillantes por la emoción—. Lo siento aquí dentro, en mi corazón. —Y se palpaba el pecho—. Jamás sentí algo semejante cuando años atrás me enrolé para conquistar Jerusalén.

—¿Y cómo nos ayudarás? —le preguntaban.

—Aportaré mis conocimientos geográficos, mi experiencia, mis recuerdos. No usáis armas, y eso es la clara señal de que el Señor os guía. La fe mueve montañas y quien a hierro mata, a hierro muere. El Señor sabrá cómo actuar en cada momento. Él se lo comunicará al pastorcillo. ¡Que Dios bendiga a Esteban! —decía, y se persignaba.

Su barba blanca y larga, su cabello alborotado, su endulzado tono de voz y su propensión a repartir abrazos entre los chiquillos le hicieron ganarse el cariño colectivo. Si le preguntaban «¿dónde vives?», él respondía «donde la vida me lleva»; y a la pregunta «¿cuántos nietos tienes?», contestaba «vosotros sois mis nietos», de modo que los niños querían estar cerca de él, sentarse en sus rodillas, tironearle de la barba y escuchar de sus labios los cuentos que contaba al anochecer, hasta que los vencía el sueño, arrullados por la voz del abuelito, confortados por la moraleja que transmitían los cuentos.

Eso mismo sucedió aquella noche. Antes de que el sol muriera del todo por el horizonte, el pastorcillo ordenó detener la marcha junto al serpenteante cauce de un riachuelo. Echaron mano de las provisiones para cenar y se desperdigaron alrededor de los árboles ribereños. La bonanza del tiempo permitía dormir al raso. Brotaron las primeras hogueras al anochecer. En torno a una de las lumbres, el abuelito comenzó a contar uno de sus cuentos:

—Hace mucho tiempo, en un país muy lejano, un dragón tenía atemorizados a los habitantes de una pequeña ciudad. El monstruo vivía en un manantial y, al atardecer, salía de su madriguera para buscar comida. Cada día devoraba a un animal o a una persona. Los soldados temían acercarse para clavarle sus lanzas y espadas porque la bestia expulsaba fuego por las fauces.

Las flechas, disparadas desde lejos, no lograban atravesar la dureza de sus escamas. Era imposible matarlo. Quien osaba aproximarse demasiado, moría abrasado.

A Philippe le daba más miedo la noche que aquel sobrecogedor cuento, pero, al estar acurrucado junto a Juan, se sentía protegido de cualquier mal. Las llamas iluminaban los rostros de los niños como si fuesen las llamaradas del dragón del cuento. El abuelito prosiguió:

—Llegaron a la ciudad caballeros de todos los confines del reino para luchar contra el monstruo verde de afilados colmillos, ojos amarillos y alas. Aunque todos eran valientes, ninguno fue capaz de acercarse lo suficiente para alancearlo o hincarle la espada. Las fogaradas que escupía los mantenía alejados. Y cada atardecer, cuando el dragón se despertaba hambriento, salía de su cubil en busca de comida: vacas, cerdos, personas... Lo que encontrase.

Los pequeños estaban en tensión, atentos al desarrollo del cuento, boquiabiertos, esperando un giro inesperado que permitiese intuir un final feliz. Pierre, repuesto de la colitis que le había ocasionado la perdiz medio podrida y con el trasero desollado por limpiarse con hojas de higuera, se fijaba en algunas muchachitas que le parecían guapas.

—Un día —continuó el abuelito—, un niño dijo saber cómo matar al dragón. Pidió la piel de un cordero y la rellenoó con ochíos, hornazos y veneno para alimañas. Y también metió ascuas al rojo vivo. Cosió bien la piel y dejó aquel falso cordero delante del manantial donde habitaba el dragón. La fiera, al olfatear aquella delicia, emergió del agua, vio la presa y la engulló de un bocado. El veneno empezó a hacer efecto, pero las ascuas hicieron estallar el vientre del dragón y murió allí mismo. Los habitantes del lugar recuperaron la paz y el niño fue reclamado por el rey para armarlo caballero a pesar de su corta edad.

Aplaudieron. Juan respiró tranquilo. Era inconcebible que un cuento no acabase bien. Philippe, confortado por la cercanía de su amigo, entrecerró los ojos, dispuesto a dormir. Ninguno de ellos oyó el grito ahogado de un niño que surgió a sus espaldas.

Una manaza tapó su boca. Alguien se lo llevó.

*Roma, 15 de mayo de 1212*

Varios miembros de la cancillería papal discutían asuntos teológicos y mundanos mientras elaboraban bulas para la construcción de catedrales. No eran términos antagónicos. Financiar un sillar, un trozo de rosetón o una columnilla otorgaban privilegios celestiales. Sus ilustrísimas no concordaban en el número de días por descontar en el purgatorio. Un obispo muy gordo se mostraba magnánimo y, en caso de que el adquirente pagase un buen dinero, era partidario de perdonar tres años de estancia en aquel lugar indefinido, situado en la brumosa antesala del cielo. Otro obispo, muy flaco, era más restrictivo en las indulgencias y abogaba por rebajar la estadía en el purgatorio un máximo de seis meses aunque el estipendio desembolsado fuese abundante. El oro y la plata acortaban la espera para entrar en el paraíso. El dinero era un atajo para llegar a la Casa del Padre.

—Tres años es una cifra adecuada si el montante es cuantioso.

—Medio año es suficiente.

—No sois dadivoso.

—Soy justo.

Sus voces eran aflautadas y hablaban en un tono remilgado. Semejantes discusiones secaban la boca y abrían el apetito. Por eso, mientras decidían cuántos meses conmutados de purgatorio equivalían a la compra de una vidriera o un capitel labrado, bebían vino de lagares monacales y degustaban dulces conventuales. La maestría de los frailes al elaborar vino y las delicadas manos de las monjitas con los pasteles compensaban el enzarzarse en áridas discusiones teologales. El obispo gordo masticaba feliz, con un temblorcillo en sus carnosas mejillas.

Los secretarios de sus ilustrísimas emborronaban papeles tomando notas antes de pasar a limpio, con exquisita caligrafía, el texto definitivo de las bulas que leería el vicescanciller antes de trasladárselas al Papa para su aprobación. Las copas de cristal veneciano tenían el poso ambarino del vino musca o del malvasía de Oriente. En la sala decorada con mármoles tampoco olía a incienso.

Un criado entró sigiloso en aquella lujosa sala del palacio Laterano en la

que se discutía la fórmula de las bulas. Portaba una botella de exquisito vino toscano. Rellenó las copas de fino cristal y encendió las velas de las lámparas. Declinaba la tarde y la luz agonizaba. Era necesaria más luz para redactar las indulgencias. Los acuosos ojos de sus ilustrísimas veían mal entre tinieblas.

Sus eminencias entrechocaron las copas de delicado vidrio y bebieron el delicioso vino sin consagrar. El criado cerró la pesada puerta de doble hoja y, en el pasillo, se cruzó con dos jóvenes sacerdotes adscritos a la Audiencia de Réplicas. Caminaban presurosos por el corredor. Lo hacían muy erguidos, con las sotanas recién planchadas y los oídos atentos.

De una habitación cercana surgieron unas obscenas risotadas que ni las paredes ni las puertas de madera de roble lograron amortiguar.

—Me han dicho que anoche —comentó maliciosamente de pronto uno de ellos, el más espigado—, en el *palazzo* del cardenal Fellini, hubo sesión protocolaria.

—¿Un besamanos?

—Un besacoños.

—¿Alguna nueva princesa?

—Sí. Una bella y joven *puttana*. Dio una fiesta en su honor.

—Las costumbres degeneran.

—No te tenía por un rigorista.

—Me refiero a la falta de cortesía de no habernos invitado.

Los dos jóvenes curas, tras aquellos susurros humorados, sonrieron malevolentes y continuaron su camino. Sus pisadas resonaron en las losas de mármol blanco.

La Santa Sede era un dechado de hábitos libertinos que apenas escandalizaban a la curia, acostumbrada la mayoría de sus miembros a comerciar soterradamente por los puestos eclesiásticos, a las corruptelas revestidas de latines, a nombrar a sus hijos naturales y sobrinos abades u obispos en cuanto llegaban a la adolescencia o a garantizar una boyante carrera eclesiástica a su ilegítima prole.

Las amigas y barraganas de no pocos clérigos se paseaban con descaro por los marmóreos corredores del palacio Laterano y de la basílica de San Pedro del Vaticano, pues convivían amancebadas con sus eminencias e ilustrísimas en sus residencias particulares, servidas por criados, disponiendo qué comer y beber con pretensiones principescas, gritando como arrabaleras si sus hijos no recibían canonjías o bicocas, organizando orgías en las que se

revestían con ropajes litúrgicos como si el reino de la noche fuese un carnaval.

Francesco pasó delante de la estancia donde los miembros de la Cancillería debatían las bulas que ayudarían a levantar las grandiosas catedrales europeas. Iba ensimismado. Tenía dos asuntos en la cabeza. Uno lo trataría con el ecónomo; el otro, con Su Santidad.

Llegó a una estancia con paredes de mármol jaspeado: el despacho principal de la Cámara Apostólica. Las velas de los lampadarios de plata estaban encendidas y arrojaban una luz amarillenta. La cera de abeja no generaba humo. El ecónomo, atareado con el papeleo financiero, estaba absorto en su trabajo de fiscalizar las cuentas, cuadrar el presupuesto de la Corte Pontificia. Anotaba la última remesa monetaria de la anata, del censo de los monasterios y del Denarius Sacti Petri. Tampoco olía a incienso. Francesco tosió.

—Ah, tomad asiento, reverencia.

Era un hombre de gran envergadura, rostro de campesino, ojos pequeños, manos vigorosas y voz pastosa. Su complexión y mirada inquisitiva no le hacían propenso a abstracciones teológicas, sino apegado a los asuntos terrenales.

—Me gustaría saber cómo va la economía del Hospital de Los Prados. Tal vez los donativos hayan aumentado —comentó Francesco, cauteloso, como si pidiese permiso por preguntar.

Los dedos achatados de uñas cuadradas del ecónomo rebuscaron entre los papeles y cartapacios que se amontonaban en su mesa. La luz menguante que entraba por la ventana se complementaba con la de numerosas velas. Los atardeceres romanos eran una delicia por el color áureo que adquiría el horizonte, aunque, dentro de la sala, el dorado del oro era mejor bienvenido que el del cielo en primavera. El ecónomo encontró el estado de cuentas del hospital inscrito en el *Liber Censum*, el registro de las propiedades pontificias. La dirección espiritual y organizativa del hospital, uno de los numerosos centros de beneficencia dependientes de la Santa Sede, recaía en Francesco. El ecónomo entrecerró los ojos y en su cara de labriego se perfiló una sonrisa.

—Las cuentas están saneadas. Los óbolos se han incrementado y la administración hospitalaria es eficaz. Hay un remanente que permitiría construir una nueva galería para enfermos.

—Me alegra oírlo. Tenía pensado edificar un ala para enajenados.



—¿Para los locos?

—Son hijos del Señor.

—Son hijos de Satanás. No merece la pena desperdiciar esfuerzo y medios económicos en ellos. Están endemoniados. Hágalos un exorcismo. Ahorrará tiempo y dinero.

—No seáis tan severo. Mostrad caridad.

—¿Vos me habláis de ser caritativo? —dijo el ecónomo, sarcástico.

Francesco se enderezó en el respaldo de la silla. Estaba versado en las refinadas maneras vaticanas de mostrar rechazo y se dispuso a batirse dialécticamente.

—Todos saben que censuráis ciertos modos de vida, que no os mostráis conmisericordioso con las flaquezas del cuerpo, que recrimináis los gustos de los ancianos cardenales —expuso sin pestañear, como si recitase un memorial de agravios.

—Ya sé por dónde vais... —suspiró—. La Santa Sede debería ser ejemplar en la conducta de sus miembros. Servimos a Dios, no a la carne ni al dinero ni al poder.

—Criticáis que ciertos purpurados mantengan concubinas sin reparar que se trata de viejos achacosos, de hombres cansados y enfermos que saben que en la tumba sus huesos pasarán frío. La eternidad es muy larga para los frioleros. Sólo quieren que una mujer les dé calor por las noches.

Una risotada femenina cruzó el pasillo como un viento extemporáneo. Alguna emperifollada mujer debía estar de visita. El ecónomo sonrió, condescendiente:

—El cardenal Fellini, ya lo sabrá, gusta de tomar al anochecer su ración de leche. Le rejuvenece.

A su vieja eminencia le gustaba beber leche materna. Se reclinaba sobre los muslos de damas recién dadas a luz y mamaba con fruición de sus pechos ubérrimos, como si fuese la traviesa estampa de una *Madonna* de la Leche. Paredes y puertas eran incapaces de mantener en la intimidad aquellas lujuriosas escenas del cardenal amamantado.

—La eternidad no es una cama, sino el goce de la presencia de Dios —respondió Francesco sin alterar el tono de voz.

—Apiadaos de los príncipes de la Iglesia. Sólo son ancianos medio ciegos, pellejudos, hombres que se despiertan a media noche atormentados por no tener más que pasado. Para ellos, la palabra futuro no existe. Viven en un perpetuo invierno y añoran la primavera. A su edad se tornan descreídos y los

placeres de la mesa y de la carne constituyen las pocas certezas que les quedan. La vida, es desencanto.

—La vida es pasión. Admiro a quienes, en la senectud de su sacerdocio, continúan sintiendo en su interior la lucecita del evangelio.

—La Iglesia es santa y sus servidores, pecadores. Con todo, hemos mejorado. El Santo Padre es un modelo de conducta. Recordad lo que se decía de Juan XII.

—¡Oh, hace muchos años de aquel nefasto pontífice, el Fornicario!

En las crónicas se hablaba de que, dos siglos antes, Juan XII, nombrado Papa siendo adolescente, convirtió un ala del palacio Laterano en un burdel, se divertía castrando a sacerdotes y brindaba por Satanás para provocar.

Francesco pensó en quienes, revestidos con sotanas con botonadura morada o encarnada, alcanzaban una sonriente vejez, se mostraban comprensivos con la naturaleza humana, perdonaban a los pecadores arrepentidos y vivían acordes con aquello que predicaban. Eso le dio arrojo para responder:

—Hay miembros de la curia que no rezan.

—Están muy ocupados cumpliendo con sus obligaciones. No tienen tiempo.

—Incluso estoy convencido de que no creen en Dios.

—Creen en lo que su dignidad representa.

—Lo único importante para ellos debería ser ganar el reino de Dios. Ir al cielo.

—Ellos pretenden construir el reino de Dios en la tierra.

—La Iglesia está para confortar al que sufre, consolar al pobre de espíritu y salvar almas. La Santa Sede debería ser ejemplar en esto —repuso, con ímpetu creciente.

—Lo que mejor sabe hacer la Santa Sede es callar en varios idiomas. Hay cosas que no es menester airearlas. —El ecónomo, al que no le disgustaba aquel duelo dialéctico, respiró hondo antes de añadir—: Desde aquí se gobierna la Iglesia, que es como gobernar el mundo. Debemos mostrarnos tolerantes con las insignificancias mundanas y duros con las herejías.

—Si Jesucristo entrase aquí diría que hemos convertido la Casa de Dios en una cueva de ladrones, y arrojaría a muchos fuera a latigazos.

—Si Jesucristo viniese, los guardias le cortarían el paso.

—No seáis sacrílego.

El ecónomo abrió las manos en un doble gesto de aquietar los ánimos y

disponerse a dar una explicación.

—La guardia no le dejaría pasar hasta que se hubiese sosegado —dijo al fin—. La ira, aunque sea de naturaleza divina, es mala consejera. Hay que tener manga ancha con las flaquezas humanas si los hombres de Iglesia cumplen con su cometido.

—No apruebo otro cometido que predicar el evangelio. Conozco a viejos sacerdotes, con las rodillas encallecidas de tanto hacer la genuflexión ante el Santísimo Sacramento, que mantienen intacto el fuego evangélico en sus corazones. Son la gloria de Dios en la tierra.

—Podría hablaros de otro cometido de la Iglesia: predicar el temor de Dios al pueblo llano, erradicar las doctrinas heréticas, conservar y acrecentar los bienes de la Iglesia y vigilar que nobles, reyes y emperadores se sometan al poder del Papa. Y conseguir dinero —replicó, y se frotó dos dedos como signo monetario.

—Ah, dinero...

—El mundo lo mueven el miedo y el dinero. No seáis tan remilgado, Francesco. O tan ingenuo. Gracias al dinero podemos atender a los pobres, confortar a los enfermos y erigir catedrales a mayor gloria de Dios.

El ecónomo deslizó hacia atrás la silla para incorporarse. Se aproximó al ventanal y miró hacia el exterior, reconcentrado como un hortelano que estudia el cielo para averiguar si lloverá. A través de los cristales observó cómo en la calle, a la entrada del palacio papal, los cambistas recogían sus mesas y desmontaban sus puestos después de haber pasado el día prestando dinero, contando monedas, haciendo negocios. La luz del sol decrecía y la de las velas se enseñoreaba. Olía a cera derretida. Se volvió hacia Francesco al cabo de unos instantes.

—Los Prados, el hospital que dirigís —comentó con su voz de barro—, se financia con dinero procedente de toda la cristiandad. E incluso de territorios mahometanos. A nuestras arcas llegan sólidos bizantinos, besantes venecianos, doblas castellanas, libras tornesas y hasta dinares musulmanes. Sí, reverencia, nos os alarméis: el dinero de los seguidores de Alá también sirve para el mantenimiento de las obras de Dios. Los comerciantes y prestamistas no se fijan en la religión del oro y la plata acuñados.

—¿Prestamistas? ¿Mercachifles? Judas vendió a Cristo por treinta denarios. El metal precioso es la ponzoña de las almas. Y nosotros salvamos almas.

—Sois un idealista incorregible. Con vuestra mentalidad, quebraría la

Iglesia. —El ecónomo volvió a sentarse tras su mesa atosigada de papeles.

—Dinares. Dinero almohade. ¡Qué paradoja! Los almohades pretenden destruir la cristiandad, invadir Roma, convertir la basílica de San Pedro en un establo. —A Francesco, las ideas se le desbordaban como leche puesta a hervir.

—Su oro servirá para pagar a soldados y forjar espadas que lo impidan. Nosotros bendeciremos a las huestes. Y rociaremos con agua bendita sus armas. —Sonrió el ecónomo, pragmático—. Despacharemos infieles al infierno y el mundo será un lugar mejor —concluyó.

Francesco se levantó para dar por finalizada la conversación. Pero antes de que se marchase, el ecónomo se sinceró con él:

—¿Sabéis por qué os habéis ganado tantos enemigos, Francesco? ¿Sabéis qué es lo que os hace un hombre odiado?

—¿Que intento conducirme conforme mandan los evangelios?

—Que no tenéis vicios. O al menos, no se os conocen. Y un hombre con debilidades de la carne o del alma es un hombre vulnerable, susceptible de ser corrompido. O chantajeado. Un hombre íntegro, no.

La luz de las velas sacaba destellos al mármol que revestía las paredes al tiempo que los churretes de cera descendían por los lampadarios de plata labrada. Se hizo el silencio. El ecónomo, sumido de repente en las finanzas que ocupaban su mente, releyó unas cifras y mojó la pluma en el tintero para anotar unos números.

Francesco salió. Al final del corredor del palacio Laterano caminaban con lentitud dos cardenales, capelo en la mano. Cuchicheaban y achinaban los ojos. Francesco frunció el ceño. Quizás estuviesen comentando las licenciosas costumbres de algunos compañeros del colegio cardenalicio (¿con envidia? ¿con reprobación?), de quienes recomendaban a los enfermos que rezasen para curarse, mientras que cuando ellos mismos caían enfermos llamaban al médico y, cuando sanaban, exigían a los boticarios medicamentos para robustecer el corazón y afrodisíacos para contentar a sus concubinas. Eran hombres hipocondríacos y aprensivos, tanto más cuanto más ancianos.

Francesco tensó el gesto y apretó el paso. Se dirigía a las habitaciones papales para informar al Santo Padre de una curiosa noticia recabada por un obispado del reino de Francia.

Se había organizado una cruzada de niños que pretendía reconquistar Jerusalén.

*Condado de Chartres, 15 de mayo de 1212*

Un preboste visitaba el territorio de su jurisdicción para juzgar a reos y recaudar impuestos. El enviado del rey viajaba con una pequeña comitiva de soldados y funcionarios que lo ayudaban en la impartición de justicia y fiscalización de las cuentas. A la entrada de un pueblo, este hombre grueso, con doble papada y ojos pequeños y negros como dos escarabajos, vio pasar a los niños cruzados de los que tanto había oído hablar. No dio crédito a la magnitud de aquella temeraria expedición desarmada que pretendía tomar Tierra Santa. Parpadeó varias veces, incrédulo, y cuando requirió a sus ayudantes por noticias le contaron los rumores que circulaban, coincidentes en destacar el carácter visionario del pastorcillo y su magnetismo personal.

El preboste pidió papel y pluma para describir al rey lo que veía. Decidió que los juicios pendientes y la recaudación de tributos podían esperar un rato. Y se dispuso a redactar una epístola a la sombra de un parral, tomando un refrigerio, mientras la inverosímil cruzada atravesaba los fértiles campos en primavera.

\* \* \*

Un poco más allá de dicha población, la cruzada hizo un alto para comer y recobrar fuerzas. Una bandada de nubes sobrevoló el cielo y, al verlas, muchos niños, espoleados entre sí, abrieron la boca para degustar el maná que esperaban fuera a caer. Estaban deseosos de probar aquella golosina del Señor. Siempre hacían lo mismo cuando veían masas nubosas cubriendo los cielos.

Pierre aspiraba los aromas que exhalaba la tierra: la hierba fresca, la corteza de los árboles, los campos floridos, y se sentía en armonía con el mundo, con una libérrima sensación de paz.

Después del almuerzo, antes de reiniciar la marcha, Juan extrajo de su tabardo el pliego con algunos pasajes de las *Catilinarias*. Los papeles estaban arrugados, así que los alisó con la mano. Su padre, preocupado por su educación, le había hecho viajar con aquel texto para que estudiase latín y no

desaprovechase su formación intelectual las semanas que estuvieran fuera de casa, de su Palencia natal.

Qué lejano le parecía el momento de la partida junto a él y el resto de la legación diplomática. Qué lejanas las tierras palentinas cuyos ásperos paisajes se acostumbró a conocer y querer. Qué inalcanzable se le antojaba regresar a ese tiempo feliz. A esa vida perdida.

Se sentó en la ribera de un riachuelo, cerca de unos juncos. El agua fluía con mansedumbre. Los frondosos alisos proyectaban una sombra acogedora. La habitual algarabía infantil no le impidió abismarse en sus recuerdos.

Releyó con dificultad algunas frases de las Catilnarias, traduciendo mentalmente las oraciones. No lo hizo para refrescar su conocimiento de la lengua latina, sino para cumplir el ritual impuesto por su progenitor. Era su manera de recordar a su padre, un homenaje inconsciente a su memoria. Y así, sumido en sus pensamientos y atascado con la conjugación de algunos verbos, no se percató de que Pierre lo miraba embelesado.

Su amigo se maravillaba de que supiese leer. Pero, en lugar de decírselo, permanecía en silencio, masticando fruta, absorto en cómo Juan seguía con el dedo la escritura y movía los labios, como si el secreto de las palabras aflorara a su boca.

*Costa mediterránea francesa, 16 de mayo de 1212*

Aún no se había espabilado el sol. La tierra, recién arada, exhalaba un penetrante olor a fertilidad. Los campesinos, levantados antes del canto del gallo, caminaban con despaciosa nocturnidad por los surcos abiertos por los arados tirados por yuntas de bueyes. El color oscuro de la tierra y su aroma a humus indicaban fertilidad. El frescor y el silencio del inminente amanecer hacían del mundo un lugar idílico, donde el hombre trabajaba en comunión con la naturaleza.

Raquel y Esther andaban a buen ritmo. Las caminatas cundían más sin que atizase el calor de mediodía. Iban calladas, no porque no tuvieran nada que decirse, sino porque la ausencia de sonidos del mundo en duermevela y el dulce olor a tierra removida predisponían a la meditación, a sentirse en paz consigo mismas, a contemplar la vida como un ciclo natural.

Anduvieron así un buen trecho hasta que los primeros rayos del sol alumbraron el horizonte. Esther, con el olor a los plantíos metido en la nariz, sintió la necesidad de sincerarse con su compañera de viaje. Y comenzó a hablar:

—Mi marido no era un hombre malo del todo. Llevábamos cinco años casados, y no es que fuera feliz a su lado, aunque tampoco desgraciada. Su mayor afán era ganar dinero, prosperar. Tenía mal carácter y era impaciente. Nunca me puso la mano encima y, si alguna vez intentó alzarla, se detuvo por la mirada que le eché. Hombres, ya sabes...

Por el este comenzaba a clarear. Amanecía sin prisas.

—Nunca supe lo que era el amor —continuó—. Pensaba que era normal que el amor surgiese con los años. Que el roce hace el cariño. ¿No dicen eso? Pero no fue así. Él tenía una panadería, y yo le ayudaba en el obrador a preparar el pan. Un trabajo duro, sacrificado. Siempre madrugando y acostándome reventada. Pero el negocio iba bien. ¡Anda que no amasé pan con estas manos!

Las levantó para mostrarlas. Eran manos muy trabajadas, recias, vigorosas. Las frotó entre sí y, cuando volvió a hablar, su voz adoptó un tono de confidencia:

—Mi mayor ilusión era tener hijos. Pero no venían. No perdía la esperanza. Mi madre, a mi edad, ya había tenido cuatro: un varón y tres hembras. Aun así, no me daba por vencida. Tanto anhelaba un hijo que, a veces, al amasar el pan, soñaba despierta pensando si mi niño se parecería a mí, y continuaba amasando, amasando... Y cuando me daba cuenta, el horno casi se había enfriado y había que encender de nuevo la leña para calentarlo. Pero los hijos no venían...

Al alba, los agricultores caminaban lentos entre los surcos, introducían la mano en las abultadas talegas de lienzo que llevaban colgadas, cogían puñados de semillas y las arrojaban a izquierda y derecha, sembrando las tierras preparadas para cobijar vida. Eran hombres y mujeres que desayunaban de pie antes del amanecer y almorzaban sentados sobre la tierra ajena. Su hablar era lacónico y sus movimientos pausados, consecuencia de una vida de dureza y sacrificios, sin horizontes de esperanza.

—Me salió un bulto aquí. —La voz de Raquel hizo amago de quebrarse. Se tocó con la mano el bajo vientre—. El bulto sangraba. Un médico dijo que debía quitarme la bolsa de la maternidad. Así la llamó: la bolsa de la maternidad. Me explicó que nunca sería madre. Me operó y me dejó seca. Me atizaron unas calenturas durante días y creí morir. Pero, milagrosamente, me repuse. Ya ves, Raquel; lo que más deseaba en el mundo era tener niños que criar, educarlos para que fueran buenos y honrados... Lloré mucho. Lloré tanto que no sé cómo no me ahogué con tanta lágrima.

Volvió a deslizar la punta de los dedos por la zona operada y se le aguaron los ojos. Recordar la extirpación de la matriz la sumió por momentos en el mismo declive anímico que había sufrido por aquel entonces. La noche aclaró del todo y llegó el día.

—¿Cuánto hace de eso?—preguntó Raquel para sacarla de aquella hondonada de tristeza.

—Dos años ya.

Se limpió las nacientes lágrimas con el dorso de la mano, como si aún las tuviese enharinadas y evitase tocarse los ojos con las manos. Se rehízo al instante y compuso una sonrisa triste, resignada.

—Ver a otras mujeres con sus hijos me apenaba y alegraba a la vez. Yo no podía ser madre, pero me gustaba ver a quienes sí lo eran, cómo acariciaban a sus niños, les hablaban ternezas, reían junto a ellos. Ya sabes, cosas así...

La bola del sol ya despuntaba. Los pájaros alzaban el vuelo desde las



ramas de los árboles con un nervioso batir de alas. Pero anocheció en el tono de voz de Esther:

—Mi marido apenas me hacía caso. No quería nada conmigo. No me tocaba. ¿Me entiendes? Al no poder darle hijos, me consideraba una inútil, una desgracia en su vida. Aunque no llegó a decírmelo, rumiaba si repudiarme. Ya no soñaba despierta al amasar en la artesa, aunque seguía gustándome observar a las madres acompañadas de sus niños chicos entrar a comprar, ver las caritas que ponían al oler a pan recién hecho y, al sostener los panes aún calientes, darles un mordisco a la corteza y saborear la miga. —Sonreía al recordar esas tiernas escenas en la panadería.

De la tierra arada manaba un olor primigenio. Los labriegos, con la piel atezada y la cara con arrugas profundas, esparcían semillas en los surcos a derecha e izquierda, con un calculado movimiento de la mano. La circularidad de la rutina les hacía prestar una atención pormenorizada a las reuniones familiares y recelar de los forasteros y de las novedades. Un espantapájaros, clavado en mitad de los campos de labranza, montaba guardia con la paja saliéndole por los puños de la camisa.

—Me repuse —concluyó Esther—. Comprendí que la vida seguía a pesar de todo. Hasta que un día asaltaron nuestro barrio, apalearon a mi marido hasta matarlo y quemaron la panadería. A mí no pudieron pillarme. Eso es todo —resumió, escueta.

Las dos, como si tuviesen los corazones coordinados, suspiraron. Raquel cogió con delicadeza la mano de Esther para mostrarle comprensión y cariño sin necesidad de palabras. Ambas anduvieron un trecho de la mano. Amaneció.

*Condado de Chartres, 16 de mayo de 1212*

Campos floridos. La tibieza del sol mañanero alumbraba los prados colonizados por margaritas y amapolas. La brisa arrastraba olores de heno y estiércol, de las vacas que pastaban. Los niños madrugaban para reanudar el camino y aprovechar las horas de luz. Despertaban tiritando de frío, mojados por el rocío de la noche hasta que los primeros rayos de sol los caldeaban, aunque no tanto, decían algunos, como los abrazos de sus madres. A la salida de algunas poblaciones, las mujeres lavaban la ropa en riachuelos y extendían las sábanas en la hierba, como velas blancas de barcos y, al ver a los niños, los saludaban con la mano.

Esteban portaba una especie de báculo de madera que uno de los monjes, un manitas, había tallado para él, de modo que parecía la viva imagen de un aventajado profeta barbilampiño. Y el pastorcillo había adornado el báculo con flores silvestres, como un romero que en lugar de dirigirse a Roma para venerar la tumba del apóstol Pedro, lo hiciera a Jerusalén. Desde la salida del sol, poseído de unas incontenibles ganas de hablar, relataba qué harían en Tierra Santa una vez tomada Jerusalén. Lo contaba como si fuese un viaje fantástico, una ruta en la que los lugares evangélicos cobraban un aspecto maravilloso y exótico.

Mientras chupaba una espiga de trigo, decía que se bañarían en el río Jordán, donde San Juan Bautista bautizó a Cristo, harían ahogadillas en las tranquilas aguas que sobrevoló la paloma del Espíritu Santo, bucearían, jugarían y se purificarían al mismo tiempo. Contaba que buscarían en Belén a los descendientes de los pastores que adoraron al Niño Dios en su nacimiento para preguntarles cosas: si sus antepasados les describieron el aspecto del ángel que anunció el natalicio, cómo era la estrella que brilló en el cielo, si los Magos de Oriente dejaron alguna riqueza más, si el Niño Jesús era llorón por las noches o si la Virgen María era tan guapa que uno se quedaba embobado al contemplarla. Los sueños premonitorios del pastorcillo y que hubiera hablado con Jesucristo en persona cimentaban su prestigio entre sus fervorosos seguidores, y todo cuanto relataba, que en otra persona hubiese sido tildado de desvarío o embuste, era considerado como verdadero.

—¡Podríamos buscar en Belén la posada que no quiso alojar a José y a María! ¡Les daríamos un escarmiento a los descendientes de quienes se negaron a albergar a la Virgen embarazada! —gritaba un cura, puños en alto.

—¡Ahorcaremos a esos posaderos, por ingratos! —jaleaba otro.

—No. Nosotros no nos mancharemos las manos de sangre. El Señor decidirá si envía una lluvia de fuego y azufre sobre la posada —respondía Esteban, ecuánime.

Y a las niñas les daba sentimiento pensar en la Virgen montada en el pollino, con las manos sobre el abultado vientre, a punto de romper aguas, mientras San José, tirando del ronzal, buscaba el pesebre para que naciera el Niño Jesús porque no tenían sitio en la posada. Así que hacían pucheros, se miraban unas a otras con sus caritas de pena y se enjugaban las lágrimas al recordar un episodio que, aun acontecido hacía más de mil años, parecía haber sucedido anteaer.

Los niños repartían adiós con la mano por donde pasaban, y los frailes, el abuelito y otros voluntarios de última hora, sabedores de lo afortunados que eran por participar en un movimiento llamado a cambiar la historia, se lamentaban de las tristes e inmutables vidas que les aguardaban a los campesinos y menestrales con los que se cruzaban: apegados desde el nacimiento hasta la muerte a unas tierras pertenecientes a altivos señores feudales, deslomándose a trabajar para enriquecer a los nobles, con una miserable existencia que no le interesaría jamás a nadie. Y los niños, al abrir los ojos al alba, preguntaban: «¿Falta mucho para llegar a Jerusalén?», pues estaban ansiosos por completar el recorrido y vivir una opulencia que para ellos representaba no estar sometidos a palizas, olvidar el miedo a ser detenidos por hurtar comida para no morir de inanición, no trabajar como esclavos a cambio de un mendrugo de pan y no tener que ver, con envidia, cómo otros tenían tanto y ellos tan poco. Por fin se haría justicia en el mundo.

El pequeño Philippe, para saciar su necesidad de saber cómo era una madre, les preguntaba a otros niños a bocajarro, y recibía respuestas de todo tipo, buenas y malas, aunque prefería quedarse con las elogiosas, las que desgranaban las infinitas variantes del cariño maternal.

—¿Para qué quieres saber cómo es una madre? —se interesaba Pierre.

—Porque mi padre me dijo que, al final del camino, encontraría una —respondía el chiquillo sin titubear.

—Paparruchas. Tu padre te mintió. Te abandonó. Te lo dijo para que no llorases.

Philippe era lo suficientemente espabilado como para no negar el doloroso abandono, pero se aferraba con fuerza a la promesa paterna. Creía en la veracidad de aquellas palabras. Estaba esperanzado en encontrar a la madre que nunca tuvo y siempre deseó. Así que, ante las insidiosas chinitas que le lanzaba su amigo, guardaba silencio.

Pierre no pretendía herir los sentimientos de Philippe, sino que se expresaba tal como era, con rudeza, sin artificios ni diplomacia. Haber vivido en el hospicio lo había endurecido. El mundo, para él, era un lugar hostil en el que había que combatir para sobrevivir.

Juan, por su parte, no le quitaba ojo a un hombre que se había unido la tarde anterior a la cruzada. Se llamaba Gaspard. Era grande y gordo, con barba negra y voz rasposa. Miraba con fijeza, se reía a carcajadas de sus propias gracias y solía pedir que le repitieran las cosas para que su primitiva mente captara el sentido. Su mera presencia le resultaba inquietante. Aunque no sabía por qué.

Aquel barbudo tripón decía ser pocero y que, tras haber oído rumores acerca de la cruzada infantil y escuchado la predicación de un cura en su pueblo, había sentido una llamada interior y decidió integrarse en aquella impresionante movilización para ayudar en lo que buenamente pudiera. «¡Ah, estáis hechos unos pillastres! ¡Ja, ja, ja, ja!», reía mientras acariciaba con sus velludas manazas las cabezas de los niños.

—Pierre, no me fio de ese hombre —comentó de repente Juan.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—¿Ha hecho algo malo?

—No. Pero me da mala espina.

Pierre, alerta, observó a Gaspard comer con gula, eructar sonoramente y reírse de sus flatulencias. Los pequeños coreaban con estridentes risas sus gracietas y ruidosas ventosidades.

—Que no se acerque a Philippe. No lo pierdas de vista —remarcó Juan.

Al atardecer, mientras atravesaban campos festoneados de margaritas y amapolas, el abuelito, que alargaba el suspense de una chiquillería deseosa de saber qué cuento tocaría aquella noche, sonreía y callaba. «Ya os enteraréis esta noche, no seáis impacientes», se limitaba a decir, bonachón. Gaspard, que exhibía un humor basado en piropos y pedos, intentaba amigar con las niñas que adornaban sus cabezas con coronas de flores, como princesitas o novias tempraneras. Y el pastorcillo, poseído de una inagotable necesidad de relatar

sucesos maravillosos, detallaba que irían a Caná y beberían el vino sobrante de la famosa boda en la que estuvieron invitados la Virgen y Jesucristo, pues aseguraba que se le había revelado en un sueño que aún se conservaban tinajas selladas del agua convertida en vino. «Seguro que ese vino no es del que bebo, del peleón», comentaba Gaspard repetidas veces, para que todos comprobasen lo ocurrente y chistoso que era.

Por la noche, hubo historias al calor de las hogueras.

Otro niño desapareció.

Los días siguientes, cada anochecer, al acabar de contar el cuento, cuando las fogatas se apagaban y las ascuas se enfriaban, desaparecía un niño.

Nadie volvió a verlos.

*Costa mediterránea francesa, 16 de mayo de 1212*

La tinta de la noche se derramó por el cielo. Campesinos, comerciantes y caminantes se apresuraban a entrar en un pueblo antes de que los lobos aullasen. Se alumbraban con candiles o faroles de mano, porque la luna nueva daba una parva luz, apenas un tímido resplandor. Se había levantado viento. Los búhos ululaban.

Reventadas por la caminata y hambrientas, Raquel y Esther convinieron en pernoctar en aquella población. Se les había pasado el miedo de los primeros días a ser perseguidas, la desconfianza ante cualquier persona con la que se cruzaban. El extremo cansancio les hizo decidirse a buscar alojamiento para dormir y comer caliente. Raquel guardaba aún las monedas que pudo rescatar de su casa antes de marcharse. Tenían dinero para pagar techo y sustento.

Habían andado mucho desde antes del amanecer. El día había sido pródigo en emociones, pues Esther le había contado a Raquel la historia de su maternidad truncada. Abrir el corazón no dejaba heridas, antes bien, las sanaba, pero el cuerpo acusaba el cansancio de los sentimientos largamente guardados y, por fin, compartidos con alguien.

A la entrada del pueblo encontraron una posada. Un gran farol situado encima de la entrada se balanceaba. Empujaron la puerta y los goznes chirriaron.

Unas velas de sebo y el fuego de una chimenea iluminaban el interior. Varios hombres, sentados en bancos corridos, cenaban un guisote de caracoles con conejo y bebían vino. Acodados y encorvados sobre las mesas, sorbían ruidosamente el caldo, mojaban pan, agarraban la cuchara con el puño, daban largos tragos a las jarras de barro y se limpiaban la boca con las mangas de las túnicas y pellizas. Debían de ser mercaderes o gentes de oficios mecánicos, y algunas caras patibularias mostraban vidas tormentosas. Llevaban capotes con capuchones rematados en punta y algunos, incluso medias calzas, para resguardarse del frío del camino. El techo estaba ahumado de las velas y del mal tiro de la chimenea donde quemaba una brazada de retama. Atufaba a sobaquina y a ropa sucia. El posadero, al verlas entrar, se

limpió las grasientas manos en los faldones de su camisa suelta.

—¿Qué queréis? —soltó.

—Cama y cena —respondió Esther.

El posadero respiró hondo, vibraron las aletas de su nariz de gorrino, engurruñó los ojos, arqueó los labios y se rascó la barbilla. Esos gestos expresaban la dificultosa mecánica de su pensamiento. Trataba de calibrar la importancia de las dos mujeres en función de su aspecto. Una era joven y guapa y la otra tenía algunos años más; estaban sucias, desgredadas, ojerosas y fatigadas en extremo. Tras un largo proceso mental, dedujo que eran unas pobretonas.

—En el establo podéis dormir sobre la paja, al lado de las mulas. Y puedo daros un tazón de sopicaldo —dijo, desdeñoso—. Eso, si podéis pagarlo.

—Queremos una habitación para las dos, cama limpia, pavipollo, sopa caliente, pan del día y el mejor vino que sirvas en este tugurio —contestó Esther, en tono retador—. Me refiero a vino sin aguar. Del bueno.

—Tengo agua fresca —dijo el posadero, desafiante.

—Agua, no. Dicen que da mucha sed —respondió Esther, rauda.

E hizo un gesto a su amiga para que enseñase el dinero. Raquel mostró las monedas, los pequeños ojos negros del posadero brillaron como insectos al sol. Se tornó zalamero.

—¡Oh, ya decía yo que erais grandes damas! ¡Me honráis con vuestra presencia! ¡En mi humilde posada encontrareis alojamiento y sustento acordes con vuestro linaje! También puedo ofreceros chicharrones de cordero. ¡Recién hechos!

Y mientras decía esto hacía torpes reverencias y se restregaba las manos en las calzas verdes para limpiárselas.

—Queremos darnos un baño. Manda calentar agua. Nos asearemos en la habitación —ordenó Esther.

—Muy bien, señora.

—Queremos la mejor estancia que tengas.

Aquella petición congeló la sonrisa aduladora del posadero y se mordisqueó los labios.

—¿La mejor?

—¿Sucedo algo?

Los silentes comensales interrumpieron la cena. Dejaron en suspenso las jarras de vino y las cucharas colmadas. Giraron las cabezas y prestaron

atención.

—Bueno... Nadie quiere ocupar la mejor habitación.

—¿Por qué?

—Dicen que está...

—¿Cómo está?

—Embrujada.

Nadie hablaba. Podía oírse el borboteo de la olla con el guiso puesto en el fuego de la chimenea. El olor a humo de las brazadas de aulaga y brezo impregnaba las paredes. Un hombre de los de rostro carcelario apuró el vino de la jarra para deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta.

—¿Está limpia?

—Sí —respondió el dueño—. Hace tiempo que nadie la utiliza.

—¿Cuál es el embrujo? —preguntó Esther, entre curiosa y desafiante.

—Hace años se ahorcó en ella un molinero y a veces, por las noches, se oyen los lamentos de su alma en pena. —El posadero se santiguó tres veces para conjurar la malignidad de lo inexplicable.

Ambas se miraron y asintieron. El supino cansancio y las ganas de dormir en una cama con sábanas se sobreponía al temor a lo desconocido.

—Nos la quedamos —sentenció Esther—. A nosotras no nos dan miedo los muertos. De los vivos es de quien hay que tener miedo.

El posadero llamó a voces al remolón del mozo, le ordenó que calentase varias ollas de agua y que llenase un barreño grande de madera. Acto seguido, dio instrucciones para que les preparasen la succulenta cena que habían solicitado y, con el trapo que llevaba colgado al hombro, limpió una mesa de restos de comida y de cercos de vino.

—Aquí estarán cómodas.

Cenaron con voracidad, sin importarles las inquisitivas miradas ni los cuchicheos de los hombres que finalizaban su cena y ahora, retrepados en los bancos de madera, bebían una segunda o tercera jarra de vino repuntado.

Después de tomar como postre mermelada de manzana untada en rebanadas de pan de centeno, se dirigieron a la habitación embrujada. Nada más entrar, Esther, previsora, cerró la puerta, echó el cerrojo y la atrancó por dentro con una silla.

—¿Por qué haces eso?

—Para evitar que algún desgraciado, ajumado de vino, intente entrar de madrugada.

Raquel sonrió. Su compañera era una mujer fuerte y decidida, sabía



bregar con la gente y no se amilanaba.

Un gran barreño con agua caliente, aceite y natrón para eliminar la suciedad del camino estaba en mitad de la pequeña habitación, de paredes encaladas. Había una cama con sábanas limpias, una mesita coja con un frasco de aceite aromatizado con tomillo y mejorana para lustrarse el cabello y suavizar la piel tras el aseo. La austera habitación les pareció una alcoba palaciega.

Una ventana daba al exterior. Raquel entornó los batientes para impedir que las vieses desde fuera. Apenas se filtraba un halo de luz lunera.

—Báñate tú primero. Yo lo haré después —indicó Esther.

—Me daré prisa para que el agua se mantenga templada cuando tú te metas.

El baño fue tan placentero que hubieron de cerrar los ojos mientras, encogidas en el barreño, se frotaban para desprender la suciedad adherida a la piel. Cuando terminaron, el agua quedó gris, y un reborde de roña recubría el barreño.

Se aceitearon la piel y el pelo con unas gotas. Sus cuerpos olían a hierbas silvestres, como si se hubiesen revolcado en un prado florido.

Agotadas, se acostaron. La cama era algo estrecha para las dos, pero el blando colchón de lana y la tersura de las sábanas eran un placer frente a la dureza del frío suelo campestre.

Con el estómago lleno, reconfortada tras el baño y conmovida por la historia que Esther le había confiado al amanecer, Raquel tuvo el impulso de confesarle que la búsqueda de su marido era lo más importante en su vida. Y sin que le diera vergüenza omitir ningún detalle, animada por una incandescencia del corazón, fue contando la historia de su amor, la pasión física que les unía a ella y a Saúl, los pensamientos que se adivinaban el uno del otro, las ganas de compartirlo todo, de vivir como si el pasado diese igual y sólo existiese el presente.

Esther la escuchó en silencio, con el corazón convertido en un tizón mientras el agua del barreño ya estaba fría.

Antes de dormirse, sintieron la una de la otra, sin necesidad de buscar las palabras exactas, que nunca habían tenido una amiga así.

No oyeron lamentos de ningún espectro.

*Condado de Chateaudun, 22 de mayo de 1212*

Crepúsculo. Unas nubes oscuras, atiborradas de vapor de agua, volaban altas y lentas. Los jinetes desmontaron. Eran siete. Habían cabalgado despacio, pues no tenían prisa. Se limitaban a seguir de lejos a los niños cruzados. Eran veteranos rastreadores, pero no necesitaban desplegar sus conocimientos de exploración del territorio. Su tarea era bien sencilla.

No separarse de aquella comitiva de chiquillos locos liderados por un niño más loco aún.

Iban armados. Espadas, dagas y un par de ballestas terciadas a la espalda. Olían a sudor y a cuero. Estaban hambrientos. Comían alimentos fríos. No encendían fuego para no alertar a nadie de su presencia. No convenía que los detectaran.

Desensillaron los caballos y comprobaron los atalajes.

Los caballos relinchaban, tranquilos. De una de las sillas de montar pendían, a ambos lados, un par de jaulas de madera con aves. Incómodas en su prisión de finos barrotes, no zureaban. Eran palomas mensajeras.

Los hombres más expertos en pronosticar el tiempo alzaron la vista para observar el tono cárdeno de las nubes. Se había levantado brisa y las copas de los árboles temblequeaban. La luna tendría cerco esa noche. Llovería.

Se aprestaron a dar de comer a los animales. Después, cuatro de los jinetes se agruparon y se dispusieron a repartirse tiras de bacalao en salazón, pan y trozos de queso de cabra. Y miraban cómo, entretanto, los otros tres hombres rezaban.

En árabe.

Tras descalzarse y purificarse cara, manos y pies con un buche de agua para no desperdiciarla, desplegaron sendas esterillas en el suelo. Oraron de pie, recitaron una oración, se postraron en dirección al este y continuaron rezando, sentados sobre los talones, las manos sobre los muslos: «Sólo a Ti adoramos, sólo en Ti buscamos ayuda. Guíanos por el camino recto».

Al terminar sus preceptivas oraciones mirando a Oriente, enrollaron las esterillas, se calzaron y cenaron un puñado de pasas con trozos de cordero ahumado bajo la luz azafranada.

Al ennegrecerse el mundo, se encendieron hogueras donde acampaban los miles de niños cristianos. La capa nubosa ocultaba los luceros. La luna, entrevista, tenía cerco. Llovería antes del amanecer.

Los jinetes cruzaron miradas. Sonrieron.

*Condado de Chateaudun, 22 de mayo de 1212*

Las manos. El abuelito las tenía sarmentosas, encallecidas de haber empuñado durante años la espada y el escudo, moteadas de manchas de la edad, o quizá de las salpicaduras de sangre de los sarracenos apuñalados; las movía con morosidad, como el maestro de una cantoría, sobre todo al contar los cuentos al caer la noche. Las de Gaspard eran de dedos amorcillados y uñas renegridas, producto de su oficio de pocero; se mostraba habilidoso con ellas: entrelazaba coronas de flores para las niñas, fabricaba cruces y reparaba sandalias destrozadas de tanto andar. Las del pastorcillo eran pequeñas y bastas, la antítesis de las de los nobles acostumbrados a sostener vajillas de plata, pero cuando hablaba, acompañaba con elegancia las palabras con su movimiento, de modo que el auditorio no sabía si prestar atención a las manos, a los ojos o a las palabras envueltas en fuego.

Y las manos del anciano trovador eran finas y delicadas, de dedos largos, como si sólo hubiesen acariciado terciopelo en la vida. Tocaba la mandolina, cantaba tonadas amorosas y recitaba poemas que sonaban muy antiguos. Las niñas, al oír aquella dulce melodía y las vetustas letras de las canciones, se detenían para escuchar con atención.

Atravesaban un pastizal donde sobresalía una ermita blanca coronada con una cruz. Delante de ella había una tumba con una efigie de piedra labrada en altorrelieve. La lápida sepulcral, comida por el verdín, representaba a un guerrero sedente con yelmo y cota de malla cuyas manos agarraban una espada de piedra que reposaba sobre el pecho.

Los niños señalaron la tumba y preguntaron al trovador:

—¿Quién es?

—Un caballero que combatió en las guerras de ultramar.

—¿Qué es eso?

—Las cruzadas.

—¡Nosotros vamos a una cruzada!

—Luchó en la primera y regresó a su casa henchido de gloria. Murió hace mucho, en un tiempo mejor que éste. Yo canto sus hazañas para que no se olviden. Mi música rememora aquel mundo que casi nadie recuerda y que

pronto desaparecerá.

—¿De dónde desaparecerá?

—De la memoria de los hombres.

Los niños se encogían de hombros. No entendían qué quería decir aquel viejo de melódica voz que tañía la mandolina, pero les agradaba saber que allí reposaba un antiguo cruzado. Como ellos ahora. A las niñas les dio pena contemplar la tumba del caballero con las cuencas de los ojos rellenas de musgo; recogieron flores y las pusieron a los pies.

Aquel espontáneo homenaje floral derritió el corazón del trovador, que agarró el instrumento de cuerda y, con los ojos cerrados para transportarse a su idílico mundo añorado, comenzó a cantar canciones de amores cortesanos, de caballeros que rondaban a sus damas para enamorarlas, de reyes que emprendían gestas heroicas y de caballeros que mataban dragones a pares. Cuando terminó de cantar continuó tocando la mandolina, y las niñas más extrovertidas comenzaron a bailar cogidas de la mano al compás de las notas. Aquella ingenua danza lo emocionó aún más, y vertió alguna lágrima.

—¿Por qué lloras? ¿Estás triste? —le preguntó una de las niñas danzarinas al verlo llorar.

—Lloro de melancolía.

—¿Y eso qué es?

—Saber que el tiempo de mi juventud lo olvidarán las siguientes generaciones. Por eso canto. Porque la memoria se la lleva el viento, pero las canciones son recordadas. Así, ese mundo maravilloso no morirá del todo.

—Qué raro hablas. Pero qué bien suena —dijo una niña pecosa.

Muchos niños rodearon al juglar melancólico, convocados por su musiquilla y cánticos. Philippe y Juan se situaron en primera fila. Pierre los imitó, a empellones. Los dedos del anciano, deseosos de tañer las cuerdas, bailoteaban en el aire como arañas.

—En mi niñez alcancé a ver el mundo que defendió el caballero que aquí yace —comenzó a explicar—. Las damas eran las más distinguidas y hermosas, adornaban con flores sus trenzas y se colocaban rosas en el escote; los caballeros del Temple retornaban triunfantes de los santos lugares con sus túnicas blancas y cruces rojas; los mercaderes traían incienso y cuernos de unicornio del País de los Negros y decían que, en tierras muy lejanas, hombres de piel amarilla y ojos rasgados lanzaban al cielo luces de colores que hacían ruido; los hijos respetaban a sus padres, los reyes eran magnánimos, los señores, justos, y las mujeres, hermosas. ¡Ay, todo eso evoco y canto!

Philippe sintió curiosidad y, con los ojos brillantes, preguntó en voz alta:

—¿Sabes una canción de madres?

—¿Cómo? —La pregunta desconcertó al trovador.

—Canta una canción que hable de las madres —insistió Philippe.

—¡Bah, no hay ninguna canción de las madres! ¡Yo canto al amor, a las mujeres que un día fueron hermosas!

—¿Las madres no son hermosas?

La contumacia de Philippe desbarató la paciencia del trovador, que endureció la mirada e hizo un gesto despectivo con la mano.

—¡Niño, no digas tonterías!

El trato desdeñoso del viejo juglar hacia el pequeño motivó a Pierre a intervenir.

—Señor, yo conozco una cancioncilla de esos tiempos.

—¿Sí? ¡Maravilloso! ¿Podrías entonarla? —pidió, conmovido por aquella inesperada intervención.

Pierre llenó de aire los pulmones, puso los brazos en jarras y cantó:

—Recogiendo aceitunas

te he visto el culo;

no he visto chimenea

que eche más humo.

Las risas de los niños atronaron el aire. El anciano enrojeció de rabia. Aquel mocoso se había burlado de él y de sus composiciones musicales. Los chiquillos no paraban de reír y de patear el suelo, divertidos por la travesura.

—¡Desgraciado! ¡Sinvergüenza! ¡Irreverente! ¿Cómo te atreves? —estalló el juglar.

Esta explosión de ira hizo enmudecer a la chiquillería. Pierre, contrito, agachó la cabeza. Las manos del músico y cantor temblaban y más que tocar la mandolina parecían deseosas de agarrar por el pescuezo a aquel descarado.

—Lo siento. No sé qué me ha pasado —se disculpó.

—¡Has de mostrar respeto por tus mayores y por los tiempos mejores que ellos hicieron posible! —gritó, con las venas del cuello hinchadas, con la sangre hirviendo.

—He sido un atolondrado. Déjeme corregir mi error. Me gustaría cantar una canción que me enseñó mi abuelita —pidió, avergonzado.

El anciano valoró la petición y optó por concederle una segunda oportunidad. Quizá, pensó, todo había sido fruto del natural desconocimiento de los niños.

—Entónala bien para que yo pueda acompañarte con la mandolina.

El chico volvió a inspirar y a ponerse en jarras. El trovador, con la respiración menos agitada, se dispuso a tañer el instrumento de cuerda. Se hizo un silencio expectante. Los niños, ni siquiera parpadeaban. Pierre cantó:

—Si me clavas un puñal  
no lo hagas en el pecho.  
Clávamelo en el culo  
que tengo el agujero hecho.

El estruendo de las risotadas asustó esta vez hasta los pájaros, que alzaron el vuelo de los árboles.

—¡Serás desgraciado! ¡Bellaco! ¡Hijo de la gran puta!

—¡Vaya boca gasta el poeta! —soltó Pierre.

Las risas, contagiosas, provocaron que los niños, envalentonados, comenzaran a proferir disparates, y las niñas, a bailar danzas absurdas alrededor de la tumba del cruzado que tenía los ojos recubiertos de musgo. Pierre había oído cantar un par de veces esas letrillas picantes a los legos del hospicio, a los mozos que ayudaban a los frailes. El trovador, enfurecido por la afrenta, ensartaba palabrotas sin desmayo, y la ristra de procacidades la acompañaba de perdigones y de salivajos. Había tomado la chiquillada por un ultraje. Las niñas, desinhibidas por la hilaridad creciente, bailoteaban sobre la lápida del caballero, taconeaban encima de la piedra moteada de verdín, y el eco de sus pisotones se sentía en la profundidad de la tierra, donde reposaban los huesos.

Al poco, reanudaron la marcha y dejaron atrás la ermita blanca rematada con una cruz.

El anciano juglar proseguía en su empeñamiento de cambiar la lírica por los insultos más crudos, lo que avivaba las risas y los bailes provocadores. Sobre la tumba del caballero, las flores depositadas poco antes yacían destrozadas. Los pétalos y tallos eran pisoteados sin miramiento.

Aquello era la constatación de un mundo antiguo que moría y de un mundo nuevo que nacía.

El pastorcillo ordenó apretar el paso. Al día siguiente tenían previsto llegar a la ciudad de Vendôme para encontrarse con más seguidores.

*Roma, 23 de mayo de 1212*

Las vacas pastaban en el Campo Vaccino y ahuyentaban moscas con el rabo. Los foros imperiales eran un enorme pastizal que los animales abonaban con sus excrementos mientras rumiaban hierba y eran vigilados por somnolientos pastores que, con las alpargatas, pisaban la escombrera de lo que una vez fue la Roma imperial. Las ruinas de los antiguos edificios se aprovechaban como establos o granjas. Y para fabricar cal.

Las estatuas y templos de la antigua Roma eran troceados a mazazos por canteros y yeseros. Estos trozos servían para construir casas o convertir el mármol en cal viva. Los bustos de los senadores, los capiteles monumentales y los frisos con inscripciones dedicadas a dioses proscritos alimentaban los hornos de cal situados en los alrededores de los foros. La humareda de los hornos se elevaba por encima de los arcos triunfales, las columnas y las termas.

Francesco caminaba por el herbazal del Campo Vaccino con cuidado de no pisar las bostas más frescas, un festín para las moscas. Los trabajadores cebaban con leña los hornos y el espeso humo ascendía con la misma lentitud con que masticaban las vacas. Los hierbajos salvajes crecían entre las grietas de los templos dedicados a los antiguos dioses romanos. A través del humazo divisó el arco de Septimio Severo.

Los aguadores rellenaban cántaros de una gran fuente y luego los cargaban en las aguaderas de esparto de los borricos. Apretaban las cinchas sobre las panzas de los pollinos para que las albardas no se volcasen. Venderían el agua fresca por los *rioni* próximos, los barrios en los que se dividía la ciudad. Los perrillos pastores ladraban a las reses si éstas se alejaban. Las piaras de cerdos pasaban gruñendo delante del dismantelado templo de Vesta con un trotecillo cochinerero, y los carromatos, cargados de cántaros de leche y tinajas de aceite, traqueteaban. En la ruinosa tribuna de los *rostra*, desde donde los oradores se dirigían al pueblo más de un milenio atrás, los niños jugaban encaramados a los espolones de bronce de los barcos cartagineses, se columpiaban en aquellos trofeos capturados en las guerras antiguas y gritaban para asustar a los animales.



Francesco pasó al lado del arco de Septimio Severo, convertido en barbería. Las malas hierbas y matojos crecían en las fisuras de la piedra y cubrían parte de los bajorrelieves triunfales, oscurecidos por la pátina del tiempo. El gran vano central y los dos laterales habían sido cerrados con tabloncillos para habilitar los espacios interiores. Los hombres, unos tranquilos y otros asustados, esperaban turno para ser afeitados o curados por el barbero, cuya misma navaja rasuraba barbas, cortaba el pelo, sajava golondrinos y rajaba heridas infectadas para extraer el pus. Y tras afeitar o cortar, el barbero restregaba la afilada hoja en su mandil y atendía al siguiente. Tanto le daba.

Sonrió. Le agradaba el roce afilado de la navaja cuando lo afeitaban y las toallas calientes sobre la cara para suavizar la piel. Otros placeres eran nadar en el agua fría de un río en plena canícula, respirar el olor a tierra mojada tras la lluvia y el sabor ácido de las primeras manzanas. Esos pequeños placeres físicos eran los que de verdad le gustaban en la vida. No era hombre de otros recreos.

El Hospital de Los Prados estaba situado detrás del Campo Vaccino. Francesco, solo y a buen paso, se encaminaba hacia allí para dar instrucciones acerca de los cambios que pretendía introducir en la organización interna.

Los vencejos hacían quiebros en el aire. Volaban bajo, por encima de las copas de los pinares y de las almenas de las torres, remontaban entonces el vuelo y descendían luego en picado, haciendo piruetas.

Francesco contemplaba el vuelo acrobático de los pájaros que casi rozaban las torres defensivas levantadas en los *rioni*. Las barriadas romanas estaban cuajadas de casonas y palacios de la nobleza rematados con altas torres, símbolo secular de su poderío. Desde hacía semanas, los vigías oteaban el horizonte día y noche encaramados en las torres, apoyados en las almenas para descabezar un sueño mientras sus compañeros vigilaban por si las huestes almohades se aproximaban a Roma.

Había miedo en la capital de los Estados Pontificios.

La promesa de al-Nasir de conquistar la ciudad y convertir la basílica de San Pedro en un muladar había conmocionado a la aristocracia y al pueblo. Pero el temor provocaba desiguales reacciones en los diferentes estamentos.

Los magnates y potentados aparentaban guardar calma, pero secretamente habían dispuesto abandonar con celeridad la ciudad si se perdía la batalla contra los sarracenos. O largarse incluso antes de librar el combate. Tenían preparadas las casas campestres por si necesitaban refugio, pues habían dispuesto abastecerlas con todo lo necesario. Las tropas leales y los soldados

de fortuna contratados por media Italia componían sus pequeños ejércitos particulares, pero la nobleza era incapaz de acordar una estrategia común frente al peligro almohade y elegir un jefe. Con todo ello, la presencia militar se acrecentaba cada día, las tropas custodiaban las posesiones de los aristócratas y acampaban fuera de las centenarias murallas romanas.

El temor a perder el patrimonio alimentaba la codicia, y el temor a perder la vida despertaba los apetitos carnales. Cada mañana entraban en Roma carretadas de jóvenes prostitutas y de experimentadas cortesanas para disfrute de los ricachones, que comían, bebían y holgaban hasta saciarse y vaciarse. Demandaban los mejores vinos, las viandas más selectas y las mujeres más apetitosas. Pagaban lo que fuera, sin regatear.

El pueblo llano, sin acceso a vicios ni a comilonas, se contentaba con ver pasar los días, trabajaba hasta reventar para pagar los tributos a nobles y eclesiásticos y rezaba al caer la noche, por si las enfermedades o las espadas musulmanas les impedían ver amanecer de nuevo. Y las monjas rezaban aterrorizadas en la umbrosa intimidad de sus capillas, alarmadas por los rumores de que los sarracenos las violarían frente a los altares para humillar a Dios.

Francesco entró en Los Prados. Enfermeros, médicos, pigmentarios y boticarios inclinaban la cabeza conforme lo veían aparecer con sus andares enérgicos y elegantes, y alguno lo saludó con la sonrisa de pez de los tontos. No sólo era el rector espiritual, sino el director de aquel centro de beneficencia dependiente de la Santa Sede. El hospital, bien ventilado y fregoteado cada mañana con agua caliente mezclada con cenizas, olía a los medicamentos elaborados en la farmacia y al sudor de los enfermos que ardían de calentura y permanecían encamados, delirando, diciendo incoherencias cuando la fiebre repuntaba.

Los pigmentarios trasudaban un olor a canela e hidromiel, productos que vendían a los farmacéuticos, y éstos desprendían a su vez un aroma a hierbas silvestres, agua de ajeno y ruibarbo, las sustancias que conservaban en los albarelos y los medicamentos que destilaban en los alambiques.

Los físicos, con sus batones manchados de purulencias, escucharon sorprendidos las indicaciones del director hospitalario. Se miraron entre sí, atónitos. Uno de los facultativos, el más veterano, se atrevió a contradecirlo:

- ¿Construir una galería para alojar confortablemente a los locos?
- Para atenderlos médica y religiosamente.
- Es un desperdicio de dinero. ¡Margaritas para los cerdos!

—Son hijos de Dios.

—Son unos guarros. Se comen sus propios excrementos y se orinan encima. Se dan cabezadas contra los muros hasta sangrar, se agreden mutuamente, lloran sin cesar o permanecen callados acuclillados en los rincones. No sirven para nada. ¡Sacadles el demonio con un exorcismo!

—Ya me han dado antes ese consejo. —Francesco se acordó de la recomendación del ecónomo de la Santa Sede.

—Es lo único que se puede hacer por ese hatajo de desgraciados enloquecidos. Cuanto antes los recoja el Señor, mejor.

—No. Debemos tratarlos con humanidad. Denles jarabes tranquilizadores y julepes vigorizantes.

—¿Pretende su reverencia que los tratemos como al resto de enfermos?

—Eso mismo.

Unos gritos desgarradores salieron del fondo de un corredor. Francesco se dirigió hacia allí seguido por el médico contestatario. Entraron en el ala reservada a los dementes. Una vaharada repugnante hizo toser al sacerdote. Apestaba. Por más que visitaba aquella zona, nunca se acostumbraba a la visión de personas rapadas, encadenadas al suelo o a la pared para evitar ataques furiosos; hombres encorvados hablando solos mientras andaban despacio y ancianos tirados en el suelo en postura fetal, como si esperar la muerte fuese una liberación, una vuelta al claustro materno.

Rudos enfermeros, con porras en la mano, llevaban unas jaulas de hierro encasquetadas en la cabeza para protegerse de inesperadas mordeduras capaces de desnarigarlos o de arrancarles una oreja. Se paseaban entre los locos como matones de taberna o guardianes de un presidio, agitando en el aire las barras de madera recubiertas de cuero, con ganas de atizarle a alguien.

Un pobre demente, que se creía San Pablo, no paraba de improvisar epístolas a los romanos. Las dictaba en voz alta a un imaginario secretario, y todas comenzaban igual: «Hermanos humanos, oídme: el fin de los tiempos se acerca. Pronto estaréis criando malvas».

Francesco se detuvo, rezó una oración y bendijo a los enfermos mentales con la señal de la cruz. Los enfermeros de cabezas enjauladas sonrieron ante aquel gesto episcopal, que fue imitado por un viejo que de inmediato comenzó a desgranar latines litúrgicos en una parodia de eucaristía.

Antes de irse, Francesco advirtió al personal que en breve llegarían el maestro de obras, los canteros y los alarifes para construir un ala aneja dotada de una amplia sala y galería.

Al salir, apretó el paso. Tenía trabajo atrasado en el palacio Laterano. Papeles por clasificar, documentos que revisar e informes que leer antes de hacerle un resumen al Papa, un hombre más de acción que de pensamiento, poco inclinado a dedicar el tiempo en sosegadas lecturas. Francesco estaba ansioso por saber si entre las cartas recibidas de algún obispado francés habría alguna referida a la rara cruzada de niños, pues al Santo Padre le interesaba semejante noticia.

Mugían las vacas que pastaban en el Campo Vaccino. En las aparatosas ruinas de la Roma de los césares crecían los matojos como metáfora del olvido y de la incuria, y sus cascotes caían sobre los terrizos de una ciudad sucia, enlodada, que apestaba cuando llovía, pues el agua de los charcos hedía al mezclarse con la basura que nadie retiraba.

Los vencejos rasgaban el aire, veloces. Los pinares que salpicaban la ciudad olían a resina. La silueta de las torres de piedra y ladrillo se recortaba contra el cielo. Grupos de soldados patrullaban la ciudad con el sonido metálico de sus armas al entrechocar, y los vigías se apostaban en el monte Palatino, entre los escombros de los antiguos palacios romanos. Un prelado, escoltado por oficiales de infantería, se paseaba a lomos de un caballo al estilo de un condotiero, embutido en una armadura de color negro brillante y con el sombrero violeta propio de su condición episcopal. Era el predominio del hierro bendecido sobre el evangelio.

Muchos sacerdotes decían misa con la espada al cinto, con la punta asomando bajo la casulla, por si la invasión musulmana llegaba de improviso. Apenas sermoneaban, las eucaristías no duraban ni quince minutos, y los curas que recibían copiosos donativos por sus capellanías, en lugar de invertirlos en obras de caridad o de arte, mandaban fabricar armaduras y mandobles.

Sonaron trompetas lejanas.

Pero no se trataba de las que habrían de sonar en el valle de Josafat en el final de los tiempos, en el inicio del Apocalipsis y el rechinar de dientes.

Eran las trompetas de un batallón de infantería. Mercenarios que portaban largas lanzas y llevaban los escudos a la espalda. Mientras la soldadesca desfilaba ufana por la ciudad, los aristócratas huían a sus refugios campestres tras darse comilonas y gozar de la carne. Esos nobles eran hombres que daban la mano flácida, la señal de los esquinados o pobres de espíritu. Hombres a los que les entraba flojera en las piernas al enfrentarse a situaciones difíciles.

Roma, capital de la cristiandad, era una ciudad amedrentada y enviciada que se preparaba para resistir el ataque de al-Nasir con la sensación de que el

fin del mundo estaba próximo.

*Condado de Vendôme, 23 de mayo de 1212*

A veces las pesadillas lo sobresaltaban de madrugada. Abría los ojos, llorosos, y la oscuridad y el frescor de la noche le recordaban la triste realidad. Entonces no sabía si volver a dormirse o quedarse desvelado, porque en los malos sueños que se colaban de rondón en su mente revivía la muerte de su padre. Para no despertar a Philippe, acurrucado a su lado, Juan respiraba hondo, ponía la mano sobre el pequeño para darle calor y, al poco, se quedaba dormido. En otras ocasiones tenía sueños bonitos en los que su padre reía junto a él y, si se despertaba en mitad de la noche, la negrura respunteada de estrellas suponía un mazazo y, con el corazón contrito, volvía a dormir para refugiarse en los sueños, pues en ellos su padre continuaba vivo.

Esa mañana, en un descanso, Juan sacó los papeles con las *Catilinarias*, se sentó sobre un peñasco tibio por el sol y se puso a repasar latín, con lo que mantenía vigente la memoria de los consejos paternos.

Pierre se acercó. Philippe, por su parte, se dedicó a cazar mariposas. O a intentar atraparlas, porque se escapaban cada vez que intentaba rozarlas con los dedos y correteaba de un lado a otro, con una sonrisa.

—¿Es difícil leer? —preguntó Pierre.

—No creas. Cuesta un poco, pero al final, se aprende.

—¿Y qué lees?

—El discurso de un antiguo romano.

—¿Lo conoces?

—Murió hace mucho tiempo. Mucho antes de que naciósemos.

—¿Puedes leer algo para vea cómo lo haces?

Juan escogió un fragmento de Cicerón: «*O tempora, o mores! Senatus haec intellegit. Consul videt; hic tamen vivit*».

—¿Pero qué es eso? ¡Suena como un cura diciendo misa!

—Claro, es latín.

—¿Acaso quieres meterte a cura?

—No. —Juan alzó las cejas, incrédulo.

—¿Entonces para qué lo aprendes?

Se encogió de hombros antes de responder:

—No sé. Mi padre y mi *magister schola* dicen... —Reparó en el tiempo verbal al referirse a su padre y, con el corazón encogido, rectificó—: Mi padre decía que es la lengua de los hombres cultos.

—¿Y no sabes leer normal? ¿Lo que tú y yo hablamos?

—Sí. Es mucho más sencillo. Aprendí de mi madre.

Pierre se mordió el labio, inspiró y, con un hilo de voz, le pidió:

—¿Puedes enseñarme?

La sonrisa de su amigo precedió a la respuesta:

—Claro, Pierre. Ven, siéntate a mi lado.

—¿Ahora?

—¿Para qué esperar?

Aquella mañana, Juan le enseñó las vocales. Señalaba con el dedo las letras para que Pierre las reconociese mientras Philippe seguía intentando cazar mariposas.

Al reemprender la marcha, el chico iba repitiendo una a una las vocales e indicaba con el índice las letras correspondientes en el papel que Juan sostenía entre las manos. Pierre era inteligente. Apenas fallaba. «Aprendes rápido», le dijo Juan, erigido en improvisado profesor.

\* \* \*

A primera hora de la tarde llegaron a Vendôme. Hubo gritos de júbilo conforme se aproximaban a la primera etapa del camino. El pastorcillo había explicado al salir de París que debían dirigirse a Vendôme para recoger a otros niños que allí les esperaban.

Y era cierto.

En las afueras de la ciudad los aguardaba una vociferante multitud.

Había miles de niños.

*Vendôme, 23 de mayo de 1212*

Los religiosos enviados días atrás por el pastorcillo habían hecho un buen trabajo. Desde que salieron de París, movidos por un ímpetu extraordinario, los clérigos se habían dedicado a predicar la nueva cruzada hasta enronquecer. Millares de personas esperaban nerviosas a las puertas de la ciudad, muchas con amuletos colgados del cuello para combatir el mal de ojo. De un mástil pendía una banderola azul que indicaba la dirección del viento, lo que ayudaría al jovencísimo orador a situarse en cada momento en el lugar adecuado para que sus palabras fuesen escuchadas por la mayor cantidad de gente. Habían montado un tabladillo para que se subiese Esteban. Si el viento cambiaba de dirección, el pastorcillo se movería al compás, como un girasol que en lugar de atender a la luz lo hiciese a los soplos de aire.

La noticia de su llegada se esperaba desde hacía días con impaciencia, como si fuese el advenimiento de un profeta que anunciara un tiempo nuevo. Atraídos por el acontecimiento habían llegado a la ciudad muchos hombres y mujeres deseosos de escuchar un mensaje nuevo, de remover los pilares de la sociedad, de acabar con la injusticia, de sacar provecho o, simplemente, de conocer un atajo para ganar el cielo.

Se habían reunido en un campo tenido por mágico. Los arados de los agricultores, de cuchillas de madera endurecidas al fuego, habían desenterrado años atrás huesos gigantescos de animales que sólo podían ser dragones, y corrían leyendas de caballeros de reluciente armadura que abatieron a aquellas bestias y desposaron a hermosas doncellas, y aquellas leyendas las contaban los ancianos que a su vez las escucharon de boca de sus abuelos, lo que garantizaba su autenticidad.

Desde el amanecer, para combatir el relente, avivaban el ambiente oradores espontáneos que, subidos en el tabladillo o aupados a hombros de forzudos compinches, descargaban su frustración, mostraban su esperanza o vendían sus productos. Algunos oradores ensayaban gestos frente al espejo o imitaban las hieráticas poses de las imágenes labradas de los pantócratores de las portadas de las iglesias, porque querían inspirar temor.

Varias beguinas, procedentes de un conventillo, predicaban sólo a las



mujeres. Les decían que se fuesen con ellas para atender a leprosos y cuidar ancianos, y que no era menester obedecer las normas eclesiales impuestas por los hombres, puesto que la inspiración divina también alcanzaba a las mujeres.

Había alquimistas de dedos tiznados y batones sucios que ofrecían a módico precio la piedra filosofal que convertía el plomo en oro; boticarios que ofertaban medicamentos que lo mismo curaban los desarreglos intestinales que el mal de amores; sacerdotes que alertaban sobre el poder corruptor de la mujer y campesinos de manos encallecidas que, alzándolas al cielo, clamaban por una revuelta que liquidase a los señores y distribuyese las tierras entre los labradores.

Y también hubo frailes enardecidos que culparon a los judíos de todos los males del reino y del mundo, lo que generó aplausos, vítores y gritos de «¡perros judíos!» y «¡putos judíos!». Con las venas del cuello hinchadas por la rabia, los monjes antisemitas decían que las juderías que aún no habían sido asaltadas debían serlo, que la obligación de los buenos cristianos era echarlos, correrlos a palos por ser el pueblo deicida, los culpables de haber matado al Señor. Terminaron sus sermones con voces opacadas por las salvas de aplausos, los eructos y el griterío de quienes bebían cerveza, sidra y vino que, avispados mesoneros, vendían en tenderetes de madera montados desde antes del alba. Y fueron muchos los barriles vaciados para aplacar la sed de quienes esperaban la llegada del pastorcillo.

Dos jóvenes y bellas hermanas habían montado un aguaducho y vendían agua endulzada con caña de azúcar. La ofrecían en una jarra de la que ellas, antes, bebían con descaro un sorbo posando en el borde sus apetitosos labios, y la ofrecían al pregón de «¡una moneda la tragantada!». Muchos hombres pagaban nada más que por poner su boca donde habían bebido ellas y, terminado el largo trago, pagaban de nuevo para repetir, aunque fuesen a criar ranas en el estómago, aguachinados.

Nadie rezaba. Obsesionados por lo que habían de presenciar, parloteaban y hacían cábalas. Se olvidaron de orar, pero se acordaron de ajustar cuentas con sus enemigos así en la tierra como en el cielo.

Venidos de comarcas distantes, los viejos cruzados habían acudido revestidos con sus apolillados uniformes, sus oxidadas cotas de malla, sus correajes de cuero y sus abollados cascos en forma de orinal. Las enfermedades de los huesos y de las articulaciones achaparraban sus estaturas, doblaban sus espaldas y los llenaban de dolores, pero sus ojos relucían como cuando eran jóvenes. Animaban a los niños a enrolarse, les daban consejos

útiles o absurdos y les pedían encarecidamente que triunfaran allí donde ellos fracasaron.

Muchísimos labrantines habían caminado día y noche con sus hijos para empujarlos a marchar a Tierra Santa. Los padres, con sequedad campesina, les decían que era mejor que buscasen la gloria en las guerras de ultramar que quedarse ligados a la tierra hasta la muerte, que era preferible intentar prosperar, aun a costa de morir, que resignarse a ser siervos de la gleba y soportar los caprichos de los señores.

Incluso algunas niñas que habían sido encerradas a la fuerza en conventos se habían escapado para no ser novicias, monjas de hábito blanco que, echadas cara al suelo con los brazos en cruz y cubiertas por pétalos de flores, se casaban con Cristo hasta la tumba. Las chiquillas, fugadas de las celdas claustrales, vivían con nerviosismo aquellas jornadas en libertad, deseosas de tener aventuras, hacer amigos y conocer a chicos.

Las hambrunas y la mala alimentación habían dejado huella en los cuerpos de muchísimos niños que, raquíuticos y desmedrados, se movían como marionetas escuálidas, pues sus brazos y piernas eran puro pellejo pegado al hueso. Menudeaban las cabezas tiñosas y las caras punteadas de varicela y escarlatina, y quienes padecían difteria tosían y se ahogaban al respirar. Pero todos creían que la mera presencia del pastorcillo obraría el milagro de devolverles la salud perdida. Y los enfermos se mezclaban con los sanos y los humildes con los acaudalados, algo nunca visto.

Así, miles de niños, atraídos por rumores y noticias fabulosas prorrumpieron en aplausos y gritos cuando vieron aparecer a Esteban y a sus seguidores.

«¿Cómo sería Esteban?», se preguntaban los congregados desde hacía algunos días. «¿Rubio, hermoso como un ángel?». Y cuando el pastorcillo se subió al fin en el pequeño tablado para que lo viesan desde la lejanía, se hizo un brusco silencio. «Parece humano», «de carne y hueso», se oía cuchichear. El niño, aconsejado por uno de los animosos frailes, se situó a favor del viento para que sus palabras volasen entre la multitud.

Comenzó a hablar. Y sus frases parecían llevar alas.

Embelesó a todos. Su elocuente oratoria y su mensaje calaron en los corazones. Cuando terminó su breve y eficaz alocución, la gente temblaba no de frío, sino de emoción. Una voz masculina rugió:

—*Deus vult!*

Y las emociones, refrenadas hasta ese momento, se liberaron.

—*Deus vult!* —repetían otras voces de hombres.

Entonces hubo llantos, batir de palmas, gritos jubilosos y ataques de histeria que terminaron en desmayos. El verbo de Esteban desató la locura colectiva.

Los gritos de «*Deus vult!*» evidenciaban que había antiguos cruzados, pues con esas palabras en latín, con ese «¡Dios lo quiere!», se habían organizado las anteriores cruzadas. Los veteranos de guerra, espoleados por la nueva expedición a ultramar, bramaban alegres, fanatizados por el anuncio, sin importarles que fuese una cruzada desarmada y que se tratase de niños.

Los curas y monjes más jóvenes hacían bocina con las manos y gritaban «¡Venid, niños!, ¿no queréis la compañía de los ángeles?», «¡Pequeños!, ¿no queréis ganar el cielo?».

Muchas mujeres, arrebatadas por el discurso, lloraban y se estremecían, y era imposible adivinar si lo hacían por miedo a perder a sus hijos o por la satisfacción de entregarlos para la causa. Y los llantos femeninos propiciaban nuevos derrames de lágrimas, de modo que en pocos minutos los «*Deus vult!*» quedaron sepultados por una monumental llorera.

Los religiosos parisinos encargados del montaje de aquella concentración humana repartieron centenares de cruces de madera entre los viejos cruzados y las mujeres presa de la llantina, y las cruces, pasadas de unas manos a otras por los *crucesignati*, fueron besadas con devoción, lo que motivó que muchos niños empezaran a sumarse a la cruzada, sin importarles que sus madres intentasen retenerlos a base de caricias, amenazas o palos.

—¡A Marsella! —gritó Esteban desde el tabladillo.

Su voz apenas era audible entre la muchedumbre debido al clímax de emoción, pero, como repetía la orden sin cesar —«¡A Marsella!», «¡A Marsella!»—, poco a poco los chiquillos comenzaron a caminar dirigidos por los clérigos que, dotados de sentido de la orientación, señalaban el horizonte para indicar dónde estaba la ciudad. Un fraile, copista en un monasterio del contorno, mostraba desplegado uno de los *mappa mundi* que copiaba, ilustrado con preciosas miniaturas de seres fantásticos y criaturas mitológicas. Había escondido bajo el hábito el pergamino para sacarlo del *scriptorium* de la abadía sin que lo advirtiese el abad, y el fraile, en estado de trance por aquel frenesí místico, indicaba con su dedo manchado de tinta dónde estaban las tierras de ultramar, y también dónde se situaban el cielo y el infierno.

Muchos hombres, alucinados por el alcohol y el estallido emocional, entusiasmados por una pasmosa sensación de irrealidad, jaleaban a los niños o

gritaban sin otro sentido que impresionar a las mujeres allí concentradas.

Y las madres, al separarse bruscamente de sus hijos, desorbitaban los ojos, lloraban y, arrodilladas, se ahogaban en su propio llanto al verlos partir hacia la guerra:

—¡Hijo mío, hijo de mi alma! ¡No te vayas! —gritaban, en balde. Porque los hijos que parieron entre dolores partían orgullosos, y las madres sintieron por segunda vez que les cortaban de un tajo el cordón umbilical que los unía a ellos. Los perdían para siempre.

Y en aquel vendaval de emociones, los hombres y mujeres que entregaban gustosos a sus propios hijos a la cruzada, insultaban y escupían a los niños timoratos, a los pequeños que se negaban a marchar como voluntarios.

—¡Vete, vete ya! ¡Dios lo quiere! ¡Márchate!

Los motejaban de renegados, cabritos y cobardes, y a las niñas las llamaban zorras y guarras, y las maldecían diciéndoles que ojalá parieran muertos a todos los hijos que tuviesen.

—¡Márchate! ¡Ve con ellos!

Algunos padres, coléricos, la emprendían a cinchazos con los hijos que se resistían a irse y se abrazaban llorando a las piernas de sus progenitores; y las madres, con el corazón roto de sufrimiento, los cubrían con sus cuerpos para recibir ellas los violentos correazos. Había padres que, para salir de pobres, obligaban a sus hijos a ir a Jerusalén, con la esperanza de que, al regresar, lo hicieran con botín y tierras repartidas, pues pensaban que los santos lugares eran una especie de país de Jauja.

Los llantos, las canciones y los vivos se mezclaban. El griterío era ensordecedor. La despedida fue como la vida: triste y alegre, regada con lágrimas de felicidad o desgarró.

Los clérigos subieron a Esteban a un carro con dosel de seda que habían preparado para su mayor comodidad. Al pastorcillo le pareció bien la idea, y uno de los religiosos se montó de un salto, cogió las riendas y las dos mulas empezaron a andar.

Los hijos de los nobles, enterados de la buena nueva, habían acudido a Vendôme desde lejanos lugares para ganar la gloria. Primogénitos y segundones, a caballo o a pie, recorrieron largas distancias para unirse a la cruzada. A partir de entonces, Esteban los acogió en su círculo más íntimo y fueron denominados «los profetas menores» por los religiosos y chiquillos.

Así marcharon de Vendôme a Marsella. Envueltos en la euforia colectiva, entregados a una locura divina. Los niños, enardecidos al ver lo numerosos

que eran, se daban topetazos entre juegos, saltaban y competían para ver quién corría más rápido o gritaba más fuerte. Y las niñas cantaban como si en el mundo siempre fuese domingo.

\* \* \*

Al atardecer, el abuelito, emocionado por revivir emociones aletargadas en su corazón, relató que cuando se enroló para conquistar los santos lugares, un obispo predicó en la campiña a favor de la cruzada.

—Fue un completo desastre —comentó el abuelito.

—¿Por qué? —preguntó Gaspard.

—Porque gesticulaba de forma exagerada. Elevaba las manos al cielo y luego se las echaba a la cabeza. Vociferaba, cambiaba la voz y contraía la boca como un cómico. La gente se reía de él. Parecía un comediante.

—¡Ja, ja, ja! ¡Un obispo comediante! ¡Ésa sí que es buena! —Gaspard se partía de risa.

—Le perdieron el respeto y lo corrieron a patadas. El pobre hombre estaba gordo, y al huir sudaba y chillaba.

—¡Ja, ja, ja! ¡Chillaba! ¡Como una rata, seguro! —Gaspard se mondaba y se atragantaba de tanto reír.

Los niños imaginaban la escena y estallaban en carcajadas, sobre todo al ver cómo a Gaspard le temblaba la panza de la risa nerviosa. Los niños más decididos le dieron puntapiés de mentirijillas a Gaspard, y éste comenzó a soltar pedos, a reír y a trotar por el prado.

—¡Toma, toma! —decían los pequeños al propinarle pataditas en el trasero.

Y Gaspard, con su inteligencia a medio cocer, se tiraba ruidosas ventosidades y gritaba:

—¡Mi culo es una orza, mi culo es una orza!

\* \* \*

El ambiente festivo perduró hasta que el pastorcillo, repentinamente fatigado y aquejado de dolor de cabeza, ordenó que se detuvieran para pasar la noche en la ribera de un río. Eran más de quince mil niños. La intendencia iba a ser un grave problema. Los clérigos confiaban en la caridad de los pueblos que atravesasen para alimentar a tan ingente masa humana y, como además Esteban no mostraba preocupación, pensaron que no había qué temer.

Hubo reparto de alimentos y, por aquella noche, bastó. Encendieron fogatas. Al salir la luna y oscurecerse el cielo, muchos pequeños, separados de sus madres y lejos de sus hogares, sintieron añoranza y miedo. Para conjurarlos, se apretujaban los unos contra los otros y se acercaban a las llamas, pero bastantes de ellos, los más envalentonados, con unas irresistibles ganas de atemorizar a sus compañeros, contaban historias de aparecidos y fantasmas, y para dar más énfasis a sus truculentas historias imitaban el aullido del lobo.

—¡Auuuuuuuuu! —aullaban, estirando el cuello, encarados al disco de la luna.

El abuelito, por su parte, como cada noche, reunió a muchos niños a su alrededor para contarles un cuento. El resplandor del fuego iluminaba su cara arrugada y sus ojos.

—Hace mucho tiempo, en un país lejano y hermoso, vivía un muchacho que le tenía miedo a la lluvia. Cuando veía nubes negras se refugiaba en su humilde choza por si comenzaban a caer las primeras gotas. Un día, una mujer muy guapa llegó a la comarca en la que vivía el muchacho que tenía pánico al agua caída del cielo. Todos se quedaron prendados de la belleza de la joven, pero ella escondía un secreto... Al nacer, una bruja le lanzó un terrible hechizo: su corazón no conocería el amor hasta que, en mitad de una tormenta, un hombre le declarase su amor y la besase bajo los truenos y relámpagos.

Los niños, hipnotizados por el cuento del abuelito, abrían la boca, pasmados; mantenían una absoluta atención y sólo se oía el crepitar de la lumbre. Tan absortos estaban que no se percataron de que, entre los árboles de la orilla del río, los clérigos, nerviosos, se arrodillaban para rezar.

El pastorcillo ardía de calentura.

Philippe, recostado sobre las piernas de Juan, escuchaba al abuelito. El pequeño se mantuvo despierto durante todo el cuento y, a su término, reconfortado por el final feliz, lo venció el sopor. El fuego decrecía, se convertía en ascuas rojas, y en lo alto brillaban las ascuas plateadas de las estrellas, pero Philippe no le tenía miedo a la noche en compañía de Juan y Pierre.

Durante la madrugada, un niño desapareció. A la mañana siguiente lo encontraron tirado entre los juncos y carrizos del río.

Degollado.

*Costa mediterránea francesa, 24 de mayo de 1212*

El sol jugaba al escondite entre las nubes. Llovizó hasta media mañana y olía a tierra mojada. Raquel y Esther entraron en una aldea decididas a conseguir alimento. Aún les quedaba algo de dinero. Un rebaño de ovejas pastaba mientras sembraba de cagarrutas un herbazal.

—Creo que las monedas nos alcanzarán para comprar comida para tres o cuatro días —dijo Esther.

—A partir de entonces, Dios proveerá.

—Dejemos a Dios con sus cosas. Nosotras nos valemos solas.

Reinaba un silencio hosco. Las contraventanas de las casas de piedra y adobe estaban cerradas y las puertas, con la tranca echada. De una tahona salía un agradable olor a pan recién hecho. A lo lejos se oían risotadas ebrias y canciones tabernarias.

Eran los tres hijos del señor del condado. Del barón de aquellas tierras. Los acompañaban un criado con una cesta y dos recaudadores de impuestos que conducían una carreta. Cobraban, en dinero y en especie, los gravámenes sobre el uso del molino de harina y del lagar y el tributo del pontazgo, pues los aldeanos estaban obligados a pasar los puentes para vadear los ríos. A los campesinos les esquilaban las cosechas y les chupaban la vida. La carreta estaba mediada de sacos de trigo, pellejos de vino y cajas de víveres pagados por los siervos.

Los hermanos cantaban, desafinando y desafiantes, hacían eses al caminar y aporreaban las puertas con estrépito. Con los puños y con los pies, a coces y a puñetazos. Y cuando, desde dentro, una mujer abría con cautela, el criado le entregaba salchichas y longanizas, y alguno de los hermanos, con el aliento apestando a vinazo, decía:

—Para que te comas lo que te metimos por debajo.

Y los tres comenzaban a darse codazos y a reír. Aquella era la manera que tenían de compensar a las siervas de su padre por haber abusado de ellas. Era su particular derecho de pernada.

A veces salían a cazar jabalíes y otras, a violar mujeres. Ni siquiera les echaba atrás si menstruaban. Todo lo hacían en grupo. Esperar pacientemente a

los animales en los apostaderos para herirlos a flechazos y rematarlos con la lanza, y esperar ebrios a las mozas cuando, cansadas, regresaban al atardecer de las faenas agrícolas pensando en su inminente boda. Las inmovilizaban y forzaban por orden de prelación: el mayor, por privilegio de primogenitura, tenía derecho a ser el primero; luego iba el de en medio y por último, el menor. Nacer el último aparejaba comer las sobras.

Ambas los vieron a lo lejos, ruidosos y procaces.

Un perro de lanas comenzó a ladrar y recibió una patada en el hocico.

—¡Para ti no hay salchicha, chucho! —dijo uno de los hermanos.

El animal se fue dando gañidos y los tres redoblaron las risas. El criado que portaba la cesta con fiambre se mantenía en silencio, sin descomponer su cara de palo.

De repente, uno de ellos las divisó, silbó como quien llama a sus lebreles para ir de montería y las señaló con el dedo:

—Mirad a ésas dos.

—Ésas buscan morcilla. Pero no de la de la cesta —respondió otro, tras eructar.

—¡Eh, venid aquí! —gritó el tercero.

Las dos amigas, sin saber a qué atenerse, se quedaron quietas mientras los hombres, incapaces de caminar en línea recta, lo hacían como si acabasen de desembarcar de una travesía marítima.

—Están como una cuba. Borrachos perdidos —dijo Esther.

El criado, tras recibir la orden de atraparlas, dejó en el suelo la cesta de mimbre con la charcutería y corrió desalado hacia las mujeres mientras, entretanto, la camada de hermanos daba torpes bandazos.

—¡Corre! —exclamó Esther, alarmada.

Huyeron.

Los aullidos de los machos en celo resonaban en el temeroso silencio de la aldea de techumbres de pizarra y paja. El fiel criado corría a grandes zancadas. Pronto alcanzaría a las mujeres, que huían agarrándose el bajo de las faldas para no tropezar.

Cuando estaba a punto de atraparlas, el criado metió el pie en un bache, cayó de cabeza y se quedó tirado en el suelo, aturdido por el golpetazo.

—¡Corre, corre! —gritó Esther con el corazón estorbándole en la boca porque se le salía.

Los dos recaudadores de impuestos se apearon del carromato para socorrer al descalabrado, que se lamentaba del golpe.



Los hermanos blasfemaban, resoplaban e intentaban correr todo lo recto que el alcohol se lo permitía.

Al llegar a la última casa de la aldea y ver a las ovejas que pastaban, Raquel asió a Esther del brazo y la conminó a seguirla:

—¡Ven!

Había tenido una idea.

*Condado de Blois, 24 de mayo de 1212*

Toda la noche se dedicaron a contar truenos. Llovió sin parar. Los zigzagueantes relámpagos convertían la noche en breves y sucesivas claridades. Aquellas estruendosas fosforescencias asustaban a muchos chiquillos, cuyas lágrimas de terror se diluían en las gotas de agua que caían del cielo. Los niños más precavidos, al oír los primeros estampidos, se refugiaron en cabañas hechas con ramas de árboles y soportaron el aguacero, pero los menos previsores permanecieron a la intemperie. Y se empaparon. Al romper el día cesó la lluvia y muchos pequeños comenzaron a tiritar y a toser.

Esteban seguía ardiendo de fiebre.

Los religiosos y los profetas menores permanecieron en imaginaria toda la noche para cuidar del pastorcillo. Lo mantuvieron recostado en el carro, protegido del agua por la toldilla y arropado con mantas.

—Tiene el mal de los ardientes —manifestó un sacerdote al amanecer.

—Dios no lo quiera —respondió otro, mientras se persignaba velozmente.

—Que alguien busque un médico.

Los clérigos se miraron, nerviosos. La epidemia del mal de los ardientes diezmaba periódicamente las regiones y, para cerciorarse si Esteban padecía dicha enfermedad, lo descalzaron, pues así podrían comprobar si tenía los pies hinchados y ennegrecidos.

—Tienen buen color —suspiraron, aliviados, tras contarle los dedos y ver que carecían de pupas.

Algunos profetas menores cabalgaron a pueblos cercanos para encontrar un médico y, entretanto, los religiosos, tras intercambiar opiniones, decretaron que debía realizarse un sacrificio a Dios por el pronto restablecimiento del pastorcillo. Comentaban entre sí:

—Está en peligro de muerte.

—Su vida corre peligro.

—El Señor lo reclama ya.

—Es un ángel que quiere subir al cielo.

Los clérigos anunciaron entre sollozos que el pastorcillo estaba muy

enfermo, encendido de calentura y que, hasta que se curase, nadie comería. El ayuno y la abstinencia ablandarían el corazón de Dios. Así que los religiosos custodiaron los alimentos para que ningún chiquillo tuviese la tentación de probar bocado. Al principio a ninguno se le ocurrió llenar el estómago, porque las lágrimas afloraron a los ojos de los niños, entristecidos. Y el llanto era contagioso.

Durante la mañana, los pequeños calados por la lluvia estaban ojerosos, se doblaban con violentas toses, sudaban y les dolía la cabeza. La fiebre se apoderó de ellos. Tenían hambre. Asustados, hambrientos y doloridos, muchos llamaban a sus madres con un nudo en la garganta, pero nadie los consolaba. Todas las atenciones se concentraban en el pastorcillo, cuya calentura no bajaba. Parecía que tuviese ascuas bajo la frente.

Al mediodía el calor apretó y las mojadas ropas de lana y lino se secaron con tanta rapidez que desprendieron vapor. Era como si las almas de los niños se evaporasen, caminito del cielo.

Los chiquillos calenturientos tenían tanta sed que, más que beber, abrevaban, pues se colocaban a cuatro patas, metían la boca en el río y se hartaban de ingerir agua. Y tanto bebieron todos, unos para mitigar la fiebre y otros para engañar al hambre, que evacuaban de continuo, y a la tarde la hierba ya no olía a primavera, sino que apestaba a orines rancios.

A media tarde, Pierre hizo señas a sus dos amigos:

—Venid conmigo.

—¿A dónde? —preguntó Juan.

Respondió el otro con un guiño y los condujo hacia una arboleda. Se ocultaron tras un grueso tronco y Pierre, después de comprobar que nadie los veía, extrajo un pan grande y un pedazo de fiambre que llevaba escondidos bajo la camisa.

—¿Qué haces? —Juan ahogó un grito de sorpresa.

—Pareces tonto. Vamos a comer.

—No podemos. Es pecado.

—¿Vas a hacer caso a los frailes? Tengo hambre. ¿Vosotros no?

—Yo sí tengo —respondió Philippe, ensalivando.

—¿De dónde has sacado eso?

—De un saco. Lo he robado mientras el monje dormía. Yo creo que estaba mamado —hizo un gesto con los dedos como si bebiera vino—, y no precisamente por haber dicho muchas misas seguidas.

Juan, acostumbrado a obedecer sin rechistar las instrucciones de los

mayores, se debatía entre comer un pedazo de aquel succulento pan o ayunar para que sanase el pastorcillo. Su padre lo había educado para que cumplierse las normas, sobre todo las dictadas por la Iglesia, y aquella transgresión suponía renunciar a los principios con los que había sido criado.

Pero las tripas le sonaban.

—¿Quieres, Philippe?

—¡Sí!

Mientras Pierre y el pequeño saboreaban la corteza dorada y la miga prieta, Juan pensó en la posibilidad de que su padre lo estuviese observando desde las alturas. Pierre adivinó el pensamiento de su amigo:

—Nadie te ve. Hoy es hoy. Vete a saber lo que sucederá mañana.

Y como los dos cerraban los ojos de placer al masticar el sabroso pan de harina candeal con fiambre, Juan claudicó.

—¿Me das un poco, por favor?

—Claro. Toma. ¡Está riquísimo!

Sentados en la hierba, se comieron todo, hasta las migajas, y se chuparon los dedos, grasientos y olorosos al fiambre de cerdo.

—De esto ni una palabra, ¿eh? —exigió Pierre—. Y sacudíos bien las migas para que no se den cuenta de que hemos comido.

Regresaron a la llanura atravesada por el río donde estaban los niños cruzados. Los verderones piaban en la copa de los árboles y, entre los cañaverales, las ranas croaban en una coral desafinada. Olía a limo, y la tierra recalentada por el sol exhalaba un aroma a primavera. Pierre, que nunca se empachaba de las maravillas de la naturaleza, admiraba la inmensidad y diversidad de un mundo que para él no había sufrido ningún desgaste, pues lo contemplaba como si el Génesis hubiese acontecido anteayer.

Se levantó un airecillo poco halagüeño. Arrastraba vilanos. Era de los que anunciaban lluvia. Pierre, al igual que había hecho la noche anterior, comenzó a tronchar ramas de los árboles ribereños para construir una cabaña donde guarecerse. Cuando terminó el chamizo, Juan se sentó con él para proseguir las clases de lectura. El viento removía las hojas verdes de la arboleda, pero también las hojas de papel del texto de Cicerón.

Los profetas menores, tras una galopada, trajeron a un médico de una población no muy distante. Al ser hijos de nobles disponían de dinero para pagar sus honorarios, de modo que el físico no puso reparos en acompañarlos para visitar al famoso pastorcillo. Pero cuando le tomó el pulso, comprobó su temperatura con la palma de la mano y pegó la oreja a su pecho para

auscultarlo, concluyó, categórico:

—De ésta no sale. La fiebre es alta, el pulso, débil, y oigo pitos en el pecho. No obstante, le daré una medicina. Un compuesto cardial.

—¿Se curará?

—No. Pero lo aliviará.

El galeno rebuscó en su gastada bolsa de piel, sacó un frasco con un líquido amarillento, lo descorchó haciendo ¡flop!, abrió con los dedos los labios de Esteban y vertió en su pastosa boca un chorrito del espeso medicamento. Los curiosos observaban la escena con la respiración contenida y la punta de la lengua fuera, como si ese gesto aumentase la cualidad sanadora de la pócima.

Llegó la noche y no hubo cena. Las nubes oscurecieron la luz lejana de las estrellas. El viento que arrastraba vilanos hacía temblar las hogueras encendidas. Los clérigos enlazaban un paternóster con un avemaría, imprecaban el favor divino y volvían a sus rezos encadenados, a sus latines cotidianos.

El pastorcillo empeoró.

Llovió. Dijeron que era el cielo que lloraba.

*Costa mediterránea francesa, 24 de mayo de 1212*

Jadeantes por la carrera, llegaron al final de la aldea y se toparon con las ovejas que pastaban en el prado. Raquel se abalanzó sobre una de ellas. Esther se agachó para recoger una pesada piedra.

—¿Qué haces?

—Buscar algo con lo que defendernos. ¡Le abriré la cabeza a quienquiera que intente ponernos las manos encima!

—Suéltala y ayúdame —dijo Raquel—. ¡Date prisa! Agarra a la oveja mientras le quito la esquila.

Le arrancaron del pescuezo el pequeño cencerro. La oveja soltó un balido y se alejó trotando. Con el corazón desbocado, Raquel cogió una pequeña piedra con el canto afilado y se hizo una raja en la mano mientras miraba hacia la esquina de la última casa de la aldea. Aún no habían aparecido los hombres. ¿De cuánto tiempo dispondrían?

La estrepitosa caída del criado y la borrachera de los tres nobles les había proporcionado una inesperada ventaja. Pero debían actuar con rapidez. No podían perder ni un segundo.

—¡Úntate la cara con trozos de barro!

—¿Cómo?

—¡Vamos! ¡Ya mismo estarán aquí! —gritó Raquel.

Poco después oyeron alaridos. Eran los tres hermanos ebrios, que soltaban blasfemias. Las buscaban.

Y aparecieron.

El recaudador de impuestos ayudaba a caminar al criado descalabrado, quien con una mano se taponaba el piquete que se había hecho en la cabeza al caer de bruces. La sangre le resbalaba por los dedos. Los hijos del señor del condado, excitados por la aparición de las dos mujeres, berrearón como animales en celo cuando las volvieron a ver.

Se disponían a violarlas.

Se lanzaron hacia ellas cuando el grito de alarma de uno de los criados los detuvo:

—¡Son leprosas!

Cogidas de la mano para darse ánimo, Raquel agitaba la esquila de la oveja a modo de campanilla.

—¡Leprosas! —repetió, soltando un gallo.

El inquietante sonido de la esquila anunciaba la terrible y contagiosa enfermedad. Al oír el toque de la campanilla, los caminantes se apartaban para dejar paso y los habitantes de las poblaciones se recluían en sus casas. Rozarse con los portadores de la lepra significaba contaminarse, contraer algo maligno. Aquella temible enfermedad llenaba el cuerpo de pápulas, corroía la carne, desfiguraba los rostros y llegaban a desprenderse los dedos y la nariz, como si el cuerpo se devorase a sí mismo.

—¡Atrás! ¡Atrás! —gritó uno de los hermanos.

El pánico les había enfriado las ganas de sexo. Se alejaron a trompicones, repentinamente mudos, con el vello erizado del susto por haber pretendido abusar de aquellas dos leprosas.

Raquel continuaba agitando en el aire la esquila, cuyo sonido de hierro oxidado se metía en los oídos de quienes huían sin mirar atrás.

Cuando desaparecieron de su vista, las dos amigas se abrazaron, temblorosas, aliviadas.

—¡Gracias! ¡Nos hemos salvado gracias a ti! —dijo Esther.

Tenían las caras punteadas de pellas de barro enrojecidas. En la sangre que le brotaba de la herida que se había hecho en la mano, Raquel se había untado el dedo y pintado de rojo las bolitas de barro para que pareciesen pústulas, pápulas de lepra. Ella había visto cómo su marido trataba a enfermos aquejados de ese mal y conocía los síntomas de la piel. La esquila de la oveja remedó el campanilleo de los leprosos. El ingenioso ardid había surtido efecto.

—¡Gracias! —repetía Esther dándole besos en la cara—. ¡Dios mío, qué lista eres!

Raquel sonreía por las muestras de cariño y abrazaba con fuerza a Esther.

—Vámonos —dijo—. Lavémonos la cara y busquemos otro pueblo.

—¿Te duele? —señaló el corte en la mano.

—Me escuece. El agua me vendrá bien.

Se alejaron del rebaño. La hierba estaba húmeda de la lluvia caída durante la noche. Las ovejas balaban y masticaban. Raquel se guardó la esquila de fina lámina de hierro.

Nunca se sabía si sería necesario recurrir de nuevo a aquella treta.

*Condado de Blois, 25 de mayo de 1212*

Llovió durante toda la noche. Fue una lluvia fina, persistente, y esta vez no estuvo acompañada por el retumbe de los truenos. El pastorcillo, lejos de mejorar, empeoró. Ardía de fiebre y deliraba. Musitaba palabras incomprensibles, como si hubiese inventado un idioma o hablase una lengua extinguida. Le salieron pupas alrededor de los labios reseco y el sudor bañaba su cuerpo. La medicina no había servido para nada. Los clérigos oraban arrodillados, rezaban rosarios sin parar, como una lenta noria de latines. Y para reblandecer el corazón de pedernal de Dios, establecieron que tampoco se comiese aquel día. El sacrificio debía continuar.

El hambre hizo que muchos niños comenzasen a lloriquear. Se echaban las manos a la barriga para acallar el ruido de sus tripas y los calambres, suplicaban un mendrugo a los monjes, pero éstos, inflexibles, respondían:

—Rezad. Cuando Esteban se cure, comeréis. No seáis egoístas.

Y con gestos tajantes ordenaban a los pequeños que se alejaran, que meditaran sobre los pecados cometidos, se confesaran, hicieran acto de contrición y ahuyentaran el hambre con rezos ininterrumpidos.

Los más contestatarios se dispersaban por la ribera del río y los campos próximos para buscar alimento. Recogían moras y bayas silvestres, se daban atracones y, como los labios violáceos y los dedos manchados los delataban, los frailes, enojados por contravenir lo ordenado, los zarandeaban y les metían los dedos en la boca para obligarlos a vomitar.

—¡Devuelve, echa lo que has comido, hijo de Satanás!

Así que, para evitar ser pillados en falta por los intransigentes clérigos, los niños se contentaban con ingerir algarrobas aún verdes y frutos recogidos de arbustos, sin importarles que otros chiquillos habituados a la vida campestre les advirtieran del peligro:

—¡No comáis eso! Son revientaperros. Os dolerá la tripa.

Pero el hambre apartaba toda prevención y muchos se dieron panzadas de bayas tóxicas y de hierbajos, pues, desesperados, arrancaban matojos de hierbas y las masticaban a dos carrillos, como rumiantes. Por eso, al caer la tarde, la diarrea y las vomitonas afectaron a muchísimos niños, que se



retorcían de dolor, lloraban y llamaban a sus madres inútilmente.

\* \* \*

Pierre volvió a sustraer comida del saco que custodiaba el monje mientras éste daba cabezadas bajo los efectos del alcohol, pues para compensar la ingesta de sólidos se hartaba de vino, creyendo que así no pecaba. El líquido, para el monje borrachuzo, no contaba. Los tres amigos, tras recorrer una buena distancia para ponerse a salvo de miradas indiscretas, comieron metidos entre zarzales y se sacudieron las migajas. Esta vez Juan no tuvo reparos en llenarse el buche. Después retomó la enseñanza de lectura. Pierre, con mucho amor propio, se esforzaba por aprender. Ya reconocía algunas palabras. Las letras habían dejado de ser signos indescifrables.

—Lo mejor sería que tuviésemos una pluma para escribir. Haciendo ejercicios, adelantaría mucho —comentó no obstante Juan.

—Quizá los monjes tengan alguna.

—Yo no los he visto escribir. Pero ya encontraremos una.

\* \* \*

Al anochecer, la peste a orines, mierda y vómitos acompañaba a los miles de niños que, sin moverse de la ribera del río, esperaban la curación del pastorcillo para reanudar su viaje a Tierra Santa.

Pero Esteban no mejoraba. En su delirio febril, balbucía frases ininteligibles a las que los religiosos y profetas menores intentaban darles peregrinas interpretaciones, como si se trataran de oráculos. Ya cundía el miedo por si no sanaba. ¿Qué sucedería entonces? ¿Terminaría la expedición a ultramar? ¿Acaso Dios se había enemistado con los pequeños cruzados? ¿Qué pecados tan graves habían cometido para enfadar tanto al Señor? ¿Si fallecía Esteban, su cuerpo sería elevado al cielo por un batallón de ángeles como sucedió con la Ascensión de la Virgen María?

Una noche más, las fogatas iluminaron la noche. El abuelito, hecho a privaciones, parecía no acusar las dentelladas del hambre, y contó un cuento. El gordo Gaspard intentó cenarse su cinturón de cuero. Lo chupaba para reblandecerlo y lo roía como un ratón. Por primera vez se apagaron las risas y los cánticos, las niñas ya no llevaban flores en el pelo ni los niños rivalizaban en juegos para reclamar la atención femenina. Los miedos más arraigados se extendieron como una mancha negra. Miedo a los lobos, a las brujas, a los

aparecidos, a la oscuridad o a las historias sobre mendigos que desaparecían de las calles o sobre tumbas profanadas para hacer albóndigas y empanadas con su carne picada que vendían en los mercados.

A Philippe, con el estómago lleno y acurrucado junto a Juan, le acogió el sueño con progresiva dulzura. A su lado, Pierre tardó en dormirse debido a los lamentos y lloros que oía por doquier. Pero hubiera jurado que, en la duermevela, había visto a Gaspard adentrarse con sigilo entre los álamos de la orilla izquierda del río. Y también a dos frailes, uno flaco y otro gordo.

A la mañana siguiente fue descubierto el cuerpo sin vida de una niña.

No había muerto de inanición. Le habían rebanado el cuello.

*Roma, 26 de mayo de 1212*

Un niño de nueve años caminaba orgulloso entre los mármoles multicolores del palacio Laterano. Iba vestido como un obispo. Llevaba bien planchados la sotana y el fajín violeta y, como no estaba acostumbrado a ponerse solideo, andaba muy derecho para evitar que el casquete de seda morada se le cayese, y de vez en cuando se tocaba la coronilla para comprobar que seguía allí, que no se le había resbalado. Incluso llevaba en el dedo anular un anillo pastoral de oro macizo y, colgada, una cruz pectoral chapada en oro con esmeraldas. La elección de las piedras preciosas era un homenaje a una guapa mujer. Ella tenía los ojos verdes.

Los jóvenes sacerdotes de la curia sonreían hipócritamente al paso del niño disfrazado de obispo, cuya orgullosa madre lo miraba con arrobo. Los curas de cuna humilde que trabajaban para los purpurados de origen noble sabían que las mejores sedes episcopales estaban reservadas para la sangre azul. Revestir al niño de pontifical había sido capricho de la madre. La mujer era la favorita de un cardenal veneciano de familia aristocrática y, siguiendo la escandalosa costumbre de asegurar el futuro de los vástagos, su padre, llegado el momento, quizá le conseguiría un arzobispado que le reportaría buenos dividendos. El muchachito fantaseaba. La mujer, bella, rubia, de ojos gatunos y pechos voluminosos, volvía a estar embarazada y posaba con delicadeza una mano sobre el vientre, cuya curvatura se adivinaba bajo el vestido de lino.

Si embargo, el niño se sentía contrariado. Sólo pensaba en extender la mano para que la gente le besase el anillo y en jugar a decir misa para poder beber vino rebajado con agua. El cardenal le había prometido regalarle un altar portátil con manteles de algodón, vinajeras de alpaca y un cáliz de plata. Pero aún no había cumplido su promesa, y el pobrecillo debía oficiar sus misas de juguete con vulgares copas de cristal.

Madre e hijo pasaron delante de una estancia en la que cantaban los *castrati*. Aquellas voces de apariencia femenina reverberaban entre los mármoles. La escolanía cantaba en una gran sala atestada de público. Sus cánticos litúrgicos en lengua griega eran una de las atracciones de la Santa

Sede desde hacía ocho años, cuando, tras el fracaso de la Cuarta Cruzada, los soldados de Cristo, para cobrarse viejas deudas, saquearon Constantinopla.

A Francesco no le agradaban aquellas voces agudas y antinaturales. Pero se guardaba su opinión, pues manifestarla suscitaría comentarios negativos. Aquella extravagancia cantora era del gusto de la curia, empezando por el Papa, al que le entusiasmaban los motetes y salmos de aquellos jóvenes a los que les habían extirpado los testículos antes de la adolescencia para evitar el cambio de voz. Así tendrían para siempre un timbre infantil.

El pontífice, sentado en una silla estofada con pan de oro, prestaba atención a los cantos y, para ahondar en su disfrute, cerraba los ojos. Los mantuvo así hasta que finalizó el recital.

Hubo rumor de sotanas y sedas cuando los asistentes abandonaron aquella sala de excelente acústica. Las damas iban a la última, con las mangas ensanchadas a partir de los codos, y alzaban los brazos, airosas, para despedirse. Los cardenales de perfiles aguileños cuchichearon al mirar a Francesco y clavaron en él sus ojos velados por las cataratas o acuosos por la edad. Inocencio III hizo un gesto a Francesco para que se acercase. Quería hablar con él.

—Francesco, ¿habéis disfrutado con estas voces angelicales?

—Santidad, no creo que a los ángeles los castren.

—Claro que no. Carecen de sexo. —Sonrió—. Quizá los serafines y querubines sí canten así. Ese misterio lo desvelaremos al morir.

—Aún le queda mucho a Su Santidad para comprobarlo. Gozáis de una salud de hierro.

El Papa se puso de pie y se aproximó a un ventanal. Andaba con una majestuosidad flotante. La luz que se filtraba hizo brillar sus ojos y la muceta roja que llevaba sobre los hombros pareció que se tintaba de sangre. De la sangre de Cristo, o de los mártires. Su voz, al contrario que la de los *castrati*, era grave, metálica, tan recia como el acero con el que se forjan las espadas.

—Me piden vuestra cabeza —anunció de repente.

—¿Vais a decapitarme? Espero que el filo del hacha esté afilado. Así todo será rápido y por fin descubriré cómo suenan las voces de los arcángeles.

—No seáis descarado.

—No lo pretendía, santidad. —Francesco bajó la mirada hasta las baldosas de mármol.

En una mesa de álamo blanco había fuentes de cristal tallado con fruta escarchada y bandejas de plata con gusanillos recubiertos con azúcar de caña,

bambas de nata, brevas de crema, mantecados de huevo, hojaldrinas y bizcochitos espolvoreados con canela. Los golosos cardenales habían tomado un refrigerio mientras escuchaban a los *castrati* y el suelo había quedado moteado de granitos de azúcar.

Los rayos de sol que penetraban por la ventana formaban en el suelo un rectángulo de luz blanca. Inocencio III endureció el gesto.

—Los cardenales están indignados. Os acusan, reverencia, de dilapidar el dinero y de ver con buenos ojos prácticas brujeriles.

—Ah, entiendo. El Hospital de Los Prados.

—Los locos. ¡Tratarlos médicamente! ¿De dónde habéis sacado tal disparate?

—En cuanto al dinero, no creo derrochar nada, santidad. El tesorero lleva al día las cuentas hospitalarias.

—Gastar medicinas en los dementes es un derroche. Un dispendio inútil.

—Apaciguar a los hijos de Dios es un acto humanitario, santidad. Los médicos se encargarán de suministrarles preparados para calmarlos.

—La locura no es una enfermedad, sino una degeneración del alma. Tal vez estén endemoniados y no lo sepáis.

—Cuando los bendigo y rezo delante de ellos no blasfeman, santidad, ni me agreden. Sólo son almas atormentadas en busca de consuelo.

El Papa hizo un gesto con la mano para zanjar el tema. Pisó el cuadrado de luz proyectado en el suelo y sus zapatos carmesíes relucieron. Añadió, con una profesional mezcla de consejo y amenaza:

—Dedicaos a la dirección espiritual del hospital y no os entrometáis en la labor de los médicos. Si persistís, quizá nos veamos obligados a enviaros fuera de Roma.

—Entendido, santidad. —Francesco inclinó la cabeza, en señal de humildad.

—Nos... —Tras el plural mayestático, el Papa hizo una pausa. Aquello significaba que había meditado mucho lo que iba a decir—: Nos, estaríamos obligados, si reincidís, a enviaros a algún rincón de los Estados Pontificios. O a Sicilia. Un lugar inhóspito. Y remoto.

—Dios está también en los lugares más alejados.

—Volvéis a mostrarnos insolente, Francesco.

El sumo pontífice tamborileó con los dedos en el ventanal.

—Hay temor en Roma —comentó—. Todo el mundo está nervioso. Temen la invasión de los sarracenos. Dicen que los reyes hispánicos no

podrán contenerlos. Rumores.

Inocencio III estaba al tanto de lo que sucedía en la ciudad. La actividad comercial se resentía y los prestamistas, que se frotaban las manos al hacer sus negocios usureros, desorbitaban los tipos de interés por si no llegaban a cobrar. Los nobles contrataban bandas de mercenarios que, ociosos, se dedicaban a emborracharse, a buscar peticiones y a violentar a las mujeres. La curia preparaba la huida a mansiones campestres para poner a salvo dinero, concubinas e hijos ilegítimos, en ese orden. Los frailes descuidaban la elaboración del vino y les salía agrio, y los monjes copistas dormían sólo un par de horas para aprovechar la noche y, a la luz de las velas, copiaban con la máxima rapidez las obras de los antiguos griegos antes de que llegasen los almohades. Y los monjes expertos en árabe leían con placer los textos de esa lengua y, a escondidas, en apartados rincones del *scriptorium* o de la biblioteca, las suras coránicas que, aunque de naturaleza errada, les parecían poéticas.

—¿Han llegado noticias de la cruzada de los reyes españoles?

—No, santidad. En cambio, sí se han recibido sobre la cruzada infantil que en Francia ha organizado un pastorcito. Al parecer, prosiguen su avance hacia el sur.

—¡Loable, pero inútil! Solamente las manos adultas son capaces de sostener una espada.

—Pero los labios adultos sí pueden orar. Pediremos al Señor que a esos niños no les ocurra nada malo, y rezaremos para que los musulmanes nunca entren en Roma.

El Papa sonrió durante un segundo, pero sus labios enseguida volvieron a la línea recta y su mirada a su habitual dureza. Cuando sus pensamientos se convertían en palabras, éstas parecían forjarse a golpe de yunque.

—Sois un infeliz. Las oraciones más eficaces son las que bendicen a un ejército protector.

Inocencio III enderezó aún más su gallardo cuerpo. Una ráfaga de nostalgia lo devolvió por unos instantes a la época en la que, más joven, promoviera una cruzada para reconquistar los santos lugares. Movié los dedos de la mano derecha como si añorasen el contacto con el metal. Pero no el de la plata de un báculo. Sino el del acero de una espada.

—Sois un ingenuo, Francesco.

*Condado de Blois, 26 de mayo de 1212*

Los niños más desesperados por el hambre comieron amapolas, puñados de hierba y bayas venenosas. La colitis y los vómitos sacudieron sus estómagos acalambrados y, en cuclillas o apoyados en troncos, vaciaban las tripas y se quedaban tumbados a lo largo de la ribera del río, enfebrecidos, carentes de fuerzas, deshidratados. Los más débiles perecieron, y sus cadáveres quedaron expuestos al aire libre. Nadie les dio cristiana sepultura.

A media tarde, Esteban se recuperó. Súbitamente. Le desapareció la calentura, se incorporó, pidió agua y comida y los clérigos y los profetas menores, entusiasmados por la milagrosa curación, comenzaron a abrazarse y a gritar:

—¡Aleluya, el pastorcillo santo se ha curado!

—¡Hosanna al pastorcillo que va a tomar Jerusalén!

Esteban, una vez enterado de la gravedad en la que había estado sumido y del ayuno y abstinencia colectivos, ordenó distribuir todos los víveres disponibles para dar gracias a Dios. Los niños, a la vista de la comida, se abalanzaron sobre ella, disputándose unos a otros, y el pastorcillo tuvo que intervenir para que nadie se quedase sin su ración.

Pierre, Juan y Philippe, que ya habían almorzado ese día, volvieron a hacerlo.

—Comamos. Hay que llenar la despensa. —Pierre se tocó la tripa—. No sabemos qué puede suceder mañana.

Ya repuesto, el pastorcillo sintió unas irreprimibles ganas de contar las revelaciones que había tenido durante su convalecencia, y explicó que había visto una región oscura donde demonios con cuernos torturaban a los condenados, y una región blanca surcada por ángeles alados que empuñaban espadas de fuego; también dijo haber presenciado al Niño Jesús discutir acaloradamente con los doctores de la Ley, y a Judas hacer un nudo corredizo en la soga para ahorcarse de la higuera; y por último, dijo haber visto a la «amada» del *Cantar de los Cantares*, con los pechicos tiesos y los dedos chorreando mirra. Y, al palparse las pupas que le habían salido en la comisura de los labios a consecuencia de la fiebre alta, contó que durante sus sueños

notaba un intenso calor en la boca debido a lo cerca que pasaron de él los ángeles volanderos con sus espadas llameantes.

Y los frailes, extasiados, proclamaban a gritos:

—¡Esteban ha descendido a los infiernos y ascendido a los cielos! ¡Es un niño santo! ¡Un niño profeta y santo! ¡Un émulo de Jesucristo, Nuestro Señor!

El éxtasis desembocó en una apoteosis de chillidos, lloros histéricos y saltos nerviosos, porque muchos niños, incapaces de manejar las emociones, las liberaban como buenamente podían e imitaban lo que hacían los demás.

—¡Viva el pastorcillo santo! —gritaban los monjes hasta la afonía—. ¡Hosanna al niño que bajó al infierno, subió al cielo y volvió con nosotros!

Y después de un intenso rato de alabanzas, risas y llantos, un blando cansancio invadió los cuerpos de todo el mundo y cesaron los gritos.

El alimento calentó la sangre, mejoró el humor y todo volvió a verse con más optimismo. Las fogatas se encendieron justo antes de aparecer la luna. El sueño venció a los niños, deseosos de reanudar al día siguiente su aventura.

Pensaban que las calamidades habían quedado atrás.

Qué equivocados estaban.



*Costa mediterránea francesa, 27 de mayo de 1212*

El verde de los trigales viraba al amarillo. Pronto estaría dorado y comenzaría la siega y la recolección de las mieses, y las parvas se amontonarían en las eras. Las espigas, enhiestas, empezaban a secarse. Aquel mar de cereal se ondulaba con la brisa y el suave viento arrastraba los latines de los conjuros del párroco que, hisopo en mano, rociaba las siembras con agua bendita.

El sacerdote estaba inmerso en el ritual contra las plagas de langosta. Las oraciones y el agua bendita eran los protectores contra las bandadas de insectos que, como nubes negruzcas y ruidosas, volaban largos trechos para devorar los granos de trigo.

El religioso, gordo y con doble papada, sudaba bajo el sol de la mañana. Revestido con la casulla recamada y con el roquete sobre la cabeza, se sentía cada vez más acalorado. Gruesas gotas de sudor le resbalaban por cara y cuello. Le escocían los ojos. La brisa no conseguía refrescar sus atocinadas carnes. Tragaba saliva para humedecerse la boca y poder continuar con la letanía.

Una muchedumbre acompañaba al cura. Habían tenido noticia de que, en poblaciones vecinas, las voraces langostas estaban aniquilando los sembrados y, para prevenir su ataque, decidieron recurrir a una especie de exorcismo del campo.

Raquel y Esther se cruzaron con aquella gente. No les extrañó el espectáculo. Estaban habituadas a ver procesiones de rogativas para pedir lluvia o alejar el peligro del granizo que destrozaba las cosechas de fruta. Eran las costumbres de los cristianos.

Lo que les chocó fue ver cómo el sacerdote introducía continuamente el hisopo en un tinajón transportado en una carretilla.

—¿Qué hay en la tinaja? —La curiosidad hizo que Esther preguntara a una mujer.

—¡Qué ha de haber! ¡Agua!

—No será un agua normal, digo yo.

—¿Sois de por aquí? —La mujer las repasó con la mirada.

—No. Vamos a Marsella. Somos hermanas. Una tía nuestra ha enviudado y necesita ayuda —mintió Esther con desparpajo.

La respuesta resultó convincente y la mujer les explicó:

—Es agua de San Gregorio Ostiense. Todos los años el obispo manda comprar una tinaja. Es mano de santo contra los cigarrones.

—¿Los cigarrones?

—Saltamontes. Langostas les dicen también.

—¿Y qué tiene ese agua?

—No sé. Dicen que es santa. —La mujer se encogió de hombros.

El sacristán, que andaba cerca y había escuchado la conversación, intervino, ufano:

—Ese agua es mano de santo contra la langosta. La traen desde el reino de Navarra. Es muy sencillo: se coge una tinaja llena de agua, se introduce en ella tres veces seguidas la calavera de San Gregorio, y ya está.

—¿Eso es todo? —preguntó Esther, perpleja.

—Las reliquias de San Gregorio son milagrosas —replicó él, sorprendido de explicar una obviedad—. El agua protegerá los cultivos. Los bichos ni se acercarán.

El sacerdote sudaba copiosamente. Cada vez apretaba más el calor y la brisa había parado. Sin más, reanudó la letanía, sacudiendo el hisopo en el aire para asperger los trigales. El sacristán, medio desdentado y calvo, llevaba puesta un alba que casi arrastraba. Los fieles oteaban el horizonte por si aparecía de repente una plaga apocalíptica, con sus negros nubarrones desplazándose a baja altura, con un escalofriante ruido de batir de alas.

El sacristán, que por su oficio era propenso al chismorreó, preguntó a Esther:

—Antes he oído que vais a Marsella. ¿Es así?

—Sí.

—¿Caminando? Aún os queda un trecho —comentó, e hizo un aspaviento—. Por lo visto la ciudad está de lo más tranquila. Dicen que ahora será próspera de veras. Mucho más que antes.

—¿Quién lo dice? —preguntó Esther.

—Hace pocos días pasó por aquí un mercader de seda. Había recalado en Marsella para comprar mercancía. Dijo que no ha quedado ni un judío vivo. ¡Je, je, je! —rio y esparció saliva sobre las espigas de trigo.

Raquel ahogó un grito. Se tapó la boca con las manos para no chillar e impedir que el corazón se le saliera, del vuelco que le dio.

Esther, alarmada, intentó sonsacarle más información al sacristán:

—La gente habla sin saber. Suele hacerlo de oídas. Tal vez ese comerciante oyó rumores.

—¡Ah, yo sólo repito lo que dijo! Daba la impresión de haber presenciado la expulsión de los malditos judíos. Al parecer, hubo una matanza y no dejaron escapar ni a uno. Hicieron bien. Son peores que las ratas. ¡Qué asco!

Raquel, paralizada por la noticia, se mostraba incapaz de dar un paso. Esther se quedó junto a ella, le pasó el brazo por encima y trató de consolarla con palabras de aliento.

El sudoroso sacerdote prosiguió bendiciendo los campos de cereal con el agua de San Gregorio Ostiense. Los participantes en el ritual caminaban en pos del grueso párroco respondiendo «amén» cuando tocaba, haciendo visera con la mano para otear el horizonte, para dar la voz de alarma si divisaban las temidas nubes negras de langostas. El mozo empujaba la carretilla con la tinaja que contenía el agua milagrosa. El sacristán no se dignó mirar atrás para comprobar si los acompañaban las dos forasteras.

—¡Saúl! ¡Ay, Saúl! —exclamaba Raquel, sollozante.

—No hagas caso, tal vez sea mentira.

—¡Saúl, muerto! ¡Qué va a ser de mí!

—No desesperes. Ten esperanza.

—¿Acaso no lo has oído? ¡Los mataron a todos! ¡Y él estaba allí, en Marsella, aprendiendo del anciano médico al que tanto admiraba!

Raquel se echó a llorar, inconsolable. Se cubrió la cara con ambas manos para ocultar las lágrimas de su desdicha. Esther, apenada por el sufrimiento de su amiga, la abrazó con dulzura. Durante un rato Raquel lloró sintiéndose morir. Esther se mantuvo en silencio, sin dejar de abrazarla. Pasados unos minutos, levantó con un dedo la temblorosa barbilla de su amiga y le dijo en voz baja:

—Tranquila. Tu marido no está muerto.

—¿No? ¿Cómo lo sabes? —Se tragaba las lágrimas y las palabras le sabían a salado.

—Quien debe saberlo eres tú —le respondió con voz suave.

—¿Yo? ¿Cómo?

—¿Qué dice tu corazón?

—¿Mi corazón?

—Pon la mano aquí.

Esther sonrió, tomó la mano derecha de Raquel y se la colocó en el lado izquierdo del pecho, hasta que sintió los latidos en la palma. Esther la miró con una sonrisa que expresaba todo el cariño del mundo.

—Tu marido sigue vivo —susurró—. Escucha a tu corazón. Seguiremos nuestro camino hasta Marsella. Volverás a verlo.

Raquel trató de esbozar una sonrisa y, aunque las palabras continuaban teniendo el sabor salado de las lágrimas, ahora también tenían el dulzor de la esperanza.

—Gracias. Llevas razón. Algo me dice que sigue vivo.

Volvieron a abrazarse. Se levantó brisa y el campo de trigo se onduló como un mar en tierra firme. El cura revestido con casulla bordada con hilo de plata y oro se adentraba entre las espigas. En el cielo no aparecían nubarrones negros de lluvia ni de langosta. Era un cielo azul, resplandeciente. Raquel se enjugó el agüilla que resbalaba de sus ojos. La brisa terminó de secar sus lágrimas.

Cogidas de la mano, transfiriéndose los latidos del corazón a través de la yema de los dedos, continuaron su camino.

*Condado de Blois, 27 de mayo de 1212*

La acuciante falta de comida los obligó a conseguirla en el siguiente pueblo que encontraron. Al ser tantos los miles de niños en la cruzada, era imposible subsistir con lo que ofrecía la naturaleza. Al no haberse organizado un servicio de intendencia, urgía excitar la caridad de los habitantes de todas las poblaciones hasta llegar a Marsella, pues, aunque muchos confiaban en que en algún momento caería maná del cielo y unas nubes rojas descargarían vino aguado, hasta que se obrase dicho milagro tenían que conformarse con buscar alimento.

A media mañana llegaron a una villa que disponía de castillo en un altozano, convento a las afueras y una iglesia con torre en la plaza principal. La masa de niños inundó las calles terrosas ante el desconcierto de una gente que, si bien había tenido noticia de la maravillosa cruzada, no imaginaba sus proporciones. Los chiquillos estaban hambrientos y, pese a que hombres y mujeres vaciaron sus alacenas para darles de comer tocino y mantequilla rancios, resultó insuficiente. El conde del castillo, alertado por sus vasallos, ordenó abrir el pósito donde se almacenaban la cebada y el centeno para casos de emergencia.

Y aquella situación, sin duda, era una emergencia. Una multitud enfurecida por el hambre podía provocar desórdenes, por lo que era más juicioso cocer pan a toda prisa y quedarse sin existencias de cereal que negarse a entregarlo y exponerse a sufrir disturbios.

—Abrid presto el pósito, transportad todo el grano a las tahonas y que los panaderos horneen pan sin parar —ordenó el noble desde las almenas de la fortaleza.

Cuando el pastorcillo y sus acérrimos defensores llegaron a la plaza mayor, observaron sorprendidos que varios hombres y mujeres bailaban frenéticamente sobre un gran tablado. Y sin música.

Philippe, impresionado por los danzarines, preguntó:

—¿Por qué bailan, Juan?

—No lo sé.

Los danzantes no parecían disfrutar. Movían brazos y piernas

espasmódicamente, hacían muecas con la boca y a veces chillaban. Los niños prorrumpieron en risas y comenzaron a imitarlos.

—O están celebrando algo o están mal de la chaveta —apuntó Pierre, con una amplia sonrisa.

Los chiquillos más burlones subieron a trompicones las escalerillas del tablado y comenzaron a dar volteretas, a hacer el pino y a gansear, lo que aumentó las risas de sus compañeros. Los pisotones de los pequeños retumbaban en los tablones de madera, y sus estrepitosas carcajadas incrementaban el ritmo de los movimientos de la docena de mujeres y hombres que ejecutaban sus alocadas danzas.

Unos gaiteros y tamborileros se abrieron paso entre la multitud, se colocaron frente al tablado y empezaron a interpretar una melodía lenta. Al oírla, los bailarines disminuyeron la velocidad y acompasaron paulatinamente sus sincopados movimientos al tempo de la música.

—Será alguna fiesta —aventuró Pierre.

—No parecen divertirse mucho. Al contrario. Creo que lo pasan mal —concluyó Juan.

Entonces, un grupo de hombres subió al tablado y agarró con fuerza a los bailarines, hasta que cesaron de moverse. Se mostraban extremadamente fatigados. Les dieron de beber vino y cerveza y de comer, rebanadas de pan de centeno con cecina. Pero al poco, sin que mediara la música, reanudaron sus alocados bailes.

Todo era muy extraño.

Mientras tanto, un nutritivo aroma a pan recién hecho se extendió por el pueblo. Respirar era anticiparse a saborear una esponjosa miga y una corteza crujiente. Las chimeneas de las tahonas expulsaban penachos de humo que olían a leña y a pan. Los niños salivaban, ansiosos por comer tal delicia. Del gran pósito de grano seguían saliendo carretas cargadas de sacos de harina de cebada y centeno, hasta que lo vaciaron y sólo quedaron telarañas y un polvillo harinoso en los rincones.

Con la humedad reinante en las salas abovedadas del pósito de piedra, la harina almacenada desde el final del verano anterior había criado una capa verdosa, una especie de musgo, pero, como apremiaba, los vasallos del aristócrata rellenaron los sacos sin retirar previamente la sustancia verduzca, pese a que desprendía un fuerte olor a fermentado. No le concedieron importancia.

A media tarde, uno de los incansables bailarines profirió un grito agudo,

se llevó la mano al brazo izquierdo, contrajo la cara de dolor y cayó fulminado sobre el tablado. Sus compañeros continuaron su frenética danza sin pararse a auxiliar al que había caído a plomo. Eso levantó risotadas entre los cientos de niños arracimados alrededor del armazón de madera, que no cejaron de reír mientras una cuadrilla de vecinos retiraba el cuerpo sin vida del bailarín.

A esa hora, muchos de los pequeños ya sabían que no se celebraba ningún festejo en la localidad; sencillamente, los danzarines no podían parar. Bailaban sin causa alguna. Ni para celebrar una alegría propia ni para regodearse por una desgracia ajena. Desde hacía un mes, las personas se ponían a bailar de repente, sin más. Cada día morían algunas, exhaustas, y otras ocupaban su lugar en el patíbulo, pues aquel tablado montado para las ejecuciones era donde bailoteaban, aunque con la horca desmantelada para que tuviesen más espacio donde moverse y no chocar con el poste en el que colgaban a los reos. Nadie sabía cómo pararlos. Los médicos habían renunciado a curarlos e incluso a dar un diagnóstico, y los monjes, desconcertados, habían dejado de practicar exorcismos, pues al principio pensaron que se les había metido en el cuerpo un demonio bailón y burlesco. Los familiares de quienes danzaban noche y día hasta caer reventados esperaban algún milagro, y el resto de vecinos vivía en vilo, aguardando el momento en el que sus brazos y piernas cobraran vida autónoma e iniciaran un baile enajenado.

Varias carretas cargadas de panes se dedicaron a dar vueltas por el pueblo para abastecer a los niños de la cruzada. Los vasallos del conde lanzaban hogazas y bollos a dos manos sobre la multitud y, cuando vaciaban su cargamento, regresaban a las panaderías para reponer. Así estuvieron el resto de la tarde, suministrando pan recién horneado a los chiquillos que se dirigían a ultramar, y también muchos habitantes, apiadados, derritieron tocino y manteca de cerdo en sartenes para que los niños untasen los trozos de pan.

Llegaron la luna, la noche y los luceros, y con los estómagos llenos algunos niños durmieron bajo techo y, como eran tantos y no cabían en las casas y establos, otros pernoctaron al aire libre, sin que los desvelasen los taconeos de los bailarines insomnes que, incapaces de controlarse, danzaban exaltados en el patíbulo reconvertido en tablado.

*Sevilla, 28 de mayo de 1212*

«Dulce es la pulpa del higo maduro en verano, pero más dulce sabe tu hendidura tras tu pleamar de placer». Al-Nasir leía poemas eróticos de un libro decomisado por los censores de las costumbres. Escribir, poseer y leer dicha literatura constituía un delito y un pecado, por eso sus celosos funcionarios expurgaban las bibliotecas de todo el Imperio almohade. Las penas impuestas a los infractores de la ley eran terribles y ejemplarizantes: eran azotados hasta despellejarles la espalda y les sacaban un ojo. El otro ojo lo perdían si reincidían, por incorregibles y viciosos. Sólo él, en calidad de califa, podía dedicarse a la lectura de los poemas prohibidos, aquéllos que fueron escritos en las épocas decadentes del emirato independiente de Damasco y del califato de Córdoba.

Se acomodó sobre los mullidos cojines de seda y dejó el libro en una mesita de madera con incrustaciones de madreperla. Se titulaba *Manjares en la Senda de los Huertos*, y lo había escrito un poeta de Jaén tres siglos atrás. Continuaría con la lectura en otro momento. Ahora tenía asuntos que despachar.

Uno de sus secretarios aprovechó para mostrarle un libro ricamente encuadernado: *El libro del conocimiento de dispositivos mecánicos ingeniosos*. El califa lo hojeó y reparó en sus bellos dibujos.

—¿Quién lo ha es-escrito?

—Ismail al-Jazari, un matemático de Damasco —le respondió el secretario.

—¿De qué trata?

—De ingenios mecánicos. Fuentes que lanzan chorros de agua a una hora calculada y muñecos de madera y metal que tocan instrumentos.

El Príncipe de los Creyentes, sorprendido por tanta novedad, alzó las cejas. Sus ojos brillaron al reparar en la complejidad de una aparato dibujado en una de las hojas.

—¿Qué es? —Señaló el boceto con el dedo.

—Una flauta hidráulica, mi señor.

—¿Qué tienen que ver el a-agua y la música?



—Se trata de un complicado mecanismo accionado por una corriente de agua que hace sonar una flauta sin parar. Resultaría ideal para vuestro solaz, mi señor, o para el recibimiento de los embajadores.

El califa asintió con la cabeza, maravillado por semejantes adelantos técnicos. Pero ya pensaba en darle otro uso. Tenía decidido construir una pequeña alberca, llenarla de leche de burra y dedicarla al baño de su harén. Él miraría a sus enlechadas mujeres mientras aquella maravillosa flauta tocaba una melodía dulce.

—Si queréis, mi señor, podemos enviar un mensaje a al-Jazari para que se desplace desde Damasco y construya este invento.

—Bi-bien.

El secretario hizo una reverencia y se marchó para cumplir el encargo.

Entonces, uno de los encargados de protocolo anunció la llegada de una delegación de censores de las costumbres. Y también la de un taxidermista. Entraron en la suntuosa sala de la alcazaba, hicieron la zalema y se quedaron de pie frente al califa. Detrás de al-Nasir permanecía, en silencio, uno de los estudiantes de la Presencia. Era el encargado de hablar por boca del califa en determinados asuntos, para evitar que al Príncipe de los Creyentes se le notase demasiado la tartamudez. Dicho estudiante respondió asimismo con la zalema: se llevó la mano sucesivamente al pecho, a la boca y a la frente.

La luz de mediodía penetraba por las ventanas, abiertas para permitir que corriera la brisa. En un pebetero ardían granos de incienso y de cinamomo. El califa se acariciaba la barba rubia, un gesto que le gustaba prolongar mientras observaba a la gente, en un intento de calibrar su personalidad y detectar sus puntos flacos. Sus ojos azuleaban con los rayos de sol que entraban en la aromatizada estancia.

El protocolo obligaba a guardar silencio hasta que el califa hablase primero o diese permiso a alguien para hacerlo. Al-Nasir señaló a uno de los censores de turbante negro, el cual, orgulloso por el privilegio, anunció:

—Mi Príncipe de los Creyentes, las cabezas de los pecadores adornan la entrada de la Puerta de los Barcos y también, clavadas en estacas, se pudren al sol en la Laguna de la Pajería.

Al-Nasir, en un inesperado arranque imaginativo, se permitió una licencia poética, inspirado por el libro que había estado leyendo:

—Más bien di-dirás que habéis sembrado ca-cabezas.

Los censores de las costumbres, sorprendidos por la metáfora, se miraron entre sí, rieron mostrando las dentaduras y dieron palmadas para halagar el

ingenio califal. Al-Nasir dejó que los aplausos se extinguieran por sí mismos y sólo habló cuando los funcionarios se cansaron de batir palmas:

—Ex-expli-pli-cadme.

Le relataron las detenciones y ejecuciones de hombres que practicaban la homosexualidad, consentían relaciones indecorosas a sus hijas, interpretaban torcidamente algunas aleyas coránicas o se mostraban poco escrupulosos en la educación de sus hijos.

El califa asintió, satisfecho. Había que tratar con extrema severidad a los indecentes. Aquella plantación de cabezas cortadas sería aleccionadora. Para todos. Los padres debían mostrarse intolerantes con los comportamientos inapropiados de sus hijos para que éstos no se torciesen en el futuro. Un ambiente moral intachable, en vísperas de una campaña gloriosa, era garantía de éxito. Y la mejor manera de granjearse el favor de Alá.

A continuación, al-Nasir señaló al taxidermista, un anciano robusto, de pelo cano y manos vigorosas, sin que las afeasen las manchas de la edad. Tenía taller abierto en Triana y su fama trascendía fronteras. El viejo hizo una reverencia y tomó la palabra el estudiante de la Presencia:

—Tu señor tiene un importante encargo para ti.

—¿Para mí? —dijo, sorprendido—. Soy un humilde servidor suyo. — Volvió a inclinar la cabeza, sumiso.

—Será el más importante trabajo que hayas realizado nunca.

El trianero se quedó pensativo. Había disecado miles de conejos, perdices, palomas torcaces, ciervos y jabalíes. ¿Qué capricho tendría el califa?

—Cuando el invicto y glorioso ejército del Príncipe de los Creyentes culmine sus conquistas, Alá lo quiera, un importante perro infiel será apresado y, para escarnio de los cristianos y gozo de los creyentes, será depositado en tus manos, muerto, para...

—Para que lo di-diseques. —El califa no lo dejó terminar.

El taxidermista se quedó helado. Siempre había manipulado animales, nunca seres humanos. En unos segundos, imaginó eviscerar al cristiano, extraerle la sangre, rellenar su cuerpo con paja y brea, sustituir los ojos por cuencas de vidrio... ¿De quién se trataría? ¿Algún rey? Intimidado, no osó preguntar.

—¿Y bien? —La imperativa pregunta del estudiante de la Presencia sacó al anciano taxidermista de su ensimismamiento.

—Será un honor servir a mi señor —contestó con la mirada baja.

Al-Nasir tomó aire e hizo un displicente gesto con la mano para que los censores de las costumbres y el viejo del arrabal trianero se marchasen. Lo hicieron cuidadosamente, de espaldas, como los cangrejos. En cuanto se fueron, dos criados entraron con una humeante bandeja de asado de cordero.

Se trataba de una receta jiennense en la que el cordero deshuesado se servía con puré de membrillo de las fértiles huertas de Valparaíso y una aromática salsa a base de alcaravea, cilantro, cebolla, vinagre, yemas de huevo, pimienta y azafrán. El cocinero había sido traído desde Jaén para elaborar aquella delicia. El califa cogió con los dedos un generoso trozo de carne, lo mojó en el puré de membrillo y en la salsa y se lo echó a la boca. Masticó despacio.

Cerró los ojos para disfrutar más. Delicioso.

Al rato, uno de sus secretarios entró y le susurró al oído:

—Ha llegado una paloma mensajera. La denominada cruzada de los niños se dirige al sur del reino de Francia. Al puerto de Marsella.

El califa se chupó los dedos pringosos antes de coger la copa para beber agua. Se sentía satisfecho. Sus espías lo tenían al tanto de todo cuanto acontecía en Europa. Despidió al secretario y continuó disfrutando del exquisito plato.

«Qué curioso», pensó. Aquel manjar y el libro de poesía erótica procedían de Jaén. No conocía la ciudad. Tendría que visitar aquel lugar.

Tal vez cuando comenzase la campaña contra la cristiandad la ruta de su ejército pasaría por aquella tierra.

*Condado de Blois, 28 de mayo de 1212*

Con el canto del gallo, los niños volvieron a comer el pan horneado a toda prisa el día anterior. Los monjes del monasterio enclavado en las afueras del pueblo, animados por el abad, repartieron escudillas de vino para caldear la sangre de los pequeños, que bebieron de buen grado aquel caldo criado en la cripta monacal, aunque el vino era el de peor calidad, pues los monjes se negaron a desprenderse del más fino, aquél procedente de las uvas más soleadas, de las cepas más viejas, el que pisaban con mimo en el lagar al llegar septiembre. Terminada la colación matutina, los clérigos de la cruzada hicieron acopio del pan sobrante, lo cargaron en tres destartalados carromatos donados por el conde del castillo y reanudaron el camino en el momento en el que Esteban dio la orden. Sus palabras eran mandatos inapelables.

A media mañana hicieron un alto y se repartieron las libras de pan restantes y otros alimentos recogidos en el pueblo. Se agotaron los víveres. Dar de comer a quince mil chiquillos era un problema en el que no habían pensado antes. Pero el pastorcillo, lejos de estar preocupado por el abastecimiento de su séquito, mostraba indiferencia. Las frases y gestos de Esteban eran interpretados como manifestaciones divinas, pues se mantenía incólume la convicción de que era el transmisor de la voluntad de Dios. Había tal confianza en él, que todos comentaban que, cuando apretase el hambre, el cielo se cubriría por nubes cargadas de maná, al que los más fantasiosos le daban el sabor dulce de los bizcochos o mojicones desmenuzados.

Al final de la tarde, los niños comenzaron a comportarse de forma anómala. Los sonidos se distorsionaban y los colores se alteraban. Veían fognazos y, al instante, brochazos negros, como si mirasen al sol directamente y acto seguido se hiciese de noche. Comenzaron a perder la orientación y se les avivaron los sentidos.

La larga hilera atravesaba un campo de cebada. Las codornices, aplastadas entre el cereal para camuflarse, volaban con ímpetu sobresaltando a los chiquillos con el ruido del batir de alas cuando alguien estaba a punto de pisarlas.

—¡Que se escapan los ángeles ¡Que se escapan! —gritaban algunos.

—¡No son ángeles! ¡Son demonios!

—¿Demonios? —preguntaban otros, asustados.

—¿No los veis, con sus cuernos y rabo? ¡Y rojos!

El brioso vuelo de las codornices desató la locura. Unos niños ponían caras de pánico, otros de gozo; algunos se revolcaban por la cebada para apagar las llamas que, según chillaban, brotaban de sus cuerpos; unos cuantos se ponían a cuatro patas como perros de caza y ladraban para asustar a los pájaros, o saltaban intentando coger impulso y volar en pos de ellos; otros tantos abrían las bocas y corrían bajo el cielo azul para capturar el maná que llovía, asegurando que sabía a miel de flores, y todos lloraban con desconsuelo porque veían a sus padres con la correa en la mano para castigarlos por haber huido de sus casas, y gritaban y sollozaban de alegría por volver a ver a sus abuelos muertos que, regresados, se acercaban a ellos sonrientes y con los brazos abiertos.

Philippe, muerto de miedo, se aovillaba en el suelo porque se había hecho de noche de repente.

—¡Juan, Juan! ¿Dónde estás? ¡Tengo mucho miedo! ¡Juan, es de noche y no quiero dormir!

Pero Juan, lejos de Philippe, no podía atenderlo, pues estaba enfrascado en la lucha contra un dragón.

La bestia, con ojos de serpiente, arrojaba fuego por las fauces y sus bramidos eran más ruidosos que los truenos de una tormenta. Juan buscaba con qué matar al dragón, pero no encontraba nada. Sólo pensaba en que un acero acabaría con el monstruo, pero la cruzada carecía de armamento. La criatura, verde y con escamas gruesas, desplegó sus alas, remontó el vuelo y expulsó una llamarada cuyo calor sintió Juan en la cara.

En ese momento oyó que Philippe lo llamaba. Aquellos gritos de socorro se sobrepusieron al ruido del monstruo que volaba lento, agitando sus largas alas y rociando con fuego el campo de cebada.

—¿Qué te pasa, Philippe?

—¡Juan, Juan! ¡Quédate conmigo! ¡Se ha hecho de noche y tengo miedo!

—¡No es de noche, es de día! ¿No ves brillar el sol! ¡Yo te protegeré del dragón!

—¿Un dragón? ¿Dónde?

—¡Allí? ¿No lo ves? ¡Míralo, míralo! —gritó señalando con el dedo al monstruo volador.

—¡Está muy oscuro, Juan! ¡No veo nada! ¡Quédate a mi lado!

—¿Y Pierre? ¿Dónde se ha metido? ¡Él sabrá qué hacer, es muy fuerte!

Los clérigos rezaban postrados de hinojos, huían cogiéndose los bajos del hábito para correr más deprisa o se tocaban los genitales. Según.

Los que rezaban de rodillas contemplaban abrirse los cielos, de donde descendía un ejército de ángeles y arcángeles que tocaban mandolinas, atabales y trompetas, como en el arranque del Juicio Final. Los que corrían veían acercarse a las mesnadas de la Muerte, compuestas por esqueletos y muertos a medio corromper que empuñaban escudos y espadas melladas y oxidadas. Y los que se masturbaban y se derramaban sobre las espigas de cebada se excitaban admirando a jóvenes novicias que, impúdicas, se subían o bajaban el hábito para enseñarles el sexo o los pechos, ofreciéndoselos mientras gritaban porquerías y reían, retadoras, al comparar tamaños.

El pastorcillo, enloquecido sobre su carromato, debatía a gritos con San Pedro, insultaba y escupía a Barrabás y conminaba a los niños a prepararse para la lucha final, porque a lo lejos veía cómo los arqueros musulmanes tensaban los arcos sobre las murallas de Jerusalén.

Y Gaspard, a cuatro patas y con los calzones enrollados en los tobillos, se dejaba sodomizar por un demonio corniveleto. No se quejaba.

El griterío, las risotadas y los llantos perduraron hasta la caída de la noche, cuando, progresivamente, todos recuperaron el sentido de la orientación, distinguieron los recuerdos de la realidad y se evaporaron las visiones. Tenían la cabeza pesada y la boca acorchada. No sabían qué había sucedido. Se contaron unos a otros lo que habían visto y muy pocos concordaron. Cada cual tenía algo diferente que narrar.

Pierre, con un hilo de voz, avergonzado, confesó a Juan y a Philippe que había permanecido todo el tiempo acurrucado, atemorizado porque creía haber vuelto al hospicio, y la certeza de hallarse encerrado allí y de no volver a ver más a sus amigos había llenado de congoja su corazón, así que, cuando se reencontró con ellos, los abrazó con fuerza.

Antes de dormirse, uno de los profetas menores, un adolescente hijo de un señor feudal, rebuscó pan en el fondo de un saco, encontró varios trozos y se los comió.

Al rato, se desnudó y comenzó a correr bajo la luz de la luna.

*Costa mediterránea francesa, 29 de mayo de 1212*

La brisa compensaba el calor del mediodía. El cielo estaba esquilado de nubes. Las dos amigas se descalzaron para remojarse los pies, hinchados y con ampollas de tanto caminar. Al introducirlos en las frescas aguas de un riachuelo, emitieron sonidos de gusto y entrecerraron los ojos, aliviadas.

Desde el encuentro con aquel sacristán que se alegraba de las noticias sobre la matanza de judíos en Marsella, Raquel se mostraba cariacontecida y ensimismada. Alternaba momentos de esperanza con otros de desolación y, cuando la aflicción enraizaba en su corazón, se limitaba a caminar mecánicamente con la cabeza gacha y a escuchar a Esther, que la animaba como podía.

Esther tenía la delicadeza de respetar los largos silencios de Raquel, pero para que no se sintiera desamparada le contaba el poso de tristeza que sentía al haber deseado con todas sus fuerzas ser madre y no haberlo conseguido. Aunque la obligada ausencia de maternidad no la había sumido en la amargura.

—Cuando el cirujano me vació las entrañas, también me vació el alma. Pero me contento con ver a otras mujeres.

Le contaba lo bonito que era ver a las madres cuidar de sus hijos, cómo les daban de mamar mientras les hablaban ternuras o cómo los acunaban cuando lloraban hasta que se callaban y se quedaban dormidos y ellas los miraban, pletóricas de felicidad. También desgranaba cómo le conmovía escuchar las canciones de cuna o contemplar cómo las madres, tras las caídas de sus hijos entre juegos, les curaban las heridas con agua clara y besos, para que cicatrizasen antes.

Esa propensión a la maternidad le hacía contemplar complacida a las embarazadas que, al detenerse en sus quehaceres, posaban las manos en las abultadas barrigas, echaban cuentas del tiempo que restaba para romper aguas y decían que, para la siega o para la recogida de la uva, parirían. Ese cómputo de la subtit del alumbramiento asociado al de las faenas agrícolas fascinaba a Esther, pues era símbolo de la nueva vida, del ciclo vital de la naturaleza y de las mujeres. Y, poniéndose en el lugar de esas futuras madres, adivinaba que

por sus cabezas cruzaban pensamientos a veces anubarrados a veces luminosos: ¿serían felices sus hijos o desgraciados?, ¿crecerían sanos o una enfermedad se los llevaría prematuramente?, ¿morirían ellas al dar a luz y sobrevivirían sus hijos?

Incluso le confió a Raquel sus recuerdos inventados, tan vívidos y enraizados en su memoria que disputaban con los recuerdos reales la nitidez de lo que había sucedido y lo que no. Esos recuerdos hablaban de una niña de ojos almendrados y risa contagiosa a la que debía cantarle nanas para dormirla y canciones bonitas para que comiese, y besarla en los párpados para despertarla por las mañanas, para que todo lo que viese cada día estuviese bendecido por el amor.

—Es algo que yo no sentiré nunca, pero ni me da envidia ni siento celos. No puedo explicarte por qué, pero es así —comentó Esther, moviendo los pies dentro del agua.

Y le confió el secreto que guardaba en la alacena de su alma: el nombre que le hubiese puesto a su hijo si hubiese sido varón o hembra.

—Ni siquiera se lo dije nunca a mi marido. —Compuso una sonrisa ensoñadora—. Era algo muy mío, que me nacía de aquí dentro. —Se tocó el corazón.

Esther cogió un palito tronchado, escribió aquellos nombres evocados en la orilla embarrada y no los borró. Ya lo haría el agua del riachuelo en una crecida o la lluvia se los llevaría.

Raquel le devolvió la sonrisa, aunque bañada con una pátina de tristeza. O de melancolía.

Esther, con dos dedos a modo de aldabón, golpeteó con suavidad el lado izquierdo del pecho de Raquel. Como si esperase que respondiese el corazón de su amiga.

—¿Qué sientes ahí dentro?

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—Después de escucharte, siempre siento esperanza. Hables de lo que hables —respondió Raquel.

—Él te aguarda.

Con los pies refrescados continuaron la marcha. Les quedaba un poco de dinero. Lo justo para permitirse dormir esa noche en una posada y comer caliente.

Al haber estado un rato sentadas en la ribera del riachuelo, Raquel notaba



que en la piel de las piernas se le habían quedado señaladas las marcas de la hierba aplastada. Esbozó una sonrisa.

En ocasiones, al despertar por la mañana, las arrugas de las sábanas dejaban pequeños surcos en sus muslos y pechos, y Saúl comenzaba a acariciarle aquellas partes para «alisarle la piel», para devolverle la tersura sedosa que tanto le gustaba tocar y, después de arrullarla como si el tiempo no existiera, le besaba la piel iluminada por la perezosa luz del día naciente, y con los cuerpos enmadejados por brazos y piernas se transmitían los acelerados latidos del corazón a través del contacto de la piel ardiente.

Esos recuerdos le ayudaban a sobrellevar la zozobra de la incertidumbre y la negrura del desaliento, de modo que sus pensamientos hacían la transición de un tenebrismo invernal a una claridad de verano. Y se decía a sí misma que, si los recuerdos dichosos acudían a su mente sin convocarlos, sería por algo.

Tenía la corazonada de que él estaba vivo.

*Condado de Blois, 29 de mayo de 1212*

Media luna en el cielo. Dos hombres sonreían ante el buen augurio mientras, encorvados, se adentraban en la chopera. Les gustaban las noches en las que la luna tomaba la forma de sus alfanjes. Tenían la vista aguzada y se movían por la noche con agilidad felina.

Antes de que oscureciera, los siete jinetes se habían detenido a un cuarto de legua de distancia de la cruzada de los niños. Tras descabalar, tres de ellos rezaron sus oraciones mirando hacia la Meca, cenaron con frugalidad y apenas intercambiaron palabras con los otros cuatro componentes del grupo, mercenarios cristianos a sueldo de al-Nasir. Días atrás, los jinetes almohades habían soltado una paloma mensajera para informar al califa de la magnitud de la expedición dirigida por el pastorcillo y del itinerario previsto.

Cuando se consumieron las lumbres del improvisado campamento de los niños, dos jinetes se pusieron de pie y, con tranquilidad, procedieron a ejecutar el plan de cada noche. Detrás de un bosquecillo de chopos, los niños, agotados, dormían tras la dura jornada de viaje. Atrapar a uno de ellos era fácil. Casi un juego. Bastaba con aproximarse con cautela, tener cuidado de no pisar una rama partida, escoger a uno, taponarle la boca con fuerza para impedir que gritase, levantarlo en volandas, alejarse un poco y degollarlo con una daga. Como si fuese un cordero *halal*, se desangraba bajo las estrellas.

Los finos troncos de los chopos tenían una palidez espectral a la luz de la luna en cuarto creciente. Una ligera brisa agitaba las verdes hojas. Dulce esplendor de primavera. Se oía el murmullo acuático de un regato, de un arroyo con poco caudal. Olía a cenizas enfriadas de hogueras, a bosque, a tierra negra y húmeda.

Apareció un niño. Caminaba despacio. Justo detrás, lo acompañaba otro.

Los dos hombres intercambiaron miradas y sonrisas cómplices. Desenvainaron. La luna, con su forma de cimitarra, les había sido propicia, les había traído suerte.

Esa noche cazarían a dos niños en vez de a uno.

*Condado de Blois, 29 de mayo de 1212*

Le entraron unas ganas irresistibles de orinar. Confortado por la cercanía de Juan, Philippe dormía de un tirón todas las noches, sin sobresaltos ni conatos de pesadillas. Sin embargo, aquel día había bebido mucha agua y a media noche se despertó.

—Juan, me orino.

—¿Qué dices? —Éste se restregó los ojos, que le pesaban de sueño.

—Me orino encima.

—Pues orina.

—Ven conmigo... Juan..., ven conmigo. —Le zarandeó el hombro—. Ven conmigo. Me da miedo.

Juan bostezó y se incorporó. Todos dormían alrededor.

—Allí. —Philippe señaló la chopera.

Se dirigieron al bosquecillo de chopos de troncos blanquecinos y copas verdes. La media luna permitía ver en la oscuridad y les confería a los árboles un aspecto inquietante, como emergidos de malos sueños. La brisa removía sus ramas con un rumor parecido al de unas palabras adormecedoras. Se respiraba un aire fresco, cargado de olores boscosos, telúricos.

Se adentraron entre los chopos. A Philippe le daba vergüenza orinar si había cerca algún niño, aunque estuviese durmiendo, por eso conminó a Juan a andar un poco más, un poquito más. La tierra blanda, oscura y fértil de la ribera amortiguaba sus pisadas. Juan iba algo rezagado. Philippe se detuvo junto a un árbol.

En ese momento, ambos niños, sobrecogidos, vieron a dos hombres que, encorvados, se aproximaban hacia ellos. Empuñaban algo que relumbraba bajo la luz de la luna.

Dos puñales.

*Costa mediterránea francesa, 29 de mayo de 1212*

El tiempo era nuboso a media tarde, cuando Raquel y Esther pasaron delante de una iglesia en cuyo atrio se celebraba el contrato matrimonial entre dos jóvenes. Un escribano tomaba cumplida nota de la dote acordada en los desposorios, y el sacerdote, revestido con una casulla recamada con hilo de plata, contemplaba complacido a los novios, tal vez por tener estrecho trato con alguna de las familias o porque se regocijaba pensando en el convite nupcial. La novia lucía un brial amarillo bordado de oro, con el pelo suelto en señal de virginidad y una diadema de flores. El novio, poco agraciado pero altivo, vestía calzas moradas y jaqueta verde. Los padres e invitados esperaban a que el escribano terminase su función, y admiraban la hermosura de la novia apoyados en las columnas pareadas del atrio, observados a su vez por los animales fantásticos de piedra enroscados en los capiteles románicos. El padrino jugueteaba con las arras en la palma de la mano, las entrechocaba una y otra vez al hacerlas saltar, y el insistente sonido plateado denotaba la impaciencia de quien dispone de dinero y no está habituado a esperar.

Todo parecía normal. Un matrimonio según el rito cristiano. Sin embargo, algo llamó la atención de las dos amigas.

Dos figuras siniestras, dos presencias extrañas en un ritual alegre. Dos figuras que representaban a la Muerte.

Iban disfrazadas. Embutidas en un vestido negro, ajustado, donde estaba pintado un esqueleto. Llevaban máscaras de calaveras, tan blancas como el resto de huesos. Una de ellas empuñaba una guadaña y la otra, un reloj de arena. La guadaña simbolizaba la siega de vidas, y el reloj de arena, el tiempo que restaba hasta el fallecimiento, cuando el último grano cayese.

¿Para qué recordar en un casamiento que el destino de ambos jóvenes era la fosa? Las dos amigas sintieron un repelucó, continuaron su camino y dejaron atrás la iglesia románica en cuyo pórtico la Muerte escoltaba a los novios.

\* \* \*

Antes de que cayera la noche encontraron una posada desastrada donde

cenaron aguachirle y un conejo correoso. Los taciturnos hombres que comían y bebían frente a la chimenea las miraron con avidez, emitiendo sonidos asquerosos al engullir, así que cuando el grasiento posadero les proporcionó un mísero cuartucho con un jergón y un cubo con agua, atrancaron la puerta para evitar que alguno de los sórdidos comensales, borracho o sobrio, entrase de madrugada para violarlas.

Se acostaron sobre el jergón de paja podrida que aparentaba estar infectado de pulgas y chinches. Encendieron una vela de sebo que producía más humo que luz. La cera goteaba sobre la palmatoria. Por un ventanuco sin cristal penetraba la luz negra del cielo y el olor de la primavera dormida.

Habían gastado su última moneda. A partir del día siguiente tendrían que componérselas para sobrevivir.

—Nos las arreglaremos —dijo Raquel.

—Claro. Eres muy lista y sabrás cómo apañarnoslas.

—Tú también eres muy inteligente.

—¿Yo? Yo soy una ignorante. Sólo tengo valor para la vida. Eso no me falta.

—Eres más lista que yo en muchas cosas. La inteligencia no depende de si sabes leer y escribir o de la educación que hayas recibido. Se nace con ella. La otorga Dios... O la naturaleza.

—¿Qué cosas dices! ¿Ves a lo que me refería? Sabes hablar, expresar lo que sientes.

—Tú lo haces muy bien.

—¿Yo? ¡Quita, quita, Raquel!

—Esta mañana, mientras descansábamos con los pies metidos en el arroyo, fue muy bonito lo que me contaste. Tus más íntimos pensamientos sobre la maternidad.

Se hizo un silencio, pero no embarazoso, sino de recato. La llamita de la vela daba una luz pobre, pero en aquellos momentos de confianzas, era la luz requerida.

—Me hiciste mucho bien contándome esas cosas —prosiguió Raquel—. Estos días me has sido de mucha ayuda. Sin ti me hubiese vuelto loca de dolor y no hubiese sacado fuerzas para continuar adelante.

—Yo no he hecho nada...

—Por supuesto que sí. Sabes cómo dar ánimos. Cuando me tocaste el corazón y me preguntaste qué sentía ahí dentro..., noté arder algo en mi interior. Un calor agradable. Me diste algo muy importante.

—¿El qué?

—Esperanza.

El silencio volvió a replegarse sobre sí mismo. Sólo se oía el chisporroteo de la vela, cuya avariciosa luz apenas permitía adivinar el contorno de los rostros. Cuando volvieron a hablar, bajaron paulatinamente el tono de voz, no por miedo a que las escuchasen tras la puerta, sino porque las palabras brotaban no tanto de la boca como del corazón.

—¿Has pensado qué harás cuando llegemos a Marsella? —preguntó Raquel.

—Me iré a Palestina.

—¿Tan lejos?

—Ni siquiera sé dónde está.

—En ultramar.

—Los rabinos dicen que provenimos de allí. De Palestina. Que aquélla es nuestra tierra prometida, nuestro hogar. —Calló unos segundos antes de continuar—: No hay nada que me ate a esta tierra ingrata. ¿Y tú? Cuando encuentres a tu marido..., ¿dónde irás?

—Tanto da. Mi país y mi casa están donde esté mi amor.

La luz mortecina de la vela les ocultaba la sonrisa. Esther se incorporó, apagó el pabulo de un soplo y se dispusieron a dormir. Estaban agotadas.

*Condado de Blois, 29 de mayo de 1212*

Los puñales refulgían bajo la luz de la luna.

Juan y Philippe, bloqueados por la imprevista aparición en mitad de la arboleda, se habían quedado congelados mientras los dos hombres se acercaban a ellos con los aceros desenvainados.

Las sonrisas dentonas de los asesinos también brillaban. Dos lobos justo antes de devorar a dos corderos.

Paralizados por el terror, incapaces de salir corriendo, los niños contemplaron a los dos extraños vestidos de oscuro abalanzarse sobre ellos con las afiladas armas en alto.

De repente, un siseo rasgó el aire.

Una rama gruesa impactó contra la frente de uno de los hombres, que cayó hacia atrás y quedó tendido en el suelo.

Gaspard, empuñando un palo recio, se echó encima del otro y le asestó un brutal golpe en la cabeza que le hizo doblarse de dolor.

—¡Vámonos! —exhortó Gaspard a los pequeños.

Los tres huyeron. Echaron a correr hacia el campamento. También escaparon dos frailes que estaban ocultos tras unos álamos. Los clérigos, jóvenes y ágiles, se bajaron el hábito que tenían arremangado y adelantaron al gordo de Gaspard, jadeante por el esfuerzo. Juan y Philippe corrían catapultados por el miedo. Ocupados en mover las piernas lo más velozmente posible y en no chocar con ningún árbol. Ninguno miró atrás, por lo que no se percataron de que los dos hombres, aturdidos, habían sido incapaces de seguirlos.

En cuanto salieron del bosque de álamos aminoraron la carrera. Se habían librado de morir acuchillados. Gaspard tosía y se detuvo para tomar aire. Respiraba con rapidez y sus pulmones no absorbían todo el oxígeno que necesitaban. Los dos frailes le pusieron una mano en la espalda para comprobar que estaba bien, y se llevaron el dedo índice a los labios para indicar silencio. Gaspard asintió con la cabeza. Había entendido.

Juan y Philippe, impresionados por lo sucedido, temblaban. Se miraron.

—¿Te has dado cuenta?

—¿De qué? —preguntó Philippe.

—De que podíamos estar muertos ahora mismo.

El pequeño no respondió. La media luna daba una luz de plata apagada.

—No has orinado.

—No.

—Pues hazlo aquí mismo. No volveremos a entrar en el bosque.

—No.

—Pues venga.

—Es que... Se me han quitado las ganas.

—¡Si decías que no podías aguantar!

—Pues ya no tengo ganas. Vamos a dormir. Es de noche y tengo miedo.

Volvieron junto a Pierre, que dormía profundamente, ajeno a todo. Juan pensó en lo equivocado que había estado al desconfiar de Gaspard en un principio. No sólo había demostrado ser una buena persona, sino que les había salvado la vida. Philippe se acurrucó junto a Juan y cerró los ojos.

Al despertar a la mañana siguiente, su mente infantil confundiría la fantasmagórica aparición de los hombres con puñal con una pesadilla.



*Roma, 30 de mayo de 1212*

Una imprevista lluvia obró el espejismo de que la primavera pareciera otoño. El cielo se agrisó y daba gusto respirar el aire, enfriado y cargado de olores de lejanas montañas. Las gotas de agua acribillaban los cristales de la sala. Olía a papel nuevo y viejo. Abultados cartapacios y documentos sueltos eran clasificados por los burócratas papales bajo la supervisión de Francesco. Los escritos más importantes y las decretales pontificias estaban almacenados en estanterías, enrollados, pendiendo de ellos sus sellos de lacre o plomo. Había bastantes libros encuadernados en piel de becerro que mostraban los títulos en latín en los lomos, con las letras iniciales en tinta roja, para resaltar. Trabajaban en silencio para no romper la concentración. Se hablaba en susurros, y el sonido del rasgueo de la pluma sobre el papel para anotar nombres y subtits se sobreponía a las palabras. La lluvia repicaba sobre los cristales.

De repente, entró un cardenal. Abrió la puerta con tanto ímpetu que la corriente de aire hizo volar unos legajos, y la cerró con tanta violencia, que el ruido resultó ofensivo en un espacio tan calmado y silencioso.

Los secretarios, sobrecogidos por la intempestiva aparición cardenalicia, se pusieron en pie, no tanto por deferencia, sino por miedo. Francesco, que junto a una ventana consultaba una carta remitida desde un obispado francés, movió dos veces la mano y los secretarios abandonaron la sala. Cerraron la puerta con cuidado.

—¿Y bien, eminencia?

El cardenal Grillo era un bloque de mármol revestido de rojo. No muy alto, corpulento, cabello cano y leonado, perfil aguileño, barba recortada tan blanca como el cabello y ojos vivaces. Su corpulencia iba pareja a su carácter rocoso. Al igual que su voz.

—Sois un hombre extraño —gruñó.

Francesco dejó la carta que estaba leyendo encima de la mesa y entrelazó las manos por encima del fajín de seda negra.

—No creo ser ninguna rareza —respondió.

—Oh, ya lo creo que sí. No se os conoce concubina, coméis con

moderación, el dinero no os seduce, el trabajo llena vuestras horas, no sufrís arrebatos de cólera, no tenéis tristeza por el bien ajeno y no os mostráis altivo ni despectivo con los demás.

El cardenal compuso una sonrisa zorruna y se mesó la barba con sus dedos cortos y gordezuelos.

—Sois un hombre extraño —añadió—. No incurris en ninguno de los siete pecados capitales. Habría que inventar un octavo pecado para definiros.

—Esa frase es demasiado ingeniosa para Su Eminencia.

—¿Cómo?

—Que no puedo atribuíros la. Seguramente pertenece a la mujer con la que vivís amancebado. Esa *donna* florentina. Tan bella como inteligente.

La cara del cardenal se mimetizó con sus ropajes colorados. Enfureció el gesto pero al instante se calmó. Era un consumado actor, o un domador de pasiones. Se hizo un breve y denso silencio cuyo contrapunto era el repiqueteo de la lluvia.

—Sois descarado e irreverente —protestó el cardenal.

—Me han llamado cosas peores, eminencia. Así que agradezco vuestra generosidad.

Grillo, cabeza visible de la oposición de la curia al poder de Francesco y a su influencia sobre el Papa, adoptó un tono profesoral, como si diese una lección de vida a un discípulo:

—Escuchadme, reverencia.

—Decidme.

—Llega un momento en que, al mirarnos al espejo, vemos no sólo la ruina física en que nos convertimos, sino también los sueños cumplidos y los que quedaron arrumbados en el camino. Soy un hombre viejo y siento cómo los años roen mis huesos, encorvan mi espalda y deterioran mis facultades.

—El salmo ciento dos lo expresa de forma poética: «Mis días son como la sombra que se va y yo como la hierba que se ha secado».

—Ya os sucederá..., si Dios dispone que llegáis a mi edad. —Grillo sonrió con frialdad—. El tiempo se me escapa, y no puedo permitirme perderlo. El Santo Padre os hace demasiado caso en algunos asuntos y eso perturba la recta dirección de la Iglesia. Francesco —lo miró a los ojos—, vuestro idealismo a ultranza será vuestra perdición. Os propongo un acuerdo, un concordato íntimo —concluyó con una sonrisa, esta vez a lo lobo viejo.

Las últimas palabras, proferidas con voz pétrea, retumbaron en la estancia llena de papeles antes de disiparse. Silencio. De nuevo se oía el

punteo lluvioso sobre los cristales.

—¿Y bien? —preguntó Francesco al cabo.

—En mi mano está ofreceros lo que pidáis. Una rica sede episcopal, fértiles fincas para vivir como un rey, una residencia palaciega en la Toscana... Elegid. Vuestra nueva dignidad eclesiástica implicaría que os llamasen *eccellenza*. Sólo necesitaríais seguir mis instrucciones respecto a Su Santidad. Estar de acuerdo con el resto de la curia en determinados asuntos.

—Entiendo.

—¿Qué os gustaría, pues? Decid, *eccellenza* —susurró, tentándolo.

—Un mundo mejor.

—¡Por Dios, me refiero a vuestra persona!

—Estar en paz conmigo mismo y tener confianza en el Señor.

El cardenal lanzó un suspiro de decepción. En verdad aquél era un hombre extraño, fuera de lo común. Se atusó la barba sin dejar de mirar a los ojos a Francesco. Inspiró con sonoridad, dio media vuelta y salió de la sala sin decir palabra. Esta vez no pegó un portazo.

Los secretarios volvieron a entrar, ocuparon sus asientos y reanudaron su tarea callada, su clasificación documental. El que más ganas demostraba por hacer un trabajo concienzudo era un joven de no muchas entendederas pero de buen corazón. Era sobrino de un obispo y venía muy recomendado. Revisaba varias veces los papeles para no equivocarse y bufaba de vez en cuando para dar a entender lo complicado de su tarea. Francesco retomó la lectura de la carta del obispado francés que detallaba aspectos de la cruzada de los niños. La lluvia susurraba contra la ventana. Roma continuaba bajo la tormenta, con una luz gris más propia de noviembre que de mayo.

Francesco tuvo la certeza de haberse ganado un enemigo temible.

*Cercanías de Moulins, 31 de mayo de 1212*

Lenta por su carácter multitudinario y alimentada merced a la compasión de los aldeanos, la cruzada de los niños llegó a las afueras de Moulins, donde vivía un ermitaño con fama de santidad llamado Piturda.

Era un anciano enjuto y desdentado que, desde hacía años, predicaba la inminente llegada del fin del mundo y el perecimiento de los pecadores bajo un manto de azufre. Cuando más se emocionaba era durante las tormentas, con los relámpagos tejiendo cicatrices luminosas en el cielo, pues, empapado por la lluvia e iluminado a intervalos por los rayos, escribía en el aire la lista de contumaces pecadores para denunciarlos ante Dios. El eremita vivía en una cueva con sus perros, las personas de buen corazón le daban comida para que intercediese por ellas llegado el Juicio Universal, y él, a cambio de las vituallas, oraba en voz alta y lanzaba dicterios contra las mujeres, a las que, por descendientes de Eva, consideraba culpables de todos los males de la humanidad.

Cuando los perros del anacoreta vieron la masa infantil, se pusieron a ladrar y a aullar frenéticamente. El viejo, alarmado, abandonó su hedionda gruta situada en alto y descendió por la ladera con rapidez, a pique de tropezar, rodar y romperse la crisma.

Se quedó patidifuso. Pensó que el Último Día había llegado. No había imaginado que sería así, con una irrupción de miles de serafines andrajosos. Él siempre había pensado que el Día del Juicio sería estruendoso, precedido por una tormenta, con batallones de arcángeles soplando trompetas, gritando órdenes y vomitando fuego sobre las pecadoras, sobre las mujeres, por maledicentes, arpías y busconas.

—¿Sois ángeles?

—Somos niños.

—¿Cómo sé que me decís la verdad? ¿Cómo sé que no sois ángeles?

—¿No ves que no tenemos alas?

—¿Entonces quiénes sois?

—Somos los cruzados de Esteban.

—¿Quién es Esteban?

—Nuestro profeta. El pastor santo.

—¿A dónde vais?

—A conquistar Jerusalén.

Aquellas respuestas sacaron de quicio al ermitaño, que se arañó la cara antes de gritar:

—¡Estáis locos! ¡Queréis ir a Jerusalén con niñas! ¿Dónde está ese Esteban? ¡Exijo hablar con él!

Los chiquillos acompañaron al eremita hasta el carro en el que iba el pastorcillo. El anciano se encaró con Esteban:

—¿Puede saberse a dónde vas con tantas niñas?

—A tomar Jerusalén.

Los religiosos y profetas menores hicieron un círculo para apartarse del anacoreta debido al pestazo que echaba. Ellos olían mal, pero el viejo atufaba. Los perros no se separaban de su lado. Meneaban la cola, contentos, pues tanta gente era una novedad, habituados a vivir en soledad en el interior de la cueva, royendo los huesos de las sobras de comida.

—¿Quién eres tú? —demandó el pastorcillo.

—Yo soy Piturda, el ermitaño, famoso en todo el reino —proclamó, ufano e irritado a la vez.

—Y yo, Esteban de Cloyes.

El pastorcillo, bajo el baldaquino de su carro, sostenía sin inmutarse la mirada iracunda del anciano.

—Cristo habló conmigo para que conquistara Jerusalén —aclaró—. Vamos allí, a ganar Tierra Santa para la cristiandad.

La pasmosa tranquilidad y soberbia del pastorcillo enfurecieron tanto al ermitaño que gargajeó, agitó los puños en el aire y, con los ojos incendiados, gritó:

—¡Mentiroso! ¡Impostor! ¡Cristo nunca me ha revelado nada semejante! ¡Él me dice que el Día del Juicio se avecina para exterminar a las pecadoras! ¡Ellas serán las primeras en ser fulminadas, irán de cabeza al infierno! ¿Cómo pretendes conquistar Jerusalén con niñas? ¡En eso se nota que eres un falso! ¡Estás loco perdido! —Volvió a escupir al suelo.

Los niños arremolinados en torno al pastorcillo empezaron a abuchear al ermitaño. Esteban, que no estaba dispuesto a perder más tiempo con aquel harapiento vejestorio, ordenó continuar la marcha. Su carro se movió y los caballos de los profetas menores comenzaron a andar soltando bostas que olían mejor que el ermitaño. El viejo solitario, puño en alto, imprecaba a

Esteban y a las niñas, maldecía y escupía sin importarle el pitorreo infantil.

De pronto, se oyó que alguien gritaba:

—¡Pituuuuuuuurda!

El eremita cesó de maldecir y aguzó el oído.

—¡Pituuuuuuuurda!

Se trataba de Pierre.

—¿Quién me llama? —preguntó el anacoreta con voz enronquecida.

—Yo, Pierre el hospiciano.

El muchacho, muy serio, se plantó delante del anciano, sin amilanarse de la peste que éste echaba.

—¿Por qué me llamas así? ¿Qué quieres?

—Soy portador de un mensaje para ti.

—¿Para mí? ¿Quién te lo ha dado?

—La Virgen María.

La respuesta de Pierre dejó atónito al ermitaño, que entreabrió la boca en la que apenas le quedaban un par de dientes. Por unos segundos, de aquel hueco oscuro no brotó más que mal aliento, pues interrumpió su granizada de insultos.

—¿Cuándo viste a la Virgen? —preguntó con su voz ronca, ligeramente temblorosa por la emoción.

—Se me apareció en sueños.

La respuesta resultó convincente para el eremita, que cerró los ojos y apretó los labios, dándola por buena. Muchos niños y niñas se acercaron a Pierre, movidos por la curiosidad.

—¿Y qué dice ese mensaje de la Virgen dirigido a mí? —Su voz de terracota resonaba como la de un profeta del Antiguo Testamento.

—No sé si dártelo —titubeó Pierre.

—¿Por qué? ¡Es mío, me pertenece! —le exigió, con los legañosos ojos muy abiertos.

—No creo que te interese. A fin de cuentas, la Virgen María es una mujer.

El eremita, atónito, necesitó pensar antes de responder:

—Ya. Pero la Virgen es una mujer diferente: ella no está mancillada por el pecado como el resto. Así que dame el mensaje. ¡Presto!

—Ella me lo cantó. Así que voy a cantártelo.

Aquella rareza extrañó al anciano, pero, deseoso de recibir la buena nueva mariana, metió prisa a Pierre.

El muchacho, cantó:

—¿Qué pájaro será aquél  
que canta en aquel olivo?  
Es una pobre gallina,  
que le han robado su nido.

Los niños rieron a coro, sobre todo las niñas, entusiasmadas por la disparatada letra. El ermitaño lo miraba confuso.

—¡No entiendo! ¿Qué quiere decir? Parece un acertijo.

—Es la primera parte de la cancioncilla. Lo bueno del mensaje viene ahora —le contestó Pierre en tono confidencial.

El anciano cerró los ojos y se dispuso a escuchar el mensaje revelado.

—Con un hueso de aceituna  
me están haciendo una nave  
para meter a mi suegra  
que en el infierno no cabe.

Las risotadas ahogaron los insultos del pestoso anacoreta, que los lanzaba como dardos de su putrefacta boca. Los niños comenzaron a andar respondiendo con burlas a las maldiciones que profería Piturda, que les deseaba morir bajo un mar de fuego, abrasados por el azufre con el que los ángeles rociarían a los pecadores el Día del Juicio Final.

Para el viejo las reservas de azufre de Dios eran inagotables.

Al parecer no las gastó cuando Sodoma y Gomorra.

*Costa mediterránea francesa, 31 de mayo de 1212*

Esther agudizó el ingenio para conseguir ganar algo de dinero. La idea se la dio un limosnero ambulante que cargaba a sus espaldas con una vetusta caja de madera. Llevaba dentro una imagen de San Sebastián asaeteado, atado a un árbol, cosido a flechazos. El limosnero, cuando llegaba a una población, rondaba por las casas para solicitar un óbolo. Los devotos sobaban la tosca talla policromada o le pasaban un pañuelo para que la prenda se impregnase de energía milagrosa, se santiguaban varias veces, se besaban el pulgar y depositaban a cambio una moneda en una ranura de la caja. El hombre pregonaba por las calles y plazuelas las virtudes del santo contra las enfermedades, y no faltaban manos piadosas que toquetearan y besuquearan la talla, se persignaran y echaran dinero para inmunizarse.

Al pasar por una alfarería, las dos amigas vieron cómo sobre unas mesas al aire libre se secaban varias docenas de cacharros de arcilla fresca antes de introducirlos en el horno. También había algunas tinajas y orzas horneadas, listas para ser vendidas.

—¿Ves a alguien?

—No —respondió Raquel.

—Prepárate para correr, por si acaso.

Esther cogió una orza ya cocida, de tacto terroso, la sujetó contra el pecho con ambas manos para que no se cayese su tapadera, y gritó:

—¡Vámonos!

Comenzaron a andar deprisa, mirando hacia atrás por si alguien las había visto. Pero nadie salió para increparlas ni trató de alcanzarlas a la carrera.

Con el corazón a galope tendido, Raquel preguntó:

—¿Qué has hecho? ¿Para qué has robado eso? ¿Y si nos apresan?

—Nadie se ha dado cuenta.

—¿Para qué quieres esa vasija?

—Ya lo verás.

Al poco de andar, divisaron un pueblecito con una fortaleza de torre desmochada en lo alto de un promontorio.

—Vamos allí. Ahora sabrás para qué quiero este recipiente.



Al pasar por un arroyo, Esther rellenoó la orza.

—Haz lo que yo haga —indicó a su amiga.

—¡No me asustes!

—Tranquila.

Nada más entrar en el pueblo, oyeron algarabía. Unos niños se divertían en una plazoleta de tierra. Hacían mucho ruido al no estar bajo la vigilancia de sus mayores. Reinaba la libertad. Un chiquillo montaba un caballito de juguete con cabeza de madera y un palo de escoba por cuerpo, y con una rama seca daba fustazos en el aire y trotaba y relinchaba. Otros chiquillos propinaban patadas a una pelota fabricada con una vejiga de cerdo inflada y liada con trapos, tocaban tambores sin llevar el ritmo e interpretaban melodías repetitivas con una flauta, jugaban a pídola o se batían en duelo con espadas de madera, y uno de ellos, tras recibir un espadazo en la cocorota, lloraba desconsolado mientras se rascaba el chichón. Entretanto, un niño gordo y mofletudo se entretenía pinchando una mierda en un palo. Las niñas, no menos alborotadoras, jugaban a la gallinita ciega o al colache y saltaban a la comba recitando cancioncillas de estribillos pegadizos. Y tanto niños como niñas comían bollos dulces rellenos de crema o de nata, y los más glotones se chupaban los dedos antes de zamparse otro bollo espolvoreado de canela. Reían felices con sus bocas churretosas y la ropa ensuciada con tierra y crema. Nadie les regañaba en aquella Arcadia feliz.

Las casas eran de ladrillo, mampostería o piedra. De una de ellas, situada en una esquina de la plazoleta donde campaban los niños, salieron varios adultos dando tumbos. Dos hombres apoyaron el brazo en una fachada para orinar y una mujer, acuclillada, se levantó la falda y evacuó. Un tercer hombre con signos de mareo comenzó a dar bascas, vomitó y se salpicó en los zapatos. La tierra de la entrada de la gran casona se había convertido en un pestilente barrizal de orines y vómitos. Quienes salían fuera a aliviarse volvían a entrar en aquella casa grande donde se oía música alegre.

—Debe de haber alguna fiesta. Vamos allí —indicó Esther.

Al llegar a la casona, descubrieron, maravilladas, el festín organizado.

—¿Es una boda? —preguntó Raquel a su amiga.

—Es el paraíso —respondió Esther, que no soltaba la vasija llena de agua.

En una enorme sala bailaban hombres y mujeres entrelazados del brazo, al son de los tambores, las flautas y las gaitas. Muchos estaban ya beodos y ejecutaban con torpeza los pasos de baile o, desinhibidos por el alcohol,

improvisaban danzas agarrados a las anchas cinturas de descotadas mujeres, que reían sin parar mientras botaban sus pechos.

Se trataba de un banquete nupcial.

Sentados en bancos corridos, los comensales comían y bebían hasta reventar. Rompían en dos los huesos de las chuletas y hurgaban con el dedo para comerse el tuétano. El ruido de las conversaciones, del bailongo, de las jarras entrechocando y de la música atronaba los oídos, de modo que para hacerse entender todos hablaban a gritos mientras varios criados, con mandiles anudados en la cintura, portaban largas bandejas de madera con viandas que los invitados cogían conforme pasaban a su lado.

Olía a carne asada, a sudor, a cerveza y a vino. Más de cien personas comían pollo, cerdo y cabrito con las manos, pringosas de salsa y, cuando querían beber más, llenaban sus jarras de barriles de sidra o cerveza, pues las de vino las llevaba una posadera metida en carnes y acalorada por cuyo canalillo resbalaban gotas de sudor que, los más borrachos, se disputaban por sorber cada vez que ella dejaba las jarras sobre las mesas dando un golpetazo, y el líquido se derramaba entre los alaridos de placer de los hombres, que gritaban como licántropos bajo la luna llena.

La novia, como signo externo de su nuevo estado, llevaba el cabello recogido y, ufana, confiaba a sus amigas que ya se encargaría ella de cambiar algunas mañas y costumbres de su marido. Las jóvenes le daban la razón y las mujeres mayores sonreían, indulgentes.

En un rincón, los lisiados comían las sobras con voracidad. Eran mendigos que, convidados por caridad, se disputaban los huesos de las chuletas, la fruta pasada, los restos de empanadas de carne y los trozos de queso endurecido. Sentados en el suelo, exhibían sus deformidades y manquedades, las patas de palo, los muñones vendados y sus cuencas oculares vacías. Reían satisfechos y, si algún perrillo se acercaba, lo ahuyentaban a muletazos.

—¿Qué hacemos? —preguntó Raquel, intranquila.

—¡Qué vamos a hacer! ¡Comer! —respondió Esther—. Llenar el buche.

—¡Qué vergüenza! Nadie nos ha invitado.

—Diremos que somos limosneras. Tú déjame a mí. —Y le guiñó un ojo.

Enseguida les hicieron sitio en un banco y cogieron dos jarras de vino y hojaldres de longaniza especiada. Tenían tanto apetito que no hablaron. Se miraban aguantando la risa, daban largos tragos de vino añejo y engulleron hojaldres antes de atacar una humeante ración de lengua de ternera estofada.

Pasado un buen rato y ya retirados los músicos a descansar, el padre de la novia, con la nariz colorada, se levantó con dificultad y se aproximó a las dos judías:

—¿Por parte de quién venís? No os conozco.

—Somos limosneras. Ofrecemos el agua milagrosa de San Expósito —respondió Esther con la boca llena, golpeando con los nudillos la vasija que sostenía en su regazo.

—¿San Expósito? No conozco a ese santo. —El hombre se rascó la cabeza.

—Vivió y murió lejos.

—¿En Roma?

—¡Uy, más lejos aún!

El hombre volvió a rascarse la coronilla, como si ese gesto avivara el pensamiento.

—¿Y qué poder tiene esa agua? —farfulló.

—Cura la falta de ganas de juntarse con hembra.

Raquel casi se atragantó de escuchar a su amiga. Tuvo que beber un poco de vino para despejar la garganta. «¿Qué patraña se había inventado Esther?», pensó, divertida. Abrió con desmesura los ojos, incrédula de la capacidad de embuste de su amiga.

—¡Oh, yo no necesito esa agua! —contestó el padre de la novia, ofendido.

—Su señoría, no, pero seguro que conoce algún hombre presente que sí requiera de la ayuda del agua milagrosa de San Expósito —sugirió Esther, almeдрando los ojos con fingida malicia.

—Eso sí. ¡Ya lo creo que sí!

Volvió a rascarse la cabeza, y, tras buscar con la mirada a algunas amistades, fue a darles la noticia. Raquel, asustada por el embuste, tiró del brazo de Esther.

—¿Has perdido la cabeza? Si descubren que somos unas impostoras, nos matarán —protestó, con los ojos muy abiertos y la voz temblorosa.

—No va a pasar nada. ¿Te acuerdas del cura que bendecía los campos de trigo con el agua donde bañaron la calavera de un santo? Eso me dio la idea.

—Pero, por Dios misericordioso, ¿qué santo es San Expósito?

—Acabo de inventármelo.

Raquel, boquiabierta por la respuesta, vio cómo el padre de la novia se acercaba a ellas rodeado de cinco o seis invitados. Uno de ellos, bajito y

atildado, dijo, con voz meliflua:

—Señoras, no es cuestión tratar este delicado asunto delante de nuestras esposas. Salgamos.

Ya fuera de la casona se mostraron ávidos de conocer detalles.

—¿Qué hace que esa agua sea tan milagrosa? —preguntó uno.

—En el monasterio donde se veneran las reliquias de San Expósito, introducen el miembro del santo en tinajas de agua —explicó Esther, muy seria.

—¿El miembro viril se conserva intacto? —inquirió uno.

Raquel, sin pensárselo, decidió contribuir a la colosal mentira. Muy seria y repuesta de la incredulidad inicial por el desparpajo de su compañera, musitó:

—Se conserva incorrupto. Y desprende olor a rosas —improvisó, y se le arrebolaron las mejillas por la súbita vergüenza del comentario.

—¿Cómo se toma el agua? ¿Se bebe o nos damos friegas ahí abajo?

—Eso va en gustos —apuntó Esther.

—¿Y qué precio tiene esta medicina santa?

—La voluntad. Pero el santo, desde el cielo, recompensa al dadivoso y perjudica al avaro.

Todos los hombres se mostraron espléndidos, y Raquel recogió bastantes monedas. Cuatro de ellos le dieron un tiento a la orza y dos se mojaron la mano, se dieron la vuelta, pudorosos, para apartarse de la vista de las mujeres, y se fregotearon los testículos con decisión. Como la noticia del agua milagrosa corrió entre el resto de convidados, diez más entregaron un generoso donativo a cambio de beber un buche o espurrar agua en sus flácidas partes.

—Señora, bien pensado no me vendría mal una buchada de agua —terció el padrino de boda, con voz aterciopelada.

—¿No decía su señoría que no necesitaba de la ayuda de San Expósito? —preguntó Esther con retintín.

—Necesitar, necesitar, no... Pero una ayudita nunca viene mal.

Cuando se hubo terminado el agua, los hombres, animosos, regresaron al pantagruélico convite dándose codazos de camaradería.

Las dos amigas rodearon la casona y, en una de las esquinas, cerca de un establo, las sorprendió una cabeza que sobresalía de un montón de estiércol. «¿Por qué habían enterrado a un hombre en excrementos?», pensaron al unísono, sobresaltadas. La cabeza abrió los ojos. Y habló:

—¿Ha terminado el banquete?

—Aún no.

Era una cabeza calva, sudorosa y sonrosada. La cabeza de un hombre obeso. Las moscas revoloteaban alrededor del cráneo, se posaban en los labios y en la nariz, porcina.

—He sufrido una entripada —dijo—. La glotonería me puede. Esta mañana me sepultaron en la mierda para que los vapores favorezcan la digestión. Cosas del médico.

Las mujeres, atónitas, permanecían calladas, observando aquella cabezota perlada de sudor que engolosinaba a las moscardas. Raquel nunca había oído a su marido recetar un enterramiento en boñigas para curar una panzada de comer.

—Me tendrán aquí hasta medianoche. Luego, me desenterrarán —añadió la cabeza.

—Lo mismo echáis raíces —repuso Esther—. Abono hay de sobra.

La cabeza no respondió. Cerró los ojos y las moscas se pasearon por los párpados. Era como un busto romano hincado en la cochambre.

Las dos mujeres se marcharon. A la salida del pueblo, Esther estrelló la vasija contra un árbol. Los trozos de cerámica quedaron esparcidos en la tierra, húmedos del agua milagrosa de un santo inexistente que facilitaba el vigor sexual perdido.

Raquel contó las monedas.

Habían hecho un buen botín en aquel lugar extraño.

*Cercanías de Jaligny, 2 de junio de 1212*

Mañana de mariposas. No había nubes en aquel día luminoso, sólo un cielo azul y alto. En un prado revoloteaban miles de mariposas blancas. Los niños, entusiasmados, corrían detrás de ellas para intentar cazarlas al vuelo o cuando se posaban en la hierba o en las flores. Las risas llenaban el campo. Olía a heno recién segado. Había niños que, al capturar alguna, le arrancaban las alas para ver qué sucedía. Philippe era de los que se mostraban incapaces de hacerles daño. Cazó una, la retuvo unos segundos dentro de sus manitas formando una esfera, la soltó y sonrió.

Al pequeño le gustaba más verlas volar en libertad.

De pronto, como si el brillo blanco de las mariposas en vuelo significara una revelación, el pastorcillo ordenó parar el carro y descendió de un salto. Avanzó deprisa sobre el verdor de la hierba, alzó los brazos al cielo, sus dedos rozaron las alas de las mariposas y comenzó a hablar. Una catarata de palabras llenó el aire. Lo impulsaba un frenesí interior:

—Escuchadme. Tengo algo que deciros. Esteban de Cloyes os va a comunicar algo extraordinario. Acercaos. ¡Escuchadme!

Los clérigos, dispersos entre los millares de niños, se llamaron a voces y corrieron sujetándose el bajo del hábito para ir más deprisa. Los profetas menores desmontaron. Los portadores de las oriflamas rodearon a Esteban. Los niños dejaron de saltar y corretear en pos de las mariposas. Se levantó brisa, el pastorcillo cerró los ojos y extendió los dedos en un vano intento de atrapar el suave viento.

—El aliento de Dios —explicó.

Niños y clérigos se maravillaron. Aquella brisa constituía una manifestación divina. La constatación de que Esteban había sido ungido por el Señor. La prueba de que era un escogido, una criatura especial.

—Me ha sido revelado un mensaje —anunció.

Cada uno de los frailes juntó las manos, no para rezar, sino en un súbito gesto de reconocimiento de que la bandada de mariposas era una señal celeste. Se hizo un silencio tan denso, que podía oírse el rumor de la hierba acariciada por la brisa.

—El sentido de nuestra vida suele ser un misterio. ¡Dichosos vosotros que conocéis para qué vinisteis al mundo! ¡Bienaventurados vosotros, niños, porque nacisteis para recuperar Jerusalén y nunca moriréis en la memoria de los hombres! ¡Os espera la eternidad!

Aquellas palabras tuvieron el efecto de una piedra arrojada al agua, pues unas ondas concéntricas de emoción los recorrieron. Los niños captaron el mensaje según sus entenderas, de forma que muchos creyeron oír que no iban a morir nunca, y ese anuncio de inmortalidad hizo brotar lágrimas de alegría.

—El tiempo, juez inapelable de los hombres, no lo será de nosotros, porque desafiaremos al tiempo al conquistar la gloria eterna. Dios habla por mí y la palabra de Dios habita en cada uno de vosotros.

«Amén», contestaron los religiosos, cautivados por el verbo florido del pastorcillo, quien comenzó a caminar entre sus pequeños seguidores con la naturalidad con la que Cristo anduvo sobre las aguas encrespadas del lago Tiberíades. Se dejaba tocar, permitía que acariciasen su cabello y besasen sus manos.

—Las murallas de Jerusalén se derrumbarán como se desmoronan los castillos de tierra con los que jugáis. Los musulmanes serán peleles en manos de Dios, al igual que lo son las muñecas de trapo que acunáis. Pasarán los siglos, morirán reinos y nacerán otros, pero yo os digo que la gloria de esta cruzada será eterna. Asaltaremos una ciudad para ganar el cielo.

«¡Aleluya!», gritaban y coreaban los clérigos, «¡aleluya!». El pastorcillo, poseído por una creciente fuerza mística interior, hacía molinetes con los brazos y se abría paso entre los chiquillos, que botaban, gritaban y lloraban de pura felicidad, incapaces de contener tantas emociones desbordadas. Hubo desmayos fruto de la exaltación, y los cuerpos desmadejados de los niños y niñas privados de sentido corrían peligro de ser pisoteados. Las lágrimas emborronaban la visión de aquel elegido que hablaba la lengua de los profetas antiguos, y Esteban, cada vez más extasiado, se nutría del paroxismo irradiado por sus millares de seguidores.

—Yo, Esteban de Cloyes, desafío al tiempo y a la historia. Nunca ha existido ni existirá hazaña como la nuestra. Mi nombre y el vuestro serán recordados mientras el mundo sea mundo.

Pronunció aquellas últimas palabras con el dedo apuntando al cielo, entre el griterío y los miles de mariposas que, sordas al espectáculo, revoloteaban sobre el prado. Niños y frailes, conmocionados por la virulencia emocional,

temblaban embelesados, y hubieron de transcurrir varios minutos hasta que cesaron los vítores, los aleluyas y el irresistible deseo de tocar al pastorcillo.

\* \* \*

Al reemprender la marcha, Philippe dijo:

—Cuando llegemos al final del camino y encuentre a una madre, una mariposa volará.

—¿Así sabrás que es ella? —le preguntó Juan, para no llevarle la contraria.

—Sí.

Aquellas mariposas blancas morirían pronto. La naturaleza las había diseñado para, tras su metamorfosis, tener una vida bella pero efímera. Mas el recuerdo de verlas volar bajo el sol de la mañana no fue algo efímero para Philippe.

Perduró en su memoria y alimentó su esperanza.



*Sevilla, 3 de junio de 1212*

El ordeñador de nubes permanecía callado y con la cabeza gacha, en señal de respeto. Vestía chilaba blanca y calzaba sandalias de cuero. Su piel, tostada y reseca por una vida bajo el achicharrante sol del Rif, delataba su oficio de agricultor. Con el rabillo del ojo observó al cronista que, sentado sobre un cojín de piel de cabra, escribía de derecha a izquierda. Él no sabía leer ni escribir y le fascinaba la velocidad de escritura. La luz que penetraba por las celosías atenuaba el calor dentro de la sala. Las yeserías no alcanzadas por los rayos solares permanecían en penumbra, y las que sí resultaban iluminadas, refulgían, blanquísimas. Olía a incienso y a agua de azahar.

Dos corpulentos guardias vestidos de negro, situados en las esquinas de la sala, velaban por la seguridad personal de al-Nasir. Un estudiante de la Presencia y el supervisor de los ingenieros hidráulicos miraban con interés al ordeñador de nubes. El cronista mojó la pluma en el tintero, la detuvo en el aire para reflexionar unos instantes y continuó su veloz escritura. Como si hubiese una conexión directa entre la mano y el pensamiento.

Sobre el califa incidían unos rayitos de sol. Sus ojos azules relumbraban. Estaba sentado en un sillón con incrustaciones de marfil y miraba con fijeza al campesino rifeño. El ordeñador de nubes. Al tener noticia el mes anterior de su arte para atrapar la niebla y convertirla en agua, al-Nasir, había mandado traerlo desde la africana y pedregosa tierra donde vivía hasta el edén sevillano.

El agricultor, desembarcado hacía una semana en el puerto de Málaga y escoltado y conducido en montura hasta la corte califal, creía hallarse en el paraíso. La feracidad de las tierras andalusíes y la belleza de Sevilla lo tenían deslumbrado. Y ahora, sobrecogido en presencia del Príncipe de los Creyentes, aguardaba a que éste o alguno de sus asistentes le indicase que hablara. Así se lo habían advertido antes de entrar. La etiqueta era rígida.

El supervisor de los ingenieros hidráulicos, en calidad de encargado de la planificación de las almunias y jardines del Imperio, sentía una mezcla de curiosidad y desdén por aquel hortelano rifeño. ¿Qué conocimientos nuevos iba a aportar aquel desgraciado destripaterrones? El supervisor, nacido en

Córdoba, era un científico, un erudito, un hombre experimentado en el arte del diseño de huertos y jardines y en la construcción de acequias, albercas y canales para transportar agua y aprovechar hasta la última gota. Tras una rápida mirada del califa, se dirigió al ordeñador de nubes:

—Nuestro señor, que Alá guíe su recto juicio durante muchos años, desea conocer qué ciencia utilizas para extraer agua de las nubes.

El campesino del Rif, sobresaltado por aquellas palabras que rompieron el silencio, tragó saliva. Nunca había hablado ante un potentado. Mucho menos delante del califa. Nervioso, con voz temblorosa, explicó su método:

—Brezales, mi señor. Ramas de brezo.

Aquella simplicidad descabaló al supervisor, que esperaba algo más elaborado, más complicado.

—¿Arbustos para conseguir agua? —preguntó con ironía.

—Arbustos para dar de beber a la tierra —respondió.

—No entiendo nada. Explícate mejor —exigió, molesto.

—Hay muchos brezos en la tierra pobre donde vivo. Y niebla en los valles. Corto muchas ramas de los brezales, las coloco encima de una hilera de palos clavados en el suelo, como si fuera una acequia y, cuando al amanecer la niebla y las nubes bajas envuelven las ramas cortadas, éstas ordeñan las nubes.

El supervisor comenzó a entender. Suspiró. Aquel huertano sin estudios había descubierto cómo condensar el agua contenida en los bancos de niebla y en las nubes bajas que se formaban en los valles. El ordeñador de nubes no tenía el hablar suave de los andalusíes, sino que su acento era el propio de África, más gutural; se comía las vocales. Con un tono de voz distinto del usado hasta entonces, el supervisor le indicó:

—Continúa, por favor.

—Al retirarse la neblina y las nubes, dejan como recuerdo gotas de agua en las ramas de brezo, y éstas, al caer al suelo, humedecen la tierra, la riegan por goteo. Incluso he construido una acequia de ramas inclinada, en pendiente, así el agua ordeñada desciende: sitúo tinajas al final, recojo el agua y la uso para beber o regar los huertos.

El estudiante de la Presencia, maravillado del rústico invento, comenzó a recitar aleyas coránicas que reflejaban la sacralidad del agua:

—«Alá es quien ha creado los cielos y la tierra en seis días, teniendo su Trono en el agua». «Alá es quien envía los vientos como nuncios que preceden su misericordia. Hacemos bajar del cielo agua pura, para vivificar con ella un

país muerto y dar de beber, entre lo que hemos creado, a la multitud de rebaños y seres humanos».

—Mag-magnífico, muy bi-bien —tartajeó al-Nasir, satisfecho de la explicación del campesino del Rif.

El supervisor de ingeniería hídrica del imperio se dirigió al califa:

—Los brezos crecen con abundancia en muchos lugares de vuestras posesiones, mi señor, construiremos acequias vegetales para atrapar el agua de la niebla costera y de las nubes que vuelan a ras del suelo. Vuestro reinado pasará a la historia como el que convirtió los secarrales en vergeles, el desierto en un prado, el que llenó hasta rebosar los aljibes, el que convirtió la sequía en una palabra del pasado, y las generaciones venideras, ¡oh Príncipe de los Creyentes!, alabarán vuestra memoria y llorarán de pena por no haber conocido al califa más grande, magnánimo y esplendoroso.

La retahíla de elogios, la concatenación de loas no le resultó almibarada al califa. No sólo estaba acostumbrado a los ditirambos, sino que creía haber nacido para recibir todo tipo de cumplidos. La glorificación de sus actos no constituía para él adulación, sino el justo reconocimiento de su valía. Esbozó una ligerísima sonrisa.

El cronista, apercebido del ansia apologética de al-Nasir, no se limitaba a transcribir en sus notas los acontecimientos diarios de la corte, sino que los engrandecía con una sarta de adjetivos e hipérbolos, de modo que, cuando al atardecer leía en voz alta algunos fragmentos de la crónica del reinado que redactaba, el califa se complacía al escucharlos.

De repente, la puerta de la sala se abrió y entraron dos esclavas negras, altas y esbeltas, que calzaban babuchas. Se dirigieron a una mesita, cogieron sendas jarras de agua perfumada con azahar, bebieron hasta llenarse la boca y comenzaron a espurrar la estancia, para refrescar el ambiente y expandir el aroma de la flor del naranjo.

El ordeñador de nubes no daba crédito a tan celestial visión. Se le antojaron dos huríes escapadas del Paraíso, o destinadas a servir en él. Una de ellas, que le sacaba una cuarta de altura, pasó a su lado y lo roció con gotitas aromatizadas expelidas por su boca. A la mujer le goteaba el agua por los abultados y oscuros labios. Y el campesino rifeño, al sentir en la cara aquel sirimiri de azahar y al ver los goteantes labios de la esclava, tuvo una erección de caballo mal disimulada por la chilaba y las manos, que, cruzadas, colocó delante para ocultar el bulto. Las negras cruzaron miradas y, cuando terminaron de espurrar, se marcharon con andares de pantera.

El supervisor, que continuaba con la enumeración de mejoras que supondría aplicar a gran escala el invento del ordeñador de nubes, calló, pues entraba en ese momento un consejero del califa. El Príncipe de los Creyentes lo llamó a su lado y éste lo informó del avanzado estado de avituallamiento del ejército y de los plazos previstos para iniciar la campaña de conquista.

Y también le detalló el recorrido de la cruzada de los niños en el reino de Francia.

Al-Nasir se acarició la barba que, bajo la luz tamizada que entraba por las celosías, tenía un color de oro.

Hizo cálculos mentales. Antes de la siguiente luna llena habría resuelto el disparatado asunto de los niños que marchaban hacia Jerusalén. Antes de dos lunas llenas habría derrotado a los reyes cristianos de la Península. Y antes de la tercera, sus caballos abrevarían en las fuentes de los Estados Pontificios.

Contar las noches que restaban para cada acontecimiento y observar cómo la luna engordaba y adelgazaba en el cielo sería una poética manera de esperar con paciencia el momento de ganarse un lugar destacado en la historia. Pensó que las hazañas de su padre serían insignificantes al lado de las suyas.

Respiró profundamente aquel aire oloroso a azahar y se sintió orgulloso de sí mismo.

Y fantaseó acerca de cómo sería recordado por la humanidad.

*Roma, 5 de junio de 1212*

El Papa caminaba deprisa, con su característica mezcla de hieratismo y elasticidad. Dejó atrás la nave principal de San Pedro del Vaticano y cruzó el pórtico basilical, el gran patio cuadrado al aire libre. Lucía un día espléndido. Detrás del pontífice iban varios arquitectos y decoradores, encargados de restaurar zonas deterioradas del templo construido por el emperador romano Constantino y, también, de embellecer otras, pues Inocencio III, desde inicios de su pontificado, se mostraba propicio a dignificar la vieja basílica a través de las obras de arte y de la renovación de los mármoles.

Junto a la gran fuente central de bronce en forma de piña, Francesco esperaba al Papa. El cristalino sonido del agua que manaba de los surtidores resultaba relajante. Precisamente era lo que necesitaba. Relajarse, serenar su ánimo, enfriar sus pensamientos. Iba a comunicarle una noticia al pontífice y temía su reacción. No se trataba de una mala nueva, pero el Santo Padre podía tomársela como tal. En ocasiones, resultaba impredecible.

—Francesco, ¿nos habéis esperado mucho? —lo saludó el Papa.

—No, santidad. Además me gusta escuchar correr el agua. Podría estar así durante horas, sin pensar en nada, dejándome arrullar por el sonido. Me recuerda a mi niñez. Cuando me bañaba en los ríos durante el *ferragosto*. A veces aún lo hago, cuando aprieta la canícula.

Los arquitectos, rezagados adrede, consultaban un plano desenrollado, señalaban los muros de carga y las bóvedas.

—Nuestros antecesores erigieron esta singular belleza —comentó Inocencio III, con un gesto abarcador con una mano—, y es obligación de nos mejorarla.

—No todos tuvieron vuestra sensibilidad, Santo Padre. —Francesco sonrió con picardía.

—Cierto. Algunos no tuvieron tiempo. Murieron demasiado pronto. Efímeros y malhadados pontificados...

Sonrieron con malicia contagiosa. Ambos conocían la tumultuosa historia de muchos predecesores en el solio de San Pedro. Papas envenenados por la vengativa curia, papas venales depuestos por cardenales rivales que pagaron a

su vez a otros cardenales para comprar el cargo, y papas desenterrados para ser juzgados por sus sucesores en macabros juicios, acusados de impíos y corruptos y, tras ser condenados, arrojados sus despojos al Tíber entre el alborozo de los romanos.

—¿Pensáis en la posteridad?

—Pienso en la eternidad, santidad. En ganármela.

—¿No os preocupa cómo se os recordará?

—Me gustaría que las personas a las que quiero y en las que confío guarden un buen recuerdo mío. Nada más.

—Sois poco ambicioso.

—Sólo soy un humilde servidor de la Iglesia —respondió Francesco.

Los arquitectos debatían ante el plano la conveniencia de reforzar los cimientos del monumento funerario de San Pedro. No se fiaban de la solidez de las doce columnas que lo rodeaban, sobre todo de la Columna Santa, en la que, según la tradición, Jesucristo se apoyó al predicar una de sus parábolas. Francesco introdujo la mano en el agua de la fuente y se refrescó el cogote. Hacía calor. El Papa, ensimismado, emergió de las aguas subterráneas de sus pensamientos:

—Nos, sí pensamos a menudo en cómo nos tratará la historia.

El tono enfático que empleó aconsejó a Francesco a no interrumpirlo. El pontífice querían confesarse. Pero no sus pecados, sino sus afanes más íntimos.

—Una vez estuvimos a punto de reconquistar Jerusalén. Corazón de León y Felipe Augusto combatieron bien, pero no se logró. Los dos reyes viajaron a ultramar con sus cruzados y faltó poco para que ganaran Tierra Santa. ¡Nos, nos negamos a presentarnos ante Dios sin haber convocado una nueva cruzada!

Las enérgicas reflexiones del Papa iban hermanadas con un repentino brillo de sus ojos. No miraba a Francesco, ni a la enorme piña de bronce de la que brotaban chorros de agua, ni siquiera miraba hacia el cielo. Miraba hacia su interior. Se interpelaba a sí mismo. Como si su conciencia estuviese preparando su defensa no en el Día del Juicio, sino en el de la historia. El que de veras le importaba.

—Nos, pasaremos así a la posteridad como el pontífice que devolvió los lugares santos a la cristiandad.

Pronunció esas rotundas palabras como si fuesen su epitafio grabado en mármol. De repente, su mirada dejó de abismarse en el futuro y regresó al presente. Francesco, intuitivo, creyó llegado el momento de exponer su

petición:

—Santidad, querría comentaros algo.

—¿Alguna desavenencia con un cardenal? —El Papa levantó una ceja.

—No —zanjó Francesco una hipotética conversación por esos derroteros —. Se trata de la cruzada de los niños, en Francia.

—Ah. Esos pequeños aguerridos e ingenuos. —Sonrió el otro, paternal.

—En los últimos días hemos recibido dos preocupantes epístolas de obispos de aquel reino. Según parece, la multitud de infantes avanza hacia Marsella sumida en la desorganización. Tienen problemas de comida. Adolecen de un mando coherente. Son muchos miles y viven de la caridad.

—La Iglesia vive de la caridad —respondió el Papa mientras los quilates del oro de su anillo del Pescador brillaban bajo el sol.

—El pastorcillo que los guía insiste en decir que es un enviado de Jesucristo, y predica que, cuando lleguen a Marsella, las aguas del mar se abrirán como las del mar Rojo se abrieron ante Moisés.

—La fe mueve montañas.

—Santidad..., sólo son niños.

—¿No dijo Nuestro Señor «dejad que los niños se acerquen a mí?». Esa experiencia los endurecerá.

—Morirán de hambre, de enfermedades, o ahogados.

—Nacemos para morir. Incluso nos.

—Santidad, habría que hacer algo al respecto.

—¿Acaso tenéis escrúpulos de conciencia?

—Tengo dolor de corazón.

Los arquitectos, enfrascados en sus debates técnicos, señalaban con el dedo en el plano paramentos y columnatas. El pontífice, imbuido del deseo de pasar a la historia como un conquistador, un campeón de la cristiandad, analizó la conveniencia de prestar ayuda a la cruzada infantil. Le bastaron unos segundos.

—No.

—Santidad...

—No insistáis. Nos, tenemos otras preocupaciones más acuciantes.

—Dejadme al menos que yo les preste ayuda.

El Papa, atónito, clavó en él los ojos. Sus pupilas horadaron la mente de Francesco.

—Permitidme, Santo Padre, fletar un barco con provisiones para socorrer a esos infelices.

—¿Quién pagará esos bastimentos? —Inocencio III engurruñó los ojos.

—Me buscaré la vida, santidad. Confío en la buena voluntad del prójimo.

—El prójimo anda revuelto estos días, asustado por si los sarracenos de al-Andalus nos invaden —añadió, despectivo.

El Papa estaba al tanto del desconcierto y temor reinantes en Roma, del desasosiego de la nobleza, ocupada en contratar a señores de la guerra para que sus compañías de soldados defendieran sus posesiones y la ciudad; de la desesperación de los mercaderes por cerrar tratos y de la usura de los cambistas al conceder préstamos. Incluso los cardenales, en los momentos de pánico, le pedían al pontífice que, llegado el caso, si las sólidas murallas de Roma no bastaban, les diera cobijo en el castillo de Sant'Angelo, para ver desde las almenas a los hijos de la media luna hacer sus abluciones en el Tíber y así escapar a sus alfanjes. Inocencio III razonó desde su experiencia política y militar:

—Es un nerviosismo infundado. Nos, confiamos en la acometividad de los reyes españoles en la cruzada contra los almohades. No nos invadirán. Respecto a vuestra loca empresa, Francesco, no lograreis ablandar a gente atemorizada y deseosa de salvaguardar su patrimonio.

—Se apiadarán de unos pobres niños conducidos a un destino incierto.

—En tiempos convulsos, las almas, como el dinero, se cierran con candado.

El Papa ladeó la cabeza. Reflexionaba.

—Tenéis nuestro permiso —concluyó—. Sed diligente y no tardéis en regresar. Apenas tenéis amigos en la curia, y vuestra ausencia será aprovechada en vuestro detrimento.

—Gracias, santidad.

El pontífice alargó la mano y Francesco besó el anillo del Pescador que llevaba en el dedo corazón. El oro estaba frío.

Debía existir una conexión directa entre los dedos y el corazón papales.



*Costa mediterránea francesa, 6 de junio de 1212*

Al ver el instrumental quirúrgico, Raquel se acordó de su marido y se le hizo un nudo en la garganta.

Las dos amigas habían entrado en un pueblo para comprar vituallas, pues, gracias a la engañifa del agua de San Expósito que curaba la desgana de apetito sexual, habían obtenido dinero suficiente para pernoctar bajo techo cada jornada y adquirir comida sin tener que robar fruta en las huertas.

En una plaza de traza irregular, delante de una iglesia con portada de arco de medio punto y parteluz, un médico, de paso por la población, voceaba su habilidad para extraer la piedra de la locura.

—¡Los locos vuelven a estar cuerdos! ¡Por un módico precio, vuestros familiares dejarán la demencia! ¡Adelantos de la medicina!

El físico, con un paño en torno al cuello, un gorro picudo y una bolsa de tela en bandolera, había desplegado sobre una mesa de tijera sus utensilios: sierrecillas, espátulas, pinzas, un berbiquí, varias botellas y cuchillos afilados de diverso tamaño. En el suelo reposaba un humeante brasero de cobre con ascuas al rojo y un hierro enterrado en ellas, para cauterizar heridas y cortar sangrados. Dos ayudantes sentaron a un enfermo en una silla, lo inmovilizaron con correas y le introdujeron en la boca una tira de cuero para que la mordiera. El paciente sufría temblor en las manos y su cara adolecía de expresividad.

—¡En menos que canta un gallo extirparé la maldita piedra que provoca la locura y el olvido!

El galeno mostraba sus manos, delicadas, sin callos, para que las personas reunidas comprobasen que su ciencia residía en su habilidad para manejar aquellos utensilios metálicos y no en su labia para recitar frases en latín y rezar jaculatorias, como solían hacer muchos matasanos para impresionar.

Raquel se detuvo. Jamás le había oído a su esposo mencionar la existencia de una piedra productora de la locura. Tenía curiosidad.

Cerca del médico guardaban fila muchos enfermos, la mayoría asistidos por familiares debido a su precaria salud. Algunos de ellos, ya ancianos,

sufrían incontrolables temblores de manos y cabeza. Otros, asustados y desorientados, preguntaban una y otra vez dónde estaban, quiénes eran aquellas personas y cómo se llamaban ellos mismos, pues parecía que algún ladrón les hubiese robado los recuerdos mientras dormían. Y un hombre y una mujer, con ojos desorbitados, gritaban incoherencias y manoteaban en el aire, como si ahuyentasen un imaginario avispero.

El médico se frotó las manos, cogió el berbiquí, palpó la cabeza del hombre atado con correas a la silla de operaciones, apretó el cráneo como quien intenta adivinar si un melón está en sazón, escogió una zona y comenzó a taladrar. La muchedumbre, morbosa, lanzó un largo y admirativo «¡ooooohhhhhh!» mientras se arremolinaba en torno al operado, y la sangre surgida del cráneo agujereado salpicó a algún espectador.

El pedazo de cuero mordido ahogaba los gritos de dolor del enfermo, sin que el médico afectara preocupación. Eligió un punzón afilado, toqueteó en el sanguinolento cerebro a la vista y, con un cuchillito, rebañó un pedacito de sesos, que agitó en la mano antes de arrojarlos al suelo, como un pingajo. Taponó el agujero craneal con un viscoso unguento que vertió de una botella y anudó una tira de lienzo blanco alrededor de la cabeza del paciente.

—¡Ya está! —exclamó, en tono triunfal.

Sus dos ayudantes desataron al operado, que, desmayado, hubo de ser asido por los sobacos para llevárselo a rastras. El galeno se limpió en un paño las manos, pringosas de sangre, cobró su estipendio y ordenó:

—Que pase el siguiente.

Una mujer rubia y gruesa ayudó a un viejo a sentarse en la silla de operaciones.

—¿Qué le sucede? —inquirió el médico.

—No se acuerda de quién es. Ni sabe que soy su hija. Hace cosa de un año empezó a olvidarlo todo. Si sale de casa se pierde y no recuerda el camino de vuelta. ¿Está endemoniado mi padre? ¿Lo ha hechizado alguna bruja? ¿Le han dado algún bebedizo? —preguntó, azorada.

—Su cabeza ha criado la piedra de la locura. Siempre es igual —le respondió con apabullante seguridad.

Raquel, que ya había tenido bastante con aquella demostración, tironeó del brazo de Esther.

—Vámonos —terció—. Es suficiente.

Compraron algo de comida y reanudaron el camino. Siempre hacia Oriente, en dirección a la salida del sol, hacia Marsella.

Bajo la sombra de los árboles, al poco de andar, Esther, muy callada después de haber visto al médico trastear en una cabeza agujereada, comentó, desolada:

—¿Has oído a esa hija hablar de su padre? Qué triste debe ser olvidarse de todo. No recordar las caras amadas, ni los paisajes donde fuiste feliz, ni siquiera tu propio nombre... Qué tristeza de vida.

—Sí.

—Me gustaría que alguien me recordase cuando yo muera. Pero nadie lo hará... Los hijos continúan la memoria de los padres, nunca olvidan las caricias de una madre, ni sus besos, ni el sonido de su voz —se lamentó.

Raquel, que hasta entonces no había visto tan melancólica a Esther, replicó:

—¿Cómo puedes estar tan segura? Quizás, en algún momento y en algún lugar, alguien que te haya querido te recuerde.

—No digas eso, Raquel, sabes tan bien como yo que...

—La vida nos da sorpresas. ¿No me animas diciéndome que mantenga la esperanza?

—Sí, pero conmigo es distinto —respondió con un velo acuoso en los ojos.

—Nunca se sabe, Esther. Nunca se sabe.

De las sombras arboladas que pisaban brotó el silencio. Y dejaron de hablar durante un rato.

—¿Piensas a veces en cómo te gustaría que te recordasen? —Esther rompió el mutismo.

Raquel reflexionó. Unos guacharros piaban, hambrientos, en un nido hecho en la copa de un árbol. Una suave brisa removía las hojas verdes.

—Desde que conocí a Saúl sólo quiero vivir el presente —reflexionó—. No me gustan la añoranza ni la nostalgia, ni tampoco me agradan las personas que se recrean en lo malo que les ha sucedido en la vida, porque se vuelven resentidas, avinagradas. Si el pasado no vuelve y un futuro en el que yo ya no esté me resulta indiferente, ¿para qué pensar en ello? Sólo quiero vivir el hoy. Con Saúl a mi lado. Es lo que me hace feliz.

La brisa agitó las hojas. Una cuadrilla de campesinos, aperos al hombro, las adelantó cantando una tonada que hablaba de los días felices junto al fuego, en otoño.

—A lo mejor tú te convertirás en mi memoria —dijo Esther.

—Me has convertido en algo mejor.

—¿En qué?

—En tu amiga. La mejor que he tenido nunca.

Sonrieron, y la brisa no fue capaz de arrastrar aquellas sonrisas.

*Cercanías de Lyon, 6 de junio de 1212*

La calima blanqueaba el cielo. La luz era cegadora y hacía calor. Los niños hicieron una parada forzosa junto a un arroyo para beber y reponer fuerzas. Resultaban agotadoras las caminatas con aquella temperatura, bajo un sol que picaba como un escorpión.

De una ermita cercana al arroyo salían decenas de personas en lenta procesión. Cantaban y se persignaban. Las mujeres llevaban en brazos a recién nacidos, dormidos o llorosos, con piel rosácea o amarillenta, gordezuelos o raquíticos por prematuros. Los llevaban envueltos en vendas de lino, asomando sólo la cabeza, como capullos de tela, para evitar que se dieran la vuelta en la cuna y se asfixiaran, y para mantenerlos calientes.

El esquilón de la ermita repicaba en un remedo de toque de gloria. Un sacerdote grande y calvo, con el cráneo salpicado de gotas de sudor, se arrodilló en la orilla, entre los juncos, y con modos bruscos exigió que le entregaran a un pequeñuelo. La madre, tras desenvolver el apretado vendaje que ceñía su blando cuerpecito, se lo dio con ternura. Él lo sujetó por las axilas, lo introdujo tres veces consecutivas en las frías aguas mientras recitaba una oración y se lo devolvió a la madre, que, sonriente, lo abrazó contra su pecho para secarlo y confortarlo con su calor corporal y los latidos de su corazón.

El cura repitió varias veces el ritual purificador de la inmersión fluvial hasta que, en un descuido, la fuerza de la corriente le arrebató a un niño de las manos. El pequeño fue arrastrado aguas abajo entre los gritos de desesperación de la madre, que corrió por la ribera siguiendo el cuerpo, hasta que éste se hundió y desapareció de su vista, tragado por el arroyo.

—Dadme otro —exigió el sacerdote, impávido.

\* \* \*

Juan, que había presenciado el rito de la inmersión y el bebé ahogado, meditó a lo largo de la mañana sobre la muerte y cómo ésta llegaba de repente, de manera inesperada. El imprevisto y cruel fallecimiento de su padre había

cancelado de forma abrupta su niñez y lo había obligado a madurar aceleradamente, aunque el impacto emocional y la imparable sucesión de experiencias vividas desde entonces zarandeaban su corazón de continuo. Reflexionar cada día sobre lo misterioso de la vida, sus alegrías y penalidades le ayudaba a sobrevivir y a pensar que todo cobraría sentido en algún momento. Por ello, al caer la tarde, después de haber instruido como cada día a Pierre, le preguntó:

—Cuando lleguemos a Jerusalén, ¿serás capaz de matar a un moro?

—Claro. Somos cruzados, ¿no? —respondió Pierre.

—Sí. Pero... no tenemos armas.

—Ya has oído a Esteban. Dice que no harán falta.

El pastorcillo, casi a diario, repetía con mística elocuencia que Dios derribaría con un vendaval las murallas de Jerusalén, que los musulmanes quedarían cegados por una luz sobrenatural, abrasados por una lluvia de fuego lanzada por legiones arcangélicas o que, amedrentados por la visión de los niños avanzando a pecho descubierto, arrojarían las armas al suelo, quitarían las piedras de las catapultas para que sólo arrojaran aire y no rellenarían de aceite hirviendo los calderos de las almenas.

—Ya. Pero imagina que debemos luchar contra los moros —insistió Juan—. ¿Tendrías valor para matar?

Philippe, que, atento a la conversación, miraba a uno y a otro, intervino:

—Yo he matado hormigas.

—Eso no cuenta —repuso Juan.

—¿Por qué? Una vez pisé un hormiguero. Había muchas. No dejé ni una.

—Las hormigas son insectos y los moros, personas. Tienen lanzas y disparan flechas —repuso Juan.

—Ratas —dijo Pierre con orgullo—. En el hospicio las mataba a patadas. Alguna, tan grande como un conejo. —Separó las manos para indicar la descomunal longitud.

El resto de la jornada, hasta que acamparon para pasar la noche, estuvieron hablando sobre si tendrían valor en el momento crucial de asaltar Jerusalén o flaquearían. Pierre y Philippe no titubearon. Daban por sentada su valentía. Juan, prudente, no se manifestaba. Él había vivido un combate. Sabía lo que era el miedo paralizante, llorar sobre el cadáver de un ser querido y ver cómo la sangre derramada era absorbida por la tierra del bosque, para nutrirse de la vida escapada de los muertos.

La noche trajo las estrellas y el encendido de fogatas. El abuelito contó

un nuevo cuento y durmieron sobre la tierra blanda y porosa donde crecía la hierba.

La muerte volvió al amanecer, cuando, al reemprender la marcha, descubrieron los cuerpos yertos de varios niños. Degollados.

Les habían sacado la lengua a través del corte hecho en el cuello. Como una macabra burla a quienes aún seguían con vida.

*Roma, 7 de junio de 1212*

Impulsado por su determinación de fletar un barco para socorrer a los niños cuando arribasen a Marsella, Francesco, después de trabajar desde la madrugada hasta el canto del gallo en los despachos del palacio Laterano, se lanzó a limosnear en las casas y comercios de los aristócratas y burgueses más significados en su dadivosidad con el papado.

Apenas recibió dinero.

Los nobles y mercaderes, afanados en sostener económicamente compañías mercenarias para la defensa de Roma y en conseguir pingües beneficios con tratos cerrados a toda prisa, no mostraban interés en auxiliar a una expedición infantil francesa destinada a reconquistar los santos lugares. Se les antojaba un acontecimiento lejano y ridículo, una aventura tan exótica que, en lugar de oro y plata, soltaban risas.

Los cardenales tampoco se mostraron munificentes. Los acaudalados príncipes de la Iglesia, tan pagados de sí mismos, dejaron que Francesco, al que detestaban y temían a partes iguales por su creciente influencia sobre el Papa, les contase su misión de socorro y les solicitase un donativo. Todos, sin excepción, se negaron a darle una mísera moneda, con el pretexto de que se quedarían sin dinero para pagar a la servidumbre que atendía sus mansiones y palacios, para encargar obras de arte y para sus obras de beneficencia.

Sus eminencias, pavos reales revestidos de púrpura, gozaron al decir que no.

Tras las maliciosas negativas susurradas con palabras suaves, Francesco, fatigado por el poco descanso y las muchas horas trabajadas, cogió una cestilla y comenzó a sermonear en el atrio de las iglesias, en las plazas, delante de las ruinas de los edificios de la antigua Roma, frente a las tiendas y en la puerta de los talleres gremiales.

—Dad lo que podáis. Escuchad la voz de vuestro corazón —decía con rotundidad.

Conmovidas por la historia de los niños cruzados, aquellas personas respondieron de buen grado y apoquinaron según sus posibilidades. Francesco recogió una cantidad nada desdeñable, pero insuficiente para costear el flete



de un barco y la compra de alimentos y medicinas para socorrer a los pequeños.

Acuciado por las prisas al no saber con exactitud en qué momento el pastorcillo y sus seguidores llegarían a Marsella, Francesco decidió hablar con el ecónomo de San Pedro.

\* \* \*

La sala del palacio Laterano, revestida con mármoles, estaba iluminada por el sol declinante que penetraba por los ventanales. El color crema del mármol parecía dorado. El ecónomo escuchó la exposición de motivos de Francesco y su petición económica con respeto.

—¿Sois consciente de lo que pedís?

—Absolutamente.

—Podrían acusaros de malversación.

—En todo caso, de destinar unos fondos para una obra de caridad.

—De desviar fondos para otro fin —diréis.

—Salvar vidas es una prioridad. La Iglesia es rica. Incluso estaría dispuesto a vender parte del patrimonio eclesial para socorrer a los necesitados.

—Muy bien. Haced lo que os plazca. A fin de cuentas, sois el director del hospital.

El ecónomo llamó a un secretario, le indicó que buscara los papeles de la contabilidad del Hospital de Los Prados, se los entregó, revisó el estado financiero, observó que había una elevada partida destinada a mejoras del mismo y a la construcción de nuevas salas, hizo cálculos sobre un papel y ordenó que le entregasen el dinero.

—Me gustaría preguntaros algo, reverencia —bajó el tono de voz.

—Claro. Decidme.

—¿Su Santidad está al tanto de ese viaje?

—Lo está.

El ecónomo entrecerró los ojos. Su rostro era el de un labrador astuto al que nadie podría engañar en un trato.

—Guardaos el secreto del motivo de vuestra ausencia —comentó—. Y estos días sed cauto con quién habláis. Evitad sobre todo a los tontos.

—¿A los tontos? —Enarcó las cejas.

—Son peores que los malvados. Con ellos, uno se pone en lo peor y es

posible elaborar un plan para contrarrestar sus maquinaciones. Con los tontos, es imposible. Siempre te pillan desprevenido, no los ves venir y nunca descansan. Son insomnes y obcecados, como las termitas.

—Lo tendré en cuenta —dijo, y se marchó, sin saber bien por qué lo prevenía de esa manera.

Francesco por fin disponía de fondos para acometer su misión de rescate.

*Cercanías de Valence, 9 de junio de 1212*

A primera hora de la mañana los niños atravesaron una tierra dominada por la niebla y la mole de un monasterio. Uno de los frailes de aquel imponente edificio buscó al pastorcillo para notificarle que el abad deseaba entrevistarse con él. Como quiera que Esteban no manifestaba interés, el fraile, apercebido y con un tono propio de mercaderes, expuso que era para proponerle un buen negocio para la causa que abanderaba. El pastorcillo ordenó parar, descendió del carro y acompañó al fraile. Conforme caminaban, sus cuerpos dejaban atrás hebras de niebla, como fantasmas deshilachados.

Campos de viñedos alineados rodeaban al monasterio. Era una hermosa visión. Los pámpanos crecían y engordaban bajo el sol de finales de primavera. Las vides eran mimadas por campesinos adscritos a la tierra que cantaban al trabajar. Canciones que hablaban de amores imposibles y del paso del tiempo.

El pastorcillo y el fraile cruzaron un claustro de columnillas pareadas y capiteles repletos de fauna fantástica y seres grotescos. Debido a la humedad, las cuencas oculares y bocas de algunos animales mitológicos habían criado verdín, lo que rebajaba su ferocidad. Los religiosos, atareados en sus labores cotidianas, acudían a la capilla para rezar, al huerto para recoger verduras, a la bodega para abastecerse de vino y a la biblioteca para copiar libros y miniarlos con primorosos dibujos. Todos repararon en el pastorcillo, pues la noticia de la proximidad de la cruzada infantil había llegado a oídos de la comunidad el día anterior.

De las cocinas salía un rico olor a guiso y a pan caliente recién sacado del horno. O quizás era el de una hornada de sagradas formas aún sin consagrar, todavía sin convertirse en el cuerpo de Cristo que se desharía en el paladar, en el cielo de la boca. Al doblar una esquina olieron a incienso y a cera. Entraron en la capilla.

Estaba en penumbra. Por las estrechas y escasas ventanas penetraban rayos de sol oblicuos que iluminaban algunas losas, dejando en una oscuridad casi táctil los rincones. Bajo la imagen de un crucificado policromado ardían las pocas velas de un lampadario lleno de churretes de cera. El Cristo, con

cuatro clavos, mantenía erguida la cabeza y los ojos abiertos, ajeno al dolor de la crucifixión.

El abad, flanqueado por dos frailes flacos y de cara chupada, estaba delante del lampadario. Era muy viejo y las llamas de las velas resaltaban sus profundas arrugas. Allí de pie parecía una criatura de la noche que pretendiera evitar la proximidad de los haces de luz. Cada uno de los tres sostenía un objeto en las manos. Algo plateado.

El pastorcillo no esperó a que el abad se dirigiera a él.

—¿Qué es eso tan importante para lo que queréis verme? —preguntó primero—. Tengo una misión que cumplir y no dispongo de tiempo —añadió, taxativo.

—El monasterio tiene cumplida fama por las reliquias que en él se veneran. Muchos peregrinos acuden desde ignotos lugares para postrarse ante ellas. Considero...

—Abreviad. Jerusalén me espera —zanjó, cortante.

El abad, asombrado por tamaña impertinencia, apretó los labios para emparedar la respuesta que se le vino a la boca. No quería irritar al pastorcillo.

—He oído decir que tú, Esteban de Cloyes, eres poseedor de una reliquia singular. Una cruz tocada por el mismísimo Cristo.

El niño, impávido, tocó con sus dedos la cruz de madera que llevaba al cuello. Los ojillos del abad refulgieron a la luz de las luminarias del lampadario. Se le escapó un suspiro.

—¿Se trata de esa cruz? —le inquirió.

—Sí.

—¿Te la dio Nuestro Señor? —Su voz temblaba no por su provecua edad, sino de emoción.

—Era mía. Se la pasé a Cristo por las llagas de sus manos.

—¿Sangraban sus estigmas?

—No vi sangre. Sus manos, agujereadas por los clavos, despedían un olor a flores.

—¡El olor de la santidad! —exclamó. El superior, consciente de que su agitación lo delataba, intentó afectar indiferencia. Pero le resultaba imposible—. Te ofrezco, querido Esteban, cambiar tu cruz por alguna de las preciosísimas reliquias que atesora este monasterio.

El pastorcillo no respondió a la oferta. Esperó en silencio a que el alterado abad volviese a hablar.

El religioso abrió el pequeño cofre de plata de ley que llevaba en las manos. Dentro, sobre un cojincito de terciopelo rojo, había una pluma blanca muy parecida a la de las palomas.

—Mira. Mírala bien. Es una pluma del arcángel san Miguel. Se le cayó en un cruento combate contra una legión de demonios. La espantosa batalla se produjo entre las nubes, con truenos y relámpagos. La delicada pluma descendió dando vueltas hasta posarse en la tierra.

Se produjo un silencio expectante. Motas de polvo flotaban, ingravidas, en los rayos de sol que entraban por las angostas ventanas.

—¿Cambiarías esta preciosísima pluma arcangélica por tu cruz? —preguntó el abad con voz trémula.

El pastorcillo miró la pluma y, acto seguido, contempló la efigie de madera polícroma del crucificado. Tenía las costillas muy marcadas y del costado abierto manaba un hilillo rojo. Nadie hablaba. Se oía el chisporroteo de las velas del lampadario.

—No —respondió con sequedad.

El abad indicó con la mirada a un fraile que abriese la cajita plateada con gemas incrustadas que sostenía en las manos. Dentro había un mechón rubio. Y lacio.

—Son cabellos de María Magdalena, de cuando ungió con perfume de nardo los pies de Jesucristo y los secó con su propio pelo. Los cabellos aún huelen al rico perfume. Huele, acércate y huele. —Hizo una pausa efectista— ¿Cambiarías tu cruz por este mechón prodigioso?

El niño miró con fijeza los cabellos dorados. Alzó la cabeza y le sostuvo la mirada al Cristo crucificado, majestuoso, con corona y un paño de pureza festoneado.

—No.

Con la sonrisa ladina de quien reserva lo mejor para el final, el abad hizo un gesto al otro fraile para que abriese un relicario. Lo hizo despacio. Mostró una ampolleta de cristal que colgaba de una cadenita labrada en oro. Vacía. Dentro del vidrio no había nada.

—Un suspiro de la Virgen. De pena, naturalmente. De cuando Jesucristo cargaba con la cruz camino del Gólgota. A María se le escapó este suspiro en una de las tres caídas de su hijo. Y bien —el abad compuso una sonrisa interesada—, ¿cambiarías tu cruz por este suspiro de la Virgen?

Esteban no clavó esta vez los ojos en la escultura del crucificado.

—No —respondió, escueto.

El superior, molesto por la triple negativa, replicó:

—Eres tozudo, niño. No sabes lo que haces.

—Jesucristo me encomendó por carta que una cruzada infantil de manos y corazones limpios reconquistase Jerusalén, donde Él murió y resucitó al tercer día. Nada dejó escrito sobre reliquias. No las necesito.

Los ojos del abad centelleaban bajo la parva luz de las velas.

—Una cruz como la tuya debería guardarse en un lugar santo, para ser adorada por los peregrinos —estalló de rabia—. ¡Esa cruz debe tener el poder de obrar milagros! ¡Devolver la vista a los ciegos, preñar a las yermas, dar luces a los estúpidos, sanar a los enfermos, otorgar fe a los incrédulos! —El abad, de repente, cambió de táctica. Se tragó el sapo de su orgullo y, con un imprevisto tono meloso, preguntó—: ¿Y tus cabellos? ¿Te importaría darnos algunos?

Esteban se encogió de hombros. Y entonces uno de los frailes extrajo del hábito una tijera y le cortó un mechón. Y tras intercambiar una rápida mirada con el abad, cortó un segundo mechón, haciéndole un trasquilón al pastorcillo.

—¡Oh, tus cabellos son una preciosísima reliquia! ¡Que Dios te lo pague, querido Esteban! ¡Cuando conquistes Jerusalén, acuérdate de nosotros!

El pastorcillo dio media vuelta y salió de la capilla. Recordaba el trayecto y no necesitó acompañamiento para encontrar la puerta de entrada al monasterio.

La niebla matutina se había disipado cuando regresó con los suyos. Reemprendieron la marcha.

Jerusalén los esperaba.

*Costa mediterránea francesa, 9 de junio de 1212*

La mañana era clara y fresca. Días así estaban concebidos para el amor y las cosas buenas. Desgajada de una aldea, una casa rústica de argamasa con techumbre de paja y juncos destacaba próxima al sendero. Rodeada de fértiles campos de labranza donde espigaba el trigo y crecían las hortalizas, tenía un corralillo para criar gallinas, que picoteaban las sobras de comida y también gusanos, en los que aquella tierra negra y fértil debía ser pródiga. Delante de la casa había varias tumbas sin flores. Y en ese pequeño cementerio, un niño, arrodillado, cavaba un hoyo con un escardillo.

Raquel y Esther, al ver el gallinero, convinieron en comprar algunos huevos. Sorbidos estaban exquisitos, además de que les suministrarían fuerzas para sus largas caminatas diarias.

Cuando se acercaban a la casa, salieron un hombre y una mujer de aspecto avejentado y cansado. Arrastraban los pies. Canosos prematuros, con ojeras marcadas y expresión resignada, se restregaron las manos en la ropa para secarlas o limpiarlas de alguna mancha. El niño, como si se tratase de un juego o buscase un tesoro enterrado, continuaba escarbando.

—Queremos huevos. ¿Podrían vendernos algunos? —preguntó Esther.

—Sí —respondió la mujer.

—¿Son buenas ponedoras?

—No las hay mejores. ¿Cuántos querría?

—Una docena nos vendría bien.

El hombre cogió una hoz y comenzó a afilarla con una piedra de amolar. El niño, ajeno a todo, seguía trabajando con su escardillo y el montoncito de tierra negruzca retirada crecía a su lado como una montaña en miniatura. La mujer, tras escoger doce huevos y depositarlos en su falda para transportarlos, volvió sobre sus pasos con un cansancio atávico, tal vez heredado de sus antepasados o fruto del hastío de vivir.

Las dos amigas, tras agujerearlos, sorbieron con delectación las yemas y claras de tres huevos respectivamente. Aquel alimento les insufló energías. Guardaron la media docena restante para el anochecer y echaron una mirada a las tumbas con cruces de palo. Las contaron. Diez.

—¿Quiénes son? —preguntó Esther, curiosa.

—Mis hijos —respondió la mujer, sin inflexiones en el tono de voz.

Raquel y Esther, sobrecogidas por la magnitud de la desgracia, se apiadaron de la mujer y entendieron el porqué de su aspecto mustio y de unos ojos que avejentaban cuanto miraban.

—¿Cómo se llamaban? —preguntó Raquel.

—François.

—Me refiero al nombre de cada uno.

A Raquel le enseñaron de niña que evocar el nombre de un difunto avivaba su memoria, evitaba que su recuerdo se perdiera en el olvido. La entristecida mujer acertó a decir:

—Todos se llamaban igual: François.

Las dos amigas se miraron incrédulas. El hombre afilaba la hoz con movimientos lentos pero precisos. El metal chirriaba. La mujer, en un tono monocorde, sin denotar sentimiento sino una absoluta aceptación del destino, les explicó:

—A mi primer hijo lo llamé François. Me gustó el nombre. Nació sano y robusto. Murió a los dos años, de una enfermedad. Dios me lo arrebató y no quise darle sepultura en lugar sagrado. Dios no se merecía quedarse con su cuerpo. Que se contentase con recibir su alma. Lo enterramos ahí. —Señaló una tumba—. Volví a quedar encinta y a mi segundo hijo también le puse François. Ese hijo llenaría el vacío del primero. Pero, antes de cumplir un año, enfermó y murió. El buen Dios, celoso de una criatura tan hermosa, me lo arrebató. Lo enterré ahí.

Señaló otra tumba huérfana de flores. El resto de los hijos tuvieron idéntico fin. Ninguno llegó a cumplir los cuatro años de edad. Las cruces, formadas por ramas cortadas, estaban secas, como metáfora de los árboles que nunca florecerían para aquellos niños. Las dos amigas, abrumadas por la historia de una desgracia diez veces repetida, contuvieron la respiración antes de que la madre señalase con el dedo al niño que, con un escardillo de los utilizados para cultivar berenjenas y sandías, cavaba un agujero. Escarbaba en las entrañas de la tierra.

—Mi hijo François. Ha cumplido cinco años —dijo, sin emoción alguna. —Raquel y Esther lo observaron. Temían la explicación posterior, que no tardó en llegar—. Cava su propia tumba. Dios no tardará en llevárselo. Sé que está condenado a morir pronto. Su cadáver descansará al lado de sus hermanos. No en tierra consagrada, sino regada con mi sudor. Por lo menos,



sus cuerpos me acompañarán hasta que llegue mi hora.

Suspiraron. Al no encontrar palabras de consuelo, se dispusieron a reemprender el camino.

—¿Adónde vais? —les preguntó la mujer.

—A Marsella.

El hombre interrumpió el concienzudo afilado de la hoz, el niño cesó de cavar su tumba y la mujer, tras escupir en el suelo, habló:

—Unos judíos pasaron por aquí hace unos días, con sus ropas buenas, sus gorros puntiagudos y sus carros cargados de riquezas. Huían. No los quieren en ningún lado. Dijeron que marchaban a Marsella. No sé dónde estará esa ciudad, pero espero que alguien les dé su merecido. Perros judíos. —Lanzó un escupitajo—. Son lo peor de lo peor.

—Si van a esa ciudad, seguro que tienen noticias de que es un lugar seguro para ellos —comentó Esther, con intención de obtener información sin levantar sospechas.

—Algo así comentaron. Que allí no se los perseguía. —Gargajeó y soltó un nuevo escupitajo—. Son malos bichos los judíos. Garrapatas chupasangres.

El hombre y el niño continuaron con sus respectivas tareas, ensimismados, afanosos. La mujer hizo tintinear en su nervuda mano las dos monedas cobradas a cambio de la docena de huevos. Se giró y fijó la mirada en la hilera de tumbas de sus hijos y en la que, poco a poco, cavaba para sí mismo el último François.

—Gracias por los huevos —dijo Esther.

Las dos judías reanudaron su camino. No quisieron mirar atrás. No tanto por el antisemitismo del amargado matrimonio, sino por su desesperanza, por su fatal aceptación de la vida.

—Bueno, al parecer lo de la matanza en Marsella se trataba de un rumor —comentó de repente Raquel, que durante el encuentro había permanecido callada.

—Te lo dije.

—Esas noticias suelen ser siempre infundadas. Rumores, infundios...

Raquel sonrió antes de añadir:

—Ese hombre, su mujer y su hijo, son dignos de lástima. Pero de aquel pozo de tristeza y soledad he sacado algo bueno.

—¿El qué?

—Esperanza. Razones para mantener la esperanza.

Continuaron caminando en aquella mañana clara y fresca.  
Una mañana concebida para los reencuentros y las cosas buenas.

*Sevilla, 9 de junio de 1212*

Al caer la tarde, el califa paseaba por la Pradera de la Plata. Los jardines, situados junto a los alcázares, eran el lugar predilecto para el solaz de las clases populares, y la inesperada presencia del Príncipe de los Creyentes desató la euforia. Al-Nasir, con capa y turbante negros, recibía muestras de afecto de sus súbditos, que se postraban de hinojos a su paso, alzaban los brazos al cielo para bendecir a Alá o se arremolinaban a su alrededor lanzando unos vítores tan fuertes que enrojecían las gargantas.

El aire traía los olores de las huertas irrigadas, de los labrantíos abastecidos por el agua de las acequias y albercas, de las norias que giraban, lentas, movidas por borriquillos, del agua de lluvia almacenada en las arquetas y aljibes. A esa hora, los basureros recogían en serones los desperdicios de los zocos para abonar los huertos.

Días antes, los pregoneros habían anunciado por toda Sevilla y su alfoz que cuando el ejército victorioso derrotase a los reyes cristianos y conquistase media Europa, los campesinos podrían desplazarse con sus familias hasta los nuevos confines imperiales para asentarse, pues se les concederían lotes de tierras, casas, bestias y esclavos. La alegría presidía las conversaciones, pensamientos y sueños de los agricultores, que no hablaban de otra cosa y apenas podían dormir, tal era la excitación que los embargaba.

La brisa del atardecer arrastraba el olor a breva de las higueras plantadas en la Pradera de Plata, cuya pulpa roja y dulce era ofrecida por las madres a sus hijos y por sonrientes maridos a sus esposas, que la comían apartándose un poco el velo para llevarse a la boca aquella deliciosa fruta. Las familias y los enamorados paseaban a la sombra de los frutales y álamos mientras el sol agonizaba. Llevaban cantimploras y jarros con pitorro llenos de agua con limón exprimido y endulzada con caña de azúcar, como refresco en las tardes en las que apretaba el calor. Los niños aprendían a beber a caño sin atragantarse, y las mujeres chupaban del pitorro ante la mirada complaciente y salaz de sus esposos, que las animaban a ello para no derramar ni una gota.

A los hijos pequeños, las madres les prometían que, a comienzo de la próxima primavera, les regalarían gusanos de seda a los que alimentarían con

morera y observarían cómo hacían un sedoso capullo y se transformaban en mariposas. Y los niños, a los que la cría de los gusanos se les antojaba muy lejana, al salir de las escuelas de primeras letras se entretenían en quedar con sus amiguitos para reventar a pedradas los nidos de barro de las golondrinas.

A las niñas que soltaban lagrimones, sus madres las recompensaban con albérchigos maduros. Horas antes, viejas comadronas les habían practicado la ablación de clítoris, y las pequeñas lloraban en silencio mientras masticaban la dulce fruta. Las madres las miraban embelesadas. Sus hijas ya eran mujeres.

Los guardianes de las buenas costumbres agitaban sus largas varas de avellano en el aire y éstas hacían un zumbido intimidatorio. Al mediodía habían supervisado la lapidación de una adúltera en el Paseo de la Novia. En aquel esplendoroso jardín la muchedumbre mataba a pedradas a las esposas encamadas con otros hombres, pero no para que se despidieran del mundo confortadas por la belleza, sino para que sufrieran por no volver a disfrutar de jardines tan hermosos. En la Pradera de Plata, los guardianes de las buenas costumbres patrullaban por si debían intervenir para acallar a niños demasiado reidores y juguetones, hombres blasfemos o mujeres poco tapadas. Siempre vigilaban. Una sociedad perfecta exigía extremar el celo.

Al Príncipe de los Creyentes lo escoltaba su guardia personal, pero los fieles soldados no tenían que preocuparse por la seguridad de su señor, sino por organizar un pasillo humano para que recibiera las alabanzas y evitar que las mujeres, en estado de frenesí, pelearan entre ellas por disputarse besar los pies de al-Nasir, el Magnánimo, el amado por Alá.

Los jornaleros que trabajaban en las almunias de Santabus y vivían en el barrio del Aljibe de la Despedida, con la piel atezada y las manos encallecidas, se tocaban la frente para bendecir al califa y rezar por él: lo enaltecían a grito pelado y, cuando su señor pasaba, se abrazaban entre sí soñando con las propiedades que les asignarían en la Europa de los infieles: tierras negras y fértiles cuyos blandos terrones se quedarían adheridos a la cuchilla de los arados, burros y mulas sin mataduras, alquerías por estrenar, esclavos que se deslomarían faenando y esclavas cristianas que los atenderían en sus hogares y solazarían en sus camas. El paraíso.

Los pregoneros habían proclamado que con las sucesivas victorias se inauguraría una época gloriosa que alteraría para siempre la historia. Y los viejos, que desde el advenimiento de al-Nasir a Sevilla lloraban de dicha y pena por vivir en aquel tiempo, al enterarse de la futura proclamación del reino de los diez siglos, redoblaron en sus llantos, alegres por presenciar tanta

grandeza y apenados por no quedarles por ver muchas primaveras de florecientes almendros. Por eso los ancianos vertían lágrimas al contemplar al Príncipe de los Creyentes en la Pradera de Plata, entre higueras y albaricoques, bajo la brisa que traía el callado frescor del Guadalquivir.

Aquella misma mañana, tras celebrar una junta de guerra con su estado mayor, al-Nasir comunicó a sus generales que el ejército partiría de Sevilla en menos de dos semanas.

El pregonado reino de los diez siglos se avecinaba.

*Provenza, 10 de junio de 1212*

Apretaba el calor aquella mañana. Soplaban un viento solano que blanqueaba el aire y agostaba los cultivos. Doce templarios se cruzaron con los niños y, sorprendidos por la cantidad de ellos, se apearon de sus monturas. Los monjes soldados del Temple transportaban un cargamento de dinero destinado a los préstamos habituales de la Orden. Las misiones de escolta pecuniaria solían ser tranquilas, pues los salteadores de caminos, conocedores de la ferocidad de los caballeros y de su habilidad guerrera, no osaban atacarlos para robarles la valiosa carga. Sabían que morirían con dos palmos de acero en las entrañas y la señal de la cruz sobre la frente cadavérica realizada por un templario.

Intrigados por el número de chiquillos caminantes, los templarios se acercaron para preguntarles quiénes eran y a dónde iban. La respuesta los dejó impresionados. No daban crédito a lo que los pequeños respondían con absoluta naturalidad. Incrédulos, cruzaron miradas y medias sonrisas. No habían oído hablar de aquellos niños ni del pastorcillo que, al parecer, los guiaba. Así que cuando el carro con toldilla en el que viajaba Esteban estuvo próximo a ellos, los templarios se acercaron para hablar con él.

—¿Tú eres el jefe de esta expedición?

—Lo soy —respondió.

—¿Y es verdad que vais a Jerusalén?

—Allí nos dirigimos.

Los caballeros menearon las cabezas, se acariciaron las barbas y resoplaron. Vestían túnica y capa blancas con cruz roja, y de los cinturones de cuero pendían sus largas espadas, sobre cuyas empuñaduras apoyaban una mano. La edad y la experiencia militar les había conferido economía de movimientos. El nerviosismo había sido erradicado de aquellos cuerpos vigorosos, acostumbrados a una vida dura, sacrificada. Varios de ellos se turnaron para preguntar a Esteban:

—¿Y vuestras armas?

—No las necesitamos.

—¿Y las máquinas de asedio?

—No son necesarias.

—Nosotros hemos estado en ultramar. Conocemos la grosura de las murallas de Jerusalén y cómo combaten los musulmanes. ¿Tú has conocido los santos lugares?

—En sueños sí los he visitado. Con eso me basta —contestó el pastorcillo, con rotundidad.

La insolencia y altanería de Esteban provocaron las risas de los caballeros del Temple, cuyas miradas intentaban abarcar el principio y fin de la comitiva de niños, sucios y sudorosos.

—No pretenderéis llegar andando hasta Jerusalén —intervino un templario pelirrojo y fornido.

—Pues sí.

—¿Acaso no sabes que los santos lugares están más allá del mar?

—¿Acaso no sabéis que las aguas del mar Rojo se abrieron para que Moisés lo cruzara y pudiese llegar a la Tierra Prometida?

La respuesta descolocó a los caballeros. No se la esperaban y confirmó sus sospechas de que el pastorcillo estaba loco. El pelirrojo clavó en Esteban sus ojos, azules y fríos como el hielo al anochecer.

—De la insensatez al desastre a veces sólo basta un paso —dijo—. Estos aborregados niños, al parecer, te obedecen con los ojos cerrados. No saben que los llevas al matadero. Ellos me dan lástima, y tú, asco.

Los frailes que rodeaban al pastorcillo crisparon los puños y estuvieron a punto de responder, pues un arsenal de insultos estaba listo en sus bocas, pero Esteban cortó sus intenciones con un gesto de la mano.

Sin más, el carro prosiguió su andadura. Los templarios, serios, con los cuerpos marcados con numerosas cicatrices de guerra, observaron en silencio durante un rato la marcha de la desventurada cruzada infantil antes de volver a montar en sus cabalgaduras y continuar en dirección contraria.

\* \* \*

Al anochecer, tras el cotidiano cuento del abuelito, los tres amigos se acomodaron bajo un frondoso árbol. Estaban tan reventados de caminar como el resto de sus compañeros, y sabían que conciliarían el sueño al poco, sin apenas transición de la duermevela al sopor más profundo. Pero antes de dormirse, mientras miraban las estrellas, Pierre, preguntó:

—Por las noches, ¿fantaseáis con algo antes de cerrar los ojos? Ah,

Philippe, y no digas que con encontrar una madre. Eso no sirve. ¿Entiendes?

—¿No sirve?

—No.

El más pequeño lo miró y engurruñó los ojos, escarbando en sus pensamientos.

—¿Y tú? —le preguntó entonces Juan.

—Pienso en, una vez conquistada Jerusalén, conseguir una casa con un huerto hermoso y grande para no sentirme nunca más preso entre cuatro paredes —respondió Pierre.

—Yo no fantaseo. Sólo recuerdo —matizó Juan.

—Mariposas —Philippe mostró una sonrisa antes de contestar.

—¿Cómo? —Pierre mostró su desconcierto—. ¿Imaginas mariposas?

—Sí.

Philippe le musitó algo al oído a Juan y éste sonrió.

Le dijo, en voz bajita, que pensaba en el día en que, cuando encontrase a una madre que lo quisiera, volarían mariposas.



*Roma, 11 de junio de 1212*

Conseguir un barco con vituallas resultaba más difícil de lo que había supuesto en un principio. Francesco intentó negociar la compra de alimentos con mercaderes pisanos y venecianos, pero se dio cuenta de que, dada su impericia comercial, trataban de engañarlo descaradamente, pues solicitaban un precio desorbitado por suministrarle unos pocos bastimentos. Finalmente, halló un comerciante genovés dispuesto a proporcionarle abundantes provisiones por una cantidad que el sacerdote juzgó justa.

El genovés, además, lo ayudó a buscar barco y tripulación con la que realizar la travesía hasta Marsella. Francesco contrató el flete y también consiguió marineros para la navegación. Diez hombres que, según decía el capitán que respondía por ellos, estaban habituados a costear el Mediterráneo.

Fijaron la partida una semana más tarde. Cuando estuviesen disponibles los víveres y se hubiesen repuesto algunos de los cabos del barco y calafateado su casco.

Francesco, entretanto, se dispuso a ultimar su trabajo burocrático en la Santa Sede, para que ningún avieso miembro de la curia, durante su ausencia, pudiese acusarlo de negligencia, de desatender sus obligaciones. Por precaución, por si le sucedía algo durante el viaje, escribió en un papel lo que se proponía y el dinero del Hospital de Los Prados del que había dispuesto. Introdujo el escrito firmado en una arqueta taraceada, la guardó en el bargueño del despacho y confió a uno de sus secretarios —el sobrino del obispo Farinelli— que, en caso de que no regresara, abriera el bargueño y entregara la arqueta al Santo Padre.

—Pero sólo en caso de que no regrese —remarcó.

Bien sabía Francesco que el enemigo ceñía fajín púrpura y se cubría con capelo.

Los cardenales eran expertos en conspiraciones susurradas en latín.

*Provenza, 12 de junio de 1212*

Desde que clareó, apretaba el calor. Hacía días que no llovía y, a media mañana, el cielo y el aire comenzaron a emborronarse de blanco, preludio de una tormenta que no cuajó. La humedad incrementaba la sensación de bochorno, y algunos niños, incapaces de seguir el duro ritmo de la marcha, se sentaban en el suelo o se tumbaban en la cuneta de los caminos, para recuperar fuerzas y llorar de sed y desesperación. Era imposible conseguir alimento para tantos miles de pequeños, y aunque los pobladores de villas y pueblos se mostraban compasivos y generosos, apenas podían darles de comer. Ante el acuciante problema, los clérigos, consternados, le dijeron a Esteban que los niños sufrían de hambre y sed.

—¿Que tienen hambre? Pues que se alimenten del amor de Dios. ¿Que tienen sed? Dios hará llover y beberemos lluvia.

Por eso, los monjes impusieron un drástico racionamiento.

La deshidratación y la falta de comida comenzaban a causar estragos. Los aquejados de alguna enfermedad y los débiles eran los más propensos a desmoronarse en plena andadura, pues la salud se les quebrantaba con rapidez y no había medios para que se recuperasen en poco tiempo. Así, los niños de más edad y los más corpulentos, se turnaban para cargar con los enfermos y con los reventados por el cansancio, aunque los clérigos, dada su experiencia, sabían de antemano que, a no ser que sucediese un milagro, muchos pequeños comenzarían a morir en las siguientes jornadas.

Y rezaban. Rezaban para que lloviese agua y maná, para que las piedras del camino se convirtieran en panes, para que se multiplicasen los peces en salazón que les ofrecían las almas caritativas.

Y las oraciones trajeron cerveza.

Los frailes de una abadía cercana, conocedores de antemano de la aproximación de los niños cruzados, resolvieron sacar de la bodega varias docenas de barriles de la cerveza que ellos mismos elaboraban. Los hicieron rodar por la explanada monacal e hicieron acopio de cuencos, vasos y jarras de cerámica y peltre. Cumplieron con la bienaventuranza de dar de beber al sediento. El pastorcillo, enterado del inesperado regalo, accedió a que se

repartiera la cerveza entre sus seguidores para paliar la acuciante sed, y también porque algunos de los religiosos que lo acompañaban manifestaron que, si bien, a diferencia del vino, aquella bebida no era litúrgica y carecía de la cualidad de calentar la sangre, saciaba el apetito.

Los frailes colocaron los barriles delante de la fachada abacial, bajo la inquisitiva mirada del Dios justiciero de la portada que, en pleno Juicio Final, enviaba a los justos al cielo y a los pecadores al infierno, a abrasarse entre llamaradas.

Gaspard, sediento y nervioso, propinó codazos a los niños para abrirse paso, destapó un barril de un zarpazo, introdujo la boca y comenzó a abreviar.

Los clérigos repartían espumosa cerveza entre los chiquillos, que bebían haciendo muecas, sorprendidos del amargor del brebaje. Eructaban, sonreían como lelos y, al rato, caminaban mareados, haciendo eses, o pedían darle otro trago a aquel mejunje de extraño sabor. Gaspard soltaba eructos que rivalizaban con los bramidos de los ciervos en la berrea, toqueteaba los muslos de las niñas entre risotadas beodas y sentaba a los niños sobre sus rodillas, juguetón.

Los monjes de la expedición, después de trasegar cerveza con ansia, se enzarzaron en discusiones teológicas tabernarias, pues algunos sostenían que Jesucristo sólo bebía vino y otros, los más osados o soñadores, defendían que también pudo beber cerveza, aunque no lo especificasen los evangelistas. ¿Acaso no podía leerse en el evangelio de san Mateo que a Cristo, al Hijo del Hombre, porque comía y bebía le decían que era glotón y bebedor? ¿No cabía interpretar imaginativamente los evangelios? Los partidarios de la igualdad eucarística de las bebidas, una vez embriagados, dijeron misa al aire libre entre tambaleos y la concelebraron con cerveza en vez de vino, y ninguno de los pequeños asistentes rechistó en el momento de la transustanciación, porque daban cabezadas o arcadas, amodorrados o indispuestos.

\* \* \*

Al anochecer, tras una buena caminata en la que no faltaron las vomitonas, los cruzados se dispusieron a pasar la noche junto a un bosquecillo de acacias en flor, respirando su dulce olor. Prendieron fogatas para ahuyentar a las alimañas y el abuelito se dispuso, como siempre, a contar un cuento. Los tres amigos se sentaron cerca del anciano, porque Philippe quería escuchar bien. Las estrellas parpadeaban. Se hizo el silencio.

—Hace mucho tiempo, en un país muy lejano, había un hermoso pueblo donde la gente vivía en paz, pero un mal día se vio invadido por las ratas. Miles y miles de aquellos asquerosos animales correteaban noche y día por las calles y casas. Roían los sacos para comerse el grano, entraban en las despensas para devorar el queso, se subían por las camas y por las faldas de las mujeres y lanzaban horribles chillidos al tiempo que mostraban sus repulsivos dientes.

En ese momento, el abuelito imitó el agudo chillido de los roedores y los niños pusieron cara de asco, sobresaltados por aquella representación tan real. Philippe, angustiado pero encandilado por el relato, se acercó más a Juan.

—Los habitantes del pueblo —siguió explicando el anciano—, alarmados por la plaga, no sabían qué hacer para combatirla. Las ratas, grandes y gordas, atacaban a perros y gatos y, aunque intentaban cazarlas con cepos, envenenarlas o matarlas a palos, cada vez eran más y más. Hartos de la situación, decidieron reunirse para buscar una solución. Y mientras tanto, las ratas corrían, devoraban alimentos y chillaban sin parar.

Una nueva imitación del estridente chillido hizo rechinar los dientes de los chiquillos y que se apretujaran unos contra otros para continuar escuchando el cuento. Estaban tan asustados como embebidos con aquella historia de terror. Tras la deliberada pausa, el abuelito continuó:

—Todos aportaban ideas disparatadas, absurdas. Nadie sabía cómo erradicar la plaga. Y cuando las discusiones estaban en su apogeo, vieron llegar a un forastero. Vestía un traje de varios colores, calzaba unos zapatos puntiagudos y llevaba una flauta. Aquel desconocido tomó la palabra y dijo: «Yo puedo libraros de las molestas ratas». Boquiabiertos, los vecinos preguntaron cómo, y el forastero respondió: «Con mi flauta». Aquel extraño hombre explicó que tocaría una música mágica que atraería a las ratas, se las llevaría lejos del pueblo y las conduciría hasta un río, en el que se ahogarían todas.

En ese momento, el abuelito silbó una musiquilla, firulí firulá, y los niños, maravillados, abrieron la boca, magnetizados, predispuestos a no perder detalle de aquel cuento tan extraordinario que los mantenía en tensión. Tras silbar la melodía, el abuelito retomó la historia del flautista, y los niños supieron que, después de cumplir con su palabra y deshacerse de las ratas, el alcalde se negó a pagarle el precio estipulado, por lo que el flautista, como venganza, volvió a interpretar la música, pero esta vez para llevarse embrujados a todos los niños del pueblo y encerrarlos dentro de una cueva

hasta que se le abonase el dinero prometido.

De todos, éste fue el cuento que más impresión causó. Los pequeños, atormentados por el posible regreso de las ratas y de la muerte de los niños encerrados en la gruta, estuvieron en vilo hasta que conocieron la feliz resolución de la historia. Sólo entonces respiraron aliviados e incluso hicieron palmas de puro contentos.

—¿Cómo se llama el pueblo de las ratas? —preguntó Philippe.

—Hamelín —respondió el abuelito.

—¿Y dónde está?

—No lo sé.

—¿Lejos?

—Claro. Sucedió hace mucho tiempo, en un país muy lejano.

La explicación dejó satisfechos a Philippe y al resto de chiquillos, temerosos de verse desbordados por una plaga de ratas o raptados por un flautista al que se le adeudase dinero.

Pasadas un par de horas, las lumbres se habían reducido a un montón de ascuas. Ululaban los búhos en las ramas de los árboles. Los pequeños dormían bajo el dulce aroma de las acacias. Los luceros destellaban. El abuelito, desvelado, caminaba con cuidado de no pisar el cuerpo de ningún niño. Aspiró el fragante aire y silbó una melodía.

Firulí, firulá.

*Provenza, 13 de junio de 1212*

Con el sol ya moribundo, los jinetes desmontaron. Como siempre, se apostaron a cierta distancia de los niños cruzados. Se ocultaron entre unos árboles, dieron de comer a los caballos y los musulmanes, tras desplegar las esteras en el suelo, se arrodillaron para rezar sus últimas oraciones diarias.

Mientras tanto, los mercenarios castellanos cenaron tasajos de cerdo y bebieron vino de la bota, que se pasaban con creciente alegría. Los almohades, pulcros cumplidores de la ley coránica, bebieron agua y comieron cecina de oveja.

Quedaban pocas palomas mensajeras en las jaulas. Los musulmanes sabían con exactitud cuáles eran sus órdenes. El consejero del califa había sido explícito cuando les encomendó la misión en Sevilla. Había que malograr la cruzada infantil. Por estúpida y alocada que fuese su gestación y desarrollo, Esteban el pastorcillo podía convertirse en un futuro no muy lejano en un peligroso caudillo cristiano. Por eso había que intentar secuestrarlo y matarlo. La cruzada infantil no suponía ningún peligro para el Imperio almohade. Al contrario, despertaba la risión en el islam. Pero eran insospechadas las consecuencias que podría acarrear el ejemplo del pastorcillo. Tal vez su fanática determinación podía animar a algún rey de la cristiandad a emularlo, a ayudar a los monarcas hispánicos en su lucha.

Sin embargo, habían comprobado que, al pastorcillo, sus seguidores más cercanos no lo dejaban a solas en ningún momento del día y de la noche. Clérigos y muchachos se turnaban para velar su sueño, y eso dificultaba abrirse paso hasta él sin que los cristianos se percatasen.

Después de los rezos y de la cena, con el alma sosegada y los estómagos satisfechos, los jinetes formaron corrillo para hablar en voz baja. A lo lejos se veían los fuegos recién encendidos por los niños. La luz se había entenebrecido. La luna se perfilaba.

Planeaban.

*Costa mediterránea francesa, 14 de junio de 1212*

La mañana era clara y agradable. Las yuntas de bueyes araban los campos a un paso tan lento que podía masticarse el tiempo que tardaban en roturar un labrantío. Los campesinos, bajo sus picudos sombreros de paja, miraban satisfechos a los grandes animales, más importantes que los propios hijos. Si un hijo moría, se reemplazaba por otro, pero la pérdida de un buey era una tragedia, la ruina.

Las dos amigas, al mediodía, fatigadas de andar por caminos ensombrecidos por los árboles, hicieron un alto en una posada. Había gente sentada en bancos al aire libre que bebía y reía. Las jarras de cerveza y de vino corrían por las mesas, y las risotadas y chanzas se oían desde lejos. El jolgorio hacía que las sobrevestes de los hombres y los pellotes de las mujeres luciesen manchurroneos de vino. Un goliardo regordete entonaba canciones picantes que provocaban la hilaridad de los hombres y mujeres que, acodados en las mesas, comían salchichas y queso y bebían cerveza, dejándose tras cada trago un bigote de espuma.

Otro goliardo, muy alto, de cara ancha y ojos grises, parecía tener gran facilidad para versificar y encadenar canciones verderonas que producían carcajadas de los comensales. El fraile rechoncho, con voz educada en cantos de maitines, cantaba historias de nigromantes y brujas que terminaban ajusticiados.

Raquel y Esther se sentaron en un banco libre, la posadera les sirvió sendos vasos de vino y se dispusieron a oír las canciones goliardas. El más alto pidió atención al público, se alisó el hábito con la palma de la mano, entrecerró los ojos y, con voz dulce, cantó:

—Cada vez que te veo rebuzno y cago  
me revuelco por la arena  
y se me empina el rabo.

Las carcajadas atronaron el aire. Un hombre, atragantado de la risa, espurreó la cerveza sobre su compañero de mesa, y se puso rojo por la falta de aire. El fraile, que se reía de sus propias composiciones, aprovechó para pasar una faltriquera, y tintineantes monedas comenzaron a llenarla.

El otro religioso dio un sorbo al vino para aclararse la garganta, chasqueó la lengua y anunció que se disponía a entonar la canción que le había enseñado un viejo goliardo castellano que rindió su alma en París. Con voz potente cantó la historia de Amparo Lope, una hechicera de siniestra sonrisa dentona que había brujado desde moza. Remendadora de virgos y tan fea que no había conocido varón, cultivaba pepinos con los que se solazaba antes de venderlos y vivía amancebada con su burro, Lolo. La bruja Amparo, acusada de envenenar a la gente con sus pepinos de extraño sabor, fue colgada de un pino verde y, al anochecer, los lastimeros rebuznos de Lolo se oyeron hasta siete leguas de distancia. El animalito se había encariñado con su ama, cuya alma fue expulsada del infierno, porque, encaprichada de los tizones de las calderas de Pedro Botero, calmaba con ellos sus ardores y había dejado al demonio sin fuego ni candela. Y desterrada del averno, la bruja Amparo vagaba bajo la luna por los oscuros campos, sin pepinos ni tizones que calmaran su calentura, soñando con borricos.

La historia de la bruja divirtió mucho a los hombres, que comentaban, jocosos, si el fraile la había conocido.

—Yo no —respondió el goliardo—, pero traté a un trovador que me dio testimonio y me aseguró, por todos los santos del cielo, que los rebuznos del burro Lolo y los gimoteos desesperados del ánimo de Amparo Lope se oían en los páramos castellanos durante la luna llena.

El otro fraile continuaba con el recitado de coplillas picantes, provocando estrepitosas risas entre el público, así que el que había relatado la desdichada historia de la bruja Amparo se aproximó a las dos amigas con su jarra en la mano, se aflojó el cingulo y les preguntó:

—Señoras, ¿os ha gustado mi relato?

—Es un cuento extraño —admitió Esther.

—Tan real como la propia vida. Hace unos días lo conté en Marsella y alguien que había estado en tierras castellanas aseguró haber oído una noche de luna llena los insistentes rebuznos y lloriqueos de un alma en pena.

—¿En Marsella, decís? —Raquel, sobresaltada, se demudó.

—Sí, ¿por qué lo preguntáis?

—Dicen que allí han perseguido a los judíos —titubeó.

—¿Judíos?

El fraile escupió al suelo y dio un largo trago de vino.

—No —dijo después—. Ojalá. Esos asesinos de Dios merecen la peor condena. Fray Román Pere y yo —señaló al otro goliardo— no supimos de



ninguna persecución. Pero sólo estuvimos de paso en la ciudad y quizá no nos enteramos.

Raquel escuchaba en silencio. El fraile prosiguió su diatriba antisemita:

—Los judíos, al comulgar, se sacan con disimulo la hostia consagrada para hacer sacrilegios con ella, raptan a niños cristianizados, los crucifican y entierran sus cadáveres martirizados bajo el entarimado de sus tiendas.

—¡Dios nos libre de la compañía de un judío! —apostilló Esther, irónica.

El fraile se tocó con los dedos la punta de la nariz aguileña, engurruñó los ojillos y musitó, en tono confidencial:

—*Foetor judaicus*.

Las dos amigas se miraron, extrañadas, y el goliardo aclaró:

—El olor judío. Los judíos huelen de manera diferente. A descompuesto. Mi olfato es finísimo y enseguida los distingo. Mi nariz no engaña.

Esther, bravucona, sostuvo la mirada del fraile, y preguntó en tono juguetón:

—¿A qué huelo yo?

El goliardo hinchó el pecho como un pavo real en pleno cortejo y acercó su nariz aquilina a la mano de la judía.

—A miel, señora mía —respondió con voz dulzona—. Las dos amigas prorrumpieron en risas, y el sonriente fraile completó el halago—: Las mujeres hermosas oléis a primavera.

Esther apuró su vaso de vino, se limpió los labios con el dorso de la mano, y se despidió:

—Pues esta mujer hermosa y su amiga continúan su camino. Con Dios, buen hombre.

Se fueron con el estómago caldeado por la bebida y la sonrisa en la boca. En la taberna se quedaron los goliardos que cantaban canciones en latín vulgar y en lengua romance, les sacaban el dinero a quienes los escuchaban para darse una vida regalada por media Europa, para gozar de los placeres de la mesa y del catre y no tener que pisar la fría celda de su convento, pues el vino y los labios femeninos eran mejores braseros que los que ardían en las sacristías.

Y ellas prosiguieron su andadura por los caminos sombreados de árboles.

*Sevilla, 15 de junio de 1212*

Sonaba un mizmar en alguna de las estancias de los alcázares. El dulce sonido de la flauta invitaba al sosiego, a la tranquilidad de espíritu. Quizás el consejero del califa se dejaba influir por aquella suave música, porque sus movimientos eran reposados. Sentado sobre mullidos cojines, con las piernas cruzadas, leía sin prisas documentos oficiales mientras cogía, de una en una, aceitunas de cornezuelo maceradas en agua con tomillo, romero, cáscara de naranja y sal. Escupía los huesos en la mano y los depositaba en un cuenco de cerámica vidriada. Había también un ataífor con alcaparras, pero no las tocaba. La luz del sol iluminaba las yeserías polícromas de las paredes. Cuando cesó la tonada musical, alzó la vista para preguntar al hombre que tenía delante, de pie:

—Así que tú eres oidor de vientos. ¿No es así?

—Sí, excelencia —confirmó.

—¿Quién te enseñó el oficio?

—Mi abuelo y mi padre. Ellos también eran oidores.

El hombre había venido desde Córdoba, avisado por un correo califal. Estaba nervioso. Nunca había tratado con un funcionario de tanta dignidad, ni mucho menos visitado el palacio del califa ni la misma Sevilla. Si bien era parco en palabras, intentaba responder sólo con arreglo a lo que le preguntase el consejero, para no cometer ninguna imprudencia. Era joven, pero con la suficiente experiencia como para ser consciente de que, a los poderosos, les gustaba más hablar que escuchar. Sobre todo, amaban hablar para sí mismos. No esperaban más que adulación. Aunque los más inteligentes esperaban que el servilismo y adulación estuviesen camuflados, para no resultar tan evidentes.

—¿Puedes darme unas nociones de tu arte?

El joven explicó que su ciencia consistía en conocer los diferentes vientos y sus efectos, poseer nociones de geografía, interpretar las cabañuelas y aplicar todos esos saberes combinados en la agricultura.

—Pon un ejemplo.

—Determinar si una ladera es adecuada para plantar viñedos o frutales.

O si un terreno, al abrigo de un monte, es apto para convertirse en plantío. Los vientos pueden ser nuestros aliados o nuestros traicioneros enemigos. Incluso hay algunos que hacen enloquecer a las personas.

El consejero terminó todas las aceitunas y bebió un buche de agua de chufa, antes de explicar:

—El Príncipe de los Creyentes, Alá le conceda una vida larga, tiene un plan para mejorar la producción agrícola del Imperio. Sobre todo ahora, que se avecinan tiempos en los que las fronteras imperiales se extenderán por medio mundo conocido —apostilló, ufano—. Se requerirá de tu ciencia llegado el momento.

El joven inclinó la cabeza. El consejero apuró la dulce agua de chufa, enfriada con nieve traída de Sierra Nevada, y preguntó, interesado:

—¿Dices que hay vientos que enloquecen a los hombres?

—Así es, excelencia. Hacen perder el juicio e impulsan a cometer atrocidades.

El funcionario meditó la respuesta dada, sonrió y se limpió los labios con el dorso de la mano.

—Sería bueno domesticar esos vientos malos para que soplasen dónde y cuando dispusiésemos. Esos vientos serían una excelente arma para la guerra que se aproxima.

Sevilla hervía con los preparativos bélicos. Los comerciantes de paños hacían acopio de alumbre para fijar el color de los nuevos turbantes y capas de los soldados. Las fraguas mantenían el fuego encendido de noche para abastecer de puntas de flechas y alfanjes a las huestes acampadas extramuros. Los hoscos sargentos estrenaban varas de avellano sobre las espaldas de los reclutas, para conferirles la flexibilidad necesaria llegado el combate, pues, situados tras las filas, apaleaban con ellas a quienes reculaban para que regresasen a la vanguardia.

El consejero despidió al oidor de vientos con un desmayado gesto de la mano, como si los huesos de la muñeca se le hubiesen reblandecido. Por las ventanas de la habitación penetraba el olor a mantillo recién regado de las aspidistras del patio adyacente. La flauta volvió a sonar en un salón cercano.

Muy pronto la música que se oiría en Sevilla sería la de los tambores y chirimías marcando el paso del ejército en marcha.

*Provenza, 16 de junio de 1212*

Los campos de lavanda azuleaban el horizonte. El aroma emborrachaba el aire, y respirarlo era algo balsámico. Desde antes del amanecer, los campesinos, con sus gorros cónicos de paja, se desriñonaban recogiendo las plantas en flor. Aprovechaban el fresco del final de la luna y la templanza del primer sol antes de que el calor los hiciese romper a sudar y las gotas cayesen en la tierra seca.

Porque, al mediodía, el calor agobiaba.

El aire tenía una densidad aplastante. Las nubes no venían preñadas de lluvia y los más desesperanzados decían que la sequía no era cosa de la tierra, sino del cielo, una tozudez de Dios. Las altas temperaturas comenzaban a diezmar las filas de la cruzada. Los niños, con la cabeza cocida de insolación después de las largas y extenuantes caminatas, se derrumbaban, ardiendo de calentura, con espasmos en las piernas, boqueando, y, como no se podía perder tiempo en darles sepultura, se dejaban tirados donde caían, hasta que espiraban bajo el inclemente sol. Pasaron los tiempos en los que las niñas se adornaban el pelo con coronas de flores como princesitas en primavera. Se marchitaron los días en los que las pequeñas hacían guirnaldas para agasajar al pastorcillo. Ahora se comían las flores silvestres para refrescarse la boca y apaciguar las protestas del estómago.

—¡Haz que llueva!

—En los santos lugares los ríos son de leche y miel. Ya beberéis hasta saciaros —respondía el pastorcillo, impertérrito.

—¡Haz que caiga maná del cielo!

—Caerá cuando no haya una brizna de hierba que echarnos a la boca —contestaba Esteban.

Y así, sedientos y debilitados por la poca comida, los niños llegaron a media tarde a un prado en el que había un nutrido grupo de hombres y mujeres vestidos de oscuro. Los estaban esperando.

Eran albigenses.

La cruzada avanzaba por la tierra en la que había prendido con fuerza aquella herejía. Estaban en territorio herético.

Los clérigos que seguían al pastorcillo, al verlos, se alertaron unos a otros, acuciados por la sorpresa. Los que sabían quiénes eran repetían nerviosos: «¡albigenses, cátaros!», como si se tratase de demonios vestidos de negro. Y cuando éstos se acercaron al carro de Esteban, el pastorcillo ordenó detenerse.

—Te saludamos, Esteban. —El albigense más anciano tomó la palabra—. La noticia de tu cruzada ha atravesado estos campos de Dios y nos hemos creído en la cristiana obligación de que tú y los tuyos conozcáis la fe que practicamos.

—¡La fe de Satanás! —apostilló un monje con un grito agudo, casi femenino.

El viejo no se alteró. Al igual que el resto de sus compañeros, vestía hábito negro y llevaba barba y el pelo largo. Por edad, sus cabellos eran hebras de nieve. Parecían apóstoles o cristianos primitivos. Eran los llamados «perfectos». Y las mujeres que los acompañaban, silentes y situadas detrás, vestían asimismo de oscuro y ocultaban el cabello bajo una toca. Sus embastecidas y callosas manos eran más propias de labriegos que de religiosos, pues aborrecían la vida especulativa y todos hacían trabajos manuales para ganarse el pan. El anciano, acostumbrado a recibir insultos de ese tipo, no se amilanó y continuó hablando en voz alta:

—Dios nos ama a todos, y os invitamos a profundizar en la verdadera fe.

—¡Venera la cruz, bésala, que en ella murió Nuestro Señor! —Otro clérigo mostró en alto un crucifijo de madera.

—No adoramos la cruz porque es un instrumento de dolor. Adoramos a Cristo, que resucitó y vive entre nosotros —respondió con calma el albigense del pelo blanco.

—¡Hereje! ¡Réprobo! ¡Falso! ¡Hijo de puta! —gritó el religioso que blandía el crucifijo a modo de puñal.

El pastorcillo observaba y callaba. Ni refutaba al viejo albigense ni apoyaba las invectivas de los monjes. Se mostraba inalterable. En su ánimo parecía no calar la adulación, saber que lo precedía la fama de su expedición a ultramar. Los niños, entre tanto, se tumbaban para descansar, oían cómo les rugían las tripas de hambre y señalaban con el dedo las nubes, con la esperanza de que transportasen agua y la lluvia enfriara sus acalorados cuerpos y saciara su sed.

Los frailes de la cruzada más combativos con los albigenses se espoleaban entre sí para lanzarles puyas:

—¡Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre! —bramó uno.

—Cristo es verdadero Dios. Su naturaleza no fue humana porque todo lo humano es corruptible —respondió el viejo de negro.

—¡Rezad un avemaría! ¡Rezad a la Virgen! —gritó otro.

—La oración auténtica es el padrenuestro. Es la única que nos enseñó Nuestro Señor.

—¡Puto hereje! ¡Hijo del demonio! —aulló el primero.

El anciano albigense, el que actuaba como jefe de los «perfectos», encajaba sin inmutarse los denuestos e intentaba catequizar explicando que los sacramentos eran una ridícula invención, que el único sacramento eficaz era el *consolamentum*, y que el Antiguo Testamento era letra muerta desde la venida de Cristo. Y, ajeno al granizo de insultos, abrió los brazos y comenzó un discurso diferente, alejado de cuestiones teológicas:

—¡Oídmeme! ¡Atendedme! Vivimos tiempos malos. Los peores desde que el mundo es mundo. Vivimos una época en la que los jóvenes no respetan a sus mayores, los poderosos se desentienden de los pobres y los ricos son cada vez más ricos. Los reyes y los magnates os explican que los tiempos difíciles exigen soluciones complejas. Pero yo os digo, hermanos míos, que lo que los tiempos difíciles exigen son soluciones fáciles.

El giro discursivo captó la atención de unos cuantos frailes, que dejaron de apedrear con palabrotas al albigense. Cerraron la boca, aguzaron el oído y sintieron un repentino hervor en la sangre. Aquellas palabras les llegaron adentro y removieron algo en su corazón. El anciano prosiguió su furibunda crítica contra los nobles y los curas por repartirse las riquezas terrenales, y convidó a clérigos y niños a abandonar la Iglesia corrupta y unirse a ellos, los puros, los «perfectos». Los conminó a olvidarse de conquistar Jerusalén e ir a vivir al castillo de Montsegur, el santuario fortificado situado en la montaña del Pog, en cuya cima sentirían cercana la presencia mística de Dios y llevarían una vida consagrada a la verdadera fe, alimentándose de verduras y practicando la castidad.

El viejo, inmune a las procacidades barboteadas todavía por algunos frailes, continuó hablando de la revolución religiosa que llevaban a cabo y de la sociedad igualitaria que se implantaría, sin ricos ni pobres, sin poderosos ni explotados, pues la perfección espiritual traería por sí misma un nuevo mundo. Y, ante el estupor de los cruzados, cinco de sus frailes abandonaron el grupo y se unieron a los albigenses.

—¡Renegados! ¡Cobardes! ¡Cerdos! ¡Cabrones! —les gritaban los

clérigos, indignados y sorprendidos por el repentino cambio de bando.

El pastorcillo, que no había pestañeado durante la discusión, ordenó ponerse en marcha. Su determinación era tan fuerte que no había malgastado una palabra con el anciano albigense. Los niños, molidos de cansancio, sedientos y hambrientos, se pusieron en pie, volvieron a mirar las nubes que volaban sin descargar una gota, se limpiaron el sudor con la mano y reemprendieron el camino, obedientes. Mientras tanto, los clérigos despedían a los desertores con el vocabulario más zafio que acudía a su boca, como si lo hubieran aprendido en las más sucias letrinas de Francia.

Los cinco frailes marcharon ilusionados con sus nuevos compañeros, nerviosos y convencidos de haber encontrado por fin la manera de poner el mundo al revés para que cobrase sentido. Los hombres de pellote negro y largos cabellos y barbas ensalzaban las virtudes de la vida vegetariana, casta y dedicada a la contemplación. Las mujeres de vestimentas oscuras y toca, unos pasos por detrás, reclinaban la cabeza y juntaban las manos entrelazando los dedos, como mantis religiosas.

Los clérigos que se mantuvieron fieles al pastorcillo no dejaban de mascar insultos dirigidos a sus antiguos compañeros aun cuando iniciaban de nuevo su camino. No podían entender la rapidez de la traición, que los hubiesen abandonado por renunciar a comer carne y a no disfrutar de hembras placenteras si la ocasión lo pedía. Que se hubiesen largado con hombres estrambóticos que predicaban lo imposible.

Conforme la cruzada avanzaba, iba dejando atrás un reguero de niños enfebrecidos, moribundos, incapaces de articular palabra para llamar a sus madres en su agonía. Morirían exangües poco después, sin madres que llorasen sobre sus cadáveres insepultos.

Quedaba poco para llegar a Marsella.

*Puerto de Civitavecchia, 18 de junio de 1212*

El puerto de Civitavecchia era el más importante de los Estados Pontificios. Olía a salitre, a pescado putrefacto, brea ardiente y madera húmeda. Se oía el cansino martilleo de un calafate en una barca de pesca repintada de blanco. El fango portuario apeataba y las gaviotas volaban en círculos y chillaban sin parar. Cada día zarpaban decenas de naves cargadas de alumbre y trigo y atracaban otras tantas con las bodegas atestadas de sardinas, vino, atún, naranjas y madera. Los contables de las compañías mercantiles pisanas y genovesas anotaban los sacos, cajas y fardos desembarcados y comprobaban que el cargamento llegaba en buen estado. Estibadores de brazos musculosos y piel pegajosa de sudor se afanaban en cargar y vaciar las naves bajo la escrutadora mirada de patrones y mercaderes. Se daban órdenes y se blasfemaba en varias lenguas. Los marineros recién llegados de una travesía mediterránea, con sus andares lentos y torpones en tierra firme, buscaban tabernas y prostíbulos, a sabiendas de que estarían cerca de iglesias y puentes. Y los recaudadores de tributos repasaban los *ancoraggio*, los libros donde se consignaban los impuestos pagados por los patrones de los navíos atracados.

En la esquina de un almacén había una hornacina con una pequeña escultura de la Virgen tiznada del humo de las velas que los marineros encendían antes de una travesía. Había corrillos de viejos marineros, de ancianos friolentos que ansiaban calentarse con el sol y buscaban conversar de antiguos temporales y monstruos marinos que vieron o creyeron ver emerger de las aguas. Con las luces del amanecer zarparon barcos rumbo a Liguria, Campania, la Toscana y Cerdeña. El pan nuestro de cada día.

Francesco oteaba los embarcaderos de Civitavecchia desde la popa del navío. Habían levado anclas junto con otras naves para adentrarse en el mar. Era la primera vez que montaba en barco y aún no se había acostumbrado al balanceo, a los inestables pasos en la borda, al crujido de las cuadernas del casco. Los marineros amarraban cabos y la vela triangular se henchía, impulsada por el viento. Junto al mástil había una jaula con pajarillos, indispensables para orientarse en el caso de perder de vista la línea de costa,



pues soltaban uno y, por instinto animal, volaba en dirección a tierra. Antes de la amanecida, los trabajadores portuarios habían terminado de estibar los víveres y el capitán, hombre parco en palabras, había revisado a conciencia la embarcación antes de ordenar izar el ancla. El día estaba claro, el mar, calmado, el viento soplaba a favor y no había nubarrones en el horizonte que presagiaran tormenta.

Pero, con todo, el bamboleo del barco y el drapeo de la vela no era lo que más le chocaba a Francesco, sino la lejanía de Roma, el distanciarse de la burocracia de la Santa Sede, separarse del Papa, desatender la dirección del Hospital. Se sentía raro, desplazado de su trabajo cotidiano. Respiró con fuerza el aire cargado de olor a salitre y a algas hasta llenar los pulmones. Estaba convencido de que auxiliar a los pequeños enrolados en la disparatada aventura era un imperativo moral. Valía la pena intentarlo.

La tripulación, de alma y manos encallecidas y antebrazos tatuados, miraba con curiosidad al joven sacerdote que, con sotana y fajín negros, contemplaba el puerto, cada vez más empequeñecido conforme navegaban rumbo a Marsella.

La bodega iba atestada de alimentos para socorrer a los niños cruzados.

Y Francesco estaba lejos de sospechar que vendrían días que no olvidaría jamás.

*Provenza, 20 de junio de 1212*

El niño no se movía. Mantenía los ojos cerrados bajo un sol mañanero que picaba como un nido de escorpiones. Cientos de chiquillos pasaban de largo, sin detenerse o aminorar el paso, indiferentes a una escena cotidiana desde que el calor abrasador y el cansancio acumulado les minaban la resistencia. Cada día decenas de pequeños quedaban tirados en las cunetas, olvidados en arboledas, inertes junto a las pavesas de las lumbres prendidas la noche anterior, pues cerraban los ojos para no abrirlos más. Los niños cruzados acusaban un embotamiento de los sentidos, porque no sentían lástima por los cadáveres que abonarían los trigales, ya que era tanta la fe depositada en el pastorcillo, que ninguna contrariedad alteraba su convicción de que llegarían a Marsella, se abrirían las aguas del Mediterráneo y caminarían hasta Jerusalén pisando el blando lecho marino, recogiendo peces asfixiados para asarlos y estrellas de mar para decorar los estandartes.

El niño, desmadejado en el suelo como una marioneta, seguía con los párpados cerrados. No se movía.

—Hermanito, levántate.

No respiraba.

—Anda, hermanito, abre los ojos. Vamos. Levántate.

Incluso con la boca reseca, voces infantiles cantaban canciones propiciadas por los frailes, para que no decayese el ánimo. El sudor que resbalaba por las frentes hacía que les picaran los ojos, y se pasaban la punta de la lengua por los labios agrietados para entonar mejor al unirse a los cánticos.

—¡Hermanito! ¡No me asustes! ¡Levántate!

El pequeñín, arrodillado junto al cuerpo yerto de su hermano, derramaba lágrimas y, con voz quebrada, lo cogía de la mano y tiraba, para que se pusiese en pie.

—Hermanito... No te mueras.

El carro en el que iba Esteban pasó por allí en ese momento. El pastorcillo, animado, hablaba con dos monjes que caminaban a su vera. Conversaban acerca de los sueños celestiales que solía tener Esteban, pues él

contaba que, cuando llegasen a los santos lugares, se dirigiría a una bodega que conservaba varias tinajas sobrantes de las bodas de Caná, las nupcias del milagro del agua convertida en vino por Cristo. Los clérigos, sonrientes, suponían que ese vino debía de estar riquísimo, y uno de ellos, grandullón, con cabeza pequeña y orejas de soplillo, dijo que las misas dichas con él serían especiales y que hasta el Papa tendría envidia y querría unas botellas para celebrar eucaristías en San Pedro.

—¡Hermanito! ¡No te mueras! No me asustes más. Levántate y ven conmigo.

El niño vertía lágrimas sobre el cuerpo de su hermano. Le asustaba continuar sin él, pero más le entristecía dejarlo allí solo, bajo el cielo, sobre todo cuando se ocultase el sol y pasase la noche al sereno.

—¿Quién te dará de comer? ¿Con quién jugarás? ¡Ay, hermanito! ¡No me asustes!

Era un día de cielo azul, sin nubes. El aire parecía licuarse con el calor. Ni el llanto ni las palabras ni los suaves tirones de la mano lograron resucitar al hermanito.

*Mar Mediterráneo, frente a la isla de Cerdeña, 21 de junio de 1212*

El día amaneció con marejada y un aire neblinoso. Conforme avanzó la mañana, los cielos se agrisaron y el mar se tornó plumizo. El viento arreció y unas nubes negras conquistaron el horizonte y no parecieron conformarse con aquella parcela celeste. Las ráfagas silbaban al pasar entre la jarcia. Al mediodía, las olas golpeaban el barco y la espuma mojaba la cubierta. La luz era del color del agua sucia. La tripulación, demudada, obedecía las secas órdenes del capitán.

La luz del sol perdió intensidad con inusitada velocidad, como si la noche empujase. Espesos nubarrones oscuros empezaron a descargar agua con furia, y la nave, empujada por el viento hacia el suroeste, crujía como si fuera a desencuadrarse y se bamboleaba sin cesar.

Francesco, refugiado bajo cubierta, respiraba el aire enranciado, rezaba el trisagio y encadenaba un paternóster tras otro, asustado por la fuerza desatada de los elementos y la angustiosa sensación de estar a merced de ellos. Pensó en la posibilidad del naufragio e intentó ponerse en paz con Dios antes de que las aguas se lo tragasen y terminase devorado por los peces.

El capitán, empapado de lluvia y agua de mar, voceaba órdenes al timonel y al resto de marineros, y todos se quitaron los gorros de lana para que se desparramasen sus largos cabellos. Uno de los marinos asió el bichero por si algún compañero caía por la borda. El viento azotaba la vela, chorreante, y el ruido de las olas encrespadas crispaba los nervios.

El sacerdote asomó la cabeza por la trampilla y el capitán le gritó para que regresara abajo, al sollado.

—¡No me mareo! —respondió.

—¡Es por el pelo, reverencia!

—¿Cómo?

—¡Lo lleváis corto! ¡Si caéis a la mar, no podremos agarrarlo del pelo con el bichero y se ahogará!

—¡Sé nadar!

—¡No digáis tonterías! ¡Si sois arrojado al agua, os encontraréis cara a cara con Dios antes de tiempo! ¡Volved abajo!

Obedeció. Los crujidos de las maderas y los embates de las olas eran continuos. La nave se zarandeaba. El agua se filtraba por las juntas de los tablones. Francesco, con el corazón en la boca, tuvo la certeza de que zozobrarían si no ocurría un milagro.

La vela se rasgó, algunos cabos se rompieron y golpearon a varios hombres, que cayeron en cubierta, atontados. La nave era ingobernable.

Las crestas de las olas sobrepasaban la borda al golpear los costados del barco, las sábanas de lluvia impedían ver de lejos y el ruido del viento hacía inaudible las voces entre los tripulantes.

Y así, con una mar infame y un temporal espeluznante transcurrieron varias horas, interminables, hasta que pudieron divisar tierra a través de la cortina de lluvia. Empujado por el viento, el barco se acercó hacia la línea de costa, el casco rozó unos arrecifes, se abrió una vía de agua pero, antes de que se hundiera, el navío consiguió embarrancar cerca de la playa.

Los marineros abandonaron el barco y, con el agua hasta la cintura, cubrieron la distancia que restaba hasta la arena, donde se desmoronaron, exhaustos y con las rodillas flojas. El capitán ayudó a Francesco a salir de la bodega. El sacerdote, con la sotana destrozada por haberse enganchado con maderos rotos, se arrodilló; tosiendo y escupiendo agua sobre la mojada arena blanca, sintió un borboteo en las tripas y vomitó. Se limpió la boca con el dorso de la mano y, mentalmente, dio gracias a Dios.

Un milagro. Seguían vivos los diez. Ninguno había muerto.

Amainó. Lo que hasta hacía poco era un diluvio se convirtió en una lluvia fina hasta que dejó de caer agua. Las nubes panzudas, antes de alejarse con rapidez, fueron taladradas por los últimos rayos de sol del atardecer. Las nubes, exprimidas, se habían secado.

*Sevilla, 22 de junio de 1212*

Sevilla lloraba. La ciudad amaneció metida en llanto por la inminente salida del ejército. Lloraban las esposas de los soldados que partían para la guerra, por si no volvían a verlos; y se deshacían en lágrimas los viejos, sabedores de que se aproximaba un reino casi eterno y ellos apenas disfrutarían de aquel imperio jamás visto en la historia. Las plañideras, vestidas de negro, se pusieron en primera fila para lanzar sus alaridos, balancearse adelante y atrás y llorar con el fingido desconsuelo de su fúnebre oficio. No lloraban por quienes marchaban vivos, sino por los muertos que no volverían.

La muerte llamaba al sexo. El instinto de supervivencia y la posibilidad de caer en la batalla abrieron el apetito carnal de los guerreros y sus mujeres, que pasaron la noche disfrutando de sus cuerpos, de manera que antes de las lágrimas se oyeron gemidos. Asaltados por la urgencia de un deseo agolpado, se dejaron arrastrar por el placer, sin que parecieran existir los relojes de arena en habitaciones con el aire cargado de olor a incienso o a alheña. Los jinetes cabalgaron a sus mujeres tironeándolas del pelo como yeguas a las que domar, les acariciaban los pechos y las espoleaban con cachetes en el culo para trotar más rápido. Quienes tenían más de una esposa alternaron, pues ellas, enceladas, se turnaban para sentirse dulcemente empaladas y jadeantes, rivalizaban en suministrar placer al esposo, para que no las olvidase durante la campaña. Así, la noche, olorosa de jazmines en los jardines, transcurrió con gritos de gozo en las alcobas mientras que el día comenzó con gritos de pena en los zaguanes.

Y Sevilla quedó desierta al despuntar el sol.

Todos los habitantes se amontonaron fuera de las murallas para presenciar el espectáculo. Miles y miles de combatientes partían entre el atronador retumbar de los tambores y la rítmica música de chirimías y trompetas. Los predicadores y alfaquies, mezclados entre la soldadesca, voceaban aleyas coránicas para infundirles ánimos. Las reatas de caballerías y camellos levantaban polvo al caminar, y los carromatos que cerraban la ingente comitiva transportaban las vituallas, la impedimenta más pesada, el

armamento de repuesto y los fardajes de acampada. Los muecines llamaban a la oración desde la altura de los alminares de la ciudad vacía.

Los abanderados alzaban las enseñas verdes hasta que se les acalambraban los brazos, y por encima de turbantes y cascos ondeaban estandartes blancos. Los estudiantes de la Presencia llevaban el Corán de Utmán hallado en Córdoba recubierto de un baldaquín rojo, y también el que perteneció a ibn Tumart, el fundador del movimiento almohade. Los soldados de infantería profesionales, los *murtaziqa*, golpeaban con el puño sus adargas recubiertas de piel de antílope para que el ruido rivalizase con el redoble de los cien tambores que precedían al califa.

Los fanáticos y desharrapados *mutaww'a*, procedentes de Marrakech, aullaban consignas contra los perros cristianos. De tanto vocear, las venas del cuello se les hinchaban y los ojos pugnaban por salirse de las órbitas. Se abrazaban y se daban codazos unos a otros para envalentonarse. Sus ansias por entrar los primeros en el Paraíso los movía a ir en vanguardia en la batalla, pues sólo soñaban con conocer a las huríes reservadas para cada uno de ellos, gozar por toda la eternidad de sus cuerpos y bañarse con ellas en los ríos de leche y miel descritos en el Corán.

Los *imesebelen* eran un espectáculo por su musculatura, su vocerío y sus largas lanzas. La temible Guardia Negra causaba impresión. Aquellos negros, alimentados con el doble de rancho, alzaban sus lanzas y aullaban, dispuestos a ensartar cristianos y a dar su vida por el califa.

Al-Nasir, a lomos de su hermoso caballo de largas y peinadas crines, recibía los vítores sin corresponder con saludos. Se mantenía erguido y serio, alzaba el mentón y sus ojos azules brillaban bajo la incipiente luz del sol. Pensaba en su padre. Tenía prisa por obtener una victoria aplastante sobre los reyes cristianos para que sus súbditos olvidasen los éxitos militares de su progenitor.

Sevilla era un puro lloro.

Las mujeres, en una espiral de lamentos, gritaban con desgarró y sacudían los cuerpos adelante y atrás en mecánica demostración de su dolor. Los niños, apenados por la partida de sus padres, correteaban a su vera hasta que los sargentos, empujándolos con suavidad, los conminaban a volver a las faldas de sus madres. Los ancianos se cubrían la cara con las manos por la vergüenza que les daba llorar en público, para que no vieran cómo los lagrimones resbalaban por su piel apergaminada. Y cuando el ejército se alejó y sólo se veía la polvareda, hombres, mujeres y niños entraron de nuevo en Sevilla,

cruzaron el puente de barcas de Triana, se dirigieron a sus huertos o a sus puestos del zoco, a la intimidad de sus hogares y a las escuelas coránicas. Muchas mujeres, tras las lágrimas de cocodrilo y los orgasmos fingidos, suspiraron de alivio bajo los velos por la perspectiva de vivir un largo tiempo sin el incordio de sus maridos, sin ser abofeteadas porque se les pegaba el guiso, inmersas en un placentero silencio doméstico que no iba a ser roto por los insultos. Podrían beber vino a escondidas, cruzar miradas de complicidad y buscar otras manos que las acariciasen. La vida seguía.

Una vez acallados los tambores y silenciada la música de viento, el califa volvió la vista atrás y, por encima de las murallas de Sevilla, vislumbró el relumbre de las cuatro bolas de bronce dorado que coronaban el alminar de la mezquita mayor. Era el victorioso recuerdo de la batalla de Alarcos, ganada por su padre contra Alfonso VIII de Castilla diecisiete años atrás. El mismo rey al que ahora, él, pensaba derrotar por segunda vez. La definitiva.

El regusto amargo del resentimiento inundó la boca de al-Nasir. Había crecido escuchando relatos acerca de la grandeza de al-Mansur, su progenitor. Ya era hora de demostrar que él era mejor que su padre.

Era el inicio de la guerra santa. De la yihad.



*Cerdeña, 22 de junio de 1212*

Antes del amanecer, unos pescadores que faenaban con sus barcas descubrieron el naufragio y socorrieron a los tripulantes, los cuales, reventados de cansancio, habían pasado la noche en la playa. El barco, encallado, bajo la rodaja de la luna, apenas era una silueta negra.

Los pescadores trasladaron a los marineros y a Francesco al cercano Porto Torres, del juzgado de Logudoro, donde los desembarcaron en un penoso estado. Comieron caliente y bebieron un vino de color herrumbre que les quitó el frío nocturno de dormir al raso con las ropas mojadas. El capitán, resolutivo, comenzó a gestionar las posibilidades de arreglo de la nave y el alojamiento de los hombres mientras durase la reparación. Lo prioritario era inspeccionar el barco, averiguar los desperfectos causados y el estado de las vituallas, pues parte del cargamento podía haberse echado a perder. La noticia de que se dirigían hacia Marsella para auxiliar con víveres a una cruzada infantil causó estupor. Nadie conocía semejante expedición y las opiniones acerca de tan singular ejército de manos blancas estuvieron divididas entre la admiración y la rechifla.

En cuanto se supo que Francesco era un sacerdote de la Santa Sede, fue tratado con extrema corrección y, al mediodía, un hombre que se presentó en calidad de criado de doña Giulia de la Gherardesca se ofreció a conducirlo a casa de su señora a lomos de una mula, pues ella quería ofrecer un digno alojamiento a persona tan distinguida. El sacerdote, abatido y cansado, aceptó.

Llegaron a la casa a primera hora de la tarde, tras ascender por un camino escarpado. El criado, andando; el cura, cabizbajo, en la mula. La catástrofe del naufragio había mellado el ánimo de Francesco y, desbordado por las circunstancias, se había refugiado en el mutismo, prefiriendo que fuese el capitán el que se hiciese cargo de los trámites para reparar los daños. Pero ¿qué sucedería si los alimentos se habían perdido? ¿De dónde sacaría el dinero para comprar otros? Aquellas tribulaciones lo sumían en el pesar.

La gran vivienda, blanca, construida a base de varios módulos cúbicos de alturas diferentes, llamaba la atención por su singularidad entre el urbanismo de la isla y por su situación, enclavada en una extensa finca de olivos y

viñedos, en lo alto de un promontorio que dominaba una pequeña bahía.

Entraron en un patio empedrado. Las paredes blanqueadas de la casa refulgían bajo el sol del atardecer. Los cascos herrados resonaban en el silencio encalado. Francesco bajó de un salto y el criado condujo al animal al establo. Soplaban una agradable brisa. El sacerdote, que desprendía un aire aturdido y desaliñado, observaba pensativo las ventanas con celosías de las paredes. Una voz femenina lo sacó de su ensimismamiento.

—Buenas tardes.

Se dio la vuelta y se encontró a una mujer de veintitantos años de aspecto distinguido. Tan alta como él. Y muy guapa.

—¿Sois...?

—Giulia de la Gherardesca. ¿Y vos?

—Francesco Roncalli.

—Tengo entendido que sois un legatario de la Santa Sede.

—Pertenezco a la Corte Pontificia. Me dirijo..., mejor dicho, me dirigía a Marsella en una misión.

—¿Os envía el Papa?

—Digamos que Su Santidad está al tanto de lo que me propongo.

La mujer no dejaba de sonreír. Tenía una voz dulce, cantarina, y hablaba con rapidez, como si las ideas se le amontonasen y tuviera necesidad de liberarlas. Morena, llevaba el cabello suelto. Sus ojos, azulados, relumbraban en aquel patio de fachadas enjalbegadas, bajo la hiriente luz del sol. Llevaba un vestido marfileño ceñido con un cinturón estrecho, y su piel poseía un leve tono acanelado. Francesco se sintió asaltado súbitamente por un sentimiento de vergüenza por mostrarse ante ella tan sucio, con la sotana rasgada y el fajín hecho jirones.

—Perdonad mi aspecto, señora —se lamentó, abochornado, repasándose con la punta de los dedos el contorno de su negro traje talar.

—Sois un náufrago. No os preocupéis. Aquí se os dará todo lo que necesitéis y, si os place, podéis acomodaros en mi casa hasta que vuestro barco esté reparado —respondió, sonriente y con apabullante naturalidad.

—Os lo agradezco, señora de la Gherardesca.

—Llamadme Giulia. Me siento más cómoda.

—Como deseéis.

—Y yo, ¿cómo debo llamaros?

—En Roma suelen decirme reverencia.

—Pero ahora no estáis en Roma. Estáis en Cerdeña. Y en mi casa.

Se quedó desarmado por semejante atrevimiento. En otra mujer hubiese sonado a insolencia, pero en ella, no.

—Os llamaré Francesco.

Agrandó su sonrisa y se retiró un mechón rebelde de la frente. Con ese gesto, él vio que llevaba pulseras y anillos de oro en la mano derecha y de plata en la izquierda. Giulia, añadió:

—Dispondré que os preparen un baño. Mandaré recado para que acuda un barbero y mis sirvientes os proporcionarán ropa nueva. Si vais a ser mi huésped, desearía que estuviéseis satisfecho, Francesco.

Le agradó volver a oír su nombre en boca de ella, y una pleamar cálida recorrió su cuerpo al darse cuenta de que, desde que comenzaron a hablar, no habían dejado de mirarse a los ojos.

\* \* \*

Se dio un relajante baño en un agua en la que vertieron unas gotas de aceite oloroso a hierbas silvestres. El barbero, un hombre espiritado y de manos como tarántulas que manejaba la navaja con precisión, lo afeitó, le pasó una piedra de alumbre y le colocó una toalla caliente en la cara que lo amodorró de puro placer, pues el paño olía a romero. Una vez limpio y afeitado, se vistió. En el espacioso cuarto que le adjudicaron, sobre la cama, había preparada ropa para un hombre alto. Eligió una túnica blanca de lino con cuello abierto y se calzó unas sandalias de piel, pues había perdido uno de sus zapatos en el naufragio.

Cuando hubo terminado, un criado le comunicó que la señora de la Gherardesca quería mostrarle algo.

Giulia lo esperaba en la puerta principal de la casa. Llevaba el cabello recogido en un moño. Olía tenuemente a perfume almizclado.

—Os mostraré mis tierras. Acompañadme.

La túnica de la mujer tenía nesgas, lo que le confería un mayor vuelo a la falda del vestido. Caminaba con donaire.

Desde un otero, le enseñó los campos de olivares y de viñedos, de los que estaba orgullosa, como demostró con una sonrisa tan perenne como las hojas de aquellos árboles achaparrados.

—Vivo del aceite y del vino que produzco. Y de una mina de sal que, con buen ojo, compró mi marido.

Se hizo un silencio expansivo.

—Ah, ¿estáis casada?

—Viuda. Murió hará dos años en septiembre.

Hubo un reflujo del anterior silencio. Ella llevaba el pelo recogido, como hacían las casadas y viudas, pero antes lo llevaba suelto, como las solteras. La mujer, desafiaba las normas sociales.

—Sois una mujer acaudalada.

—Mis padres ya lo eran. Nací en Pisa, en una familia de banqueros. Concertaron mi matrimonio con un comerciante sardo. Adinerado también. Mi esposo, nacido aquí, era un hombre bueno pero mayor. Mucho más que yo. De hecho, podría haber sido mi padre. —Elevó las cejas—. Falleció mientras dormía. No se enteró.

Ella dejó de sonreír al contemplar las lomas cuajadas de olivos. Francesco aprovechó, con disimulo, para apreciar el perfil de su boca, el abultamiento de sus labios y cómo su mirada se metamorfoseaba en segundos, como si se apagase de un soplido la candela que iluminaba por dentro sus ojos azules.

—No fueron años malos. Fueron años perdidos —matizó.

Pero al instante, su mirada volvió a encenderse y sus labios se combaron, sonrientes.

—Ayer tarde —añadió—, cuando cesó la tromba de agua, salí a pasear. Me gusta el olor a lluvia y ver cómo, tras amainar, las hojas de los olivos gotean relucientes.

Recorrieron parte de la finca, hablando ella mucho más que él, que la escuchaba con absorbente atención, así relatase algún sucedido en una reciente venta de aceite a Liguria que recuerdos de su vida en Pisa. Eran su donosura y manera de hablar lo que le gustaba.

Justo antes del crepúsculo, regresaron a la casa. El caminillo que daba a la entrada principal era de grava, y a Francesco le pareció sugerente el crujido de las pisadas, como si triturasen conchas. Delante de la casa había unos pinos y Giulia, con una mirada ensoñadora, aclaró:

—De la madera de estos pinos construyeron los aqueos el caballo de Troya. Los trajeron desde Nápoles para plantarlos aquí.

Entraron en la casa y le enseñó, ufana, el hermoso jardín interior, donde aspiraron el aroma dulzón de los jazmines y galanes de noche que comenzaban a abrirse. Los rayos anaranjados del sol iluminaban la acequia central del patio, y el sonido del agua que circulaba invitaba al sosiego, a desterrar la sensación de prisa.

—En uno de sus viajes comerciales, antes de conocerme, mi marido conoció a un reputado alarife sirio que construyó esta casa. Puso especial empeño en este jardín. Un pequeño edén. Me encanta estar aquí. Sobre todo ahora que se acerca el verano.

Todas las plantas eran aromáticas. Olía a menta, a albahaca, a mirto y al mantillo recién regado de los macetones, que exhalaban un aroma fértil. Había tres naranjos y otros tantos limoneros, de sombra cada vez más alargada bajo el sol moribundo. Sopló una ráfaga de brisa y las sombras de los frutales temblaron.

—¿Cenamos? Estaréis hambriento. Yo lo estoy.

Recorrieron la opulenta vivienda. Muebles de nogal, cedro y roble realizados por exquisitos artesanos, alfombras de Oriente, tapices, ventanas con celosías y un pequeño oratorio presidido por un icono bizantino con fondo de pan de oro.

El comedor disponía de una terraza con vistas a la bahía. Las olas del mar batían la playa. Oscurecía con demora y un criado encendió candiles y velas en la habitación. Sobre una mesita baja de madera, al lado de una arqueta de marfil, habían colocado un búcaro con agua y jazmines recién recogidos, y unas pizcas de incienso se quemaban en un brasero de cobre, en un rincón.

—No estoy acostumbrado a oler incienso fuera de la iglesia.

—¿Os desagrada?

—No. Es más. Me gusta.

—Pensé que así os sentiríais como en casa.

—Hasta ahora, el olor de esa resina lo identificaba con venerar a Dios.

—No es incienso votivo. Pensad que, sencillamente, puede ser un aroma agradable en sí mismo.

Les trajeron la cena. Entre los platos más sabrosos estaban el queso de cabra y la carne de membrillo, acompañados de una copita de vino dulce.

—De mis viñedos —explicó Giulia, tras mojarse los labios en la bebida ambarina—. Se hace con pasas.

Bebieron un traguito de vino pasificado y lo mezclaron con un trozo de queso y del dulce de membrillo.

—¡Delicioso! —exclamó Francesco, entrecerrando los ojos.

Ella llevó el peso de la conversación, contando cómo se había hecho cargo del negocio de producción y exportación de aceite, vino y sal, y de la eficacia de su contable y demás hombres de confianza, en la almazara, bodega

y salina. Del pebetero plateado donde ardía el incienso ascendía un humillo aromático.

—Es inusual encontrar a una mujer al frente de un negocio.

—Todo fue sobrevenido. No me quedó más remedio tras enviudar. Educarme en el seno de una familia banquera me ayudó a estar preparada. A ser práctica. Aunque el mundo de las finanzas y del comercio no es lo que más me gusta.

Le comentó que tenía una apreciable biblioteca, pues de pequeña se educó con preceptores que le enseñaron latín y griego y le inculcaron el amor por los poetas clásicos.

—¿Virgilio, tal vez?

—Sobre todo. Pero también Ovidio. —Hizo un mohín de sorpresa—. ¿Cómo habéis adivinado lo de Virgilio? —sonrió, coqueta.

—Intuición.

—Os creía un hombre más analítico que intuitivo. —Bebió un sorbo de vino dulce y sonrió como solía hacer, con la boca cerrada, sin mostrar los dientes, de un blancor perlado, por lo demás.

—Cuando os referisteis a los pinos con cuya madera se construyó el caballo de Troya, supe que erais lectora del gran Virgilio. Que os agrada su poesía.

La luz entintada de la noche penetraba por la terraza abierta, y las llamas de las velas bailoteaban a cada soplo de la brisa marina. En un determinado momento, un criado, con sigilo gatuno, vertió sobre las ascuas del pebetero de plata una cucharadita de granos de incienso, y una olorosa voluta ascendió hacia el techo. Francesco sentía una pecaminosa euforia por estar lejos de Roma, fuera del alcance de las aves carroñeras de la curia que planeaban en círculos buscando la ocasión de lanzarse en picado sobre él. Pero, más allá de ese burbujeante pensamiento, sentía que el tiempo estaba en suspensión, como si se hubiesen cancelado sus obligaciones y lo único importante transcurriese en aquella habitación olorosa a incienso y jazmín.

Hablaron y hablaron hasta que la cera se consumió y los pabilos se apagaron con un chisporroteo.

*Provenza, 23 de junio de 1212*

Las chicharras, enloquecidas, chirriaban bajo un calor tan homicida que los guacharros caían fulminados desde los nidos. Los niños ya no señalaban nubes esperanzados de que las enviase Dios para traer lluvia, pues estaba raso. Los monjes mendigaban comida en cada población o granja, y unos molineros, apiadados de aquellos pequeños, les entregaron un par de carretadas de harina de almorta que tenían almacenada. La harina había criado bichillos y empezaba a descomponerse debido a la humedad, por lo que su venta era difícil, así que los buenos molineros se deshicieron de ella mientras los clérigos, agradecidos, los bendecían y besaban sus manos rudas, manchadas del polvillo blanco.

Encontraron un riachuelo, saciaron su sed bebiendo tendidos en el suelo, amontonándose en la ribera, como animales. Los frailes llenaron marmitas y ollas con harina de almorta, agregaron agua, hicieron fuego y removieron la pasta para que al menos unos cientos de chiquillos engañasen el hambre. Los niños, arracimados delante de los religiosos, olfateaban el humo del improvisado guisote y hacían cuenco con las manos para recibir un par de cucharones de aquel engrudo caliente, que devoraban a lametones. Gaspard, hambriento e insatisfecho con la escuálida ración que le había tocado, así a los niños con fuerza por las muñecas y con dos sorbos se comía sus gachas, sin importarle sus inconsolables lloros. Necesitado de llenar la tripa, no atendía a otro impulso que a su instinto de conservación. Se limpiaba los grumos pegados a la barba, se chupaba los dedos con fruición y eructaba.

Pierre, como cada día, ejercía de ojeador de huertos, de furtivo. Se adentraba en ellos corriendo agachado para evitar ser visto por los labriegos, se subía a los árboles con agilidad y robaba fruta para que pudiesen comer sus dos amigos y él mismo. Y, una vez conseguido su botín, la emprendía a patadas con los espantapájaros, porque desde la primera vez que vio uno de ellos le desagradaron aquellos estúpidos muñecos rellenos de paja.

Al atardecer, los monjes intentaron tranquilizar a los niños.

—Mañana llegaremos a Marsella —aseguraron—. Se abrirán las aguas del mar y caminaremos hasta Jerusalén.

*Cerdeña, 23 de junio de 1212*

La biblioteca ocupaba una habitación soleada, bien orientada, con celosías que filtraban la luz del sol para que no dañase los libros ni los rollos de pergamino que reposaban en los estantes de madera de pino. En un rincón había una mesa y una silla con respaldo de cuero. Las obras literarias se contaban por cientos. La mayoría procedían de monjes copistas e iluministas que se dejaban la salud y la vista en los escritorios de sus monasterios, dibujando con tinta primorosas letras y escenas multicolores de animales mitológicos. Otros libros, los más apreciados por Giulia, provenían de la abadía de Montecasino, salidos de la mano del abate Didier. Contenían los poemas escritos en latín y griego que, a pesar de sabérselos de memoria, releía con pausada delectación, a la luz del sol o de las velas, al atardecer.

Apoyadas en los libros había varias mascarillas mortuorias romanas de color amarillento. Unas estaban casi intactas, y otras rotas y cuarteadas por el paso del tiempo. En la cera se habían congelado los rasgos físicos de patricios muertos hacía más de mil años: labios cerrados que acababan de expeler el último suspiro y el alma, y ojos cerrados que ya no soñarían más. Giulia explicó que viajaron desde Siria junto con un lote de traducciones del griego compradas en una subasta de libros por el alarife que edificó la casa. Aquel maestro de obras le regaló los libros y las máscaras a su marido en señal de amistad. Ella no quiso desprenderse de los rostros petrificados de los aristócratas romanos, sumidos en el sopor eterno. Decía que quizás aquellos ojos de cera habían leído a los mismos poetas que ella tanto amaba.

Con pausada delectación, acarició con la punta de los dedos los rollos y lomos de los libros y extrajo de un anaquel el ejemplar de las *Bucólicas* de Virgilio. Era un conjunto de cuadernos de pergamino copiado con letra minúscula, que prefería a la letra capital, demasiado solemne y fría. Lo abrió y, cuando iba a comenzar a leer en voz alta, Francesco la interrumpió:

—Vais a leer la égloga cuarta.

—¿Por qué?

—Porque es la preferida por la gente de Iglesia.

—No seáis tan arrogante, Francesco. —Su sonrisa desarmaba cualquier



intención aviesa.

—¿Arrogante? —Francesco dejó la boca medio abierta.

—No pensaba en vos, sino en mí.

Él le devolvió la sonrisa, complacido por su ingenio.

—¿Y qué égloga habéis escogido?

—La décima, por supuesto.

Giulia, con el libro abierto entre las manos, se aproximó a Francesco para que pudiese participar de la lectura. La luz que penetraba difusa a través de las celosías dibujaba estrellas de ocho puntas en su vestido color crudo y en su esbelto cuello.

—¿Juntos?

—Juntos —confirmó él.

Giulia comenzó a leer, traduciendo con naturalidad del latín, como si fuese su lengua materna:

—«Mira, los bueyes vuelven de la labor, pendientes al yugo de los arados, y el sol en ocaso dobla las sombras, a cada instante mayores».

Lo miró con el rabillo del ojo para que él fuera quien prosiguiese.

—«Yo, entretanto, me abraso de amor, para este mal de amor, ¿qué término hay?» —Francesco leyó los versos siguientes.

\* \* \*

Cambiaron al latín para seguir leyendo a Virgilio. Ella, con un deje cantarín; él, con cadencia litúrgica, como si el poema amoroso estuviera emparentado con el *Cantar de los Cantares*. Este matiz le agradó a Giulia, que no pudo reprimir la risa.

—¿Qué os hace tanta gracia?

—Leéis poesía como si dijeseis misa.

—Será la falta de costumbre. O estoy demasiado habituado a los libros sagrados.

—A Virgilio lo estudian los trovadores —comentó Giulia mientras se giraba para devolver el libro a su hueco.

—No tengo buen oído para la música. Si yo cantase sus poemas, los destrozaría.

Ella abrió de par en par las ventanas que daban a la bahía. El cielo era una lámina azul. No corría brisa. A lo lejos se oía el murmullo de las olas contra las piedras y la arena.

—Hace un día estupendo. ¿Os apetece un paseo por la playa?

\* \* \*

Nada más pisar la blanca y fina arena, Giulia se quitó las chinelas de seda roja y anduvo por la orilla, con el agua lamiéndole los pies. Caminaba con un sensual cimbreo. Francesco no se descalzó y las olas, al morir entre espuma, mojaban sus sandalias. Unas gaviotas chillaban en lo alto, atentas a la captura de peces. Hacía calor y bajo la humedad pegajosa la ropa se adhería a la piel.

—Por lo visto el capitán de su barco dirige con energía las reparaciones —dijo Giulia.

—Así me han informado esta mañana.

—Pero la carga de alimentos...

—Se ha perdido casi por completo.

—¿Qué vais a hacer?

—No lo sé. No dispongo de dinero para reponerlos. Dios proveerá.

Unos niños pescaban medusas en la orilla y las ensartaban en palos que clavaban en la arena seca, para que terminaran de morir cocidas al sol.

Un solitario soplo de brisa echó hacia atrás el pelo de Giulia, y ella se retiró con delicadeza un mechón rebelde que le caía sobre los ojos. Sus ojos relumbraban a la luz del sol. Miró a Francesco y sonrió:

—¿Os agrada la vida que lleváis?

—Eh... Sí. ¿Por qué iba a desagradarme? —contestó éste, sorprendido por una pregunta inesperada y directa como un ballestazo.

—Muchas veces no gozamos de libertad para elegir nuestro destino. Alguien lo decide por nosotros.

—¿Os referís al libre albedrío? ¿Acaso lo negáis?

—No me refería a la libertad de ganar o perder el cielo por nuestros actos, sino a la de escoger la vida que queremos para nosotros.

El sacerdote entrecerró los ojos para que no lo deslumbrase el sol. Los chiquillos pinchaban las medusas en palitroques y las blandían en alto en señal de triunfo antes de hincarlas en la arena.

—Yo tuve entera libertad para elegir —aclaró—. Desde muy joven sentí la llamada de Dios. Aunque...

—¿Titubeáis alguna vez? —saltó ella, rauda.

—Aunque a veces me pregunto si mi sacerdocio sería más útil en otro lugar que no fuese Roma.

—Entonces sois afortunado. Mis padres decidieron por mí. Me eligieron marido. No me pidieron opinión. Y yo era tan joven que ni siquiera me atreví a contradecir sus designios. Y, lejos de la Pisa en la que me crié, paso los días. Entre olivares, viñedos y sal.

Los entusiastas gritos de los pequeños que jugaban con las medusas en un palo se oían cada vez más lejanos. Giulia caminaba con una chinela encarnada en cada mano, y a él le recordaban a los zapatos rojos de los cardenales, aunque los pies callosos y de dedos artríticos de sus eminencias nada tenían que ver con los de aquella mujer. Tan delicados.

—A veces, cuando paseo, me da por imaginar la vida que pudo haber sido y no fue. Es curioso, no tengo esos pensamientos al estar sentada, leyendo, o al revisar la producción de aceite y de vino. Sino al caminar. Sólo al caminar —dijo, con un repentino repliegue de su mirada al interior de sí misma.

—¿Y cómo es esa vida?

—Muy diferente a la que he llevado y llevo —respondió, sin que su mirada azulada emergiera del ensimismamiento—. La que pudo haber sido y no fue.

—Lo decís como si sintierais nostalgia... de lo no vivido.

—Es la peor nostalgia. Ojalá no la sintáis nunca.

Otro soplo de brisa le enmarañó el cabello y debió de aventarle los pensamientos melancólicos, porque su mirada recobró el fulgor azul:

—¿Regresamos? Pronto almorzaremos y me gustaría que leyésemos de nuevo a Virgilio.

—¿Aunque mi latín suene litúrgico?

—Seguro que, si os esforzáis un poco, tendrá un acento que hubiese envidiado César.

—¡A él lo cosieron a puñaladas!

—Pero no por su exquisito latín, Francesco.

A él le gustaba oír su nombre de labios de ella, y repetidas veces lo escuchó durante el resto de la mañana, y aun cuando llegó la tarde, encerrados en la soleada y ventilada biblioteca, con el rumor del mar de fondo y el olor a pergamino y papel en los dedos, de pasar las hojas y leer a media voz, juntos, en una dulce alternancia de lectura. Él ya no sentía urgencia alguna por acudir a Marsella a auxiliar a los niños de la alocada cruzada, pues tenía la sensación de que aquello transcurría no en un país lejano, sino en un tiempo remoto.

Y al anoecer, cuando las hojas de los olivos se volvieron satinadas, el

comedor volvió a oler a jazmines puestos en agua. Giulia se maquilló los ojos con *khol* y se aplicó en los labios un poco de pasta hecha con posos de vino tinto y cera, para que le brillasen. Y se vistió con una túnica azafrán cuyo cuello se abotonaba con botoncitos de plata. Un músico tocaba el laúd sentado en la terraza. Sonó la música mientras ellos dos hablaban durante la cena, y en un determinado momento, al ir a coger un pedacito de pan del centro de la mesa, Giulia rozó un dedo de Francesco. Y se demoró en la leve caricia.

Conversaron en voz queda hasta que se consumieron las velas.

*Marsella, 24 de junio de 1212*

Desde el día anterior, los habitantes de Marsella se preparaban para recibir a los niños cruzados. Se decía que la ciudad era el final del camino, y que todos rezarían con fervor para que se abrieran las aguas del mar. La noticia de su inminente llegada se difundió con celeridad, y las campanas repicaron para prevenir a los vecinos. Los repiques comenzaron de nuevo a media tarde, cuando se divisó en lontananza la abigarrada masa humana. Y cuando los millares de chiquillos entraron en la ciudad todos se apenaron de su aspecto: malolientes, con las ropas hechas jirones, ojerosos y enfermos muchos de ellos. Daban lástima.

Los sones de bronce de las campanas no aportaron grandiosidad ni triunfalismo, pues los pies llagados de los pequeños, sus caritas famélicas y miradas vidriosas reflejaban penurias en lugar de sueños de gloria. No reclamaban su botín triunfal ni demandaban un sitio en la historia. Pedían pan y agua. Los sacerdotes marselleses los hisoparon con agua bendita, pero los niños sólo pedían agua para beber. Los gremios improvisaron una cuestación para comprar alimentos y repartirlos, y toda la ciudad, apiadada por el lamentable espectáculo, se volcó en socorrerlos.

\* \* \*

La casa de Jacob Halevi era un puro trájín. El afamado médico, enterado de la llegada de los niños liderados por Esteban el pastorcillo, daba instrucciones a sus cuatro discípulos y supervisaba la recogida de material médico. A pesar de su avanzada edad, se movía con agilidad por la espaciosa consulta, en cuyos anaqueles estaban, muy sobadas del uso, las más celebradas obras médicas, como el *Pantegni*, el *Canon* de Avicena, el tratado de cirugía de Albucasis y *De medicamentis simplicibus*, del toledano Wafid al-Lahmi, adquiridos, a lo largo de media vida, en las subastas de libros de Bagdad y El Cairo.

—Recoged lo siguiente: lancetas, navajas, tijeras, espejos, vendas..., y metedlo todo en las talegas y cajas.

La consulta olía a medicamentos, a los compuestos elaborados por los boticarios y herbolarios a los que Jacob acudía más a menudo en su profesión. El anciano físico recorrió con el dedo los albarelos de cerámica blanca y los frascos de vidrio e indicó a los jóvenes discípulos que hicieran provisión de píldoras, jarabes y electuarios que juzgaran más adecuados para tratar las dolencias más comunes que, a buen seguro, aquejarían a los pequeños. Todos ellos vestían túnica violeta y una larga banda de tela azul sobre el hombro, la beca, para indicar su oficio.

—Recordad las observaciones que leísteis en la obra de Riasi al-Hawi y los consejos que os he dado durante el tiempo que lleváis conmigo. Ah, y no os olvidéis las píldoras de adormidera. Las necesitaremos.

Tres de los médicos asentían mientras, en silencio, se afanaban en recogerlo todo y meterlo en las talegas de cuero y las cajas de madera negra. El cuarto discípulo se mostraba serio e inactivo.

—Maestro —dijo de repente en tono de disgusto—, ¿sabéis que se trata de una cruzada cristiana? —protestó.

—Se trata de personas que nos necesitan. Niños —respondió Jacob.

—No creo que tengan dinero para pagar nuestros servicios. Dicen quienes han visto su lastimoso estado que son pobres como ratas.

—Nuestra obligación es atender a quien padece una enfermedad. Hay ocasiones en las que ejercer la caridad se convierte en una exigencia.

El joven en discordia cruzó los brazos, en actitud retadora, y su tono se tornó sarcástico:

—¿Acaso, maestro, pretendéis que le enviemos los emolumentos al rey? ¿O quizá, mejor aún, al Papa, en Roma?

El viejo galeno no contestó. Se limitó a repartir unas últimas instrucciones. Cuando estuvieron listos, se echó al hombro su talega con medicamentos y asió la caja negra con los utensilios. Pero, antes de salir de la consulta, se volvió hacia el altanero joven que tantos escrúpulos de conciencia mostraba.

—Recoge tus cosas y márchate. No vuelvas nunca por mi casa. Y no me pidas nunca una recomendación profesional. Y, si lo haces, atente al dictamen que dé sobre ti —dijo, sin alterar la voz—. Más te vale que olvides que una vez te alojé en mi casa y te consideré discípulo. Vete ya.

*Cerdeña, 24 de junio de 1212*

El día amaneció bochornoso. La calima blanqueaba el aire en la distancia y el calor reblandecía las seseras de madrugadores campesinos que, lentos y sudorosos, caminaban entre los viñedos y los olivares como si tuviesen plomo en las suelas. Los agricultores se levantaban de noche para que la salida del sol les pillase ya arriñonados sobre la tierra ajena. El contable despachó con la señora para ponerla al tanto de los ingresos y gastos, y los regidores de la almazara y del lagar la informaron del último cargamento de aceite y vino exportado a Niza.

Cuando Giulia terminó de comprobar el estado de las cuentas y repartir las oportunas instrucciones, le propuso a Francesco remojar los pies en el mar para combatir el aplastante calor.

—Me gustaría nadar. Hace mucho que no lo hago. Y siempre que lo he hecho ha sido en ríos. Nunca en el mar.

—Pues podréis sacaros esa espina, Francesco.

Bajaron a la playa por un tortuoso caminillo de tierra. Ella llevaba un vestido malva de lino cerrado con cintas, y él, una camisa blanca de amplios faldones y calzas violetas. Aún se sorprendía de no verse con sotana, pero era la única ropa de la que disponía. Las gaviotas planeaban, atentas a pescar algo. No había niños pinchando medusas en un palo.

Al llegar a la orilla, Giulia se descalzó y, con las chinelas en la mano, introdujo los pies en la refrescante agua y comenzó a reír y a salpicar a Francesco, que contemplaba la plácida inmensidad del mar, tan azul como los ojos de ella. El sacerdote sonrió con el jugueteo de las salpicaduras, se sacó por la cabeza la amplia camisa, la arrojó sobre la arena, se adentró en el agua, se zambulló y comenzó a nadar despacio, disfrutando de una sensación de absoluta libertad y apabullante felicidad. Conforme se alejaba de la orilla, sus pensamientos se serenaban aún más y se borraba de ellos cualquier atadura con su vida vaticana o con la misión pendiente de ayudar a los niños cruzados. A cada brazada, se sentía más contento de estar allí.

Al cabo de una hora, salió del agua, cansado, con los músculos doloridos por el esfuerzo. Pero satisfecho por el vigorizante ejercicio.

Giulia estaba sentada en la arena, con el vestido remangado hasta casi los muslos. Apoyaba los brazos en las rodillas y la barbilla en las manos. Sus piernas eran largas, de pantorrillas estilizadas. Sonrió al verlo acercarse. Respiraba entrecortadamente, empapado, con el torso desnudo y las calzas violetas chorreando agua.

Conforme se aproximaba, Francesco admiró las esculturales piernas de ella y sintió una pleamar de deseo. No estaba habituado a ver las piernas de una mujer. Sólo en el Hospital de Los Prados, a veces, las locas, entre risotadas histéricas, se alzaban la falda para mostrar su peludo sexo a los médicos o a él mismo, ganándose las pobres una somanta de palos de los enfermeros. Lejos de cohibirse, sintió una inusual naturalidad al tumbarse a su lado, cerca. Su pecho poco vellosos subía y bajaba acompasadamente con la respiración. Admiró las manos de Giulia, grandes, de dedos largos y uñas cuidadas. Manos magníficas para abofetear. Manos propicias para acariciar. Francesco entreabría la boca para tomar más aire y cerraba los ojos para evitar que el sol lo deslumbrase. La arena, fina como harina, se pegaba a las calzas y a su piel mojada.

—Sois un buen nadador. ¿Estáis cansado?

—Agotado, más bien. Estoy desentrenado y nunca había nadado durante tanto tiempo. Los ríos son otra cosa.

—¿Os ha gustado?

—Nada hay comparable con el mar.

Su respiración se fue haciendo más lenta y profunda, hasta recuperar un ritmo normal. Se irguió y se sentó, al igual que ella. Se frotó el pecho con la mano rebozada de arena y dejó restos de granos en la piel. Los dos cuerpos, próximos, despedían calor. El de ella olía a perfume y sudor, el de él, a salitre y algas. Francesco tenía la sensación de que el tiempo había dejado de correr, que habían vaciado en la playa la arena de todos los relojes del mundo para detener el inexorable paso de las horas. Aquella idea le hizo recoger un palito y clavarlo en la arena para hacer un rudimentario reloj de sol, con su fina línea de sombra proyectada.

Giulia ladeó la cabeza para mirarlo de cerca, y sonrió.

—Nací en la época de la recolección de la miel —dijo—. Mi madre me contaba que, cuando me tuvo, esa mañana vio a dos apicultores, con máscaras de mimbre entretejido y guantes. Esa misma tarde, ella me embadurnó los labios con miel para endulzarme la boca y el corazón.

—Es una bonita manera de venir al mundo.



—¿Creéis que el día de nuestro alumbramiento condiciona nuestra vida?

—No. Me parece una superchería.

—Tal vez.

La calima parecía encalar el aire en lontananza. El mar, apacible, apenas tenía oleaje. Giulia se retiró el pelo detrás de las orejas y sus pendientes de oro brillaron bajo el sol.

—Os voy a contar una historia. —Cerró los ojos para recordar los detalles y comenzó a relatar—: De niña, en Pisa, había un trovador que cantaba las canciones más tristes que haya escuchado. Todas de amor desgraciado. Los enamorados vivían amores imposibles, llamados a no cuajar o a terminar mal. En la ciudad se rumoreaba que el trovador había intentado suicidarse muy joven por un amor contrariado. Ató una cuerda al disparador de una ballesta, colocó el arma sobre una mesa, se arrodilló delante a pocos pasos calculando la trayectoria del venablo, tiró de la cuerda, recibió el flechazo pero no murió.

—¿Falló?

—La flecha se alojó muy cerca del corazón. El médico rompió el mástil, pero se negó a extraer la punta por miedo a que se desangrara. Decidió dejarla allí. No falleció, cicatrizó la herida de la flecha, pero no la de la pena. El trovador aseguraba que dentro del cuerpo sentía el eco de los latidos al rebotar contra el hierro, acomodado en su pecho como un huésped maligno. El poeta cantor le echaba la culpa de su triste destino al día tormentoso en el que lo parieron. Un mal presagio.

—¿Esa historia es cierta?

—Eso oí contar.

Estuvieron un rato en la playa, bajo el sol, hasta que a Francesco se le secaron las calzas. Al ponerse en pie, le dio una patadita al reloj de sol para desbaratarlo y tener la ilusión de detener el tiempo. Y regresaron a la casa.

Tan absorto estaba Francesco, que ni siquiera rezó el ángelus. Se le olvidaba todo lo que no fuera estar con ella, y las horas junto a aquella mujer se le hacían tan cortas que hubiera necesitado doblar los minutos para quedar satisfecho. Incluso se olvidó de la creciente quemazón y enrojecimiento de la piel. Se había quemado.

\* \* \*

Al atardecer, uno de los criados preparó un unguento con leche, aceite y

almendras que le había encargado la «señora». Ella le llevó el frasco a Francesco, que contemplaba el ocaso desde la terraza del comedor.

—¿Qué es ese potingue?

—Un bálsamo. Aliviará su malestar.

Giulia posó el recipiente de cristal en una mesita.

—Quitaos la camisa —le pidió.

Francesco notó un calor mayor que el que irradiaba su piel quemada.

—¿Cómo? No. Por favor, Giulia. Ya lo haré más tarde.

—Cuanto antes se os aplique el remedio, antes os curaréis. No seáis niño, Francesco. Despojaos de la camisa. Y quitáosla con cuidado, el roce de la tela os hará ver las estrellas.

Obedeció. Se quitó la camisa. Ella vertió el bálsamo blanquecino en su mano y, con sumo cuidado, lo extendió por el pecho, los brazos y la espalda. Oleadas de placer recorrían el cuerpo de Francesco, no tanto por la fresca sensación del unguento, sino por la delicadeza de las caricias, apenas un suave roce.

—Tenéis la piel lechosa de los eclesiásticos. Es normal. Las iglesias son penumbrosas. Apenas entra la luz del sol.

Francesco dejó de sobresaltarse al sentir el contacto de los dedos y se dejó acariciar para que la crema se extendiera. Sentía un cosquilleo en la sangre. Las miradas de ambos se cruzaron. Y también las sonrisas. Cuando no quedó ninguna zona por cubrir, Giulia comentó:

—Dejad que la piel absorba el bálsamo antes de poneros la camisa.

Se levantó brisa y ambos, sin necesidad de rellenar el silencio con palabras, admiraron el ocaso apoyados en el pretil de piedra de la azotea.

Luego vino la cena entre olor de jazmines puestos en agua y música del tañedor del laúd. Aceitunas, vino, cordero con miel y manjar blanco. Y como ella era golosa, sirvieron también vino dulce, queso y carne de membrillo.

La claridad de alpaca de la luna entraba por las ventanas y la terraza abierta cuando Giulia tomó de su plato un pedacito de queso y, sin dejar de mirar a Francesco, se lo introdujo en la boca. Después, cortó con el cuchillo un trocito de membrillo, lo cogió con sus dedos y se lo dio a comer. De nuevo, rozando con la comida los labios de Francesco.

Hablaron muy juntos y con voz muy queda hasta que las velas se apagaron.

*Marsella, 25 de junio de 1212*

La llegada de la cruzada de los niños constituyó una extraña fiesta para la ciudad, un imprevisto jubileo. Los campos dejaron de trabajarse, los talleres gremiales se vaciaron, no se dijo misa en las iglesias al estar desiertas de fieles y los marineros no salieron a faenar. Muchos de los habitantes de Marsella, apiadados, aliviaron con bebida y comida las perentorias necesidades de la masa infantil, cuya mera visión daba pena por el lamentable estado físico de muchísimos pequeños. Pero otros tantos habitantes, bloqueados emocionalmente o desbordados por aquella pacífica invasión, no aportaban alimentos ni cedían sus casas a los niños, sino que observaban el espectáculo, profetizaban desgracias o, sencillamente, se mofaban.

El viejo Jacob Halevi y sus discípulos atendían sin dar abasto a los niños enfermos que, tirados por las calles de Marsella y sus playas, agonizaban llamando a sus madres o, encendidos de fiebre por la escarlatina, se arrastraban pidiendo agua y comida, sin fuerzas para llorar. O tal vez la sequía en sus ojos era de tanta lágrima vertida antes.

Los cuatro médicos judíos les administraban medicamentos, lavaban heridas y las curaban, hacían vendajes y entablillaban piernas y bracitos rotos. El jarabe de láudano calmaba los intensos dolores que aquejaban a los chiquillos en estado más grave, cuyas heridas necesitaban sutura o tenían huesos fracturados. Las píldoras de adormidera sumían en un profundo sopor a los que operaban al aire libre, bajo el sol, pues la gangrena avanzaba en sus extremidades o se habían descalabrado tras una caída. Practicaban su cirugía rodeados del morbo de los curiosos, que hacían corro para observar cómo manejaban las lancetas, las pinzas y las sierras hasta que el sol declinaba y la poca luz los obligaba a parar.

Las improvisadas operaciones quirúrgicas, realizadas a cielo abierto, sin tender a los pacientes en mesas o sentarlos en sillas, desataban la malsana curiosidad de los marselleses, que, arremolinados en torno a los niños operados, jaleaban a los médicos cuando amputaban miembros con los serruchos, daban respingos si les saltaba un chorro de sangre, gritaban de horror si se salían las tripas o se desmayaban al ver cómo las lancetas hendían

la carne tumefacta.

Los galenos apenas dormían. Ojerosos y con la cabeza embotada por el trabajo ininterrumpido, combatían el cansancio acumulado con el empuje del corazón en un intento de salvar a la mayor cantidad de niños deshidratados, desnutridos, aquejados de variadas enfermedades y con heridas purulentas e infectadas.

El discípulo más diligente era un despierto joven venido de Narbona. Se había mostrado atento a las enseñanzas del anciano Jacob Halevi desde que llegara a Marsella semanas atrás y demostraba una gran dedicación hacia los pobres niños, pues trabajaba con denuedo, con una concentración absoluta, sin irritarse con las personas que, con gelidez sentimental o espíritu morboso, contemplaban la agonía de los pequeños y comentaban en voz alta las cirugías. El joven galeno echaba de menos a su mujer y deseaba reencontrarse con ella, pero se debía a su maestro, que tanto le había enseñado. Ya llegaría la ocasión de volver con su esposa. Con Raquel.

Y esa tarde, cuando los médicos se reunieron para intercambiar impresiones y repartirse medicinas, el sabio Jacob Halevi puso la mano sobre el hombro de su discípulo predilecto:

—Estoy orgulloso de ti. Estás demostrándome que eres un excelente médico. Y una gran persona. Llegará un momento en que tu ciencia supere a la mía.

—Me honráis, maestro. —El joven se ruborizó.

—Y ahora, continuemos.

\* \* \*

Al atardecer, el pastorcillo y su corte de seguidores, repuestos en parte de la dureza del camino, se aproximaron a las playas de Marsella y contemplaron el mar con lágrimas en los ojos. La jaranera multitud enarbolaba gallardetes y lábaros, cantaba canciones religiosas y coreaba que «Jerusalén era cosa de un día». Los clérigos, con el corazón llameante y excitados por el milagro que iban a presenciar, se mostraban fuera de sí y vociferaban soltando gallos para animar a los chiquillos a rezar con fuerza. Todos tenían la mirada fija en Esteban, que se mostraba impávido a pesar de la inminencia del portento de la apertura de las aguas.

—¡Esteban, Moisés era un aprendiz a tu lado!

—¡Gloria a Dios, que nos ha permitido vivir para ver este milagro!

Los niños, jubilosos por haber culminado la primera etapa del camino, les preguntaban a los monjes qué comerían hasta llegar a Jerusalén, «con qué llenaremos el buche», decían, y los clérigos, con una lógica pasmosa, les respondían que, al abrirse el Mediterráneo, quedarían en el lecho marino miles de peces coleando y pulpos moviendo sus tentáculos, y que bastaría con recogerlos y asarlos.

Así las cosas, millares de chiquillos pisaron las playas locos de contentos. Ninguno había visto el mar. Corrían por la arena y reían sin parar, se arrojaban de bruces sobre ella para caer en blando, hacían cabriolas y jugaban a pídola, metían los pies en el agua o, alineados, orinaban en el agua, atraídos por su inabarcable extensión. Recogían conchas marinas y las guardaban como si fuesen tesorillos, y al llevarse las caracolas a la oreja para oír el mar se quedaban extasiados, sin alcanzar a entender cómo era posible contener en un objeto tan pequeño la inmensidad que tenían ante sus ojos.

—¿Entonces esto es el mar? ¡Es enorme!

—¡Es como un río, pero a lo bestia!

—¿Dónde está Jerusalén? ¡No lo veo!

—¡Ponte de puntillas y lo verás, al fondo!

—¡Hemos llegado! ¡Hemos llegado!

Gritaban hasta enronquecer, jugueteaban en la orilla y recuperaban la alegría que les había embargado cuando se unieron a la cruzada, semanas atrás. Philippe, rebozado en arena y con las manos y pies mojados, se sentía fascinado por la inmensidad marina.

—Pronto aparecerá una madre para mí —profetizó en un susurro sin que se apagase el brillo de sus ojos.

—¿Sigues dando la tabarra con eso? —Pierre lo oyó y, tras un suspiro, le respondió con fastidio—: Tu padre te engañó. ¡No va a venir ninguna madre!

—¿Cómo lo sabes? Él me lo dijo.

—¡Te mintió! Él no te quería.

—Déjalo tranquilo, Pierre —intervino Juan, acariciando la cabeza de su pequeño amigo—. Philippe nos tiene a nosotros. Somos sus amigos. No le digas esas cosas.

—Es que no quiero que sufra.

—A nuestro lado, no sufrirá.

Pierre, pensativo, contempló las olas y las crestas de espuma que se deshacían al chocar en la orilla.

—Aquí empieza el mar —dijo tras unos instantes—. Y termina en

Jerusalén. El mundo es mucho más grande de lo que había imaginado. En el hospicio me lo imaginaba más pequeño.

Philippe se entretenía haciendo un hoyo en la arena. Escarbaba como un perrillo y, cuando se topó con agua, gritó, sorprendido. Pierre, todavía embebido en sus pensamientos, receloso, le preguntó a Juan:

—¿Sólo con rezar se abrirá el mar y cruzaremos?

—Eso dicen todos.

—¿Y tú te lo crees? ¡El mar es muy grande! Está lleno de mucha agua... y...

Juan se encogió de hombros y se mostró esquivo en la respuesta:

—Si lo dicen, por algo será. —Y se acordó de su padre, y echó de menos su sabiduría. Él habría sabido cómo actuar en semejante situación.

\* \* \*

El pastorcillo se encaró con el Mediterráneo sin decir palabra. Los monjes y sus más fieles lo miraban, expectantes, anhelando comenzar a orar para que se obrase el milagro más grande de la humanidad desde la resurrección de Cristo. El sol se escondía, cansado, tras haber alargado las horas de luz en el cielo. Se levantó una suave brisa marina que aventó los temores y los malos pensamientos. Una luna madrugadora se perfilaba en el firmamento. Esteban alzó los brazos y dijo en voz alta que esperarían a la mañana siguiente para rezar. Entonces se abrirían las aguas y atravesarían el mar hasta Jerusalén.

Pasaron la noche desperdigados por las playas de Marsella, al raso, bajo el plateado de las estrellas, soñando con el paseo triunfal que les aguardaba.

Esa noche no hubo cuento del abuelito.

El paisaje marino subyugaba a los niños, y los más nerviosos e insomnes, magnetizados por el sonido de las olas y su reflujó, se bañaron a hurtadillas de madrugada, y algunos, al no saber nadar, se ahogaron, y sus cuerpos, tragados por el mar, fueron devueltos a la orilla al amanecer, como pescaditos muertos.

Murieron sin ver la Jerusalén soñada.

*Cerdeña, 25 de junio de 1212*

No se separaban. Visitaron los molinos donde se molturaba la aceituna y, aunque los pesados rodillos de piedra no funcionaban al no ser época de recogida, un olor aceitoso flotaba en el aire e impregnaba los capachos de esparto donde se prensaban las aceitunas en invierno. Las ánforas y tinajones rellenos de aceite esperaban a ser embarcados y exportados. Con aquel aceite verdoso se rellenarían alcuzas para empapar pan, guisar, embadurnar las rozaduras de los pies de los niños, untar las desolladuras de las manos tras laborar en el campo o las nalgas después de una larga cabalgada, y también lubricaría las partes escondidas de las mujeres y las prohibidas de los hombres en las alcobas, cuando caía la noche y cantaban las lechuzas.

Luego leyeron juntos en la biblioteca, comieron sin música de pulso y púa y al atardecer salieron a dar un paseo por las lomas de olivares, en tanto que unos espesos nubarrones avanzaban raudos por el cielo, oscureciendo la luz a marchas forzadas.

Los vencejos volaban bajo y hacían acrobacias. Comenzaron a soplar ráfagas de viento que agitaban las hojitas de los olivos, como si temblasen de miedo ante un inminente castigo. Olía a tierra mojada. La tormenta era inminente.

Francesco caminaba y contemplaba el horizonte de olivos puestos en fila, ordenados como un ejército arbolado. De repente, sintió cómo se despeñaba en su corazón la melancolía.

—Algún día me iré y volveré a la vida real —se lamentó.

—Esto también es la vida, Francesco. Tan real como vuestras misas en Roma y vuestros latines en los documentos que archiváis.

—Me esperan unos niños que auxiliar.

Ella se detuvo y, como si el azul de sus ojos se hubiese encapotado al igual que el cielo, comentó:

—¿Qué me importan unos niños que no conozco de nada? Me importa lo que sucede aquí, en este momento.

—Sois egoísta, Giulia.

—Sólo soy una mujer que quiere ser dichosa.

Los nublados cubrieron el cielo. Se oyó el lejano rugido de un trueno. La tormenta estaba más cerca.

—Va a llover —pronosticó él, mirando hacia arriba.

Al bajar la vista y posarla en ella, se dio cuenta de que ya había empezado a llover en sus ojos. Dos lágrimas corrían por las mejillas de Giulia. Se mantuvo callada un rato. Se sostuvieron la mirada, sin pestañear. Ella sonreía con tristeza contenida.

—¿Por qué me miráis de esa manera? ¿Con tanta fijeza? —Francesco rompió el silencio.

—Sois bobo.

—Soy hombre.

—¿Acaso necesitáis que os explique todo?

—Os repito que soy hombre. Muchas cosas se me escapan.

—Os miro así para retener vuestra cara en mi memoria. Cuando os marchéis, no quiero olvidaros.

—Podéis hacerme una mascarilla de cera y colocarla en la biblioteca, junto a la de los antiguos romanos muertos. Prometo no mover un músculo aunque la cera caliente me quemé —repuso.

La humorada devolvió el brillo a la mirada de Giulia.

—¡Quiero recordaros vivo, no entre los muertos! —Le salió una voz en exceso aguda, y amplió la sonrisa.

Comenzaron a caer gotas, gruesas y tibias. Se estrellaban en los terrones del olivar y desaparecían enseguida, absorbidas. El fuerte olor a tierra mojada venía acompañado de un insistente tronar. Francesco se acercó y con los dedos enjugó los lagrimones que resbalaban por el rostro de Giulia.

—La lluvia se mezcla con las lágrimas. El cielo tiene envidia de vuestra belleza. No lloréis —murmuró.

—No os marchéis..., y no volveré a llorar nunca.

Llovía con más intensidad. Los pájaros se habían retirado a sus nidos. Los relámpagos culebreaban entre las nubes negras. El viento agitaba el cabello de Giulia y, al apartárselo de la cara con las manos, tintinearón las pulseras de oro y plata que llevaba.

—Tengo celos de Dios —murmuró ella—. Pero contra Él no puedo luchar. No porque tema su cólera o su venganza, sino porque contra su omnipotencia no tengo nada que hacer.

El agua empapaba el vestido de lino crudo de Giulia y la túnica blanca de Francesco. La tela se les pegaba al cuerpo. La fosforescencia de los rayos



iluminaba las nubes de panza de burro. Resonaban los truenos. Bajo el vestido mojado de ella se adivinaban las caderas y los generosos pechos. Giulia se abrazó a él con fuerza y éste, con la sangre hirviendo, notó la urgente y durísima llamada del deseo. Se besaron y saborearon sus bocas salpicadas de lluvia. Francesco, pegado al hermoso cuerpo de la mujer, sentía el calor que irradiaba, y su mente se vació de pensamientos para colmarse de uno solo: estar con ella.

Giulia despegó los labios para mirarlo, pero sin dejar de abrazarlo. Su pelo largo le caía húmedo por la espalda. Reclinó la cabeza con dulzura contra el pecho de Francesco. Podía escuchar sus latidos.

—No te vayas —le susurró.

Un tronido retumbó hasta perderse en un eco lejano.

—Y si te vas, vuelve.

*Marsella, 26 de junio de 1212*

La salida del sol fue saludada con toques de caracola, como si los niños, impacientes por presenciar el milagro de la separación de las aguas, conminaran a Poseidón y a los antiguos dioses a abandonar el Mediterráneo, pues el único Dios verdadero iba a demostrar su poder.

A lo lejos se divisaban las velas de los barcos mercantes que se dirigían a Marsella, orientados por la línea de costa y la luz del faro portuario.

Los anaranjados e incipientes rayos, el ulular de las caracolas y las sacudidas en los hombros despertaron a todos los chiquillos, que se desperezaban estirando brazos y piernas y eliminaban los vestigios de sueño restregándose con los puños los ojos.

Había llegado el día.

En silencio, cumpliendo un ritual no ensayado, los pequeños se pusieron cara al mar, esperando el momento en que el pastorcillo diese comienzo a la oración milagrosa. El silencio se adensó aún más, como si el Jehová del Antiguo Testamento, por castigo o diversión, hubiese extirpado las cuerdas vocales del pueblo elegido. El espumeante sonido de las olas y los chillidos de las gaviotas eran la música que preludiaba el paternóster colectivo. Los corazones retumbaban en los pechos de miles y miles de niños, los cuales no entendían cómo, de tan fuertes y veloces como eran los latidos, no se oían al estilo de un redoblar de tambores.

Esteban se adelantó unos pasos. Caminó hasta la orilla y sus huellas en la arena fueron contempladas por los monjes como futuras reliquias que, antes de ser borradas por la marea alta, deberían conservarse, guardarse en urnas y venerarse en los monasterios y catedrales de toda Europa. Los religiosos, conscientes del momento, ya pensaban en la posteridad.

El pastorcillo cerró los ojos y abrió los brazos. Los clérigos se postraron de hinojos y millares de niños se arrodillaron también en las playas de Marsella.

En el principio fue el verbo. Todo comenzaba.

Esteban inspiró, soltó el aire y dirigió el rezo:

—*Pater Noster, qui es in caelis; sanctificetur nomen tuum.*

Quienes sabían orar en latín acompañaron al pastorcillo en voz alta, y quienes apenas balbucían las primeras frases del padrenuestro movían los labios, como si así contribuyeran a la formación del milagro.

—*Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas Tua.*

Los ojos se clavaban en el mar, esperando el momento de la división de las aguas. ¿La señal sería un remolino, una brusca retirada de las olas, un temblor submarino acompañado de una hendidura en el mar?

—*Sicut in caelo, et in terra. Panem nostrum cotidianum da nobis hodie.*

La voz de Esteban era firme, tan autoritaria que otorgaba al rezo un carácter de mandato. Miles de gargantas secundaban la oración mientras las miradas buscaban en el Mediterráneo algún indicio del milagro, algún ruido sospechoso, tal vez un bramido del oleaje.

—*Et dimitte nobis debita nostra, sicut et nos dimittimus debitoribus nostris.*

Los monjes, con el corazón en la boca y los latines hirviendo en la lengua, pensaban que los profetas antiguos debían expresarse con la misma autoridad que demostraba Esteban en ese momento, pues parecía recitar al dictado de Dios.

—*Et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a malo.*

El amén final restalló en la arena y su eco fue amplificado por la brisa. De nuevo regresó el silencio expectante, y hubo miles de bocas abiertas, ojos a punto de salirse de las órbitas y corazones repicando en los pechos a la espera de que se apartaran las aguas.

Nada.

Con las respiraciones agitadas y los puños apretados por la tensión nerviosa, pensaban que tal vez bajarían del cielo unos ángeles para separar las olas a puñetazo limpio, o con el batir de alas.

Nada.

El pastorcillo, con estudiada tranquilidad, se quitó la cruz de madera que llevaba al cuello —la que había tocado Jesucristo cuando se le apareció—, se agachó y la introdujo en el agua.

Nada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué no se abre el mar?

—¿Y el milagro?

Nadie se explicaba la ausencia de hechos sobrenaturales. Los niños, atónitos por la aparente tranquilidad marítima, cruzaban miradas y hacían preguntas en voz alta:

—¿Por qué no se separan las aguas?

—¿Por dónde cruzamos?

El pastorcillo volvió a alzar los brazos y una nueva oleada de silencio recorrió la playa. Esteban inició el rezo del avemaría y un coro de vocecitas lo secundó. Al finalizar la oración mariana, todos aguzaron la vista para detectar alguna anomalía en la superficie del agua que indicase el anunciado milagro.

—¡Allí!

Un chiquillo señaló con el dedo la cresta de una ola que avanzaba con velocidad hacia la orilla. El sonido se iba convirtiendo paulatinamente en un estruendo. Las manos empezaron a elevarse hacia el cielo y hubo gritos de alivio y alegría.

—¡Allí! ¡Esa ola!

—¡Ya viene! ¡Ya está aquí!

El rugido de la ola llegó al clímax poco antes de morir entre espumarajos en la orilla. Y un rayo de desilusión fulminó a quienes estaban persuadidos de que se trataba del esperado milagro.

El pastorcillo, preso de un evidente nerviosismo, comenzó a dar grandes zancadas por la arena y a rezar en voz tan alta que más parecía gritar de puro enojo:

—¡Señor, abre las aguas y déjanos pasar!

Y los monjes, contagiados de la energía de Esteban, animaban a los niños a repetir las súplicas:

—¡Señor, abre las aguas y déjanos pasar!

La oración fue coreada una y otra vez, un minuto tras otro, hasta que los pequeños, cansados de vocear para que Dios los escuchara, dejaron de hacerlo y se sentaron en la arena, defraudados y desorientados. No tenían ganas de jugar ni de hacer castillos.

Frenético, el pastorcillo daba vueltas y vueltas a lo largo de la orilla sobre sí mismo, como los perros al intentar morderse el rabo. Pisoteaba el agua y enlazaba un paternóster con otro ante la mirada incrédula de los frailes y sus seguidores más leales, cabizbajos por la pérdida de aplomo de Esteban y la sordera de Dios.

\* \* \*

Tras el infructuoso rezo matutino le sobrevino al pastorcillo un sopor

paralizante que lo dejó aniquilado, falto de fuerzas. Pero al atardecer, cuando el sol declinaba y la brisa expandía un olor a algas pútridas, recuperó el vigor y animó a sus cruzados a recomenzar las oraciones, algo que gustó a los niños, a los que la idea de una caminata nocturna por las aguas abiertas del Mediterráneo les parecía o bien un sueño o bien uno de los cuentos del abuelito. El primer padrenuestro se rezó con una emoción intacta, pero, ante la obcecación del mar en no separarse o ante la negativa de Dios a acceder a las peticiones de sus alevines cruzados, cundió de nuevo el desánimo y se hizo un silencio traumático. Y entonces, algunos, los más temerarios, plantearon nadar hasta Jerusalén, pues el Señor les daría fuerzas sobrehumanas y cruzarían el Mediterráneo como un banco de sardinas. Pero la ocurrencia de llegar a nado a ultramar no cuajó.

Esteban, entretanto, rebosante de vitalidad, andaba a trancos por la playa, rezando a grito pelado para incendiar los corazones de unos niños cansados de recitar oraciones y esperar un milagro que se hacía de rogar.

Una vez asumido que en aquella jornada no se emularía a Moisés en el mar Rojo, encendieron hogueras y se dispusieron a pasar otra noche a la intemperie, bajo un tupido manto de estrellas y una luna que parecía el ojo de un cíclope bueno. Mañana retomarían los rezos. Mañana.

El balsámico sonido de las olas acunó el sueño de los niños.

Y las pesadillas.

*Cerdeña, 26 de junio de 1212*

Cuando bien temprano fue informado de los avances en la reparación del barco, Francesco escuchó los detalles técnicos con indiferencia y con la mente puesta en otro lado. Aquellas noticias se le antojaban ajenas, incluso una intromisión en sus inmediatos intereses. Y, en cuanto el mensajero terminó su pormenorizado relato, lo despidió con un gesto enérgico, como si le molestase su mera presencia. A fin de cuentas, era el recordatorio de que, en algún momento, debería zarpar.

Aprovechaban todas las horas del día juntos. Inseparables. Hablaban quitándose la palabra, porque eran muchas las cosas que querían conocer el uno del otro y mucha la necesidad de recuperar el tiempo perdido, el tiempo de antes de conocerse. Paseaban entre vides y olivos, indiferentes a todo, pendientes tan sólo de la puesta del sol.

Francesco meditaba en cómo se había revolucionado su vida en cuestión de días, cómo había sobrevenido aquella mudanza de sus convicciones. Allí, en aquel bello paraje de Cerdeña, su existencia en Roma parecía lejanísima, y la veía más con distancia temporal que geográfica, como si su vida hasta ahora hubiese tenido lugar en la Antigüedad. Y se sentía tentado a comenzar otra vida sin necesidad de dar explicaciones.

Sería sencillo.

No tendría por qué enviar una carta de renuncia a la Santa Sede ni mandar un mensajero al palacio Laterano. Bastaría con quedarse en la isla, olvidar los viejos recuerdos y sustituirlos por otros nuevos, con ella como protagonista. Bastaría con quedarse en aquella isla, en aquel mundo detenido, en aquel tiempo fuera del tiempo.

Giulia le decía que allí sería feliz, ayudándola en el negocio, leyendo juntos, comprando libros y encargándolos en los monasterios europeos a los mejores copistas, aquéllos de manos refinadas, capaces de conseguir una esmerada caligrafía y de iluminar las hojas con sorprendentes miniaturas de animales fantásticos, de sirenas de hipnóticos cantos y unicornios rendidos ante doncellas.

Entusiasmada, Giulia hablaba atropelladamente. Hacía planes y movía

las manos en el aire con tintineo de oro y plata, construyendo un futuro resplandeciente mientras Francesco la escuchaba absorto y le devolvía las sonrisas que ella no borraba de su boca. Como si el invierno nunca existiera en sus labios.

Y cuando ella se alejaba unos pasos y volvía con bamboleo de caderas, él decía:

—No sé si me gusta más mirarte, escucharte o leer a tu lado.

Al anochecer, con la luz negra en el cielo y las velas en la casa, Giulia, antes de cenar, bebió agua aromatizada con canela y hojas de menta. Cogió un palito de canela, lo chupó y lo sostuvo entre los dedos mientras Francesco, sin necesidad de quebrar el dulce silencio, la contemplaba.

Sus corazones latían al unísono. Y anticipaban las palabras antes de despegar los labios.

*Marsella, 27 de junio de 1212*

Desde el amanecer hasta el ocaso se repitió el rito de la oración comunitaria propiciatoria para la gestación del milagro de las aguas. Pero el mar no se abrió. Ni siquiera se coló el agua por un gigantesco agujero en el fondo marino, como decían algunos que sucedería, para desecar el Mediterráneo y atravesarlo en un alegre paseo.

El pastorcillo pasaba de la serenidad a la irritación en cuestión de minutos al darse cuenta de que Dios no atendía a las plegarias. Se sacaba por el cuello la cruz de palo que el Hijo de Dios había tocado cuando se le apareció mientras cuidaba el rebaño y azotaba con ella las olas, castigándolas por no abrirse. «¡Irreverentes!», gritaba una y otra vez. Sin embargo, nadie abandonaba las playas, pues los niños aún mantenían una fe ciega en Esteban y en sus promesas de alcanzar Jerusalén, conquistarlo en un santiamén y vivir luego en un país maravilloso.

Cuando la desesperanza cundía entre las filas infantiles y las oraciones repetidas cansinamente seguían sin funcionar, los pequeños se desparramaban por la arena y comían y bebían lo que los marselleses les daban. Cada vez menos. La caridad de los habitantes de la ciudad se agotaba. La permanencia de miles de chiquillos era un problema, y podía ser todavía más grave si la estancia se prolongaba. ¿De dónde obtendrían alimentos? ¿Habría comida suficiente hasta que el tozudo Mediterráneo se abriese?

Al mediodía, Gaspard se zambulló en el mar para jugar con los niños y, sobre todo, con las niñas. Les hacía ahogadillas y las agarraba por las nalgas y los pechicos para propulsarlas por el aire y chapuzarlas. Gaspard se bañaba no para lavarse, sino para «mear y cagar en el mar» y, tras ventosear, se reía con las apestosas pompas que ascendían y estallaban en la superficie y con los zurullos que flotaban cual leños a la deriva.

El abuelito, como antiguo cruzado, era el único que había visto antes el mar. Contemplaba el Mediterráneo con fijeza, sin asomo de melancolía de la juventud, cuando embarcado en la flota viajó a las guerras de ultramar. Se pasaba la sarmentosa mano por la cara. Meditaba. Unos barcos navegaban con las velas hinchadas. Y se le ocurrió algo.



Los monjes cabildeaban. Sentados en corro en la arena y conmocionados por el estrepitoso fracaso y la apatía de Dios, hablaban de las razones que los habían impulsado a sumarse a la cruzada. Unos decían haber vivido obsesionados con el fin del mundo, tanto que a veces ansiaban su llegada para ver a la Bestia de siete cabezas. Otros confesaban odiar a sus abades y estar resentidos con el universo por ser un lugar para viejos, no pudiendo los jóvenes prosperar hasta llegar a ancianos. Y aun había algunos utópicos que soñaban con un mundo perfecto, donde los buenos cristianos se amasen entre sí y los infieles y pecadores recibiesen el castigo antes en la tierra que en el cielo. Pero ninguno, quizá por vergüenza o fidelidad, abandonaba al pastorcillo. Y no es que tuviesen una voluntad rocosa ni un corazón abizcochado, sino una venda en los ojos de la que no querían desprenderse.

Los caballos de los profetas menores permanecían atados a los árboles. Los enflaquecidos animales, abandonados de todo cuidado, relinchaban de hambre y sed, y su bella estampa de los primeros días de la cruzada sólo era un lejano recuerdo. Se habían convertido en jamelgos. Y, por su parte, los profetas menores, los primogénitos o segundones de la nobleza, desconcertados por la desidia divina y la metamorfosis en el carácter del pastorcillo, cuchicheaban entre sí y decían que, si no había principados para repartirse en Tierra Santa, más les valía conformarse con los señoríos que heredarían de sus padres.

Cientos de curiosos se agolpaban en las playas para asistir al fallido espectáculo del milagro. La ciudad recuperaba paulatinamente su ritmo a pesar de la cantidad de niños enfermos alojados en las casas o acurrucados en los rincones de las plazas porticadas. Los moribundos eran rehuidos por los perros callejeros, como si olfateasen la muerte inminente, y al morir, eran transportados en carrmatos o angarillas y depositados en una gran fosa común excavada en las afueras. A los cadáveres se les arrojaban paletadas de tierra no consagrada, y nadie despedía con responsos las almitas liberadas. Los curas no se ocupaban de officiar funerales por los niños difuntos ni las campanas doblaban por ellos. Se despedían del mundo rodeados de la nada, del silencio.

Los marseleses desocupados, y también aquellos que regresaban al atardecer de sus trabajos agrícolas, se amontonaban en la playa y en las plazas para obtener noticias, unirse piadosamente a los rezos, jalearse a Esteban o reírse de los cruzados. Se carcajaban de la ingenuidad infantil, profetizaban que el mar se los tragaría a todos y, atragantándose de risa, opinaban que los

santos tenían tanta cera en los oídos que no oían las oraciones. Y el pastorcillo, perdida su proverbial impasibilidad, se desesperaba al escuchar las risotadas y los sarcasmos.

Al anochecer aparecían las fogatas en la playa. Esteban, dominado por un entusiasmo místico, saltaba entre los fuegos recién encendidos mientras recitaba oraciones a voz en cuello, así del brazo a muchos niños para obligarlos a rezar con él y corría por la orilla poseído de una inquebrantable confianza en sí mismo y en el poder de sus rezos.

Tanta enfebrecida determinación mostraba el pastorcillo, que incluso los monjes eran incapaces de seguirlo en sus delirantes rezos y corridas por las playas, y lo dejaban solo, tratando de animar a los niños a orar y propinándole puntapiés a las olas por su cabezonería en no abrirse.

Y así transcurrió casi toda la noche, con el pastorcillo ajeno al sueño, más incombustible que las lumbres, porque éstas se convirtieron en ascuas y él continuó pateando las obcecadas olas y rezando a gritos mientras la mayoría dormía y unos pocos velaban.

El mar era una lámina negra en la que temblaba el reflejo de la luna. Los murciélagos revoloteaban sobre las cabezas de los niños.

No sucedió nada.

*Cerdeña, 27 de junio de 1212*

Durante aquellos días insulares el mundo se había trastocado tanto para Francesco que la luz del día era fría comparada con la de la noche, pues la luna calentaba más que el sol.

Aquel nuevo día hubo más lecturas de Virgilio en la placidez de la biblioteca, mientras los rayos de sol, filtrados por las celosías de las ventanas, dibujaban arabescos en la sedosa piel de Giulia. Hubo espetos en la playa y, al terminar de comerse las sardinas asadas preparadas por un criado, Francesco besaba los dedos de ella para quitarle las escamas adheridas. Y hubo malas nuevas al atardecer, cuando un enviado del capitán informó, dándole vueltas entre las manos al gorro de tela basta, que el barco, en tres días, estaría reparado.

Giulia encajó la noticia con aparente frialdad, aunque las aletas de la nariz se le ensancharon al inspirar. Francesco guardó silencio, salió al patio interior y se sentó a la vera de los jazmines, cuyas flores blancas comenzaban a abrirse y a perfumar el aire. Ella siguió sus pasos y tomó asiento a su lado, en un poyete encalado. Los criados acababan de espurrear con agua el patio empedrado, y las piedras, recalentadas durante el día, exhalaban un olor a lluvia presentida.

—Me gusta este olor —dijo ella.

—¿El de las flores?

—El del agua esturreada en el suelo. Me recuerda al olor de la lluvia. Siempre me gustó. Pero ahora más que nunca. —Y sonrió para ocultar la tristeza infiltrada en su corazón—. Me refiero al olor de la lluvia...

Esa noche, durante la cena acompañada de música, no mencionaron la pronta reparación de la nave, como si fuese un tema tabú o bastara con evitarlo para que nunca llegara el momento de la partida.

O tal vez lo que llegaba era el momento de quedarse. Para siempre.

El laúd dejó de tocar mucho antes de que se apagasen las velas.

*Marsella, 28 de junio de 1212*

Hubo madrugón. Los niños fueron despertados a empellones y gritos antes del amanecer. La bruma ensuciaba el aire. Urgía aprovechar las horas para doblegar la voluntad divina a base de hilar rezos, santiguarse hasta la extenuación e hincarse de rodillas en la blanda arena.

Nada. Las olas continuaban muriendo en la playa y el mar no se abría.

Los rumores comenzaron a extenderse entre la cruzada. Los niños más avispados y con mayor capacidad de raciocinio —no necesariamente los de mayor edad— comenzaron a dudar de las dotes milagrosas del pastorcillo. Hacían corrillos y decían:

—¿Llovió maná del cielo cuando tuvimos hambre?

—No.

—¿Llovió vino de misa cuando tuvimos sed?

—Tampoco.

—¿Se han separado las aguas del mar para que podamos llegar a Jerusalén?

—¡No!

—Nada de lo que dijo Esteban se ha cumplido.

—¿Nos ha mentado?

—Es un embustero.

—¿Y qué hacemos?

—Irnos. Volver a nuestras casas.

Y muchos chiquillos, cansados de rezar en vano, desobedecían al pastorcillo cuando, entre gritos conminatorios, les reprochaba que su falta de fe era la culpable del retraso del milagro. Y, desencantados de sopetón ante la cruda realidad, no sólo se percataron de que los había engañado, sino que, sin pararse a pensar en las abrumadoras dificultades del viaje de regreso, comenzaron a abandonar las playas y abarrotaron las calles y plazas de Marsella, confusos, unos buscando con desesperación compañeros para no emprender solos el retorno al hogar, otros, aquellos que habían sido expulsados de sus casas por sus padres para desembarazarse del problema de una boca que alimentar, decididos a vagabundear.

La rebelión de los pequeños cruzados se manifestó primero en corrillos, en voz baja, y más tarde estalló en acusaciones contra el pastorcillo. Los niños se consideraban estafados y exteriorizaban su rabia con lágrimas, pataletas, gritos o insultos contra Esteban. Tanta había sido la fe depositada en él, que el desencanto fue fulminante y amargo. Y el pastorcillo, incapaz de convencerlos ya con promesas y fantásticos relatos sobre los santos lugares, se limitaba a llamarlos «traidores y desertores», a reprocharles su poca fe y a avisarles del castigo divino que les esperaba. Pero las amenazas daban igual a quienes ya no se dejaban engatusar y abandonaban las playas sorbiéndose los mocos o chillando de irritación.

El rostro de Esteban había sufrido una metamorfosis desde los días iniciales de la cruzada. Ya no era tan inescrutable como el de un Cristo en majestad de piedra, sino que reflejaba desesperación.

Quedaban algunos pequeños sumidos en la duda: los más timoratos para acometer la aventura del regreso a sus aldeas o los que aún mantenían cierta confianza en las predicaciones del pastorcillo. ¿Qué hacer? ¿Quién decía la verdad? ¿Quién tenía razón? Necesitados de algo tangible, se acercaban a los monjes exigiendo certezas y seguridades, pero los clérigos sólo les ofrecían promesas y les recomendaban que rezasen con devoción y confesasen sus pecados. A ellos, los frailes los obligaban a arrodillarse en la orilla y los escuchaban en confesión y, en una liturgia improvisada, les echaban agua de mar por la cabeza para que limpiara sus almas y lavara la mancha de la duda en sus corazones.

Los tres amigos contemplaban la creciente desbandada sin saber a qué atenerse. Philippe espaciaba mucho sus preguntas, porque estaba muy confuso. Se limitaba a mirar alternativamente a Juan y a Pierre. Ellos sabrían cómo proceder.

Juan, escamado por la incomparecencia del milagro, se maliciaba que Esteban carecía de poder para abrir las aguas. Durante todo ese tiempo había actuado por inercia, dejándose llevar por la masa humana. Era cierto que había encontrado la amistad de Pierre y de Philippe, al que quería como a un hermano pequeño, pero la llegada a Marsella, la inutilidad de los rezos y el comportamiento enfurecido del pastorcillo, le hicieron reflexionar largamente. Estuvo pensando todo el día. Callado. ¡Si hubiese tenido a su padre para pedirle consejo...! Pero como tal cosa no era posible, intentó razonar qué hubiese hecho su progenitor en aquella desesperada situación. Y creía haber dado con la respuesta.

Pierre, por su parte, todavía concebía algunas esperanzas en que aconteciese algo maravilloso, porque se había hecho ilusiones de conquistar Jerusalén y recibir una casa espaciosa con huerto. Y cuando Juan le confió su convencimiento de que las aguas no se abrirían y que lo mejor era abandonar la cruzada, amoscado, entrecerró los ojos y preguntó:

—¿Y adónde iremos?

—No sé.

—A París, ni hablar. ¡Yo no vuelvo para que me metan de nuevo en el hospicio! ¡Ni loco me encierran otra vez allí!

—No temas. Buscaremos otra ciudad. Estaremos los tres juntos.

—¿Y cuándo piensas que debemos irnos?

—Mañana.

—¿Mañana? —Pierre se sobresaltó—. Es que...

—¿Qué?

—Bien, de acuerdo. —Pierre se rascó la cabeza, respiró hondo, y concluyó—: Pero esperemos a irnos pasado mañana.

—¿Para qué esperar?

—Por si hasta entonces se produce el milagro. —El muchacho bajó la cabeza y se ruborizó.

Arrojó una piedra blanca a las olas y suspiró. Contempló el horizonte. Más allá se encontraría la casa con huerto que le estaba reservada tras la toma de Jerusalén.

*Cerdeña, 28 de junio de 1212*

Hasta casi anteayer había notado sensaciones que le causaban pequeños placeres y le recordaban momentos felices, algunos procedentes de su vida en Pisa: el cepillado de su pelo largo cada noche, el tacto de la seda cruda, el contacto de las sábanas frías al meterse en la cama en verano, el sonido de la lluvia sobre los árboles, el aroma del aceite recién molturado, caminar por la arena fresca cuando aún el sol no la había calentado... A partir de ahora tendría que añadir el olor de Francesco, el sonido grave y melodioso de su voz al anochecer y la lectura en su compañía. Giulia, incapaz de almacenar secretos en el altillo de su memoria, los compartía con Francesco, le contaba sus sensaciones predilectas.

—Aquí he encontrado mi paraíso perdido —le respondía Francesco—. Ni siquiera sospechaba que lo buscaba.

—Las cosas buenas no se buscan, llegan por sí mismas.

—¿En el momento adecuado?

—A veces demasiado tarde. Pero más vale tarde que nunca. —Giulia sonrió sin nostalgia, pues el presente estaba henchido de futuro—. Las veredas del corazón no conocen atajos —añadió.

Para Francesco, aquellos días lentos y fulgurantes en Cerdeña seguían siendo un refugio ajeno al discurrir del tiempo. No pensaba en nada más porque ni le apetecía ni lo necesitaba. Todo lo que allí sucedía lo colmaba, y la distancia geográfica de Roma y de Marsella lo blindaba de remordimientos, al igual que la armadura protege al caballero de las flechas.

Giulia no lo había desposeído de voluntad, sino otorgado de una dimensión humana nueva, desconocida para él. La de sentirse un hombre deseado, querido.

A la caída de la tarde, un criado comunicó a Francesco que el sastre había terminado su ropa, que ya colgaba en el armario de su cuarto. Al entrar en la habitación, abrió la ventana para que entrase la brisa marina y contempló su imagen en el espejo de la pared. En las esquinas, el azogue se había ido, pero se vio a sí mismo vestido con túnica marfileña. Abrió el armario de madera de pino. Dentro, recién planchada, estaba su nueva sotana.

Cerró el armario.



*Marsella, 29 de junio de 1212*

El abuelito merodeaba al mediodía por el puerto. La brisa arrastraba un tufo a algas podridas. De un cobertizo salía el olor a pez hirviendo para calafatear los cascos de dos barcos. El trajín de los estibadores era observado por algunos viejos marineros que, inútiles ya para embarcarse, desdentados, con los huesos calados de reúma y las espaldas encorvadas por la edad, sentían aún la llamada del mar y lo contemplaban con nostalgia, soñando con las sirenas que nunca vieron pero creyeron entrever nadando contracorriente.

Comerciantes judíos revisaban los asientos de los libros de contabilidad que anotaban los escribanos, para comprobar que el ganado humano y su equivalencia económica estaban bien consignados. Mercadeaban con esclavos africanos traídos desde Egipto para venderlos en Europa. Los negros, con argollas en los tobillos y encadenados unos a otros, miraban con miedo y resquemor, vigilados por esclavistas de mirada carcelaria que agitaban en el aire palos por si alguno se descontrolaba. Los mercaderes judíos se lamentaban ante los escribanos de que había negros que, para evitar ser capturados y vendidos, se arrancaban los dientes o se los limaban con piedras, convirtiéndose en inútiles montañas musculosas, pues una mala dentadura aparejaba una deficiente alimentación y los hacía inservibles para el trabajo duro.

El abuelito analizaba la catadura de los marineros según su aspecto y mirada: cuanto más torva y esquinada, mejor. Habló con algunos de ellos, tanteándolos, y no encontró a los hombres adecuados. Cruzó algunas frases con un viejo lobo marino con pata de palo, un parche en el ojo y tatuajes en ambos brazos, pero, aunque era de la calaña que buscaba, el alcohol había devastado su entendimiento. Aquel cojo y tuerto no servía. Al final decidió buscar suerte en una taberna portuaria. Allí habría tipos de los que buscaba.

La taberna era un antro. Oscura, apestosa y con el aire granuloso por el humazo de los candiles y velas de sebo. Una gruesa estera colgada del dintel hacía las veces de puerta. Un ventanuco era su única ventilación. La contraventana entornada apenas dejaba entrar el sol. Era un lugar idóneo para los noctívagos que travestían el día de noche pues les molestaba la luz

radiante. Buscaban el amparo de las tinieblas, porque en ellas se delinquía y pecaba mejor. Hombres acodados en las mesas bebían en silencio o hablaban en voz baja, como los conjurados; jugaban a los dados, rebuscaban en el interior de sus almas emputecidas o dormían la borrachera, despatarrados. El abuelito se sentó en la única mesa libre y pidió una jarra de vino. El atocinado tabernero se la sirvió, y comenzó a beber y a observar a los parroquianos.

Pronto se fijó en dos tipejos sentados en un rincón, bajo la parva luz de un humeante candil clavado en la pared. Uno era gordo y con cara de cerdo, y el otro, fornido y con una cicatriz que le culebreaba por la cara. Eran lo que buscaba, hombres siniestros, cuya luz en la mirada permitía adivinar un interior sombrío. Llamó al tabernero y le dijo que les pusiera una jarra de vino, que él convidaba. El abuelito se gastaba así su poco dinero. Tenía que confiar en la suerte y en su buen ojo.

Cuando el posadero sirvió la jarra a los dos hombres y les indicó con un gesto quién pagaba, el gordo con cara de gorrino le hizo un gesto para que se sentase con ellos. El abuelito se acomodó en el banco corrido y comenzó a hablar. Eran mercaderes, y se llamaban Guillermo y Hugo.

—A él lo conocen como Hugo el Hierro, a mí, como Guillermo el Cerdo —rio éste con la boca abierta. Su risa sonaba a ronquidos.

El abuelito explicó que era un antiguo cruzado que, por caridad y ganas de ayudar, se había incorporado a la loca expedición infantil capitaneada por Esteban el pastorcillo, que planeaba conquistar Jerusalén con las manos desnudas.

La pareja de comerciantes ahogaba las risas con vasos de vino, pues ellos habían estado en las playas para ver el grotesco espectáculo de los rezos para abrir en dos el Mediterráneo.

—Muchos desgraciados se están marchando. ¿A qué esperan los demás niños para largarse a sus casas? —repuso Guillermo el Cerdo tras limpiarse las boqueras.

—Oh. Confían en el pastorcillo. Todavía piensan que el mar se retirará y podrán caminar hasta Tierra Santa —respondió el abuelito con un guiño del ojo.

Los dos tipos se inclinaron sobre la sucia mesa, soltaron una risotada, tosieron, bebieron hasta apurar las copas y se limpiaron los labios con el velludo dorso de la mano.

El abuelito dio un sorbo, cortó y mudó el semblante.

—Os propongo un negocio —dijo, bajando el tono de voz.

—¿De qué tipo? —preguntó el Cerdo, aún con lágrimas en los ojos, de tanto reír a costa de los infelices chiquillos.

—De los que se gana mucho dinero.

—¿Y en qué consiste?

—En esclavos.

—¿Esclavos? Nosotros no nos dedicamos a eso. Demasiado arriesgado —adujo el Hierro mientras se rozaba con el dedo la cicatriz de la cara.

—Yo os los proporcionaría.

—¿Tú? ¿De dónde los vas a sacar?

—Las playas están llenas de ellos —respondió el abuelito con voz cavernosa.

—¿Te refieres a los niños?

—Sí.

El abuelito, de espaldas a la puerta, no veía quién entraba y salía de la taberna; sólo oía los pies arrastrados de algún borracho que iba fuera para vomitar o el sonido de las gargantas al trasegar el vinazo aguado que se servía en aquel tugurio cargado de humo.

—Explícate —exigió el Hierro.

—Fácil. Vosotros ponéis los barcos, y yo los niños —explicó sucintamente.

Guillermo el Cerdo abrió sus ojillos y en la frente se le marcaron arrugas. Intentaba pensar.

—¿Y cómo los esclavizarás? No lo entiendo —preguntó.

—Muy sencillo. Convenceré al pastorcillo de que la única solución es embarcar a los niños para ir a ultramar. Pero los barcos no se dirigirán a Jerusalén, sino a algún puerto donde los pequeños sean vendidos como esclavos. Estoy seguro de que vosotros sabréis de algún buen mercado...

El Hierro y el Cerdo intercambiaron una mirada de complicidad. El primero parpadeó, muy interesado en el ofrecimiento, y dijo sin titubear:

—Conocemos el mejor mercado de esclavos. El de Alejandría. En Egipto. Hemos comerciado allí algunas veces con alumbre y trigo. Conocemos a las personas adecuadas.

Los tres bebieron otra ronda ponderando la viabilidad del negocio, los escasos riesgos y las abundantes ganancias. El abuelito, muy ventajista, pretendía el cincuenta por ciento de la venta de los niños a los egipcios, pero los dos mercaderes fueron tajantes en proponerle el diez por ciento del monto total de la venta obtenida en el puerto alejandrino. Y el abuelito, sin

posibilidad de regatear, aceptó. Sellaron el acuerdo con un apretón de manos, apuraron el vino sobrante y quedaron en verse cinco días más tarde. El tiempo necesario para fletar varios barcos y convencer al pastorcillo y a los niños de que embarcaran en ellos.

El abuelito, gozoso por el trato cerrado y con la cabeza llena del tintineo de monedas, se levantó para marcharse pero, al darse la vuelta, se quedó petrificado.

Cerca, en una mesa, bebía vino Gaspard. Lo había presenciado todo.

El grandullón se puso en pie, eructó el vino ingerido y le cortó el paso.

—¿Qué hacías con esos dos?

—Nada. Beber.

—¿Qué trapicheo te traes entre manos?

—Ninguno.

Gaspard lo agarró del cuello y lo sacó de la taberna en volandas. La luz del sol hirió los ojos de ambos, pero la manaza no aflojó la presión. El abuelito, colorado y medio asfixiado, agitaba las manos en el aire y trataba de zafarse. Gaspard lo soltó y el viejo, doblado sobre sí mismo, comenzó a respirar con ansia por la boca.

—Algún chalaneo te traes con esos dos —rezongó el gigantón, con el corazón avinagrado y la voz ronca—. O me lo dices o te lo saco a golpes.

Y dicho esto alzó una de sus manos de dedos choriceros con intención de descargar un puñetazo, y el abuelito, acorralado y asustado, confesó. Y cuando terminó de contar el acuerdo al que había llegado con Hugo el Hierro y Guillermo el Cerdo, Gaspard abrió con desmesura sus ojos de sapo.

—¡Los niños! ¡Venderlos! —gritó, arrojando gotas de saliva.

El anciano, medroso y encogido, supuso que iba a recibir una paliza, o peor, sería denunciado a los monjes que acompañaban al pastorcillo. «Estoy perdido», pensó.

Gaspard hizo un movimiento brusco con el brazo, como si desnucase un conejo con el canto de la mano.

—A ver, a ver... Esto es como el cuento del tamborilero y los ratones que contaste.

—Del flautista y las ratas.

—Lo mismo da.

Gaspard se rascaba la barba con la mano. Reflexionaba. Entrecerró los ojos para aguzar el pensamiento y concluyó:

—Yo me quedo con la mitad de tu parte.

El abuelito, al entender que su vida no peligraba, suspiró y luego meditó unos instantes. No tenía escapatoria, así que no le quedó más remedio que avenirse a las condiciones de Gaspard.

—De acuerdo. Iremos a medias.

Gaspard, exultante por verse ya rico, pegó dos patadas en el suelo para descargar su alegría y soltó una risotada que sonó a pozo negro, a fosa séptica.

—¡Viviré como un rey! —gritó.

Dio al abuelito una amistosa palmada en la espalda que casi lo derriba y comenzaron a andar por el puerto, compinchados. Las gaviotas planeaban por encima, en busca de peces muertos vaciados de las nasas. Algunos marineros miraban a los pájaros con odio y aprensión, pues se habían dado casos de gaviotas hambrientas que, por atacar a hombres para arrebatárles la comida de las manos, les habían arrancado varios dedos de un picotazo.

En las playas de arena blanca, los miles de niños que todavía confiaban en el cada vez más desquiciado pastorcillo, aguardaban todavía el milagro.

También les esperaba la esclavitud.

*Cerdeña, 29 de junio de 1212*

Le faltaron palabras o valor para decírselo. O ambas cosas. Y como sabía que iba a ser incapaz de encontrar la frase adecuada, la menos dañina, resolvió no decir nada.

Bastaría con la ropa.

Tras un almuerzo en el que estuvo hundido en un sospechoso mutismo que Giulia respetó al intuir lo que implicaba, se revistió con la sotana, se ajustó el fajín de seda negra y se presentó en la terraza, donde ella lo esperaba con la vista fija en el mar, aparentando tranquilidad.

Apenas lo vio vestido de sacerdote se hizo un silencio tenso, palpable, pero no fue un silencio rencoroso sino el prólogo de la tristeza que se avecinaba.

Ella rehuyó mirarlo durante unos minutos, pues sus ojos se replegaron hacia su alma, destrozada. Francesco le contó, a cielo descubierto y a corazón abierto, que la noche anterior, cuando se había visto en el espejo vestido con túnica, se sintió un extraño de sí mismo, y supo que la sotana guardada en el armario era su auténtica ropa.

Giulia permaneció unos segundos con el ceño fruncido, presa de una irritación abstracta.

—No puedes irte así como así —protestó al fin suavemente—. En sólo una semana mi vida se ha trastocado.

—Giulia...

—Mi vida era serena. Incompleta y con un poso de tristeza, pero serena. Tú la alteraste al llegar.

—Giulia, yo no vine por mi voluntad. Me trajo la tormenta.

—Te trajo el destino. Aunque no crea en él. Pero en algún lugar está escrito que naufragaste para que nos conociésemos.

—Quizá Dios me puso a prueba.

—¿Para que tú salieras victorioso y yo derrotada? ¿Qué clase de prueba es ésa? ¿Acaso Dios juega con sus criaturas? Mucha crueldad me parece. ¿Tan vengativo es Dios? ¿Tanto mal le he hecho para que me castigue de la peor manera?

—¿De la peor manera?

—Mostrándome lo que es el amor para luego arrebatármelo.

Conmocionada por la noticia, no dejaba de respirar con rapidez. Sus ojos lanzaban chispas azuladas, pero, de repente, por los avatares de una condición femenina que Francesco jamás entendería, su mirada se endulzó.

—¿Sabes lo peor de todo? —susurró.

—¿Qué? —preguntó él.

—Que no puedo enfadarme contigo —suspiró y en sus palabras no sonaba ninguna nota quejumbrosa.

—¿Entiendes mi decisión?

—¿Entenderla? —suspiró más hondo aún—. No me queda sino aceptarla.

—En Roma tengo mi vida...

—Y esto que has tenido y tienes aquí, ¿qué es?

—En Marsella me esperan unos niños...

—Unos niños que no conoces y que no sabes cómo te recibirán. Si con besos o a pedradas.

—Me debo a mi vocación...

—Creía que conmigo habías encontrado tu verdadera devoción.

De nuevo se hizo un silencio denso que Francesco no se atrevía a romper, pues era a Giulia a quien correspondía hacerlo. Y de la forma que eligiese.

—¿Y con qué vas a socorrer a esos niños alocados? No tienes dinero ni te quedan víveres en las bodegas.

—Dios proveerá.

Volvió el silencio. Y esta vez trajo consigo las lágrimas. Pero no hubo llanto, sino dos solitarias gotas de agua que resbalaron por las mejillas de Giulia. Con la pena coagulada en la garganta, se lamentó:

—Hasta ahora, pensaba que el hogar era un lugar. Me había convencido de que el mío era éste. Que, por fin, tras mucho penar, había encontrado un lugar en el mundo. Mi lugar en el mundo. Apacible, hermoso, hecho a mi medida. Hasta que apareciste tú.

Se enjugó las lágrimas con los dedos, cogió aire hasta llenar los pulmones y, cuando volvió a hablar, su voz aún sonaba triste:

—Contigo he comprendido que el hogar no es un lugar, sino un estado del alma. Que el hogar es un conjunto de recuerdos dichosos, de sentimientos compartidos. Mi hogar eres tú, Francesco. Tú serías mi hogar allá donde estuviésemos. Pero ahora, si te vas, seré una desterrada.

Él fue a añadir algo, pero Giulia salió de la terraza con paso decidido.

—Debo hacer algo —anunció—. Esta tarde, ¿querrás ayudarme en algo?  
—Claro. ¿A qué?  
—A recoger los jazmines del patio.

\* \* \*

Aquella noche, durante la cena, no hubo música de laúd ni de mandolina. Olía a incienso y a los jazmines remojados en agua que habían recogido juntos, cortándolos con suaves tirones que hicieron temblar las hojitas verdes de las plantas. Giulia no se había maquillado los ojos para evitar que las lágrimas los emborronasen, pero sí se aplicó en los labios un poco de la pasta hecha con posos de vino tinto y cera.

—¿Por qué esta noche no hay canciones? —preguntó Francesco.

—Porque es la noche más triste, y las canciones me recordarían tanto a ti que no podría volver a escuchar música en mi vida. —Tras tomar un sorbo de clarete, añadió—: Pasarán primaveras, veré florecer los almendros una vez y otra. Vendrán otoños y beberé el vino de las viñas. Se marchitarán las hojas y los árboles se desnudarán invierno tras invierno. Y yo me acordaré de ti. Te voy a echar mucho de menos.

—¿Eso es de Virgilio?

—No.

—¿De Horacio, tal vez?

—Es mío, tonto —sonrió—. Todavía no te has dado cuenta de muchas cosas.

—¿Por qué no lo escribes?

—Porque no estarás tú para leerlo.

Las velas dispersas por el amplio comedor iluminaban el bellissimo rostro de Giulia y sombreaban sus manos; y cuando cogía algún alimento de la mesa, sonaban el oro y la plata de sus pulseras y ajorcas. El mar tenía un brillo de azabache.

—¿Volverás?

Francesco no contestó. Se limitó a mirarla con un brillo satinado en los ojos.

—Dime que sí. Que algún día regresarás. ¿Qué te cuesta? Dímelo aunque sea mentira...

—Tú no eres de ese tipo de mujeres.

—¿Y qué sabes tú de las mujeres?



Giulia levantó una ceja, con inocente malicia, y tomó otro sorbo de vino.

—Lo que las mujeres te cuentan al confesarse son pecados. La voz de un corazón enamorado contaría cosas distintas.

Francesco no sabía qué decir aquella noche. Las palabras acudían embrolladas a su boca y prefería dejarla hablar. Y Giulia, que no necesitaba que él le tradujese sus pensamientos, suplió con sonrisas tristes, miradas penetrantes y palabras dulces la melancólica parquedad de él.

—Cuando te vayas, el único rastro que quedará de ti será tu olor en la ropa que llevaste, hasta que desaparezca con el tiempo. Entonces, sólo tendré los recuerdos.

Bebieron al unísono hasta apurar las copas. Ella asió la jarra de clarete para rellenarlas y, con los rostros tan cerca como para respirar el mismo aire, bebieron, cenaron y hablaron la última noche juntos en un ambiente de nostalgia presentida, pues Giulia dijo que, más que vivir el presente, esa noche estaba anticipando los recuerdos que habrían de venir.

Y las velas se consumieron más rápido que nunca.

*Marsella, 30 de junio de 1212*

Era el día elegido. El día para abandonar a su suerte a la fracasada cruzada de Esteban. Pierre, cariacontecido porque el retraso del milagro no era tal, sino una impostura, reconoció que todo había sido un camelo del pastorcillo y convino en que debían marcharse. Así, los tres amigos, al mediodía, dejaron atrás la playa y en la arena sus huellas, que serían lamidas por la marea alta. Pierre miró hacia atrás, hacia el impasible mar, entristecido porque nunca tendría la casita con huerto con la que tantas noches había soñado y tantos días fantaseado. Y lanzó un suspiro sin destinatario.

El calor pegajoso les hacía sudar de continuo. El sol caldeaba tanto que la calima emborronaba el aire en la distancia. El bochorno ralentizaba los movimientos de los chiquillos diseminados por las playas, que se metían en el agua no para rezar y apalear a las olas en castigo por su tozudez, sino para enfriar sus cuerpos, ardientes y quemados tras la larga exposición al sol. Los casos de deshidratación no cesaban y, al llegar cada noche, el goteo de muertes obligaba a dejar abandonados al paio a los cadáveres, entregados al mar como una ofrenda para doblegar su terquedad.

Los niños hacían dibujos con los dedos en la arena húmeda, y los monjes escribían palabras en latín que el pastorcillo borraba con el pie, como hizo Jesucristo al escribir en la tierra cuando una multitud pretendió lapidar a una mujer adúltera, justo antes de decir: «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra».

Centenares de niños se desgajaban cada jornada de la cruzada para emprender el incierto retorno a sus hogares, mientras Esteban, nervioso, con la voz alterada, rezaba a gritos y ordenaba al Mediterráneo que se abriese, porque «yo no voy a ser menos que Moisés». Pero las aguas continuaban igual, con su oleaje y su pleamar.

\* \* \*

—¿Hacia dónde vamos? —preguntaba Philippe.

—Volvemos —respondía Juan.

—¿Adónde? —insistía el pequeñín.

Juan dudó qué contestar y su respuesta fue un elocuente silencio. Desde el día anterior meditaba si lo más conveniente sería regresar a España, a Palencia, a su casa, a las propiedades de su padre. Pero aquel viaje se le antojaba desmesurado, imposible. Además, no tenía ningún pariente que pudiese ayudarlo, de manera que prefería fiarse del olfato de Pierre para buscar algún lugar donde asentarse, o saltar de un sitio a otro buscándose la vida hasta dar con la ciudad adecuada donde vivir. ¿Pero vivir de qué? Esa cuestión lo martilleaba sin descanso, pero la soltura de Pierre para bandearse y su capacidad de supervivencia acallaban sus temores. Mientras los tres permanecieran unidos, todo iría bien. Estar juntos era lo importante.

Se cruzaron con decenas de niños que, al igual que ellos, abandonaban al pastorcillo y a su corte de clérigos y adolescentes de sangre azul que, indesmayables, oraban con ritmo de salmodia y los ojos enrojecidos y cercados por el insomnio. Al cruzar las calles de Marsella, los niños eran recibidos con más desdén que días atrás, y los que se ponían a mendigar obtenían más insultos que monedas, pues su presencia se había convertido en un acuciante problema.

Las cofradías gremiales retiraban de las calles y plazas cadáveres de niños fallecidos a causa de las graves enfermedades que no habían podido superar, a pesar de los denodados cuidados de los médicos judíos, que salvaban a cuantos podían.

Los tres amigos caminaron hasta una plazoleta en la que había instalados puestos de fruta, verduras y pescado. El mal olor a productos pochos adensaba el aire. Los gatos olfateaban el agüilla putrefacta que descendía por los tablones de los tenderetes de los pescaderos, y Juan, al ver a los felinos, se puso tenso. Los fruteros voceaban su mercancía como si fuese algo propio de mesas ducales, y los verduleros mostraban sus piezas como harían los plateros al enseñar una diadema. Un mielero pregonaba las excelencias de su miel, que vendía en pellejos oscuros, y un herborista mostraba saquitos con diferentes hierbas y flores secas para curar todo tipo de dolencias del cuerpo y del alma. Con aquel calor, las moscas zumbaban por encima de los puestos y se posaban, golosas, en los peces de ojos vidriosos expuestos en canastos de mimbre.

—Esperadme aquí. No os mováis —indicó Pierre, moviendo las manos con las palmas hacia abajo.

—No cometas ninguna locura —repuso Juan.

—Tranquilo. Algo hemos de comer —contestó, guiñándole un ojo.

Pierre se perdió entre la muchedumbre que compraba en el mercado. Un gato negro cruzó frente a ellos con prisas y Juan arrugó la frente con desagrado. A Philippe le sonaban las tripas.

—Tengo hambre, Juan.

—Pronto comeremos. Ten paciencia.

—¿Adónde vamos?

—A casa.

—¿Qué casa? —arrugó la nariz, escamado.

—Una muy bonita. Allí serás feliz.

—Ah. —Tranquilizado, expulsó el aire.

De repente, Pierre, corriendo, salió de entre la gente. Llevaba varias piezas de fruta en los faldones de la camisa. Miraba hacia atrás. Al ver a sus dos amigos, gritó:

—¡Corred!

Lo perseguían. El vendedor del puesto se había percatado del hurto y, congestionado de ira, iba tras Pierre con un palo en alto.

Juan y Philippe, alarmados, echaron a correr sin darse cuenta de que por su izquierda venía un carro tirado por dos caballos.

—¡Philippe!

Juan no pudo hacer nada. Él también estuvo a punto de ser pisoteado por los animales. Pero el pequeño no tuvo tanta fortuna. Incapaz de esquivar a las bestias, fue golpeado en la cabeza por las pezuñas de un caballo.

—¡Philippe! ¡Ay, Dios mío!

Pierre, que presenció el atropello, se metió sin titubear bajo el carruaje para sacar el cuerpo de su amigo. Los caballos relinchaban asustados, ya que el conductor había tirado bruscamente de las riendas para frenarlos. Pierre, que con la precipitación se golpeó un hombro con una de las ruedas, sostenía entre sus brazos el cuerpo inerte de Philippe, cuyos brazos y piernas colgaban. Estaba inconsciente.

—¡Philippe! ¿Cómo estás? ¡Contesta! ¡Dime algo! —Juan, con el corazón en la boca, le hablaba, intentaba despertarlo.

—Le sale mucha sangre —advirtió Pierre, al ver que sangraba por los oídos.

El vendedor recogió la fruta tirada por el suelo, miró con desprecio al ladronzuelo y regresó a su puesto, sin preocuparse por el estado del chiquillo herido. La gente, al comprender que el accidente lo habían provocado unos

niños de la disparatada cruzada, se alejó del lugar del siniestro. Y el conductor del carro, tras encadenar blasfemias y juramentos, agitó las riendas para que los caballos volviesen a ponerse en marcha.

—Creo que se muere —acertó a decir Pierre, angustiado—. Está perdiendo mucha sangre.

Philippe, con los ojos cerrados, respiraba muy débilmente. Desbordado por las emociones, Juan lloraba con amargura. No sabía qué hacer. Pierre depositó con cuidado a su amigo en el suelo y, con espanto, se miró las manos, manchadas de un rojo espeso.

Algunas personas, apiadadas, se lamentaban de aquella desgracia, y una mujer, con presencia de ánimo, se dio prisa en buscar a uno de los médicos judíos que, voluntariamente, atendían a los infelices niños cruzados. Por casualidad, se había cruzado con uno de ellos en una calle próxima. Y hacia allí se dirigió, veloz.

Al poco tiempo, la decidida mujer llegó acompañada del joven galeno que, en un rápido examen, comprobó la gravedad de las heridas de Philippe. Le preocupaban los hilos de sangre que manaban por los oídos, y también el fuerte golpe en la sien izquierda y la hinchazón.

—Si no lo atiendo enseguida, morirá —resumió.

—Sálvelo, señor, es nuestro amigo —imploró Juan, con las manos juntas.

—Sálvelo, por favor —repitió Pierre.

El joven médico reflexionó. Aunque en su maleta negra y talega de piel disponía del instrumental y medicamentos necesarios, el calor y la intemperie rematarían al pobre niño. Requería ser intervenido de forma inmediata y convalecer luego bajo techo, en condiciones óptimas. Tomó una decisión. Sabía que no sería del agrado de su maestro, pero era la única posible si pretendía salvarle la vida. Lo operaría en la casa de Jacob Halevi.

—Cogedlo. Démonos prisa —ordenó.

Pierre tomó en brazos el cuerpo desvanecido del pequeño Philippe y, con Juan a su lado, anduvo con rapidez en pos de Saúl.

*Cerdeña, 30 de junio de 1212*

El amanecer contrajo los corazones de ambos. Un día tan hermoso no estaba pensado para las despedidas, sino para las bienvenidas. El tiempo, tan dilatado e inabarcable los pasados días, se acababa de repente. El capitán del barco, apercebido desde la tarde anterior, ya esperaba a bordo con la tripulación. La nave estaba lista para levar anclas, surcar las aguas del Mediterráneo y dirigirse a Marsella. En el pequeño puerto de la isla, los pescadores regresaban con sus barcas atestadas de peces, tras una buena jornada. Las gaviotas chillaban al planear como pajarracos histriónicos. Varios pescadores, sentados con las piernas cruzadas en la dársena, cosían las redes rotas mientras charlaban de monstruos marinos que nunca habían visto pero que todos sabían que existían, de islas que escondían tesoros y del borde del mundo por el que se precipitaban al vacío los barcos que osaban acercarse demasiado.

Hicieron el camino de la casa al puerto juntos, sin hablar, no porque se negaran a dirigirse la palabra, sino porque la congoja les atenazaba las gargantas como un cepo. Bastaban las miradas, tan intensas como lo fueron días atrás.

Cuando llegaron al puerto, Francesco, con el estómago encogido, señaló el barco.

—Al menos podré rescatar a un buen puñado de niños y ponerlos a salvo en Roma.

—Pero, antes, dales de comer. Y no dejes de alimentarlos durante la travesía de vuelta.

—Las bodegas están vacías y no tengo dinero. —Abrió las manos con las palmas hacia arriba, en señal de indigencia.

—Las bodegas están repletas.

—¿Cómo?

—No, no se ha obrado ningún milagro. Ayer ordené a mi contable que adquiriese vituallas y se las entregase al capitán.

—No podré pagarte —respondió, avergonzado.

—No quiero que lo hagas.

—Dios te recompensará.

—¿Dios? Gracias a Él te conocí. Y Él te aleja de mi lado. Así que Él y yo estamos en paz. —Los ojos de Giulia pasaron de la llamarada azul a la dulzura—. Lo he hecho por ti.

Acarició la cara del sacerdote con la mano izquierda, y un tintineo de plata flotó en un aire oloroso a salitre y a algas.

—Buen viaje, mi guapa reverencia.

—Nunca me llamaste así.

—Lo hago ahora que te vas, Francesco.

La tripulación esperaba en la nave, con la nueva vela triangular desplegada. Los marinos ultimaban maniobras en cubierta, desataban cabos y, con la mano haciendo visera, oteaban el cielo y el horizonte para asegurarse de que el día era propicio para navegar. Soplaba viento favorable y no había nubarrones.

—¿Volverás algún día?

Francesco se limitó a mirarla, incapaz de hablar, pues se había dado cuenta hacía tiempo que ella era mucho más fuerte que él. Giulia, con la voz quebrada y los ojos arrasados de lágrimas, le susurró:

—Jamás querré a nadie como te quiero a ti. Te voy a echar mucho de menos.

Francesco miró de cerca por última vez a aquella hermosa y sollozante mujer. Vestida de color turquesa, sus ojos, encharcados, brillaban bajo el sol de la mañana. Su bellísimo cuerpo desprendía vaharadas de perfume.

El sacerdote subió por la rampa. Los pasos retumbaban en la madera menos que los latidos de su corazón en el pecho. El capitán lo ayudó a saltar a la borda. Los costados de la embarcación rozaban las gruesas esteras clavadas al muelle. Un trabajador portuario deshizo los nudos que mantenían la nave atada a unas estacas y los marineros recogieron los cabos, con la punta mojada por haber caído al agua. El capitán ordenó izar el ancla, y la nave, con lentitud y crujidos, maniobró para alejarse del puerto.

Francesco, apoyado en la banda de estribor, contemplaba a Giulia, que, de pie en el muelle, miraba alejarse el barco sin cesar de llorar, pero sin cubrirse la cara con las manos, para no dejar de ver a Francesco perderse en la lejanía.

Llegado el momento, Francesco se apostó en la popa para seguir contemplando a Giulia, que progresivamente se iba haciendo más pequeña a medida que el barco se adentraba en el mar. Ni una sola vez vio destellar la

plata y el oro que adornaban sus muñecas y dedos.

Ella no quiso decirle adiós con la mano, por si alguna vez él retornaba a Ítaca. Y varada en el puerto, náufraga de sí misma, con una torrentera de lágrimas que le nublaba la vista y le oprimía el corazón, permaneció hasta que se esfumó en la distancia la figura de Francesco y el barco se perdió en el horizonte.



*Marsella, 1 de julio de 1212*

La incierta luz del amanecer penetraba por la ventana de la habitación en la que ardían las mechas de dos candiles. Philippe, recostado sobre un camastro, continuaba inconsciente. Olía a emplastos, a sudor agrio y a cocciones de hierbas. Jacob Halevi tomaba el pulso del niño y contaba mentalmente. Dejó caer con delicadeza la manita y movió la cabeza a derecha e izquierda, en señal de pesimismo. Puso la mano sobre la frente del pequeño y la retiró al instante.

—Tiene el pulso muy débil y la temperatura continúa alta.

Philippe convalecía de la intervención quirúrgica que el día anterior le había practicado Saúl. El fuerte golpe propinado por el caballo le había causado en la cabeza un enorme hematoma y una severa hinchazón y, para evitar que la sangre retenida se pudriese y atacase al cerebro, el joven médico había hecho una incisión en la sien, gracias a la cual evacuó la sangre coagulada y realizó un drenaje.

—La cirugía ha desinflamado la zona y el drenaje ha evitado que se forme materia purulenta, pero la calentura no baja y el pulso sigue débil — observó el viejo y experimentado físico.

—Se debate entre la vida y la muerte. Si sobrevive a la próxima noche, se curará —aventuró Saúl.

—Estoy de acuerdo contigo.

La luz grisácea del nuevo día perfilaba el rostro macilento de Philippe. El anciano apagó los candiles, que habían permanecido encendidos toda la noche para vigilar en todo momento el crítico estado del niño. Aquellas lucecitas aceitosas ya eran innecesarias. Era un chiquillo fuerte. Luchaba con tesón para ganarle el pulso a la muerte.

—Has hecho un buen trabajo.

—Gracias, maestro.

—Y ahora, descansa un poco. Vas a caer rendido de sueño.

—Sí, dormiré un poco. —Hizo una pausa—. ¿Maestro?

—Dime.

—Quisiera pedirle disculpas.

Jacob Halevi hizo un gesto de contrariedad, pero movió la mano para indicar que ya no estaba molesto. La balbuciente claridad iluminaba el sobrio mobiliario: un arca de madera, un taburete y una mesita sobre la que había un vaso con posos de una infusión medicinal, un cubo con agua y compresas de lino.

—Desobedecí sus indicaciones... Pero pensé que trasladar al pequeño a su casa era la única manera de salvar su vida. Lamento mucho haber convertido su hogar en un dispensario.

—No te preocupes. Ojalá tu ciencia sirva para salvarlo.

—Apliqué sus enseñanzas, maestro.

El viejo galeno judío sonrió. Cogió una compresa limpia, la remojó en un barreño con agua fresca y la colocó sobre la ardiente frente del chiquillo, en un intento de rebajar la fiebre.

—Sal al patio y consuela a los otros dos niños.

—Sí, maestro.

—Y, en cuanto descanses, vuelve a la calle para ayudar a tus compañeros. Aún quedan pobres niños que atender. ¿Cuándo acabará este sinsentido, Dios mío? ¿Cuándo? —dijo, abatido.

Saúl, con ojeras amarrotadas por el extremo cansancio, se dirigió al pequeño patio interior de la casa, donde Juan y Pierre, sentados, comían un cuenco de sopa migada para reponer fuerzas. El médico se sentó en un poyete a su lado. Pierre se sentía fascinado con la naturalidad y cariño con la que aquel hombre los había atendido y cuidaba de Philippe, pues su experiencia con los físicos en el hospicio era mala, ya que éstos examinaban a los expósitos con apatía, sin importarles que se curasen o muriesen. Juan terminó de tomarse la sopa con pan desmigado.

—Y Philippe, ¿está mejor?

Sin enmascarar la cruda realidad, Saúl les informó del estado de salud de su amigo y de las escasas posibilidades que tenía de supervivencia.

—Sin embargo, su naturaleza es recia. Si no empeora a lo largo del día y es capaz de aguantar la noche, creo que vivirá.

A Juan se le emborrascaron los ojos y le brotaron unas lágrimas.

Agotado, Saúl recostó la espalda en la pared, cerró los ojos y se dejó acunar por la negra blandura del sueño.

Iban a ser un día y una noche largos. Demasiado largos.

*Marsella, 2 de julio de 1212*

Los jinetes almohades vigilaban desde lejos las playas donde la cruzada infantil se había detenido. Situados en lo alto de un acantilado, comprobaban divertidos cómo la arrogancia del pastorcillo cristiano había llegado a su fin. Lo veían dar largas zancadas por la orilla del mar, hacer aspavientos, arrodillarse y coger puñados de arena para lanzarlos al agua. Complacidos por la cómica escena, sonreían.

Sus planes de matar a Esteban o secuestrarlo se quedaron en eso. No habían tenido oportunidad de, por las noches, aproximarse al pequeño caudillo infiel para degollarlo o raptarlo. Pero, según veían, aquel profeta cristiano no representaba ningún peligro para el islam. Su supuesto poder milagroso era una colosal mentira, y muchos de sus seguidores lo estaban abandonando. El descrédito del pastorcillo haría imposible que, en el futuro, capitanease una nueva cruzada.

Los almohades cruzaron miradas y sonrisas con forma de alfanje.

Uno de ellos extrajo de la jaula la última paloma mensajera, le ató a la pata un mensaje escrito en un papel enrollado y, con ambas manos, impulsó al pájaro, que remontó el vuelo para buscar en el aire qué dirección seguir.

*Marsella, 2 de julio de 1212*

La tarde anterior, el corazón de Philippe parecía que se negaba a seguir batallando y sonaba como el de un pajarillo. Su pulso era irregular y su respiración entrecortada cuando apareció la luna en el cielo, y Saúl, rendido de cansancio tras haber atendido junto a sus compañeros a muchos niños enfermos en las plazoletas y callejas de Marsella, se sentó en un taburete cerca del camastro del chico, para velar su sueño, cambiarle el drenaje y verter gotas de una cochura medicinal en los resecos y llagados labios. Recibió el aceite de un candil y lo encendió. Abrió del todo la ventana para ventilar la habitación y para que el relente nocturno ayudase a rebajarle la fiebre. La criada de Jacob Halevi dispuso sendas esteras en el suelo para que se recostaran Juan y Pierre. Y a la vera del convaleciente Saúl pasó toda la noche, con la espalda recostada en la pared. Su ciencia no podía hacer más.

Curar a aquel niño se había convertido para él en una prioridad. Por alguna razón, desde que lo vio sangrando, se acordó de una frase del Talmud: «Quien salva una vida salva al universo entero». La muerte de tantos críos a causa de la locura de un pastorcillo había destrozado el ánimo del joven médico. La salvación de Philippe significaba para Saúl que su esfuerzo y su ciencia habrían merecido la pena.

Mientras, fuera, un coro de plañideras, enteradas de que el viejo médico judío cuidaba en su casa al niño de la cruzada al que había pisoteado un caballo junto al mercado, ofrecieron sus servicios a Jacob Halevi para cuando el pequeño muriese. Dijeron que llorarían con tanto sentimiento que los ángeles se entristecerían y mandarían llover, para que el cielo se sumase al duelo.

El anciano las despidió con secas palabras y las mujeres, en un parpadeo, transformaron sus rostros apenados en airados, y se marcharon mascullando insultos y soltando escupitajos, afrentadas por «el asqueroso y avaro matasanos judío».

La noche se convirtió en madrugada y ésta en amanecer, y antes de que cantase el gallo y la luz se aclarase Saúl, sobresaltado, despertó de su profundo sueño y comprobó con la mano la temperatura de Philippe.

La frente no le ardía. Le había bajado la fiebre.

Sorprendido, pegó la oreja al pecho del niño para escuchar los latidos y la retiró con una sonrisa.

El corazón latía con normalidad.

Le retiró el drenaje y cambió las vendas.

Philippe respiraba apacible.

Nada más despertaron Juan y Pierre, Saúl les dio la buena noticia. Juan lloró de alegría. Y a media mañana, cuando el pequeño abrió los ojos, lo incorporaron para darle de beber un sopicaldo y unos medicamentos y, confortado, volvió a sumirse en el sopor pero ya sin pesadillas, sino con dulces sueños. Sólo entonces Saúl salió a la calle para ayudar a sus compañeros en el cuidado de los numerosos niños que, tras desertar de la cruzada, seguían cayendo a plomo como consecuencia de la insolación y las enfermedades. Y dejó a Juan y a Pierre al cuidado de Philippe.

No se imaginaba lo que le esperaba.

*Marsella, 2 de julio de 1212*

Llegaron a Marsella fatigadas y sucias. Pero contentas. Se abrazaron y lloraron largo rato, y las lágrimas expresaron la riada de sentimientos de ambas por haber hecho tan largo camino juntas. El calor de los días anteriores y las caminatas les había hinchado y lacerado los pies, de manera que conseguir el objetivo fue una liberación anímica y física. No podían más.

Raquel, tras la llorera, respiró hondo. Su corazón palpitaba con fuerza. Sentía miedo. Durante los días anteriores, la había sostenido la firme voluntad de buscar y de encontrar a su esposo, pero ahora las dudas la paralizaban. ¿Y si a Saúl le había pasado algo? ¿Y si no estaba en la ciudad y aquella odisea había sido en balde? ¿Dónde lo buscaría entonces? ¿Qué haría? Aquellas preguntas asaeteaban su pensamiento, y Esther vio reflejada en los ojos de su amiga la incertidumbre.

—No temas. Te ayudaré a buscarlo —le dijo con una sonrisa.

—¿Por dónde empezamos? ¡Ay, no sé dónde ir!

—Es fácil. Él vino aquí para aprender de un médico muy sabio. ¿No es así?

—Sí —le confirmó su amiga.

—¿Y cómo se llama ese médico?

—Jacob Halevi.

—Pues preguntaremos por él.

—¿Y si en esta ciudad odian también a los judíos? —Raquel miraba alrededor, recelosa.

—Eso, Raquel, pronto lo sabremos. Pero no hemos llegado hasta aquí para acobardarnos. ¿No es verdad?

Esther miró a los ojos a su amiga, como insuflándole ánimos, y tomó sus manos entre las suyas para que el cariño fluyera a través de la piel.

—Lo es. Llevas razón —respondió al fin Raquel.

\* \* \*

Se quedaron maravilladas con Marsella. Los malabaristas hacían volar varias

bolas a la vez y las recogían sin que cayesen al suelo ante la mirada atónita de hombres y mujeres que, al finalizar la demostración, aplaudían y soltaban alguna moneda. En los atrios de las iglesias, los tragafuegos se introducían hasta la garganta teas encendidas sin quemarse, y los saltimbanquis, vestidos con trajes ajedrezados, hacían volatines y caminaban sobre zancos en un equilibrio inestable. Una compañía de matachines escenificaba duelos con espadas de palo como burla de los torneos de los nobles, y la gente reía, divertida, por la escenificación bufa de la altanería de los aristócratas. Los muchachos de familias adineradas, para parecer sofisticados, se rizaban el pelo y la barba con planchas de hierro calientes. Y en una plaza porticada, un reo, arrodillado y con la cabeza y las manos aprisionadas por un cepo, roía su resentimiento contra los insultos, escupitajos e inmundicias que le arrojaban por pura diversión.

Entre las mujeres vestidas con ropas de colores sufridos, desgastadas por el uso y sucias, destacaban las damas, que lucían vestidos de seda y muselina y calzaban zapatos puntiagudos de tafilete que sobresalían por el bajo de sus faldas, a la moda que antes lo fue de sus madres y aún de sus abuelas.

Los cazadores y alimañeros llevaban sacos y zurrones con las piezas de pluma y pelo cobradas a cepo, con perros o a flechazos, para venderlas en el mercado, y como los ciervos estaban reservados para los señores del alfoz y su caza severamente castigada, descuartizaban los venados en covachas y ofrecían su exquisita carne a personas adineradas y de confianza.

En una calle cercana al mercado, los matarifes arrastraban reses recién sacrificadas. Los carniceros llevaban mandiles de cuero ensangrentados y cargaban al hombro costillares en los que se posaban las moscas. La sangre corría por regueros en mitad de la calle y se remansaba en una esquina, y en los espesos charcos rojos abrevaban a lengüetazos los perros, que bebían sangre como vampiros mientras meneaban el rabo.

Patrullas de soldados recorrían la ciudad con rutinaria desgana, aletargados por la molicie. Olían acre, a cuero resudado y a metal. Llevaban cascos parecidos a orinales del revés, las espadas les colgaban de los cinchos y con las astas de las lanzas golpeteaban el suelo, aburridos de sus rondas.

Pero también se quedaron horrorizadas al ver la cantidad de niños desharrapados que vagabundeaban por la ciudad y conocer la historia de la cruzada capitaneada por el pastorcillo.

A ambas les desgarraba el corazón el aspecto andrajoso y enfermizo de los centenares de pequeños que mendigaban, hurtaban comida o lloraban de

miedo y desesperación acuclillados en mitad de las calles, y sobre los que los desaprensivos vaciaban los orinales desde balcones y ventanas para que, mojados y enmierdados, se largasen. Descalzos, con la piel enrojecida y salpicada de pústulas, hormigueaban alrededor de la abadía de San Víctor suplicando comida, y aunque los benedictinos sacaban ollas y calderos, no los acogían dentro de sus muros y, tras repartir cazoladas de sopa y guisote, los echaban con buenas palabras y gestos desabridos, conminándolos a no volver. Era el santo proceder del clero.

Esther, condolida de los niños que lloraban y se rascaban las cabecitas tiñosas, les preguntaba qué hacían allí, por qué no volvían a sus casas, y le contestaban que no conocían el camino de vuelta, o que sus padres los echaron para no tener una boca más que alimentar. Menudeaban quienes, entre pucheros o con una extraña indiferencia, relataban que jamás regresarían, porque sus padres les propinaban palizones hasta que les dolía la cabeza y pitaban los oídos, y preferían morirse antes que retornar. Muchas eran historias tristes, y todas, la historia de una desilusión.

Esther, apesadumbrada por tanta acumulación de penalidades, no podía hacer nada, pues no tenía dinero que darles, y Raquel, aunque conmovida por los niños, sólo pensaba en buscar la casa de Jacob Halevi. Sin pensar, empezó a preguntar por él a vendedores ambulantes, a los soldados que montaban guardia y a los cómicos que manejaban marionetas, sin resultado; y, por último, preguntó a hombres bien vestidos, de aspecto honorable, susceptibles de poder pagar los servicios de un médico prestigioso. Pero tampoco supieron darle razón.

De repente, Esther, que se había unido a las pesquisas después de consolar a un niño cruzado que hipaba sumido en el llanto, la tomó del brazo.

—¡Somos tontas!

—¿Por qué?

—Por no buscar donde hay que hacerlo.

Raquel abrió las manos en un elocuente gesto de desconcierto.

—¡Una botica! Busquemos una. El alquimista sabrá la dirección del médico.

Eso hicieron. Tras caminar un buen rato y preguntar repetidas veces, dieron con una. Era amplia y dentro olía tan fuerte a productos medicinales que costaba respirar un aire tan denso. Los albarellos con hierbas, raíces y sustancias orgánicas desecadas se alineaban en estanterías. Del techo colgaba una romana para pesar canastos de hierbas silvestres y, atados a ganchos se



secaban manojos de romero, tomillo y raíces bulbosas. El suelo era de damero y las dos judías, plantadas una en una baldosa blanca y otra en una negra, parecían dos alfiles.

El mancebo, subido en una escalerilla de madera, cogió uno de los botes blancos con una mano y descendió pisando con cuidado los peldaños para no caerse. Pues no sería la primera vez.

Posó el albarello en una gran mesa de madera y miró con cara de lerdo a las dos mujeres. Tenía la frente prominente y el entrecejo peludo.

—¿Podrías decirnos dónde tiene la consulta el médico Jacob Halevi? — preguntó Raquel, consumida por los nervios.

El joven mancebo se apretó uno de los granos de la cara para extraer la supuración, se limpió los dedos en el mugriento sobretodo gris que vestía y se encogió de hombros.

—No sé.

—¿No lo conoces?

—No.

El muchacho se rascó el pelo grasiento cortado a tazón y señaló con el pulgar la rebotica, situada al fondo.

—El maestro lo sabrá.

De la rebotica salía un olor a medicinas aún más espeso y se oía el burbujeo de un líquido puesto a hervir en una redoma. El mancebo fue a llamar al boticario, afanado en pesar unos polvos blanquecinos en una pequeña balanza para elaborar una fórmula magistral. Sobre una mesa de mármol había dos morteros de piedra y uno de cobre, un candelabro encendido y unas cajitas para meter píldoras. En un aparador había ampollas con agua de rosas, redomas y un alambique.

El boticario preparaba un afrodisíaco compuesto por piedra tarmicón. Dicha piedrecita, introducida en la boca, enderezaba el miembro varonil y permitía yacer con la mujer tantas veces como se quisiera.

—Maestro —dijo el mancebo.

Sin embargo, cuando les iba a venir el gusto a los hombres, solían tragarse la piedra y luego dolía expulsarla con las heces, por lo que era más efectivo moler la piedra tarmicón, mezclarla con aceite y untar el pene con el pringoso mejunje.

—¿Maestro? —repitió en voz alta el muchacho.

—¿Qué ocurre? —El hombre salió de su ensimismamiento.

—Dos mujeres. Ahí fuera.

El farmacéutico se quitó los anteojos para ver de cerca y salió.

—¿Qué quieren...?

Iba a decir la cortesía de «vuestas mercedes», como acostumbraba, pero el desastrado aspecto de las mujeres frenó sus palabras. Enarcó una ceja, a modo de interrogación gestual.

—Maestro —dijo Raquel, respetuosa—, disculpe nuestro desaliño, pero hemos hecho un largo camino. Buscamos a Jacob Halevi.

El boticario vestía una túnica roja y llevaba un bonete negro. En sus manos se confundían las manchas de la edad con las de los medicamentos que preparaba. Examinó a ambas con la mirada antes de contestar.

—Conozco a físicos mejores —gruñó.

Raquel detectó un reproche antisemita en el tono de voz, pero ciertamente la respuesta implicaba que conocía al médico. Y con humildad, adujo:

—No lo dudo, maestro, pero es a Jacob Halevi a quien busco.

El mancebo, entretenido en hurgarse los granos faciales, era incapaz de discernir si tendría que echarlas a patadas o dispensarles alguna medicina. El anciano boticario encorvó la espalda, entrecerró los ojos, y dijo, como si las palabras llagasen su paladar:

—Vive en la calle que hay detrás de Nuestra Señora de Accoules.

—Muchas gracias, maestro.

El farmacéutico hizo un visaje y regresó arrastrando los pies al laboratorio de la rebotica para terminar de hacer un jarabe para el corazón y una pomada para levantar la virilidad adormecida. El muchacho se frotó el bozo que había empezado a salirle y, cuando las dos mujeres se marcharon, bostezó, somnoliento.

Ya en la calle, preguntaron por la iglesia de Nuestra Señora de Accoules y se dirigieron veloces en la dirección señalada con el dedo. Anduvieron presurosas un trecho, Raquel con el torso adelantado, como si quisiera llegar antes que las piernas. El corazón le latía tan rápido que pensó que se le podía descacharrar, y al cruzar cada esquina o embocar cada calle se le antojaba que iba a darse de bruces con su marido. Creía reconocerlo de lejos, de espaldas, pero luego comprobaba su equivocación.

—Allí está la torre de la iglesia.

Agotadas y doloridas, y pese a los pies llagados e inflamados, apretaron el paso, rodearon el templo y preguntaron por el domicilio del médico judío. Les dieron las indicaciones oportunas y se plantaron delante de la casa. La gran fachada disponía de varias ventanas y una logia de arcos apuntados en la

planta superior. Allí vivía alguien adinerado. Con un repunte en el frenético ritmo de los latidos, Raquel agarró la aldaba de bronce y llamó con fuerza. Tres veces. Cuando iba a llamar una cuarta vez, se abrió la puerta y se asomó una robusta criada que se limpiaba las manos rechonchas en el mandil.

—¿Vive aquí Jacob Halevi, el médico? —preguntó Raquel, con un tono de voz agudo, fruto del nerviosismo.

—Sí.

La sirvienta de pelo recogido en cofia las repasó de arriba abajo y no se decidió a abrir del todo la puerta. Aquellas mujeres sucias y desgredadas no eran la clientela habitual que acudía a la consulta. Resolvió no dejarlas pasar.

—El señor Halevi no está.

—¿Volverá pronto?

La criada se encogió de hombros y torció la boca. Empujó la puerta para cerrarla, pero Raquel volvió a preguntar:

—¿Está Saúl, un discípulo suyo?

La fiel criada conocía a la perfección a los jóvenes galenos que ampliaban estudios con el señor Halevi. Saúl le caía bien porque era atento, educado y elogiaba sus comidas. Pero en lugar de franquearles el paso, inquirió:

—¿Quién pregunta por él?

—Su esposa.

«¿Así que ésta es la mujer de aquel médico tan apuesto y cordial? ¿O quizá se trata de una treta, de una añagaza para colarse en la casa, husmear o Dios sabe qué?», pensó la criada.

—No está. No hay nadie —respondió encadenando noes—. Y el señor Halevi no volverá hasta la noche.

—Esperaremos aquí —espetó Raquel, resuelta.

La sirvienta volvió a mirarlas de arriba abajo, cerró de un portazo, dio varias vueltas a la llave y echó la tranca. Por si acaso.

Las dos amigas se miraron. La terquedad de la criada era imbatible, así que se sentaron en el suelo, junto a la puerta, con las espaldas apoyadas en la fachada de piedra, fuera del alcance de los orines y excrementos de los orinales arrojados por las ventanas y balcones. Cerraron los ojos invadidas por un repentino y paralizante cansancio, se dieron la mano para transfundirse cariño y fortaleza, y esperaron.

*Marsella, 2 de julio de 1212*

Atardeció. Despertaron tras un largo y hondo sueño y, al ponerse en pie, sus cuerpos se resintieron. Parecían tener virutas de plomo en los huesos. Permanecieron en silencio, mirando hacia ambos lados de la calle, y el corazón de Raquel latía enloquecido cada vez que oían pasos antes de doblar una esquina.

Anocheció. Las fachadas se ensombrecieron y una luna fantasmal apareció escoltada por estrellas. Se levantó brisa.

Oyeron rumor de pasos y de conversaciones. Un grupo de hombres dobló la esquina embozados por la creciente oscuridad. Eran cuatro. A uno se le distinguía una larga barba blanca. Era un anciano. Conforme se acercaban, sus rasgos adquirirían nitidez bajo la débil y vaporosa luz del cielo.

Raquel apretó el brazo de Esther.

—¡Saúl! —gritó de repente.

Los hombres se detuvieron y, de pronto, uno de ellos comenzó a correr hacia ellas.

Era Saúl. Raquel se abalanzó sobre él y se fundieron en un abrazo antes de besarse. Ella lloraba sin parar. De alegría y emoción. Un torrente de lágrimas resbalaba por su cara y mojaba el pecho de su marido, y cuando éste, amorosamente, alzó con una mano la barbilla de Raquel y la besó en los labios, preguntó, todavía sorprendido:

—¿Qué haces aquí, Raquel? ¿Qué te sucede?

Y ella le contó la historia como pudo, con palabras atropelladas, humedecidas por la llantina y el gozo del reencuentro. Le contó, primero de manera entrecortada y luego fluida, el asalto a la judería y el destrozo de su casa, la huida de Narbona, el providencial encuentro con Esther y el duro camino hasta Marsella. Se lo relató sin desprenderse del abrazo, porque necesitaba sentirse unida a él, confirmar que no era un espejismo ni un sueño del que despertar.

Ya más calmada, sonrió a su marido. Y, con los ojos encharcados de orgullo, señaló a la otra mujer.

—Ésta es mi amiga Esther. Sin ella no hubiese llegado hasta aquí. Todo

se lo debo a ella.

Saúl se lo agradeció con una inclinación de cabeza, y Esther sonrió. Los ojos le brillaban.

—Ella te quiere mucho —le dijo, con la voz aguachinada por la emoción—. Hazte digno del amor que te tiene.

Los demás médicos, que habían asistido en silencio a la inesperada y dulce escena, permanecían respetuosos unos pasos por detrás, con sus maletas negras en la mano y las talegas de piel al hombro, fatigados tras una interminable jornada de curar a cientos de niños que vagabundeaban por la ciudad, enfermos, deshidratados y con la piel abrasada por el sol. Estaban derrengados, pero el anciano Jacob Halevi se sobrepuso al cansancio y saludó:

—Sois bienvenidas a mi casa. Seréis atendidas como os merecéis.

Hombres y mujeres, antes de entrar, tocaron la mezuzá clavada en la jamba derecha de la puerta, y dentro, al ver a Raquel y Esther acompañadas del señor Halevi, la criada cambió el gesto, que de agrio se transformó en azucarado. Los médicos, con el agua de una cubeta, se lavaron las manos, manchadas con sangre reseca y sudor recocado. La sirvienta, con celeridad, puso a hervir ollas de agua para prepararles un baño caliente, y entretanto dio de cenar a todos con lo mejor que había en la alacena. Juan y Pierre, que continuaban alojados en la casa, cenaron con glotonería, y a la pregunta de Saúl contestaron que Philippe, tras tomar un cuenco de sopa, dormía. Las dos amigas comieron con voracidad y se dejaron examinar los pies llagados e hinchados.

—El baño os sentará bien. Después os curaremos las llagas y heridas —comentó Saúl.

Raquel y Esther, durante la cena, relataron sus aventuras en el viaje, las variopintas gentes que habían conocido y los peligros que sortearon, y los dos niños atendieron con los ojos desorbitados, sin reparar en que ellos, a su vez, habían vivido una experiencia digna de ser recogida en una crónica fantástica.

Después del reparador baño, Saúl lavó con vino los pies de las mujeres, les aplicó con tiento una pomada y diagnosticó que en un par de días se habrían aliviado sus dolores, secado las pústulas y cicatrizado las heriditas. Y les ofreció un dedal de polvo de sepia para limpiarse los dientes.

La sirvienta, transformada en una mujer de palabras melosas, miraba arrobada a Saúl y a Raquel. Y en el cuarto en el que convalecía Philippe montó una yacija para que se acostase Esther, junto a las esteras donde

dormirían Juan y Pierre. Cuando Esther vio al pequeño, que dormía plácidamente, recuperándose de la grave herida en la cabeza, se condeció y sintió un dulce aleteo en el corazón.

—Pobrecito. Qué guapo es. —Le acarició las manos y depositó en la cara un suave beso—. Que tengas dulces sueños —musitó, para no sobresaltar su descanso.

La criada dejó abierta la ventana para que entrase el fresco de la noche. La luz de la luna plateó el rostro de Philippe. Los dos amigos se acurrucaron sobre las esteras y Esther se recostó en el colchón relleno de paja del camastro, y los niños se alternaron para contarle la historia de Philippe. No fue necesario dejar encendida ninguna candela. Los rayos lunares eran la mejor de las luces, y pronto, quedaron sumidos en el sueño.

Por su parte, Raquel se dispuso a pasar la noche en la habitación reservada para Saúl. Olía a limpio y estaba ordenada. Entre aquellas cuatro paredes residía el joven desde que llegó a Marsella para tomar lecciones teóricas y prácticas de medicina de Jacob Halevi. Una banqueta, una mesita, un pequeño armario y una cama eran todo el mobiliario. A Raquel le pareció una estancia principesca después de las desventuras vividas, pero, sobre todo, porque iba a dormir con su amor.

Tras cerrar la puerta y entreabrir la ventana, Saúl y Raquel se besaron con una pasión refrenada hasta ese momento y se desvistieron a ciegos manotazos, mientras la luz de luna alumbraba el hermoso cuerpo de ella. Entrelazados, con un borboteo de deseo en las venas, se arrojaron sobre el lecho, se acariciaron, besaron y comieron, y se amaron en horizontal entre jadeos hasta que una oleada de placer nubló de blanco su vista y, con los cuerpos desmadejados y bocarriba, sus respiraciones y latidos fueron aminorando. Ella, apoyada en su hombro, le hizo confidencias, desgranó los temores que la habían asaltado día y noche y explicó cómo una misteriosa voz interior la impelía a avanzar, a no darse por vencida, a mantener llameante la esperanza. Él habló poco, escuchó mucho y no dejó de acariciar la sedosa piel de su amada, iluminada de alpaca por la luna. Y cuando el deseo se endureció, besó los turgentes pechos con frenesí, las bocas olvidaron las palabras y la habitación se llenó de olor a sudor y a sexo, y más tarde una repentina calma regresó a sus cuerpos, durmieron profundamente y no despertaron hasta el amanecer.

Y se desayunaron el uno al otro.

*Marsella, 3 de julio de 1212*

Con las primeras luces del día, una caravana de carros llegó a Marsella. Traían un cargamento de lavanda recién segada que pronto sería vendida, pues los herboristas, boticarios y perfumeros pagaban elevadas cantidades por aquella planta, también denominada oro azul. El suave aroma de la lavanda de la Provenza inundaba las calles, y por encima de los carruajes revoloteaban las mariposas, atraídas por el aroma.

Al alba, Esther abrió los ojos y su primer pensamiento fue comprobar cómo había pasado la noche Philippe. El pequeño aún dormía, sereno, aovillado, como si en sus plácidos sueños se retrotrajera al claustro materno. El calor se había embalsado en la habitación. Juan y Pierre se despertaron, saludaron cohibidos a la mujer y ésta los apremió a llamar a la criada para que preparase de desayunar. Philippe necesitaba alimento.

La sirvienta, que ya llevaba más de una hora trajinando en la cocina, entró en el cuarto y cogió entre sus brazos al chiquillo.

—¿Dónde lo lleváis? —preguntó Esther.

—Al patio, para que respire el aire de la mañana. Son órdenes del señor Halevi.

Esther abrió la boca, titubeó un poco y, finalmente, preguntó:

—¿Puedo hacerlo yo?

—Claro que podéis —respondió la sirvienta con una sonrisa.

Con Philippe en brazos, sintió la tierna calidez que desprendía su cuerpecito, lo apretó con dulzura contra su pecho para no despertarlo, fue tras la criada y, al entrar en el patinejo, lo recostó con cuidado en el colchón de lana que la sirvienta previamente había dispuesto junto a unas macetas.

Juan y Pierre se acuclillaron en el suelo empedrado, bajo el cielo abierto, a la espera de la primera colación. Apenas fueron unos minutos. La criada llegó con varios cuencos de sopa caliente y nutritiva en la que flotaban picatostes, pues Jacob Halevi, como buen judío, gustaba del aceite de oliva en la comida, al contrario que los cristianos, que preferían la grasa y manteca de cerdo para sus fritos y guisos.

El aire olía a lavanda. La caravana de carros cargados con las flores

malvas pasó cerca de la casa del médico judío. Trinaban los pájaros y volaban las mariposas, con su danza ingrávida.

Esther, tras el reconstituyente desayuno, contempló a Philippe, el cual, de pronto, arrugó la nariz, chasqueó la boca, abrió los ojos con lentitud y se desperezó como un cachorro, estirando brazos y piernas.

—Tengo hambre —dijo—. Se incorporó y se quedó sentado en el colchón de mullida lana.

Esther cogió el cuenco de sopa restante, aún calentita, y, con cuidado, le dio a beber. El niño sorbía haciendo ruido mientras miraba a la mujer con atención. No la conocía.

—¿Quién eres? —preguntó cuando apuró la sopa.

—Esther.

—¿Sabes quién soy yo?

—Claro. Eres Philippe.

—¿Cómo lo sabes? —El pequeño abrió los ojos con desmesura, sorprendido.

—Yo sé muchas cosas de ti.

Philippe, más sorprendido si cabía, se quedó boquiabierto. Sus ojos miraban a una mariposa que, tras revolotear por el patio, se posaba en el hombro de Esther. Con una luminosa sonrisa, preguntó:

—¿Tú eres mi madre?

La mujer, impactada por aquellas palabras, por la sonrisa de felicidad del niño y por el cariño que desprendías sus ojos, no supo qué responder. Philippe, que miraba alternativamente a la mariposa y a Esther, volvió a preguntar sin disminuir la amplitud de la sonrisa:

—¿Eres mi madre?

Esther, conmovida, con el corazón latiendo veloz y con una llamarada interior que la abrasaba dulcemente, asumió que lo que había sentido la noche anterior al verlo fue una premonición.

—Sí. Lo soy.

—¡Sabía que eras tú!

—¿Por qué lo sabías? —La mirada se le tornó acuosa.

—Es un secreto. —El niño achinó los ojos y juntó los labios, en una sonrisa juguetona.

—Un hijo no debe tener secretos con una madre.

El niño recapacitó y suspiró.

—Mi padre me dijo que al final del camino encontraría a una madre. Y



una mañana vi muchas mariposas y...

Se aturulló. Era tanta la emoción desatada, que se mostraba incapaz de expresar sus sentimientos. Pero daba igual. No hacían falta palabras cuando el amor era tan táctil. Esther, por primera vez en su vida, comprendió a través del corazón. Aquel niño la necesitaba. Y ella, desde ese momento, lo necesitaba a él.

La mariposa echó a volar. El pequeño siguió con los ojos el enérgico y silente revoloteo del insecto hasta que desapareció. El aire continuaba impregnado del aroma de la lavanda. Esther besó con delicadeza la cabeza del chiquillo.

—¿Te duele?

—Ya no.

Se miraron e hicieron trueque de sonrisas. Él con los ojos muy abiertos, para fijar en su memoria la cara de su madre. Ella, con la mirada aún enturbiada por las lágrimas.

—¿No me dejarás nunca?

—¡Pero cuándo se ha visto que una madre abandone a un hijo!

Lo abrazó, y le dijo palabras bonitas al oído en voz tan baja que Juan y Pierre no pudieron oírlas, aunque lo intentaron, inclinando la cabeza. Los dos, que permanecían en respetuoso silencio, se miraban atónitos, sin entender del todo lo que habían presenciado. Sin que mediasen palabras pensaban lo mismo. Entonces, ¿el padre de Pierre no le mintió al decirle que encontraría a una madre? ¿Y Pierre tenía razón cuando, hace tiempo, aquella rutilante mañana de sol, les dijo lo de la mariposa?

Qué extraña era la vida.

*Marsella, 3 de julio de 1212*

A primera hora de la mañana, Jacob Halevi y sus tres discípulos se reunieron, como todos los días anteriores, para compartir noticias y escuchar las directrices del viejo galeno. Todos miraban a Saúl con una sonrisa ladina. El joven estaba ojeroso, aunque su mirada resplandecía.

—¿Has dormido poco? —le preguntó un compañero, propinándole un codazo.

—Lo justo —admitió, tras devolverles idéntica sonrisa.

Estuvieron de acuerdo en que la situación era insostenible. Podrían atender a los niños durante un par de días más, a lo sumo, ya que las reservas de medicamentos se agotaban y, además, la multitudinaria presencia infantil era un grave problema para la ciudad, con miles de chiquillos desertando de las playas y ocupando las calles y plazas antes de esturrearse por los campos, de vuelta a sus casas o para reemprender una incierta vida.

—Los físicos cristianos se lavan las manos, como Pilatos —arguyó el anciano—. Y nosotros no podemos hacer más. Debemos retomar a nuestra clientela, pues la tenemos desatendida y podría irse a la competencia. Además, todavía me quedan dos semanas para impartiros lecciones y concluir mis enseñanzas. —Los tres jóvenes asintieron con la cabeza, comprensivos—. Así que llenad vuestras talegas de medicinas y salgamos a curar.

Rellenaron frascos de vidrio con cocciones de vinagre con comino para cortar la diarrea, hicieron acopio de alcaravea confitada, emplastos, ampolletas con julepes y, sobre todo, aceite de camomila para aliviar las quemaduras producidas por el sol.

Saúl se despidió de su mujer hasta la noche, cuando regresaría después de una agotadora jornada de trabajo. Raquel lo vio marchar con el corazón rebosante de dicha. El reencuentro le había quitado todas las incertidumbres y miedos. Juntos afrontarían las adversidades, comenzarían de nuevo, regresarían a su casa en Narbona o se establecerían en otro lugar. Aún no lo habían decidido, pero eso era algo secundario. Lo importante era que se tenían el uno al otro y estaban convencidos de que la fuerza del amor bastaba.

\* \* \*

Los médicos contemplaron de nuevo tristes escenas en Marsella. Millares de niños, hastiados de la promesa incumplida de caminar a través del Mediterráneo, huían de las playas y deambulaban por las calles con la mirada perdida y la mano extendida, solicitando limosna o un mendrugo de pan. Pero la caridad se había evaporado y la inquina y el miedo, siempre tan oportunistas, habían ocupado su lugar. La gente, temerosa de que los niños atrajesen epidemias por el fracaso de su misión, les daba puntapiés para expulsarlos y les cerraban las puertas de sus casas y sus corazones. No había piedad con unos chiquillos a los que Dios les había negado el milagro de las aguas del mar. El paso de los días aparejó una mudanza de sentimientos, y los mismos que no tuvieron empacho en aclamar a los niños cuando entraron en Marsella, ahora los trataban con desprecio. La sopa boba conventual era lo único que recibían los zagales vivos, porque los muertos ni siquiera merecían un sepelio cristiano. Las cofradías gremiales, al amanecer, recogían los fríos cadáveres en carromatos y los enterraban en las afueras de la ciudad, en fosas comunes, sin cruces, lápidas ni responsos. Y en vez de agua bendita eran despedidos con los gargajos de los enterradores.

Ladrones de carne humana acudieron a Marsella. Ávidos de dinero, vieron una excelente oportunidad de negocio. Compensaban el aliento pútrido de sus bocas carriadas con palabras dulces para ganarse la confianza infantil. Bandas organizadas de hombres sin escrúpulos raptaban a los niños solitarios, los engolosinaban con promesas de alimento y palacios, los maniataban y montaban en carros para llevárselos y venderlos a degenerados, para su perverso placer, o a brujas, para sus misas negras.

\* \* \*

Las playas se vaciaban de pequeños cruzados. Y de monjes.

Los niños, rebelados contra el pastorcillo, lo insultaban, le arrojaban puñados de arena y se marchaban entre sollozos por lo que soñaron y nunca tuvieron, o por lo que habían tenido y no recuperarían. Y los que guardaban cabellos y jirones de ropa de Esteban como preciadas reliquias los arrojaban a la arena y se orinaban encima, como escarnio.

Los frailes, abrumados por la magnitud del fiasco, abandonaron cabizbajos la orilla del mar, con la cabeza y el corazón martilleados por las

dudas de la fe, sin saber si lo mejor era regresar a sus conventos o enrolarse en otras aventuras cuyos líderes prometiesen construir un mundo mejor. Ninguno tenía la sensación de haber recuperado la cordura, extraviada por un tiempo. Sencillamente, buscaban adherirse a otras causas justicieras.

El pastorcillo, en permanente estado de desesperación, se postraba donde morían las olas, hundía las manos en la arena húmeda y gritaba fragmentos del padrenuestro al mar, sin dirigir la mirada al cielo, quizá convencido de que ya no descenderían legiones arcangélicas para separar las aguas. Rezaba solo, ante la mirada de menos de un millar de niños. Eran los irreductibles. Los únicos que aún confiaban en la posibilidad del milagro o, asustados del viaje de retorno, preferían quedarse allí.

Entonces, el abuelito habló con Esteban. Era el momento.

Lo sedujo con las palabras adecuadas. Lo tranquilizó con su hablar pausado y le transmitió la convicción de que la cruzada culminaría con éxito.

—Dios no se ha olvidado de ti, Esteban. Dios te ha puesto a prueba.

—¿A prueba? —El pastorcillo se mostraba confuso.

—Claro. Dios no ha querido dividir las aguas para así separar el trigo de la paja.

El pastorcillo, sentado en la arena, meditaba mientras la espuma de las olas le humedecía las piernas. Gaspard, que por desconfianza se había convertido en la sombra de su compinche, presenciaba el diálogo en silencio. El aire era casi sólido de tan caliente como estaba.

—Los niños que no te han abandonado son los elegidos —explicó el abuelito—. Ellos son los verdaderos cruzados. Con ellos conquistarás Jerusalén y realizarás la obra divina en la tierra.

—Si el mar no se abre no podremos llegar a nado —contestó Esteban, en un raptó de inédito pragmatismo.

—Iremos en barco.

—¿En barco?

Esteban se puso en pie. Su mirada, apagada hasta el momento, recuperó la luz. Se frotó las manos para quitarse la arena mojada y cogió las manos del abuelito.

—Cuéntame.

—Guardo viejas y leales amistades de mi época de cruzado. He hablado con algunos de esos amigos, antaño soldados, hoy mercaderes, y pondrán a tu servicio varias embarcaciones.

—¿Cuándo! ¡Cuándo!

—Mañana dispondrás de ellas. Estarán ancladas en el puerto.

El pastorcillo, poseído por la incombustible energía que siempre lo había caracterizado, se puso a correr en círculos, preso del entusiasmo, y como las ideas y sentimientos se le agolpaban en la cabeza y el corazón, comenzó a gritar de puro contento, frenético.

El abuelito mostraba una sonrisa lobuna.

Cuando Esteban se serenó y logró ordenar sus palabras, anunció, exaltado:

—¡Dios lo ha querido así! ¡Él ha separado el grano de la paja y ha escogido a los mejores, a los puros de alma! ¡Con ellos conquistaré Jerusalén! ¡Con ellos tomaremos Tierra Santa! ¡Iremos a ultramar y Dios cegará a los sarracenos cuando avancemos hacia las murallas de Jerusalén!

—Y toda la gloria será para ti, Esteban —apostilló el anciano para remachar su plan—. Tuya será la gloria.

El pastorcillo, imbuido de confianza en sí mismo, corrió hacia los niños que, hambrientos, sedientos y con la piel abrasada, remoloneaban en la arena. Les contó la buena noticia y se dispusieron a hacer más corta la espera mediante rezos y cánticos.

Jerusalén, por fin, los esperaba.

El abuelito, por su parte, esperaba su botín.

*Marsella, 3 de julio de 1212*

La nave llegó a puerto, echó el ancla y el sacerdote descendió por la pasarela de madera con dificultad, con el sentido del equilibrio alterado, todavía algo mareado tras los días de travesía. El sol de mediodía se abatía sin piedad sobre los estibadores que descargaban y los marineros que reparaban las redes rotas. El calor reblandecía el reciente calafateado de los cascos despintados de las barcas de pesca. La calima difuminaba de blanco la lejanía, y el aire salitroso quemaba los pulmones.

La naturaleza de su trabajo como documentalista en la Santa Sede lo había familiarizado con diferentes lenguas, perfeccionadas al hablar con los dignatarios europeos que visitaban Roma. Allí había vivido en el reino de la palabra escrita, y ahora le tocaba vivir en el de la palabra hablada. No le sería dificultoso hacerse entender.

El capitán y la tripulación se aprestaron a bajar a tierra firme para cumplimentar el papeleo con el escribano del puerto y pagar el impuesto preceptivo. Luego, convertidos en parranderos, remojarían en vino sus preocupaciones y brindarían por haber arribado con éxito después del naufragio en las costas de Cerdeña.

Y, casualmente, el barco fondeó junto a otro carguero que se aprestaba para navegar a la isla de Cerdeña en cuanto un mercader adquiriese la lavanda necesaria.

Francesco, urgido por la naturaleza de su misión, preguntó a unos marinos dónde se hallaban los niños de la cruzada, y los hombres, acostumbrados a expresarse con rudeza, torcieron el gesto y contestaron de mala gana que estaban en la playa y en la ciudad, por todas partes, esperando a morirse de asco o de hambre, y a pique de ser expulsados por los soldados.

El sacerdote, espoleado por la respuesta, caminó deprisa en dirección a la playa y, a pesar de que había pensado con detenimiento qué decir cuando se encontrase con el pastorcillo que guiaba la cruzada, cuando pisó la arena y contempló de lejos a los pequeños, dudó sobre el discurso premeditado.

Y, sobre todo, al mezclarse entre los pequeños, sintió una pena infinita.

Daban lástima por su estado de salud. Pero más aún por la inquebrantable

fe que mantenían en Esteban. Las sencillas preguntas que Francesco hizo a un puñado de ellos le corroboraron que no estaban dispuestos a abandonar al pastorcillo. De modo que el sacerdote no intentó dialogar con él, sino que, con la sotana arremangada para andar con rapidez sobre la arena, se encaminó hacia Marsella. Los otros niños le harían más caso.

Y el espectáculo marsellés acabó de conmover las entretelas de su corazón y se le saltaron las lágrimas.

Miles de chiquillos magullados, contusos y enfermos limosneaban, hurtaban comida y eran castigados a golpes si los pillaban. La peste que emanaba de los niños arracimados se imponía sobre el mal olor de la mugre retestinada en las callejuelas y de los desperdicios acumulados en las esquinas del mercado. Piojosos, comidos de picaduras y desollados por el sol, miraban con desconsuelo o con rabia, según la naturaleza de cada uno. Y, curiosamente para Francesco, las niñas se mostraban más fuertes que los niños, lloraban menos y encaraban con más coraje las penalidades. El sacerdote, al verlas, pensó que las que sobrevivieran y crecieran se convertirían en mujeres excepcionales por haber superado una experiencia tan demoledora.

Así que decidió empezar por las niñas.

Les hablaba con cariño y en voz baja para ganarse su confianza, y si bien algunas se acercaban, la mayoría recelaba al ver la sotana, pues los clérigos que acompañaban al pastorcillo fueron los hombres que con más intensidad las persuadieron para creer en Esteban, para confiar en que caería maná del cielo, llovería vino dulce, se abriría en dos el mar y viajarían a Jerusalén hollando el blando lecho marino.

Con paciencia, y sin desalentarse ante las negativas y desprecios, les explicaba que él las salvaría, que les daría de comer y las transportaría hasta Roma para buscarles cobijo, un hogar donde vivir.

—Conmigo estaréis a salvo. Nadie os hará daño.

Unas cuantas pequeñas se acercaron a él y se abrazaron a sus piernas en busca de cariño y seguridad. Las cogió de la mano, las condujo hasta el embarcadero, las subió al barco y les dio de comer. Y cuando las chiquillas volvieron a sonreír y se sintieron resguardadas, les indicó:

—No os mováis del barco. Esperadme. Volveré con más.

Y así lo hizo. Estuvo toda la tarde recogiendo a niñas de las calles. Y a niños. Porque cuando entre ellos corrió la voz de que un cura auxiliaba a las niñas de la cruzada, lo buscaron para que los socorriera también.

Los niños, como en la escena evangélica, se acercaban a él.

Y Francesco estuvo yendo y viniendo de la dársena a la ciudad, buscando a cualquier pequeño, hasta que anocheció y se vio obligado a permanecer en el barco con los que había rescatado, para acomodarlos en la bodega y en la cubierta.

Muchos niños tenían apósitos realizados por los médicos judíos, quienes les habían suministrado píldoras y jarabes y untado bálsamos, e incluso operado a cielo abierto si su vida corría peligro. Las campanas de las iglesias y monasterios dieron el toque de ánimas: los soldados cerraron las puertas de las imponentes murallas con chirridos de goznes; los hombres y mujeres se recogieron en sus casas para cenar y rezar en la alcoba, en torno al catre, pidiendo a las ánimas del Purgatorio que no moviesen la cama durante el sueño y los desvelasen; y manos femeninas pusieron en ventanas y balcones piedrecitas pulidas metidas en agua para cargarlas de energía a la luz de luna mientras sus hijos chicos aprendían a andar en tacatás de madera. Luego las meterían en bolsitas para colgarlas de su cuello y de los de sus hijos, como amuleto.

Las calles se fueron quedando desiertas y resonaban las apresuradas pisadas de las galochas, con suelas de madera para protegerse del barro y suciedad. Bajo una ventana, una pandilla de jóvenes daba una cencerrada para chincar a unos recién casados. Hacían sonar los cencerros, golpeaban con un palitroque el interior de una orza y su serenata obscena les provocaba risas mientras cantaban bajo la alcoba con la ventana abierta, por el calor.

Pronto harían la ronda nocturna las escuadras que portaban consigo la muerte. Pequeños grupos de civiles y soldados, alumbrados con faroles de mano, limpiaban la ciudad de la incómoda presencia infantil. Hartos de los hurtos y asustados por la posible propagación de epidemias, mataban a los niños que veían más enfermos. Los sorprendían en pleno sueño febril y les reventaban la cabeza contra las paredes, los degollaban vivos, les clavaban las lanzas en el corazón y los dejaban tirados como perros, para escarmiento de los que despertaban, como advertencia, para que abandonasen sin dilación Marsella. Y las rondas de noche de los faroles se alejaban dejando charcos de sangre coagulada, contentas de su hazaña, sin pizca de remordimiento.

Los maullidos de los gatos, en los tejados, parecían lloros de niños chicos emberrinchados.

Y un manto de negritud se posó sobre la multitud de niños que, confundidos con los pedigüños, se dispusieron a dormir bajo los soportales, al amparo de los voladizos de las casas principales o en las escalinatas de los



conventos, con la vana esperanza de que si no despertaban, los frailes dirían misas por su alma y los enterrarían en lugar sagrado.

Al día siguiente, sucedería todo.

*Marsella, 4 de julio de 1212*

Desde el día anterior, Gaspard, enfebrecido por verse rico, repetía sin cesar que lo primero que haría tras cobrar su parte sería buscar un prostíbulo:

—A las putas, voy a llenarlas de tanta leche, que podrán hacer gachas. ¡Ja, ja, ja!

Sus risotadas y vulgaridades le resultaban indiferentes al abuelito, que no se molestaba en reírle las gracias, ni siquiera en sonreír. Pero debía soportar la continua presencia del gordinflón, pues sus sombras estaban cosidas de tan cerca como caminaban, pues Gaspard desconfiaba de su compañero.

Aquella bola grasienta y barbada no dejaba de preguntarle si tenía el plan premeditado desde el principio, si por eso se unió a la cruzada de los críos, y el viejo, sin ganas de entablar diálogos de camaradería, respondía con indiferencia que, en la vida, había que aprovechar la ocasión, frase que a Gaspard se le antojaba la cúspide del ingenio y que repetía con su vozarrón:

—Hay que aprovechar la ocasión. ¡Pues yo sé aprovecharla, vive Dios que sí!

Al amanecer, antes de que el calor húmedo derritiera las seseras y ensopase el aire, los dos hombres se reunieron en el puerto con Hugo el Hierro y Guillermo el Cerdo. Las barcas de pesca regresaban con las redes cargadas. Todavía estaban encendidas las luces de algunos candiles y la luna se desvanecía como un fantasma tímido. El Hierro, al ver llegar al viejo acompañado, preguntó, escamado:

—¿Quién es éste?

—Un amigo —respondió el abuelito con los labios apretados, como si le costase pronunciar esas palabras.

—Vamos a partes iguales en el trato —justificó Gaspard, y carcajeó—. ¡Ja, ja, ja!

El Cerdo señaló los barcos anclados. Siete. En ellos transportarían a los niños hasta Egipto.

—Los capitanes están advertidos de la carga que llevarán a bordo —añadió el Hierro—. La marinería es fiable. Cuando lleguéis a Alejandría, los comerciantes de esclavos se ocuparán de todo. Ellos os pagarán vuestra parte.

Cuantos más niños, más dinero recibiréis. Según su estado de salud, claro. Los enfermos no valen nada. Los capitanes, durante la travesía, tendrán potestad para arrojar por la borda a los que vean muy mal y evitar así la propagación de enfermedades.

—¡Eh, no habrá líos con esos mercaderes de esclavos! ¡No vaya a ser que resulten ser mercachifles! —terció Gaspard, insolente.

La suave luz de la amanecida alumbraba la cicatriz del Hierro, que se la rascó antes de responder con sequedad:

—Guillermo y yo somos mercaderes serios. Y nuestros socios alejandrinos, también. Cumpliremos con lo pactado.

—¡Eso quería oír yo! —soltó Gaspard, dándose las de negociante.

—Al mediodía las naves estarán listas para zarpar —dijo el Cerdo—. No os retraséis.

El abuelito y Gaspard marcharon enseguida a la playa para avisar al pastorcillo. Cuando llegaron, Esteban estaba postrado de hinojos, con las rodillas enterradas en la fría arena y la mirada puesta en el sol naciente, musitando unas postreras oraciones para intentar derretir el duro corazón de Dios. El caudillo que había predicado un falso pacifismo místico era un muñeco roto. Aislado de la realidad y envuelto en un halo de fracaso, permanecía enroscado en su fantasía. Ya no se mostraba altanero.

—El Señor está muy ocupado con los pecados de la humanidad —aclaró el anciano—. Por eso no te hace caso.

—El Altísimo posee un corazón de pedernal —respondió Esteban mientras se levantaba.

—¡El Altísimo tiene las orejas llenas de cera! ¡Como yo! Por eso no oye —exclamó Gaspard con voz pedregosa mientras se introducía el índice en el oído y lo extraía amarillento, pringado de cerumen.

—Dios, en su infinita sabiduría, ha dispuesto las naves. A mediodía estarán preparadas para emprender el viaje hasta Jerusalén. Son siete. Suficientes para embarcar a los irreductibles, a los niños puros de alma —explicó el abuelito, persuasivo.

El pastorcillo, repentinamente animado, con un recuperado fanatismo en la mirada, congregó a sus centenares de seguidores y los exhortó a embarcar para ir a ultramar y tomar Jerusalén en una acción rápida. El milagro acaecería allí. Conquistarían la ciudad gracias a un inusitado despliegue del poder divino, nunca visto desde la Creación del mundo en siete días.

Y los niños, una vez más, lo creyeron.

Y caminaron hacia el puerto a paso lento, con las fuerzas menguadas y las almas incandescentes, mientras el abuelito silbaba. Firulí, firulá.  
Como en el cuento del flautista de Hamelín.

*Marsella, 4 de julio de 1212*

Francesco, con las claras del día, se despertó. Había conciliado el sueño tarde debido a la extenuación, y sólo tras comprobar que los niños a bordo habían comido y bebido y cerrado los ojos, aovillados en la bodega y en cubierta. Tenía cercos violáceos bajo los ojos, le dolía la cabeza de la tensión y del cansancio acumulados, pero bajó a puerto de nuevo, sin tomar bocado, dejando a los pequeños al cuidado de los marineros.

Aún cabían más. Debía intentar convencerlos, salvarlos de una muerte casi segura si se atrevían a regresar a sus lejanos hogares, rescatarlos de las garras del fanatismo del pastorcillo, que seguía obcecado en completar su loca cruzada.

El capitán del barco, enterado en la taberna de que las siete naves ancladas en un embarcadero próximo estaban destinadas a trasladar a los fieles seguidores de Esteban hasta Egipto, se lo había comunicado al sacerdote, por lo que Francesco se dirigió hasta el atracadero.

Y allí esperó la llegada del pastorcillo. Llenó los pulmones de aire hasta que se le disipó el dolor de cabeza.

Cuando el puerto fue inundado por cientos de niños andrajosos, los marineros de los siete barcos colocaron las rampas de acceso y los capitanes dieron precisas órdenes a la tripulación.

Urgía actuar. Debía mostrarse elocuente para convencer a Esteban de que disolviese su alocada cruzada. Los niños empuñaban estandartes que ondeaban bajo la cálida brisa como lenguas de trapo de una cruel burla. Y cuando distinguió al niño que iba en vanguardia, corrió hacia él.

—¿Eres Esteban? —preguntó, con la respiración agitada.

—Lo soy.

—No puedes llevártelos. Atiende a lo que tengo que decirte. Vengo de Roma y...

Gaspard, receloso de la inoportuna presencia de aquel sacerdote, lo apartó de un manotazo, no fuera a desbaratar sus planes y por tanto perder la oportunidad de hacerse rico.

—¡Quita, cucaracha! —gritó con su voz bronca.

—¡Esteban, escúchame! —suplicó Francesco, abriendo los brazos como un crucificado de madera.

Pero Esteban no oía más voz que la que resonaba en su interior. Una voz que le decía, repicando con la contundencia de un aldabón, que su hazaña debía estar profetizada en algún pasaje del Antiguo Testamento, o vislumbrada en alguna parábola de Jesucristo. Aquella voz interna dialogaba con su conciencia sobre un mundo tan perfecto que nadie podría creerlo, y en su rostro se perfiló una extraña sonrisa que ya no se borraría.

El abuelito, Gaspard y Esteban indicaron a los niños que subieran a los barcos. El Hierro y el Cerdo, apostados cerca, contemplaban el embarque con sendas sonrisas zorrunas. Dentro del corazón del abuelito casi podía oírse el crepitar del odio y, en su cabeza, el chirrido de la repetición de sus recuerdos envidiosos. La vida, por fin, le iba a recompensar con el dinero que siempre deseó y nunca tuvo.

Algunos de los pequeños entonaban estrofas de himnos de gloria, pero la fatiga sedimentada impedía que otros labios secundasen los cánticos. Las gaviotas chillaban y hacían círculos blancos sobre los navíos. Había mercaderes y tripulantes frisios, renanos, aragoneses y venecianos, y cada cual hablaba en su parla. Los estibadores interrumpieron sus esforzados trabajos para observar la partida de los cruzados infantiles, al igual que los marineros que reparaban nasas, los pescadores que vendían sus capturas, los escribanos que anotaban escrupulosamente los cargamentos y los viejos marinos que, desdentados, tuertos y con patas de palo, olvidaron sus nostálgicas ensoñaciones marítimas para contemplar, con curiosidad, cómo aquel rebaño humano iba a un matadero llamado Jerusalén.

El pastorcillo embarcó en una nave y el abuelito y Gaspard en otra. Los niños se apiñaron en las bodegas y cubiertas. Cuando se completó la operación, los marineros deshicieron los complicados nudos, izaron velas e iniciaron las maniobras de desatraque. Soplaba viento a favor, no había nubarrones y el calor comenzaba a picar.

Así partió la cruzada de los niños de Marsella.

Francesco, impotente y desolado, permaneció en silencio mientras los barcos se apartaban del muelle. Ya no podía hacer nada por quienes se habían aventurado a ultramar.

Pero aún podía hacer mucho por quienes continuaban tirados por las calles de la ciudad.

*Marsella, 4 de julio de 1212*

Esther se sinceraba con su amiga. Desvelada desde la madrugada, había estado pensando qué hacer con su vida. Y había tomado una decisión. La bendita irrupción de Philippe provocó un dulce terremoto en su concepción de la existencia, confirmó sus sentimientos y alteró sus planes. Desde hacía mucho tiempo creía que no era capaz de dar amor, pero no por haberlo gastado, entregándolo sin tasa a otra persona, sino porque lo tenía guardado bajo llave. Su amor había estado apolillado y ahora, gracias a Philippe, lo oreaba.

El pequeño, ya más repuesto, jugaba en el patio de la casa con unos tarugos de madera coloreados. Las dos mujeres conversaban, sentadas junto a macetas que exhalaban olor a tierra mojada, porque la criada las había regado. Bebían agua con canela en rama y observaban a Philippe construir torres con las piezas pintadas de colores vivos.

—Nos iremos —anunció Raquel.

—¿Adónde?

—No lo sé. Lejos. Donde no odien a los judíos.

—¿Pero existe ese lugar? —Raquel compuso una sonrisa triste.

Esther cerró los ojos y se encogió de hombros. Al abrirlos, una fogarada los iluminó desde dentro.

—Sólo quiero vivir en paz en cualquier sitio. Con Philippe. Con mi Philippe —remarcó el posesivo.

—Te has encariñado con él.

—Yo no conozco las palabras adecuadas como las conoces tú, pero siento algo aquí. —Se tocó el pecho—. Un calor mucho más fuerte que el que pensé que se sentiría al tener un... un hijo.

La construcción se desmoronó y los cubos rodaron por el suelo bajo la perenne sonrisa del niño, que volvió a colocarlos en vertical, en equilibrio inestable.

—Él te quiere como madre. Ya eres su madre.

Esther, incapaz de encontrar palabras que relatasen la felicidad que la colmaba, se limitaba a mirar arrobada a Philippe con ojos llameantes. De

repente, suspiró, abrumada por la losa de la realidad.

—¿Pero a dónde puedo ir? —gimió—. No tengo dinero. Y ahora también debo pensar en él.

—Encontrarás una solución.

Esther bebió un sorbo del agua aromatizada con canela y, por unos instantes, se encerró en sí misma, arrebatada por los aterciopelados pensamientos que la transportaban a ella y a Philippe a un país remoto, donde no les alcanzase el odio.

\* \* \*

Por su parte, Juan y Pierre permanecían en la cocina, junto a la criada, que mientras faenaba les daba trozos de queso y rebanadas de pan candeal. Los niños, con hambre atrasada, devoraban a todas horas, insaciables. A Pierre le gustaban los delicados olores de aquella casa: las especias almacenadas en la alacena, los tiestos del patio recién regados y el aparador donde se guardaba la vajilla de plata.

Juan todavía enseñaba a leer y escribir a Pierre, el cual masticaba y escribía sus primeras letras con trazo irregular, como si éstas estuviesen borrachas. Empuñaba la pluma con demasiada fuerza y echaba borrones en la hoja de papel que el viejo médico le había dado, pues Jacob Halevi, al descubrir que Juan ejercía como maestro, y sorprendido de la iniciativa, quiso contribuir al aprendizaje de Pierre entregándole varios folios, una pluma con la punta ya rasposa, pero aún útil para la escritura, y un tintero con un poso de tinta. Pierre, con los dedos manchados de negro, cogía el pan y el queso, los engullía en dos bocados, murmuraba las palabras que leía mientras deslizaba el dedo por debajo y escribía de corrido los nombres de todas las cosas que había descubierto al escapar del hospicio, cuando aquellos primeros días de embriagadora libertad le parecieron el estreno del mundo.

Olía a ciervo guisado con vino. La sirvienta movía con un cucharón de madera la olla puesta a hervir, probaba el punto de sal y añadía hierbas aromáticas para darle más sabor. Juan interrumpió la lección.

—Ahora que Philippe ha encontrado a una madre, se irán a vivir juntos —dijo con naturalidad.

Pierre tragó el pan que mascaba, dejó a medio escribir la letra be, y respondió:

—Claro.



—Él ya no necesita tu fuerza para sentirse protegido, ni mi compañía cuando llegue la noche. Nunca más tendrá miedo a la oscuridad. —Miró a su amigo a los ojos y respiró hondo al soltar la pregunta—: ¿Qué vamos a hacer nosotros?

—Aquí estamos bien. —Pierre hizo un gesto abarcador con la mano.

—Sí. Pero tendremos que irnos.

—No sé. Ya veremos.

Continuaron con su tarea. El caldo vinoso del guiso comenzó a borbotear. Pierre terminó de escribir una palabra. «Barco».

Tal vez fuera una premonición.

*Marsella, 4 de julio de 1212*

Francesco, espoleado por la prisa, hizo varios viajes de la ciudad al puerto hasta la caída de la tarde. En cada ocasión lograba convencer a varios pequeños para que lo acompañasen al barco, donde les repartía alimentos y agua, y regresaba de nuevo a las calles para salvar a unos cuantos más. Hasta que la embarcación se llenó.

—Ya no caben más —indicó el capitán, tajante.

—Dejadme traer algunos más.

—Correríamos riesgo de zozobrar. El sollado está repleto y en cubierta estorbarían las maniobras de mis hombres.

De la bodega emanaba un hedor espeso. Los niños, apretujados como sardinas, se disputaban cada bocanada de aire fresco que penetraba por las escotillas abiertas para facilitar la ventilación.

—Sólo unos pocos más —suplicó el sacerdote.

—Está bien. Haga su paternidad un último viaje a la ciudad. Mañana, al alba, zarparemos junto a aquel navío que se dirige a Cerdeña. —Señaló con la barbilla el barco más próximo—. Navegaremos juntos un buen trecho y nos ayudaremos en caso de peligro.

Francesco, con la sensación de almacenar hierro en piernas y brazos, abandonó el navío y se encaminó a la ciudad dando zancadas, sin que el cansancio le restase ánimo para socorrer a algún niño más.

La luz declinaba. Por las ventanas abiertas se oía el tintineo de las campanillas de los amos reclamando a la servidumbre, y las voces de las madres que, apoyadas en los alféizares, llamaban a sus hijos. Y también se escuchaban los desgarradores gritos de quienes, por haber nacido con graves taras, eran confinados de por vida en habitaciones, para no ser mostrados en público y avergonzar a sus familias. Daban lastimeros aullidos sonámbulos, cada noche, hasta que los recogía el Señor.

Al llegar a una plazoleta regada con los orines y bostas de una reata de mulas que acababa de pasar, vio que un hombre atendía a dos pequeños sentados en el suelo, con la espalda recostada contra una fachada conventual. Al acercarse, descubrió que se trataba de un médico. Era Saúl. Curaba las

llagas y heridas de los niños. Y, para la migraña, les daba sorbos de una decocción de corteza de sauce. El galeno, rodilla en tierra, al verse observado comentó, irónico:

—¿Su comunidad va a hacerse cargo de estas criaturas?

Saúl sabía que el clero marsellés no recogía de la calle a los rapaces, sino que, en todo caso, se limitaba a suministrarles la sopa boba, en un ejercicio de caridad limitada, tasada.

—No pertenezco a ninguna comunidad de aquí. Pero intento socorrer a estos infelices —respondió Francesco con humildad.

—¿Socorrerlos? ¿De qué manera? —preguntó el médico, desconfiado, al tiempo que aplicaba una tintura sobre las feas heridas de los niños.

—Dándoles de comer y beber. En el puerto hay un barco a mi disposición lleno de ellos. Mañana zarparé hacia Roma. Mi intención es proporcionarles una nueva vida.

Saúl, impresionado por las palabras del religioso, terminó de practicar la cura, guardó su instrumental en la pequeña maleta de madera negra y se puso en pie. Ambos jóvenes eran de parecida estatura.

—Disculpad mi tono —se disculpó—. Pero nadie se ha ocupado de estos niños en la ciudad. Llegaron hace días. Pretendían...

—Conozco la historia —comentó Francesco, demostrando con un gesto de la mano que no necesitaba más información.

El galeno asió la maleta negra y se echó al hombro la talega de piel, vacía de medicinas. El sacerdote se inclinó sobre los pequeños y les propuso irse con él, pero ambos, resentidos hacia los clérigos que acompañaban al pastorcillo, se negaron a ir. No se fiaban. Fue inútil insistirles. Se decantaron por la descomunal aventura del retorno a sus hogares antes que depositar de nuevo la confianza en un hombre de Iglesia. Dijeron «no» sin palabras. Ni siquiera movieron la cabeza a izquierda y derecha. Se limitaron a mirar al sacerdote con ojos escarchados de un resentimiento y tristeza impropios de su edad.

—Me he quedado sin medicamentos. Mi trabajo ha terminado. Pero... —Saúl meditó.

—¿Queréis decirme algo?

—Estoy alojado en casa de un médico sabio y hospitalario. Él ha acogido a unos chiquillos de la cruzada del pastor. Tal vez ellos os escuchen. No tienen a nadie.

La luz crepuscular se apagaba. Se había levantado algo de brisa y el

sofocante calor remitía. La fatiga mermaba las fuerzas del religioso, pero no quería retornar al muelle con las manos vacías.

—Os acompañaré. Nada pierdo por intentarlo.

El atardecer se transformaba en anochecer con suavidad. Juntos y en silencio se dirigieron al domicilio de Jacob Halevi.

Urgía regresar a puerto antes de que las campanas diesen del toque de ánimas y los soldados cerrasen y atrancasen las puertas de las murallas.

*Marsella, 4 de julio de 1212*

Saúl tocó con devoción la mezuzá del portal antes de entrar. Sus compañeros también habían acabado la remesa de medicamentos disponibles en casa del anciano Jacob Halevi y, extenuados, se disponían a tomar un caldo de gallina preparado por la criada. Un delicioso reconstituyente.

Todos se extrañaron de la inopinada visita de un sacerdote, y Saúl explicó brevemente lo que pretendía. Esther atrajo a Philippe hacia sí y lo rodeó con el brazo, en un mecánico gesto de protección. No estaba dispuesta a que se lo arrebatasen, pero los modos apacibles y las palabras de Francesco la tranquilizaron. Juan y Pierre, en una esquina de la estancia, escuchaban, atentos.

—Apenas dispongo de tiempo —dijo el religioso—. Mañana, al amanecer, mi barco zarpará hacia Roma. Aún queda sitio para unos pocos. Para dos. Para vosotros, por ejemplo. —Miró con dulzura a Juan y a Pierre.

Los dos amigos, paralizados por la sorpresa, no reaccionaban.

—Y bien. ¿Qué decís? —inquirió el sacerdote.

Se miraron. Sus labios permanecían sellados.

—No puedo prometeros una vida fabulosa, pero sí que no os moriréis de hambre y que recibiréis alguna educación.

Los dos amigos volvieron a cruzar miradas. Notaban en las sienes los latidos de sus corazones.

—Decidíos. Apenas queda tiempo.

Pierre, siempre tan valeroso, esta vez prefería que su amigo se pronunciase. Y Juan, tras pensar velozmente qué hubiese querido su padre para él, tragó saliva antes de hablar:

—Está bien. Iré. Y Pierre, también.

Pierre asintió con la cabeza, de acuerdo con su amigo. Pensó que quizá su sueño de tener una casa con un huerto grande se haría realidad alguna vez. Y sonrió.

—¿No hay sitio en ese barco para mi hijo y para mí? —acertó a preguntar Esther, con el empuje que la caracterizaba, al tiempo que cogía a Philippe de la mano.

Todas las miradas se dirigieron hacia ella. Raquel, sobresaltada por la repentina reacción de su amiga, abrió la boca para replicar que le parecía una barbaridad, pero dejó que la cabeza mandase sobre los sentimientos, y permaneció callada.

—Lo lamento. No lo hay —respondió Francesco.

Esther, con el desánimo reflejado en su mirada, suspiró.

—Junto a mi barco hay otro que también zarpa mañana —recordó de repente el religioso—. Un mercante. Se dirige a Cerdeña. Quizá tengáis sitio allí.

La esperanza y la decepción se abatieron por igual sobre Esther. Esperanza porque era la posibilidad de rehacer su vida junto a Philippe en un lugar lejano. Decepción, porque no disponía de dinero.

—No tengo con qué pagar el viaje. —Una sombra de tristeza eclipsó su mirada.

—Sí tienes.

La intervención de Raquel sorprendió a su amiga, que no sabía a qué se refería.

—Sí tienes —repitió Raquel—. Los ahorros de Saúl servirán para el pasaje.

—Pero, Raquel, no puedo aceptar...

—Sí puedes. Lo mío es tuyo. Cuidaste de mí en el camino. Acepta ese dinero, porque proviene de mi corazón.

Esther, con el agradecimiento licuado en los ojos, despegó los labios para contestar, pero la voz se le apagó y no pudo hacerlo, por lo que Raquel habló de nuevo:

—Has encontrado lo que siempre soñaste y la vida no quiso darte. Es de justicia que, a partir de ahora, seas feliz. Te lo mereces.

Esther soltó la mano de Philippe, se abalanzó sobre Raquel y se abrazaron tan fuerte que intercambiaron los latidos de los corazones. Esther, que no podía parar de llorar, fue incapaz de pronunciar palabra. Raquel le dijo bajito, al oído:

—Acuérdate siempre de mí.

—Cuando lleguéis a la isla —Francesco intervino—, a Porto Torres, preguntad por la señora Giulia de la Gherardesca. Ella os atenderá.

—¿Y qué le digo a esa señora? —acertó a preguntar Esther, con la voz encharcada en lágrimas.

—Decidle que os envía un hombre que leyó a Virgilio con ella.

La luz que entraba por las ventanas se agrisaba a marchas forzadas.

—Rápido —ordenó Francesco—. Debemos irnos antes del toque de ánimas. Si cierran las puertas de las murallas no podremos llegar al puerto. Mi barco me esperaría, pero el vuestro, el que navegará a Marsella, no.

Saúl, agitado por la decisión que su esposa había tomado sin consultarlo, fue hasta su cuarto para coger el dinero. El anciano médico se dirigió a Esther:

—Atiéndeme. El niño evoluciona bien. Te daré unas vendas para que, pasado mañana, le cambies el vendaje, y también un frasquito con extracto de caléndula para ayudar a que la herida cicatrice.

—Gracias, señor Halevi —respondió ella, con la voz quebrada.

—¡Rápido! ¡Tenemos que irnos! —exclamó Francesco, con autoridad.

Saúl le entregó a Esther una bolsita de piel con monedas de plata y el anciano galeno las vendas y el cicatrizante. El sacerdote, con un gesto de la mano, apremió a Juan y a Pierre a seguirlo. Y salieron a la calle.

Las sombras avanzaban por el cielo. Pronto los bronces de los campanarios darían el toque de ánimas, la señal para cerrar y trancar las puertas de la muralla. Las dos amigas volvieron a abrazarse, y esta vez, Esther, rehecha, fue capaz de hablar:

—Nunca tendré una amiga como tú.

Raquel respondió con una sonrisa y una caricia en la cara. Ahora era ella la que no podía decir nada, con la pena enroscada en la garganta.

Francesco comenzó a caminar deprisa, seguido por unos obedientes Juan y Pierre. Un piquete de soldados y un escribano público cruzaron una esquina, en dirección a la puerta de la muralla asignada. Los sacristanes y monjes de las iglesias y conventos estarían ya en los campanarios, dispuestos a tirar de las sogas atadas a las campanas.

Esther cogió de la mano a Philippe y empezó a andar con rapidez, sin mirar atrás. Sus ojos, como los de Raquel, estaban ciegos de lágrimas.

Fue la despedida más triste de sus vidas.

*Marsella, 5 de julio de 1212*

Por la mañana, Jacob Halevi retomó las clases con sus discípulos y dedicó la tarde a atender pacientes, una vez reabierto la consulta. Los tres jóvenes atendían con atención las explicaciones del anciano físico y sus comentarios prácticos y, cuando examinaba a los enfermos y daba un diagnóstico, fomentaba que sus ayudantes le hiciesen preguntas.

El anciano los sorprendió con la noticia de que les revelaría conocimientos forenses. Les explicó que los médicos de Venecia llevaban años diseccionando cadáveres de reos ajusticiados desenterrados, anotaban y dibujaban sus conclusiones y vendían bajo cuerda y a buen precio dichos escritos por otros rincones europeos, pues las autopsias estaban prohibidas por la Iglesia y se castigaba con graves penas a los infractores.

La vida cotidiana recuperaba su ritmo. Azuzados por la necesidad o por el miedo, cada vez se marchaban de Marsella más niños de la desastrosa cruzada, y al cabo de pocos días su presencia no iba a ser más que un espectral recuerdo.

Atraídos por la noticia del presunto milagro que nunca tuvo lugar, habían ido llegando a la ciudad curanderos que pescaban a incautos para ofrecerles sanaciones sorprendentes a precio de oro. Estos curanderos, por su superchería, eran despreciados por los médicos, y Jacob Halevi apercibía a sus discípulos de lo perniciosos que eran para la ciencia médica, pues confundían a las gentes sencillas. Y los mismos denuestos recibían las «encantadoras», que decían curar a los enfermos a base de ensalmos musitados con rapidez, como si fuesen fórmulas mágicas inspiradas por santos.

Al atardecer, Saúl repasaba algunos de los libros científicos de la biblioteca de su maestro, como el *Pantegui*, *La anatomía de los órganos* de Averroes o el *Secretum secretorum*, un escrito médico de extraordinario éxito entre los galenos árabes y judíos. Ensimismado en el estudio, no oyó acercarse a Raquel, que le acarició el hombro.

—¡Ah, eres tú! No me había dado cuenta.

Ella se había mostrado todo el día entristecida por la marcha de su amiga. La rapidez con la que todo se había desarrollado impidió asimilar la



noticia y ordenar sus sentimientos. Saúl le echó una mirada evaluadora. Tenía buen ojo clínico para las enfermedades del cuerpo, pero, como muchos hombres, era poco perspicaz para detectar los estados del alma. Pensó que ella, una vez pasado el impulso inicial, estaba mohína por el dinero entregado a Esther.

—Ahora te arrepientes de haber perdido todos nuestros ahorros —le dijo —. ¿No es así?

Raquel sonrió ante la incapacidad de su esposo para penetrar en sus pensamientos.

—En absoluto. Ella no tenía nada y nosotros, todo.

—¿Todo?

—Nos tenemos el uno al otro. Pronto ganarás el dinero suficiente. Nos sobraré. Eres un médico excelente, y allí donde nos establezcamos tu reputación no hará sino crecer.

Saúl, satisfecho y envanecido por la explicación de su mujer, le devolvió la sonrisa y, de súbito, volvió a enfrascarse en el estudio de los tomos de medicina, a leer y a memorizar fragmentos y dibujos. Apenas le quedaban quince días de aprendizaje con Jacob Halevi. Después, él y Raquel regresarían a Narbona, evaluarían los daños de la casa y determinarían si la vendían y se trasladaban a otra ciudad.

Raquel salió al patio. Hacía menos calor bochornoso. La brisa agitaba las hojas verdes de las plantas de las macetas. Respiró hondo.

Se acordaba de su amiga.

*Cerdeña, 8 de julio de 1212*

El mercante que transportaba lavanda atracó en el puerto tras una travesía sin incidentes. Bajo el azul rabioso del cielo, los estibadores de Porto Torres descargaban la carga de las naves que acababan de fondear. Escribanos y mercaderes anotaban asientos contables en los libros de registros, y los escribanos más pragmáticos y venales alteraban las cifras consignadas mientras guardaban bajo la túnica una bolsa con monedas de oro. El batiburrillo de hablas de las diferentes naciones de los marineros reflejaba la pujanza comercial de aquel enclave isleño en mitad del Mediterráneo.

Esther y Philippe descendieron de la nave. A ella le palpitaba con fuerza el corazón cuando preguntó por Giulia de la Gherardesca, la señora a quien el sacerdote le había recomendado acudir. Los primeros marinos con los que se topó o no comprendían su idioma o no conocían el paradero de la dama, pero, al cabo de un rato de pesquisas, uno de los notarios mercantiles mandó recado para que avisasen a la señora de la Gherardesca.

Entretanto, Esther y el niño esperaron en el puerto, rodeados del bullicio, bajo los ásperos chillidos de las gaviotas, entre picantes y dulces olores a especias, a pescado en salazón y a aceite que cargaban o descargaban de los oscuros vientres de los barcos anclados. Aguardaron noticias sentados en una dársena, frente a la imagen de piedra de una Virgen venerada dentro de una hornacina, ante la que ardían multitud de humeantes velas y otras, derretidas y frías, testimoniaban innumerables promesas realizadas.

Un goteo incesante de marineros acudía a implorar ante aquella pequeña escultura. En la intimidad frente a la *Madonna*, antes o después de desembarcar, los hombres exhibían sus manías y supersticiones: se santiguaban tres veces, se persignaban con parsimonia o celeridad y tocaban con los dedos los desgastados pies de la imagen, se quitaban las cruces del cuello para tocarla, se arrodillaban cabizbajos, elevaban los ojos al cielo, blasfemaban entre dientes o escupían para apagar velas votivas. Y se largaban con los rostros embrutecidos por el alcohol, el salitre y un porvenir siempre esquivo.

Uno de los criados de Giulia llegó con una mula para que montasen la

mujer y el pequeño. Al ascender el escarpado sendero y contemplar el hermoso paisaje de olivares y viñedos del horizonte, Philippe se agarró a la cintura de Esther.

—¿Dónde estamos, mamá?

—En casa.

—¿En casa?

El chiquillo abrió los ojos con desmesura, apabullado por tanta belleza, feliz de saber que aquél sería su hogar.

Esther, con la mirada borrosa por la dulzura de las lágrimas, respiró hondo y se acordó de Raquel.

Nunca volvió a tener una amiga como ella.

*Roma, 11 de julio de 1212*

Francesco se encontró la misma ciudad que había dejado al partir: apetosa por el hedor de los pantanos de los alrededores, con el agua putrefacta y enjambres de mosquitos por doquier; y nerviosa por las amenazas del califa almohade realizadas en al-Andalus, con las calles tomadas por compañías de soldados que desfilaban con exagerada marcialidad. Los condotieros de mandíbulas crispadas contratados para la defensa de Roma se comportaban como salvadores de la cristiandad, pues era fácil demostrar bravuconería cuando el enemigo estaba tan lejos. Los condotieros daban bocinazos al impartir órdenes para impresionar a quienes les pagaban la soldada, pero, sobre todo, para deslumbrar a las mujeres. Y algunos se hacían acompañar de trovadores que cantaban sus gestas, escritas en pareado, para que en Roma conociesen el alcance de su fama.

En el palacio Laterano, sin embargo, se encontró con una extraña sensación. Nada había cambiado en el ambiente: frufú de sotanas y capas pluviales que recorrían los largos pasillos forrados de mármol, cuchicheos entre jóvenes sacerdotes al paso de algún anciano purpurado y rostros tan impertérritos como los de los apóstoles labrados en las portadas eclesiales. Pero sí se percató de que la actitud de la curia había variado respecto a él: le dedicaban sonrisas escalofriantes, y algunos obispos y cardenales carraspeaban a su paso.

Algo había sucedido durante su ausencia.

Las rápidas y firmes pisadas de Francesco resonaban en las lujosas galerías del palacio. Entró al despacho del ecónomo y lo halló sumido en su trabajo contable, parapetado tras un montón de legajos, revisando las cuentas que le entregaban los secretarios para su aprobación. Al verlo, dejó la pluma junto al tintero y se frotó los ojos, cansados de tanta lectura.

—¡Ah, Francesco! ¿Cuándo habéis llegado?

—Hace muy poco.

La mirada prospectiva del ecónomo reparó en el brillo de los ojos de Francesco.

—Parecéis otro.

—El viaje me ha cambiado. —Hizo una pausa antes de continuar—. Acabo de llevar a los niños a un monasterio para que los frailes se hagan cargo de ellos.

—Ah, es cierto, los niños de la cruzada. Contadme. —El ecónomo se repantingó en el asiento y se dispuso a escuchar.

Francesco, tras relatarle el naufragio en la isla de Cerdeña, la reparación del barco —omitió los días pasados junto a Giulia—, el rescate de los pequeños en Marsella y la singladura de cabotaje, explicó que, tras recalar en el puerto de Civitavecchia, había contratado los servicios de una caravana de carros para que transportasen a los ciento veinte niños salvados hasta Roma.

—Los conductores de los carruajes están esperando fuera del palacio para que les abone el precio convenido.

—Pues bien, pagadles.

—¿Con qué? No dispongo de dinero. —Abrió las manos, para indicar que las tenía vacías.

—Entiendo.

El ecónomo lo miró con reproche, llamó a uno de sus secretarios y, tras conocer el montante de lo adeudado, le entregó las monedas necesarias y le encargó salir del palacio y saldar la deuda.

Entonces, con la mirada barnizada de ironía, comenzó a tablear con los dedos sobre el tablero de la mesa.

—¿El convento se hará cargo de los niños de la cruzada? —preguntó.

—No. Me haré cargo yo. Pretendo alojarlos, mantenerlos y educarlos en las nuevas dependencias que se construyan en el Hospital de Los Prados.

Los gruesos dedos del ecónomo aceleraron su bailoteo en la madera, y de pronto, pararon.

—Parece mentira que, siendo tan inteligente, seáis tan ingenuo.

—¿Cómo decís? —Francesco, picado por el aguijón verbal, frunció el ceño.

—Aún no os habéis reunido con el Santo Padre. ¿No es así?

—No he tenido ocasión.

—¿Os acordáis del consejo que os di antes de marchar a Marsella?

—Refrescadme la memoria, os lo ruego.

El ecónomo sonrió, y los rasgos de terracota de su rostro acentuaron sus orígenes campesinos. La luz matinal que entraba por la ventana bañaba en oro el mármol de las paredes.

—Os dije que os guardarais de los tontos, pues son peores que los

malvados.

—Lo recuerdo.

—No me hicisteis caso.

El joven sacerdote enarcó las cejas, asombrado. Su cabeza comenzó a visualizar escenas acaecidas entre aquellos muros palaciegos. Pero la búsqueda en su memoria resultó infructuosa.

—Lo siento. No sé a quién os referís.

—A uno de vuestros secretarios.

Y de repente, el fognazo de un relámpago iluminó la memoria de Francesco. ¡El sobrino del obispo Farinelli! Era un muchacho simplón que suplía la inteligencia con una forma concienzuda de trabajar. A él le había encomendado que, en caso de que no volviera de su viaje a Marsella, buscara una arqueta guardada en el bargueño del despacho y se la entregara al Papa. Dentro estaba el escrito en el que Francesco explicaba que la misión de socorro de los niños de la cruzada la había costado con los fondos destinados al Hospital de Los Prados.

—Pero... pero, ese joven es una buena persona. No podía sospechar que...

—Es un tonto redomado. Muy recomendado por su tío, por eso entró a trabajar a vuestro servicio.

—La arqueta estaba cerrada con llave.

—Seguramente, en cuanto partisteis para el puerto de Civitavecchia, husmearía en el bargueño y violentaría la cerradura de la arqueta. Vuestro escrito ha circulado entre la curia. Toda la Santa Sede sabe que utilizasteis los fondos del Hospital para sufragar el viaje.

—Pero son niños. Iban a morir de hambre y enfermedad. O a manos de hombres sin entrañas —se justificó.

El ecónomo combó el labio inferior en un gesto de indiferencia.

—Niños pobres hay en todas partes. En Roma abundan. El mundo es un lugar cruel por naturaleza.

—¿El Santo Padre está al tanto?

—Por supuesto. Vuestros enemigos le mostraron el papel como si se tratase de la confesión de un hereje.

Se hizo el silencio. Los rayos de sol oblicuos que entraban por la ventana iluminaban las losas blancas de mármol sin vetear.

—Vuestros enemigos son hombres poderosos, Francesco. Disponeos para lo peor. Espero que, al menos, vuestro viaje haya merecido la pena —

concluyó.

El sacerdote reflexionó antes de responder. Los recuerdos acudieron en dulce tromba a su mente y le provocaron una media sonrisa que el ecónomo fue incapaz de interpretar.

—La ha merecido —contestó.

Salió del despacho donde se gestionaban los asuntos económicos de la Santa Sede y recorrió sin prisa los corredores de altos techos del palacio Laterano. Lo que le urgía era comprobar que las comunidades religiosas dispensaban un buen trato a los niños rescatados en Marsella. Y, sobre todo, visitar a dos de ellos, los últimos que habían embarcado apresuradamente, justo antes de que los guardias cerrasen las murallas de la ciudad tras el toque de ánimas. Juan y Pierre. No se separaron de él durante la travesía. Les había tomado cariño.

Los cardenales de caras arrugadas y espaldas cargadas lo saludaban con sonrisas de viejos zorros, y los jóvenes asistentes de sus eminencias lo miraban con complacida malevolencia.

A él, le daba igual.

*Costas de Sicilia, 12 de julio de 1212*

Amaneció nublado, con un sol frío trasplantado del otoño al estío. El cielo viró del gris plomo al azabache desleído y unos espesos nubarrones comenzaron a descargar agua con furia al caer la tarde. Un viento desmelenado deshizo la formación naval compuesta por cocas y urcas. Dos barcos fueron empujados contra la isla siciliana sin que la tripulación, impotente, pudiese variar el rumbo. Los palos de ambas cocas amenazaban con troncharse; la única vela cuadrada, empapada, pesaba demasiado, algunos cabos se soltaron y los timones estaban inservibles. El ruido del temporal hacía imposible la comunicación entre los marineros, que, asustados, intentaban infructuosamente hacerse con el control de las sobrecargadas naves de fondo plano.

Los niños chillaban aterrados y resbalaban en los vómitos que inundaban la bodega y la cubierta. Algunos, tras los violentos embates de las olas contra los barcos, caían por la borda. El rugido del mar competía con el del viento y con el de la lluvia, y los estampidos de los truenos parecían reventar el cielo.

El abuelito y Gaspard, a bordo de la misma coca, se aferraban desesperados a unos cabos, dispuestos a resistir la fuerza del oleaje. Aguantaban. Las maderas del barco crujían, la espuma de las olas sobrepasaba la borda y los rociones de agua desplazaban de un lado a otro a marinos y niños. Gaspard le dio una patada en la cara a un chiquillo que trató de aferrarse a la misma sogas que él, el pequeño rodó por la cubierta y, tras un cabeceo de la nave, cayó al mar.

Los relámpagos iluminaban a tétricos intervalos el oscurecido cielo. El embravecido mar, de color pizarroso, balanceaba ambos cargueros como si fuesen de papel, y el viento los proyectó contra las rocas de Sicilia.

El golpe fue brutal. Los dos barcos se partieron por la mitad, los palos mayores fueron arrancados y velas y cabos se abatieron sobre las cubiertas. Entre alaridos inaudibles por la ferocidad de los elementos desatados, marineros y niños se precipitaron al agua, que los engullía, insaciable.

Gaspard, tras caer al mar, se agarró a una gran tabla que flotaba, y el abuelito, que nadaba cerca, braceó como un perro y pudo asirse al mismo trozo de tablazón, pero Gaspard, agobiado por si el peso del viejo los hundía



a ambos, descargó varios puñetazos en la espalda del anciano, y éste, con la respiración cortada, aflojó los dedos y se hundió.

Aliviado por haber soltado lastre, Gaspard, escupiendo agua y mocos, se mantuvo agarrado al madero. Mientras, las embarcaciones naufragaban. Las cabezas de los desgraciados que manoteaban sobre el agua subían y bajaban, al albur del oleaje, hasta que sus cuerpos se hundían sin remisión. El viento empujaba a Gaspard contra la costa, y pensó que sobreviviría. Un poco más y estaría a salvo, en la playa. A través de los cortinones de lluvia ya distinguía el blancor de la arena, la oscura verticalidad de los acantilados y los bosques que los coronaban. Era un hombre con suerte.

Pero, de repente, sintió un golpe, y su visión se volvió negra.

Una madera proyectada por el ventarrón le había fracturado el cráneo. Sus manos se volvieron blandas, como deshuesadas. Se soltó del madero salvador. Y le vino la muerte entre las aguas.

Así murieron quienes vendieron a los niños que soñaron con la aventura de Jerusalén.

*Roma, 12 de julio de 1212*

El Papa, tras celebrar misa solemne en San Pedro del Vaticano, se disponía a reunirse con los cardenales en el palacio Laterano. Le rondaba por la cabeza organizar un concilio y quería consultar con los purpurados algunas ideas. Sólo algunas, pues el pontífice, una mixtura de hombre de intelecto y acción, tenía muy claras la mayoría de las cosas y no necesitaba pedir opinión al respecto.

Antes de la reunión con los miembros de la curia, hizo llamar a Francesco. Quería verlo a solas.

El sacerdote, que venía predispuesto a escuchar malas noticias, entró en la estancia donde lo esperaba Inocencio III, en pie. Una figura blanca, hierática, majestuosa, que imponía respeto con su mera presencia. Los ventanales abiertos permitían la entrada de aire. Los altos y gruesos muros palaciales moderaban el asfixiante calor del verano romano. Los rayos de sol doraban el enlosado de mármol y hacían destellar el anillo de oro papal. Francesco besó respetuoso el anillo del Pescador.

—Oléis a incienso, santidad —dijo sonriente.

—Es el olor de Dios.

—Es el olor de la vida —repuso.

—¿Acaso no es lo mismo?

—Nunca me había agradado tanto ese aroma, santidad —replicó, sin desprenderse de la sonrisa.

—Parecéis cambiado —observó el Papa, no amoscado, sino complacido.

—Ha sido un viaje fructífero.

—¿Para vos? —Lo escudriñó con la mirada.

—Para la Iglesia. Y para los ciento veinte niños que he salvado de una muerte casi segura.

Los haces de luz estival iluminaban una mesa con copas de cristal veneciano, platos y cucharillas de plata. La curia se sentía extraña sin el tacto frío del metal noble y sin beber en el delicado cristal. El Papa se aproximó a una ventana, miró hacia el exterior y, en la calle, vio unas mesas en las que cambistas judíos hacían negocio. Se endureció su semblante.

—Judíos. Algo habrá que hacer con ellos —protestó.

—Ya lo hicisteis, santidad.

Francesco se refería a la *Constitutio pro Judaeis* que había promulgado el pontífice para, en aras de la clemencia cristiana, tolerar a los judíos.

—Una cosa es protegerlos y desaconsejar que los ataquen, y otra, que se beneficien a costa nuestra. Nos, hemos pensado que luzcan una insignia judía para distinguirlos. Una especie de rueda dentada, tal vez. —Se quedó pensativo—. El dinero.

De repente, Inocencio III se giró y taladró con la mirada al joven sacerdote.

—¿Habéis utilizado el dinero del Hospital que dirigís para el salvamento de esos niños o para vuestra reverencia? —preguntó, con reprobación.

—Santidad, me ofendéis —repuso, contrariado.

—Nos, no ofendemos. Nos, preguntamos —aseveró, erguido, consciente de su dignidad pontifical.

—Todo el dinero lo utilicé para la operación de salvamento, santidad. Perdonadme. Fue un injustificable arrebato —dijo, avergonzado.

—No dicen eso de vuestra reverencia.

El Santo Padre dio unos pasos hacia un ventanal. Del exterior entraba un aire recalentado. El estío romano hacía insoportable caminar a pleno sol, y las personas, en la calle, buscaban el beneficio de la sombra para no desplomarse, como les sucedía a muchos ancianos. El Papa hizo un gesto con la mano, como si pretendiera tocar el haz de luz amarillenta. Y, de espaldas al joven miembro de la Corte Pontificia, dictaminó:

—Nos, hemos tomado una decisión. Ya no os necesitamos como cartulario en la Santa Sede. Marcharéis a Orvieto.

Francesco, conmocionado por la inesperada noticia, suspiró. Se esperaba una reprimenda, mas no un destierro.

—¿Me mandáis al exilio, santidad? —preguntó en voz baja.

—Os mandamos a la parroquia de San Andrés. Está necesitada de un pastor como vuestra reverencia.

—Lo que vuestra santidad ordene —repuso, e inclinó la cabeza en señal de acatamiento.

Se hizo el silencio. Inocencio III se dio la vuelta, miró al sacerdote, y explicó:

—Os habéis granjeado muchos detractores. Y han aprovechado un descuido de vuestra reverencia para pedirnos una solución drástica.

Entendednos. Nos, hemos decidido convocar un concilio y necesitamos la colaboración de los cardenales.

—Entiendo, santidad. Son príncipes de la Iglesia.

—De entre ellos saldrá el futuro pontífice. A nuestra muerte, uno de ellos nos sucederá —respondió, nuevamente henchido de majestad papal.

Francesco intuyó que el Santo Padre iba a dar por zanjada de inmediato la conservación, así que aprovechó para lanzar un dardo en forma de pregunta:

—¿Qué pasará con los niños?

Inocencio III enarcó las cejas con estupor, molesto por tamaña desfachatez.

—Son asunto de vuestra paternidad —respondió con el semblante grave, como si estuviese tallado en mármol—. Marchaos. Tengo asuntos pendientes —zanjó, e hizo un movimiento con la mano con la que impartía bendiciones y firmaba excomuniones.

El sacerdote inclinó tanto la cabeza que la barbilla tocó el pecho, salió de la luminosa estancia y fuera, ya en la galería, vio a sus eminencias reunidas, preparadas para discutir con el Papa variados asuntos.

Los cardenales parecían apuntalados en la senectud, como si nunca hubiesen sido jóvenes y la vejez fuera su estado natural. Sus alientos olían a meados, pues los protomédicos, para reforzar la escasa dentadura, les recomendaban hacer bucheros matinales con la orina nocturna recogida en las bacinillas; y sus pechos atufaban a aceite mezclado con azufre molido para curar los catarros. Miraron al joven cura con enervante suficiencia y, cuando tras él salió el Papa, lo rodearon con obsequiosa untuosidad y elevaron con júbilo sus manos clericales, blancas e invertebradas, de puro blandas. En alguna lejana estancia se oían los gorgoritos de los *castrati* bizantinos, en un ensayo.

Francesco se cruzó en el pasillo con dos protomédicos. Solían estar cerca de los purpurados por si precisaban de sus servicios. La más leve indisposición podía alarmar a sus eminencias, confundiendo los gases con un envenenamiento.

No le dolía haber sido depuesto de la Corte Pontificia, dejar su puesto de documentalista vaticano o abandonar la dirección del hospital de Los Prados. Pero sí le preocupaba el destino de los niños de la cruzada.

No se desentendería de ellos.

*Aleandría, 14 de julio de 1212*

Al amanecer, el resplandor del faro guió a los barcos hasta el puerto. La luz era tan potente que se veía a larga distancia, mar adentro. Al anochecer, los fareros alejandrinos encendían una hoguera en la cúspide de la colosal construcción griega, y las llamas eran reflejadas por un enorme espejo de bronce pulimentado. Y tras la salida del sol, las ascuas eran apagadas y el espejo reflejaba los rayos solares en un poderoso haz.

Las aguas adquirían un color verdoso conforme la luz matinal las aclaraba. Los niños, acodados en la cubierta de los barcos que zarparon de Marsella, admiraron las dimensiones del faro enclavado en un promontorio y estallaron en aclamaciones:

—¡Estamos en Jerusalén!

—¡Gloria a Dios!

—¡Prepárate, Jerusalén!

Los gritos de entusiasmo se mezclaban con las lágrimas de alegría, y los más valerosos, para templar ánimos, comenzaron a entonar canciones religiosas sin mucho éxito, porque la brisa marina y la excitación del momento predisponían a los gritos jubilosos más que a la música.

Había sido una travesía larga, no exenta de momentos de peligro. Racionaron el agua y el bizcocho para que no faltasen provisiones, y varios chiquillos enfermaron con fiebre alta y fueron arrojados sin miramientos al mar, vivos, por orden de los capitanes, para evitar que contagiasen a los demás. Los niños con mala salud no valdrían nada para los comerciantes de esclavos.

Los marineros se reían de la ingenuidad infantil por pensar que habían llegado a Jerusalén. Y el pastorcillo, en la proa de una de las urcas, contemplaba la descomunal altura del faro y respiraba hondo, convencido de que la misión que le había encomendado Jesucristo estaba a punto de concluir. Cerró los ojos, ensimismado, esponjado de gloria, satisfecho de sí mismo y, cuando volvió a abrirlos, contempló las embarcaciones fondeadas en el gran puerto. Días atrás se perdieron dos navíos, pero los cinco restantes, con setecientos niños, bastarían para tomar Jerusalén con la ayuda divina.

Había llegado el momento, pensó Esteban con un sentido anticipado de posesión, y dejó que una oleada de dicha recorriera su cuerpo.

Las urcas se aproximaron con pericia a la dársena, los marinos arrojaron por la borda los cabos que los trabajadores portuarios sujetaron con firmeza y, al finalizar la maniobra de atraque, anudaron los cabos a los postes del muelle.

Había varias docenas de barcos de diversos tamaños, almacenes, montones de cajas apiladas y un fuerte olor a pescado, a especias y a fritanga. Cientos y cientos de hombres pululaban por allí.

Cuando las rampas estuvieron dispuestas, los niños, empuñando bien altos sus estandartes y oriflamas, descendieron en tumulto, presurosos por correr hacia la ciudad y conquistarla gracias a los poderes que Dios iba a manifestar de un momento a otro. ¿Serían rayos y centellas, una lluvia de fuego, una luz deslumbradora y paralizante, un cataclismo o tal vez un retén de ángeles exterminadores?

Pero no hubo ninguna señal celestial.

En su lugar, numerosos hombres de tez oscura armados con palos les cortaron el paso y, a fuerza de estacazos, los acorralaron contra dos almacenes de mampostería.

Eran los esbirros de los esclavistas. Gente de mala catadura, habituada a tratar con desmedida violencia a la carne humana con la que traficaban. Con gritos y golpes los obligaron a subir a carros con grandes jaulas de hierro, que cerraron con candados.

Y así, enjaulados, suplicando y llorando, los niños de la cruzada y el pastorcillo carismático fueron conducidos al mercado de esclavos de Alejandría para ser vendidos al sultán de Egipto.

El sueño de la aventura de Jerusalén se había trocado en pesadilla.

*Cerro de los Olivos, Las Navas de Tolosa, 15 de julio de 1212*

La tienda de cuero rojo califal se veía desde lontananza. Era el símbolo del poder imperial. Plantadas delante de ella, las banderas y gallardetes, al no soplar viento, caían sobre las astas como trapos de colores. La vistosa tienda estaba rodeada del *afraq*, un cerco de bandas de lino que la aislaban del campamento, para recalcar que se trataba de un lugar casi sagrado.

Los almohades dominaban el desfiladero de la Losa y, enfrente, en una altiplanicie, acampaba el ejército cristiano.

Los consejeros y generales de al-Nasir meditaban cómo plantear la batalla. Las tácticas militares almohades, tan exitosas en la recordada batalla de Alarcos, serían las mismas, de modo que los altos oficiales sólo discutían en qué momento lanzar la caballería, dónde situar las huestes de arqueros y cómo bloquear con la infantería el avance de las columnas cristianas cuando ascendieran por los empinados caminos.

El Príncipe de los Creyentes vestía de verde, el color sagrado del islam. Tenía guardada su capa de lana negra dentro de la tienda donde ardían pebeteros con alheña. A pesar del implacable calor estival se la pondría para dirigir la batalla.

Al-Nasir, con sus ojos azules brillantes por la emoción contenida, contempló la disposición de sus tropas, frescas tras haber descansado después de una agotadora marcha a través del valle del Guadalquivir. Habían dejado atrás Jaén y buscado las rutas hacia Sierra Morena y, cuando encontraron un enclave estratégico, decidieron esperar al ejército cristiano, que había atravesado los desfiladeros del Muradal y debía hallarse exhausto.

Había diversidad de acentos en el campamento que delataban la procedencia geográfica de los soldados. A los andalusíes, con su hablar suave, les chocaba la rudeza gutural de los dialectos de los bereberes y la jerga de la Guardia Negra, pero les agradaban las voces de los mercenarios árabes de Ifriquiya. Se miraban entre sí con resquemor, y sólo los trueques y ventas de minucias reblandecían los prejuicios que tenían los unos de los otros, reforzados por la diferencia de pagas que recibían, y los andalusíes, al ser los peor remunerados, masticaban rencor contra los africanos, los árabes y los

mercenarios turcos, que les triplicaban el sueldo. Aunque, para no soliviantar a sus amos almohades, callaban sus quejas y se limitaban a rehuirles la mirada, carcomidos de resentimiento.

Los arqueros turcos comprobaban sus potentes arcos de vara de arce y las flechas de cabeza piramidal, capaces de atravesar las protecciones metálicas de la caballería pesada cristiana. Eran veteranos, conocían bien su oficio y miraban con desprecio a los desharrapados voluntarios de la yihad, quienes, con la mirada alucinada, rondaban cerca de los alfaquíes para que les relatasen una vez más las maravillas que les esperaban en el Paraíso.

Estos alfaquíes estimulaban la moral de las tropas con imprecaciones, promesas de estancia en el Paraíso y denuetos contra los perros cristianos. Los más mesurados se limitaban a mezclarse con los arqueros y jinetes y, sin alzar en exceso la voz, ponderaban las bondades de la vida eterna junto a complacientes huries, leían poemas que alababan el honor y el valor y recordaban el botín que obtendrían y la gloria que les esperaba a su regreso. Pero los predicadores más fanáticos, con la sangre bullendo en las venas hinchadas del cuello, voceaban improperios dirigidos a los infieles, caminaban a grandes zancadas y, con las manos alzadas hacia el cielo, gritaban que morir en la yihad significaba ganar el Paraíso. Glorificaban a Alá y exigían la degollación de los sarnosos cristianos soltando salivajos de pura rabia. Eran los mismos que llamaban a oración desde los alminares y celebraban el azalá del viernes en las mezquitas. Enardecían los corazones y empujaban al combate, pero no entraban en él. Otros morían por la causa sagrada que ellos predicaban.

El día había sido tan caluroso que las lorigas, recalentadas, quemaban al mediodía, pero ahora la tarde claudicaba y el metal se enfriaba. Hasta la tienda roja llegó una vaharada fétida y el califa, en lugar de arrugar la nariz, sonrió con malicia. No muy lejos, junto a las arquillas repletas de flechas, habían dispuesto varios cestos rebosantes de excrementos, recogidos a paletadas por los cuidadores de las caballerías para, después de la batalla, rellenar la boca de los soldados cristianos muertos. Se presentarían ante su Dios o ante el demonio con la garganta llena de mierda.

En medio de ambos ejércitos, en una explanada con hierbajos, se libraban combates individuales entre impetuosos cruzados y soldados almohades, como si fueran torneos a muerte en los que el derribo del rival suponía su final, alanceado como un toro o decapitado de un par de tajos. Y también los animosos voluntarios de la yihad y pequeños destacamentos de andalusíes y



africanos hostigaban las alas del ejército enemigo para provocar una salida desordenada.

Pero las disciplinadas tropas cristianas no caían en la trampa. Aguantaban sin romper la formación mientras la luz crepuscular se tornaba rojiza. La batalla se libraría al día siguiente.

El califa hizo un gesto con la mano para llamar a uno de sus consejeros.

—Envía las car-cartas a Baeza y Jaén.

—Lo que ordenéis, mi señor.

Los generales, atentos a las palabras de al-Nasir, cruzaron miradas de asombro e hicieron ademán de dirigirse a él. Pero ninguno se atrevió. Sospechaban que la demora cristiana para entrar en liza no se debía a la cobardía, sino a ganar tiempo para recuperar fuerzas.

El califa, orgulloso de la ventaja estratégica conseguida al elegir las alturas del cerro de los Olivos, estaba convencido de que la batalla sería un triunfo absoluto. Y sonrió con astucia. La antigua victoria de su padre en Alarcos palidecería ante la que él obtendría al día siguiente. Aplastaría a los cristianos, conquistaría sus reinos y cumpliría su promesa formal de convertir la basílica de San Pedro en un establo para sus caballos.

Ningún ejército europeo podría frenarlo.

Los mensajeros partieron con las cartas a uña de caballo hacia Baeza y Jaén para informar que preparasen festejos porque el choque bélico sería una apabullante victoria, ya que el ejército había copado a los tres reyes cristianos y éstos no aguantarían ni tres días de batalla. Los esporádicos contendientes de ambos bandos abandonaron la tierra de nadie y se replegaron, arrastrando consigo sus propios cadáveres. La tierra reseca chupaba la primera sangre derramada. La puesta de sol incendiaba de naranja el oeste. En el campamento cristiano brotaron pequeñas hogueras para pasar la noche.

Los negros de la Guardia, como siempre, recibían ración doble de rancho. Comían alegres, como si estuviesen en un banquete, indiferentes al peligro, pues si sobrevivían serían colmados de parabienes y atenciones y, si morían, ascenderían al Paraíso a la velocidad de las estrellas fugaces en sentido inverso. Y los más hábiles se entretenían haciendo girar con rapidez con una mano las lanzas, sin que se les cayesen al suelo.

Jaén. Al-Nasir recordó que, en Sevilla, un cocinero venido de aquella ciudad caravanera le había cocinado un exquisito cordero con puré de membrillos. Pensó, con glotona satisfacción, que una buena celebración sería hacer escala en Jaén para volver a comer ese plato.

Y con ese gustoso pensamiento, entró en su imponente tienda carmesí seguido de su estado mayor para ultimar la estrategia a la luz de los candiles.

La mañana siguiente sería el punto culminante de su vida. Su victoria dejaría pequeña la que obtuvo su padre. Por fin se desprendería de esa losa y ya no lo reconcomería la chatarra de los recuerdos.

Todo sucedería un lunes.

*Mesa del Rey, Las Navas de Tolosa, 15 de julio de 1212*

Cantaban los grillos en el estío serrano. Olía a cuero nuevo, sudor y ropa mugrienta. Los soldados se arrimaban a las fogatas para calentarse. El calor de media mañana se había disipado y, con la negritud del cielo, refrescó. Los cocineros ponían marmitas en los fuegos y la tropa cenaba en abundancia para reponer fuerzas. Los días anteriores, el ejército de los tres reyes había realizado una marcha forzosa desde Calatrava y Salvatierra, atravesando las rastrojeras manchegas y Sierra Morena hasta llegar a un altiplano donde levantaron el campamento. Los caballos y mulos estaban reventados desde la tarde anterior, y también los peones y caballeros, que descansaban mientras se limitaban a observar las pueriles provocaciones de los almohades para hacerlos entrar en combate en campo abierto antes de tiempo.

Los acemileros daban pienso y forraje a las bestias y comprobaban sus cascos herrados. Las reatas de mulas acarreaban los cahíces de trigo para alimentar a las mesnadas reales, y era primordial vigilar el buen estado de los animales. Los maestros armeros revisaban los haces de flechas antes de repartirlas entre los arqueros, y éstos verificaban el cordaje de sus arcos. Los reyes de Castilla, Aragón y Navarra parlamentaban en sus respectivas tiendas con sus planas mayores, y los obispos y sacerdotes confesaban a la tropa, les recordaban el carácter de cruzada concedido por el Papa y, so pena de excomunión, los conminaban a no detenerse a obtener botín antes de haber pasado a cuchillo a todos los moros que cayesen en sus manos.

La victoria debía ser absoluta. Sangrienta. No se harían prisioneros.

En el aire flotaba la peste de la bosta de los mulos y caballos y el olor de los serones rellenos de sudoroso tocino para, tras el combate, rellenar la boca de los moros muertos y así, al presentarse ante las puertas del Paraíso con la garganta llena de grasa de cerdo, Alá les prohibiría el acceso, por impuros. Los caballeros más jóvenes coreaban, refiriéndose al califa: «¡Vamos a poner a Miramamolín a cagar de cara a la Meca!». Y, mientras, los caballeros veteranos les daban cariñosas collejas para templarles el ánimo y les aconsejaban cómo superar el miedo.

Los soldados de las milicias concejiles cantaban canciones de sus

pueblos de origen que hablaban de cosechas abundantes y mujeres hermosas y, para quitarse el miedo, bebían vino pasándose la bota, se daban codazos bromeando y alzaban la voz, farrucos, asegurando que los de su pueblo eran los más valientes y brutos.

Los templarios y los caballeros hospitalarios repasaban sus protecciones y armamento y miraban con indulgencia a los aldeanos cantores, pues al día siguiente muchos enmudecerían para siempre y quedarían comiendo barro, expuestos sus cuerpos en el campo de batalla. Los hospitalarios, con sus hábitos negros y cruces blancas en el pecho, se movían por el campamento como sombras al anochecer, silenciosos, recién confesados y comulgados.

Y entre los caballeros castellanos concentrados cerca de la tienda de Alfonso VIII, se hallaba uno grueso, con bigote, carrillos prominentes y una horrorosa cicatriz en un lado de la cabeza. Llamó a su asistente con su voz aguda, sin alzarla, y le pidió que comprobase de nuevo el filo de la espada y las abrazaderas del escudo, por si había que fijarlas más.

—Lo que vos digáis, mi señor conde.

El noble, al que la inminencia del combate no le había cerrado el estómago, cenó con apetito medio pan con torreznos. Se mostraba, si no mohíno, sí ensimismado, con la mente vuelta hacia el pasado.

Echaba de menos a sus amigos fallecidos. Al que más, a Pedro Sandoval, señor del Puente de la Sierra, muerto en un bosque francés cuando iban en misión diplomática al condado de Blois para que la nobleza participase en la cruzada que el monarca castellano preparaba contra los almohades.

El conde, con el gusto en la boca al vino áspero y especiado de su terruño, se acercó a una fogata alrededor de la cual cantaban animados campesinos y menestrales de su tierra palentina, y sonrió al escucharlos. Las llamas iluminaron la pálida piel de José Calabrús y resaltaron la tremenda cicatriz que le atravesaba la sien. Parecía imposible haber sobrevivido a una herida así, pero la naturaleza del conde era rocosa.

Aún le dolía la cabeza algunos días, consecuencia del golpe que le abrió el cráneo. Y mientras los hombres de la milicia concejil cantaban a coro para aventar el temor, recordó.

Cuando se despertó en mitad de la espesura boscosa y comprobó que los demás miembros de la legación diplomática estaban muertos, desesperado, pidió auxilio, pero sus gritos recibieron como respuesta un manto de silencio verde. Lloró sobre el cuerpo de Pedro Sandoval, su amigo del alma; y, como no podía enterrar los cadáveres, trazó la señal de la cruz sobre sus frías

frentes y, con un batallón de demonios tocando el tambor dentro de su cráneo y con una sequedad de estopa en la boca, salió del bosque, enfiló un sendero y llegó a una aldea, donde le curaron como pudieron la fea herida. Allí, uno de los aristócratas del condado, enterado del sucedido, puso a disposición de Calabrús un par de caballos y un criado para que regresase a España, a Palencia.

Los caballeros de Santiago, con sus túnicas blancas y cruces rojas, semejaban fantasmas a la luz de la luna y de las hogueras. Observaban de lejos a los miembros de las demás órdenes militares y asentían con la cabeza a modo de saludo.

—¿Queréis un trago de vinillo, señor? —preguntó un infante, casi un adolescente.

—Trae acá esa bota —respondió Calabrús, agradecido.

Bebió del clarete sin derramar una gota, los soldados aplaudieron, les deseó buena suerte para el día siguiente, se alejó unos pasos y volvió a ensimismarse.

¿Qué habría pasado con Juan, el hijo de Pedro Sandoval?

No halló el cadáver del niño junto al de su progenitor y, aunque lo buscó en los alrededores al recobrar el conocimiento, no lo encontró. ¿Lo habrían secuestrado los jinetes que se abalanzaron sobre ellos? ¿O tal vez se salvó?

Inspiró hondo y llenó los pulmones de aire serreño. Su asistente ya le habría preparado la manta para dormir al raso. Se retiró mientras oía de fondo cánticos.

Todo sucedería un lunes.

*Cerro de los Olivos, Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212*

Antes de la salida del sol, la Guardia ya había formado el palenque. Alrededor de la tienda califal, se había construido una línea defensiva cuadrada compuesta de postes y estacas clavados en el suelo a los que encadenaron por las rodillas a miles de soldados negros, que debían resistir hasta la muerte en aquel emplazamiento. Los musculosos africanos, protegidos por lorigas persas y armados de largas lanzas, defendían las cuatro caras del palenque, y cada movimiento de las piernas sonaba a hierro, por los gruesos eslabones de las cadenas que los amarraban. El blancor de sus ojos resplandecía bajo la luna y las estrellas.

Por el este comenzó a clarear. Amanecía.

El Príncipe de los Creyentes, revestido con la capa negra, permanecía sentado sobre un escudo delante de su tienda, con el Corán entre las manos. Sus generales dirigirían la batalla mientras él rezaba sin abrir los labios, porque, con el pensamiento, no tartamudeaba.

Millares de voluntarios de la yihad, apelotonados en las faldas del cerro de los Olivos, esperaban nerviosos. Deficientemente armados, por su escasa utilidad militar, portaban puñales, espadas romas, lanzas cortas y hondas. Su misión era estorbar las acometidas enemigas. Eran carne humana sacrificada para ganar tiempo hasta que las mejores unidades atacasen. Musitaban oraciones y temblaban por el relente de la amanecida, y de miedo, porque aunque anhelaban la muerte para ir al Paraíso temían que ésta fuese dolorosa. Se abrazaban unos a otros, pateaban la tierra y abrían mucho los ojos, tan atentos como aterrados.

La caballería cristiana comenzó a descender por la vertiente sur de la Mesa del Rey, y el califa, con un gesto de la mano, ordenó a su estado mayor que comenzase a impartir órdenes. Sonaron trompetas y timbales y el expectante silencio de antes de la batalla se quebró.

Los arqueros turcos y la caballería ligera árabe, apostados en un estratégico cerro, apuntaron alto con sus arcos y las lluvias de flechas iniciaron parábolas letales para caer silbando sobre los jinetes enemigos, que descendían al trote y en apretada formación por un sendero salpicado de

matorrales. Los caballos, mordidos por las puntas de hierro, hacían extraños, y algunos caían, erizados de flechas, arrastrando a los caballeros que los montaban. Pero, en una inesperada maniobra, la caballería cristiana, junto con los compañías de infantes que corrían al lado, en lugar de continuar en dirección sur, viró hacia el oeste y arrasó a las primeras filas de voluntarios de la yihad.

Entonces, la caballería árabe contraatacó con una espolonada, disparando flechas y huyendo al galope antes de chocar con el enemigo. Los generales almohades, al presenciar la treta, se giraron hacia al-Nasir, con sonrisas de triunfo.

—La táctica del torna y fuga, mi señor —comentó uno de ellos, ufano—. Vuestro padre, que Alá tenga en su gloria, se sirvió de ella para su victoria sobre los castellanos. Hoy también será la que os dará vuestra victoria.

El califa, rabioso por la referencia paterna en un momento tan delicado, masculló palabras ofensivas y el general, que palideció al caer en la cuenta de su error, se alejó. El sol ascendía ya cuando la música almohade retumbó. Trompetas, pífanos, tambores y timbales comenzaron a sonar para caldear los corazones y animar a las tropas, que aullaban y gritaban perrerías a los cristianos.

Los voluntarios de la yihad masacrados se apilaban en el suelo, y sus cadáveres y cuerpos retorciéndose de dolor estorbaban el avance de la caballería e infantería castellana, lo que aprovecharon los almohades para lanzarse al ataque.

Un griterío de hombres en la refriega, matándose entre sí, sobrevolaba el campo de batalla. Los trompeteros almohades, con los carrillos hinchados como sapos, vaciaban sus pulmones al soplar. Los tambores redoblaban incesantes y los timbaleros, en estado de trance por el rítmico sonido del golpeteo de sus mazas sobre los tensos parches de piel, sentían acalambrarse los brazos, pero continuaban dale que te pego, hipnotizados por el ruido y la visión de la matanza.

Los generales contemplaban el discurrir de la batalla sin cesar de hablar y sin elevar la voz, señal de que se mostraban optimistas con el desenlace.

Al-Nasir leía para sí mismo las suras coránicas seleccionadas por los estudiantes de la Presencia y elevaba sus ojos hacia el cielo, que en aquel día de verano se presumía tan azul como sus ojos.

Dio gracias a Alá. La victoria estaba cerca.

O eso parecía.

*Mesa del Rey, Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212*

Apeado de su caballo, José Calabrús esperaba el momento de cargar junto al grueso de la caballería castellana. Con una mano sostenía el casco y apoyaba la otra en el pomo de la espada, colgada al cinto. Su corazón latía a más velocidad de lo habitual. Era media mañana; el calor apretaba, y sudaba bajo la cota de malla y el almófar. Los caballos, nerviosos, relinchaban, y los jinetes, que regresaban cansados y con las rodillas doloridas tras una dura cabalgada, desmontaban mientras sus pajes y asistentes les preparaban otra montura de refresco. Muchos, al quitarse los cascos, mostraban la cabeza al cero, y engurruiñan los ojos porque el sudor se les metía y les picaba.

Quienes acababan de participar en una carga, bebían vino y lo escupían para humedecer las reseca gargantas y, una vez repuestos de la fatiga, comentaban los avatares del combate, la táctica de los moros y la enormidad de flechas, azconas y venablos que éstos lanzaban. El sudor de los guerreros olía a miedo, un olor diferente al de la transpiración del esfuerzo.

El conde de Torredonjimeno giró la cabeza y contempló a Alfonso VIII, rodeado de oficiales que señalaban con el dedo el campo de batalla. El arzobispo de Toledo, con pasmosa serenidad, contemplaba los choques entre cristianos y agarenos entre las tolvaneras de polvo levantadas y recomendaba calma a los nobles más impulsivos, que despotricaban contra sí mismos por la aparente tardanza de acudir en auxilio del contingente castellano que luchaba y moría.

Sonaban las trompetas y tambores y los portaestandartes alzaron las enseñas, que ondeaban merced a los soplos de una brisa que traía aromas de jara y mirto, el olor pastoso y metálico de la sangre y el hedor de las tripas abiertas de bestias y hombres.

Calabrús, con la ayuda de su asistente, montó en su caballo, se colocó el casco y retrocedió un trecho para colocarse junto a otros nobles castellanos que, con los semblantes tensos, esperaban, como él, el momento de cabalgar.

Y entre la lejana polvareda observaron retroceder a una parte del ejército cristiano, hostigado por la caballería mora y la soldadesca.

Los corazones de los caballeros que aguardaban en sus monturas en lo



alto de la Mesa del Rey comenzaron a latir con desenfreno ante aquella visión que preludiaba una desbandada general. Pero, justo en ese momento, el conde de Torredonjimeno creyó escuchar cómo Alfonso VIII, en un arrebató, gritaba al prelado de Toledo:

—¡Arzobispo, vos y yo aquí muramos! ¡Corramos a socorrer a las primeras líneas, que están en peligro!

El rey castellano ordenó la carga con un gesto imperioso y las trompetas y tambores atronaron el aire mientras las gargantas de millares de soldados prorrumpieron al unísono en alaridos. Las banderas y estandartes se agitaron, piafaron los caballos al comenzar a trotar y los peones de infantería embrazaron escudos, desenvainaron y empuñaron lanzas. Los arqueros y ballesteros, agrupados en compañías, se armaron con rapidez a la caballería para protegerla. Y la compacta masa castellana, levantando una inmensa polvareda, se dirigió hacia el centro del ejército musulmán mientras, con movimientos coordinados, los reyes de Aragón y Navarra, Pedro II y Sancho el Fuerte, comenzaban sus respectivas cargas por los laterales, pues de ellos corría la suerte de las alas del ejército. Las mesnadas de los tres monarcas hicieron temblar el suelo.

Calabrús cabalgaba junto a otros nobles. El estrépito del metal y el ruido de los cascos de los caballos impedía escuchar nada más. Era incapaz de pensar, se había quedado sin saliva, sudaba y los latidos del corazón iban aún más rápidos que su cabalgadura. La cuesta arriba dificultaba el avance, así como los matorrales, los muertos, los caballos caídos incapaces de levantarse por el peso de sus protecciones metálicas y la chatarrería de cascos, rodela y cotas de malla. Los moribundos respiraban con afán un aire caliente que les achicharraba la garganta y apenas les llenaba los pulmones. Y los cadáveres, descoyuntados, caídos en posturas imposibles, eran pisoteados por las pezuñas de la caballería sin quejarse, mudos para siempre.

—Santa María, madre de Dios —musitaba Calabrús, implorando ayuda celestial.

La peste a sangre, tripas vaciadas y excrementos le provocó arcadas, pero apretó los dientes para no vomitar. Alzó la espada y se abalanzó contra un grupo de musulmanes que corría por la ladera. Descargó un tajo contra uno, golpeó con el escudo a otro que se revolvió y continuó avanzando entre el estrépito y las nubes de polvo.

—Santa María, madre de Dios —repetía, en salmodia.

Jinetes e infantes de ambos bandos se agitaban con espasmos al recibir la

picadura de una flecha, pero los venablos y saetas volaban con silbidos agudos, impactaban en la tierra o en la carne o continuaban su vuelo. Un almohade lanzó su montura contra Calabrús y éste, al verlo con la lanza en ristre, reaccionó protegiéndose con el escudo, la lanza se partió y el conde, echando el cuerpo hacia delante, hincó su espada en el cuello del enemigo y un surtidor de sangre roció su cara, clavó espuelas y siguió remontando terreno, tras la masa castellana que ascendía pisando montoneras de cadáveres, de moribundos que gemían, de flechas tronchadas y de acero huérfano de manos.

—Santa María, madre de Dios —repetía ahora con el sabor a sangre del musulmán abatido.

A lo lejos vio cómo una carga de caballería se lanzaba derecha contra un murallón humano erizado de lanzas. Era la Guardia Negra que protegía el palenque. Calabrús y otros caballeros, aguijoneados por una súbita emoción, picaron espuelas y se dirigieron hacia allí, tras el rey de Navarra Sancho el Fuerte, que capitaneaba la intrépida acometida.

La caballería pesada navarra, con una valentía insensata y suicida, se lanzó en tromba contra el palenque y la violencia del choque desbarató las líneas de guardias negros, pues los caballos, reforzados con piezas de metal, en su desenfrenado galope se estamparon contra lanzas, postes y soldados y arrancaron las cadenas con las que se amarraban los *imesebelen*. Varios caballos, atravesados por numerosas lanzas, abrieron hueco y sepultaron a los negros, y el resto de caballeros navarros, con el monarca Sancho el Fuerte al frente, rompieron las cadenas a espadazos y crujieron los cráneos de los *isemebelen* descargando sus espadas sobre ellos.

Las patas de los asustados caballos golpeaban a los guardias negros, que, aplastados por el peso de los cadáveres de sus compañeros, no podían rebullirse ni huir, pues estaban enlazados entre sí por las cadenas. Y con el fanatismo que los aureolaba, los guardias califales defendían el palenque con sus largas lanzas hasta que las tajaduras del acero les cortaban las manos o les hendían la cabeza, o hasta que, acribillados por las flechas de los ballesteros, caían pareciendo acericos, asaeteados.

—Santa María, madre de Dios —repetía Calabrús, con la boca sabiéndole a sangre y polvo.

El conde de Torredonjimeno siguió a los navarros, su caballo arrolló a dos *isemebelen* y, enloquecido por los relinchos de los animales, el furioso ruido del metal entrechocando y los gritos de sufrimiento y ánimo, se lio a repartir espadazos, sin que el dolor que sentía en el brazo derecho de tanto

descargar golpes le hiciese cejar.

Y, desde la altura de su montura, cubierto por rociones de sangre, continuó luchando hasta que no quedó enemigo que derribar, y sólo entonces, con el corazón en la boca y el brazo agarrotado, frenó al caballo y contempló cómo los caballeros aniquilaban al resto de la Guardia Negra.

Respiró hondo y, de repente, con el cuerpo recorrido por un cansancio infinito, se acordó de Pedro Sandoval, su amigo muerto.

Jamás lo olvidaría.

*Cerro de los Olivos, Las Navas de Tolosa, 16 de julio de 1212*

El Príncipe de los Creyentes no se había movido desde el comienzo de la batalla. Bajo la sombra de su tienda roja y sentado sobre su escudo, leía aleyas coránicas, las recitaba para sí mismo y cerraba los ojos unos segundos, para comunicarse con Alá sin tartamudeos. Tenía su espada a mano, sobre un cojín damasquinado, pero no la empuñaba. No movía un músculo de la cara. Ni sonreía cuando los arqueros diezaban las avanzadillas cristianas ni arrugaba la frente cuando los templarios y caballeros hospitalarios masacraban a la vanguardia andalusí. Los generales, desconcertados por el proceder del califa, no sabían a qué atenerse. ¿Acaso estaba desbordado emocionalmente o quizá era reflejo de un temple sobrenatural?

El calor recalentaba tanto los aceros que, cuando se hundían en las barrigas, los heridos no sentían que los traspasaba un rayo helado, sino un ascua. Caballos y soldados sudaban y las bocas, reseca por el esfuerzo y el miedo, se llenaban de polvo y sangre.

Cuando la caballería navarra chocó contra el palenque y los cristianos abrieron un hueco, uno de los generales, con chorrillos de sudor bajo el turbante, se aproximó a al-Nasir y, para hacerse oír entre el estrépito de metales, relinchos y gritos, dijo a voz en grito:

—¡Mi señor, peligra el palenque!

El califa no se inmutó. Pasó una página del Corán sin posar su vista sobre ella, pues seguía clavada en el sector del palenque donde el combate era un batiburrillo de caballos y enfurecidos soldados que clavaban lanzas y daban tajos. Los aullidos de ánimo y miedo y el ruido del acero se sobreponían a los toques de trompeta, al hipnótico redoblar de tambores y al batir de los timbales.

—Mi señor, debéis abandonar el palenque —le aconsejó el general, cuya nuez subía y bajaba por la garganta de puro nerviosismo.

El califa contemplaba la carnicería. La caballería cristiana aplastaba a sus guardias negros, que, encadenados, se desangraban, luchaban con desnudo y morían atravesados por acero o cocados por los animales. El palenque cedía. Los generales, aterrorizados, correteaban de un lado a otro y gritaban

órdenes imposibles de cumplir, porque el ejército musulmán se desintegraba y la tierra, bajo el inclemente calor, ya se había teñido de rojo.

Uno de los consejeros califales se aproximó llevando de las riendas al caballo del Príncipe de los Creyentes, y suplicó en voz alta:

—¡Montad, mi señor! ¡Todo está perdido!

Al-Nasir, bloqueado mentalmente por la situación, parpadeó, y sus ojos azules mostraron desconcierto.

—¡Montad, os lo ruego! —repitió el consejero.

Las espadas de los navarros estaban tan tintadas de sangre que no se veía el brillo del acero; los guardias negros, aferrados entre sí por los eslabones, seguían tratando de defenderse con heroísmo o intentaban desembarazarse con desesperación de aquel cordón umbilical de hierro que los condenaba a la muerte.

El califa se puso en pie. A la sombra de la tienda roja, su mirada había extraviado su habitual soberbia. Estaba paralizado, sin saber qué hacer. El ruido recordaba al de una fragua y al de un matadero, y la tierra temblaba bajo los cascos de centenares de caballos. Las docenas de negros encargados de la seguridad personal del califa lo rodearon. El final se precipitaba.

De repente, un jinete árabe se acercó y, desde su montura, gritó a al-Nasir:

—¡Montad, Príncipe de los Creyentes, mi yegua es un purasangre! ¡Montad, por Alá, porque en vuestra salvación está nuestro bien!

El jinete descabalgó, al-Nasir asintió con la cabeza, lo ayudaron a montar y salió al galope escoltado por cuatro jinetes.

Huía a Baeza dejando atrás su descompuesto ejército, que se retiraba mientras los cristianos remataban el exterminio.

Se acordó de su padre y una oleada de rencor le ascendió del estómago al rostro.

Sus sueños de superarlo habían sido incinerados.

*Orvieto, 16 de septiembre de 1212*

Las vidrieras del ábside adquirirían un color caramelo al mediodía, cuando el sol daba de lleno en ellas. Una vez acabada la misa, los fieles peticionarios de promesas rezaban en las penumbrosas capillas de las naves laterales, postrados ante imágenes pétreas de la Virgen, sintiendo ascender por las rodillas el frío húmedo del suelo, un helor subterráneo procedente, quizá, de la cripta que servía de osario. Las embarazadas pasaban cintas de colores por los pies de las imágenes de la Virgen para enrollarlas en su cintura al dar a luz y favorecer el parto. Las viejas damas llevaban tocas blancas que les enmarcaban el rostro y les ocultaban el cuello y el cabello, y oraban con los ojos abiertos y mirando a los lados, acechantes por si la muerte llegaba sin avisar, a deshora.

Las toses asmáticas o de catarros mal curados resonaban en la alta techumbre de madera. Los rayos de sol que se filtraban por los ventanales iluminaban las columnas grisáceas de la nave principal. Olía a cera y a incienso, y aún reverberaba en la memoria de los fieles el exquisito latín del sacerdote que había celebrado la eucaristía.

Tras desvestirse del alba y la casulla y guardarlas en las cajoneras de la sacristía, Francesco atravesó con ligereza la nave de la iglesia de San Andrés a la que lo había adscrito el Papa. Orvieto, una pequeña población de los Estados Pontificios, era un lugar alejado de Roma, aunque no podía considerarlo un exilio como hubiese sido Sicilia, a las faldas del Etna, el volcán en el que se tenía la creencia popular que moraban las almas del Purgatorio.

Salió del templo y se dispuso a visitar el convento que había admitido a dos de los niños que se trajo de Roma. Dos de los rapaces de la infausta cruzada. Juan y Pierre. Se había encariñado con ellos. Al fin y al cabo, habían sido los dos últimos a los que socorrió en Marsella, poco antes de que los soldados cerrasen las puertas de la muralla después del toque de ánimas. El resto de pequeños había sido repartido por diversos monasterios, donde los frailes y monjas se comprometieron a mantenerlos y educarlos.

Francesco pasaba todos los días un par de horas con Juan y Pierre. Les

enseñaba diversas disciplinas y, aunque Pierre había aprendido a leer y escribir correctamente y de manera voluntariosa, era sobresaliente su afán por el conocimiento, pues su mente era una esponja para absorber gramática, dialéctica y retórica.

Las angostas calles de Orvieto olían a agua encharcada. El día anterior había caído un aguacero torrencial que agrisó el cielo y el aire durante varias horas. En las plazoletas, las ruedas de los carros y los cascos de las caballerías salpicaban de agua cenagosa a los caminantes, que se apartaban con movimientos bruscos para evitar ensoparse al tiempo que maldecían a voces si las malolientes salpicaduras les ensuciaban las ropas.

En los mentideros de la población se decía que Roma se había vaciado de condotieros una vez pasado el peligro de que los musulmanes convirtieran San Pedro del Vaticano en establos para sus caballos. La gente respiraba aliviada.

Francesco no sólo se había acostumbrado con rapidez a su nueva situación, sino que se sentía feliz. Ser cesado de su importante puesto en la Corte Pontificia implicaba estrangular su carrera eclesiástica. Ahora era un sencillo párroco, un presbítero más, sin influencia en la Santa Sede, sin que pasasen por sus manos documentos de extraordinaria repercusión, sin tener acceso al Papa. Pero, a cambio de dejar la pompa vaticana, había descubierto la humilde vida sacerdotal, y se sentía dichoso de atender a los pobres, consolar a los afligidos, llevar el viático a los enfermos y cerrarle los ojos a los moribundos que, tras una sudorosa agonía, morían aterrados o confortados por lo que les esperaba en el mundo de ultratumba. Sus manos ya no se deslizaban por el lustroso mármol ni por el papel de calidad de las bulas, sino que tocaban la piel arrugada de los ancianos.

Y prefería su nueva vida a la anterior.

Y una vez por semana, tras la comida dominical, tomaba de postre queso, carne de membrillo y una copita de vino dulce.

Sorbía el vino con delectación y sonreía para sus adentros al recordar con quién había compartido este manjar aquellas noches que olían a azahar y sonaba música.

Nunca la olvidó.

*Cerdeña, 20 de diciembre de 1217*

Tiempos de aceituna. Al amanecer, los patios empedrados relucían de escarcha cuando los burros, con los serones de esparto aún vacíos, eran aparejados. En los hogares, amontonada y gris, aún olía la ceniza fría de la noche anterior y las mujeres metían en la talega pan, tocino y queso. Las cuadrillas aceituneras salían al campo con el brillo del lucero del alba. Con gestos imperiosos colocaban lonas bajo los olivos y los vareadores, con largos palos de madera de avellano, vapuleaban las ramas y las aceitunas caían al suelo como una granizada verde y violeta, y hombres y mujeres, arrodillados y arriñonados, las recogían con las manos ateridas de frío. Al salir el sol, las mujeres, animadas por el incipiente calorcillo, comenzaban a cantar mientras los hombres vareaban, levantaban los pesados serones llenos de aceitunas, los cargaban en los borricos y mulas y se dirigían a la almazara, pisando el barro que dificultaba las labores de recogida.

Olía a aceite de la mañana a la noche. Aquel olor espeso flotaba en el aire y no se disipaba con la brisa. Las grandes piedras de molino, movidas despacio por las bestias, molturaban la aceituna, y el verdoso aceite llenaba las tinajas que luego se almacenaban en la almazara de Giulia de la Gherardesca. Aquel año la cosecha era espléndida. Había llovido en abundancia en primavera, no había habido heladas y los olivos estaban cargados de frutos, con las ramas grávidas por no poder soportar tanto peso. La exportación a distantes lugares acarrearía importantes beneficios económicos.

Esther, acogida por Giulia desde que arribara a la isla junto a Philippe, se encargaba de hacer el pan para todos los trabajadores de la gran finca. Volvió a su oficio de panadera y también echaba una mano en la almazara cuando era menester. Cada día abastecía con leña de olivo el horno, amasaba el pan con la buena harina que le proporcionaban y vigilaba que la cocción estuviese en su punto exacto.

Era feliz allí viendo crecer a su hijo sano y fuerte. Estaba doblemente agradecida a Giulia, porque se había encargado además de la educación de Philippe. La señora le había puesto un preceptor toscano para que le enseñase



a leer y a escribir, le inculcase amor por el estudio y, llegado el momento, lo introdujese en la lectura de los autores grecolatinos. El chico había salido inteligente y espabilado. Y seguía igual de alegre.

Al atardecer el mar adquirió un color azulón. La luz declinaba con celeridad y la humedad incrementaba la sensación de frío. Las olas lamían la playa con un ruido sordo y repetitivo. Giulia se echó por encima una capa de lana con capucha y salió a la terraza para mirar la bahía, apoyada en el pretil.

Le gustaba contemplar la inmensidad marina y sus cambios de tonalidad en cada estación del año. A veces, cuando oteaba la vela de una embarcación que se aproximaba, el corazón se le abría como una rosa en primavera. Por unos segundos, pensaba que él viajaba en ese barco. Que regresaba.

Siempre lo recordó.

# Epílogo

*Perugia, septiembre de 1260*

Atardecía sobre la casería encalada. Unas horas antes, para aliviar el calor del final del verano y refrescar el ambiente, un criado había espurreado agua a manotazos sobre el suelo del exterior.

Varios perros, grandes y dóciles, custodiaban la vivienda. Al dueño le gustaban los canes, pero no los gatos. Hacía muchos años, cuando él era chico, su padre recogió del suelo un gorrión herido y se lo dio para que lo curase. Y entonces él había decidido concederle la libertad. Una mañana, con el pájaro agarrado con suavidad con ambas manitas, lo depositó junto a un árbol para que remontase el vuelo. El gorrión dio dos saltitos en el suelo y, de repente, un gato salió detrás de un arbusto y escapó con el pajarillo en la boca. Él lloró todo un día, desconsolado, y ni siquiera las cariñosas palabras paternas lo confortaron.

Cuanto más le blanqueaba el pelo y perdía fuerzas, más añoranza sentía de su padre, sobre todo al despertar, en la luz brumosa del amanecer. Era ahora, en las puertas de la vejez, cuando cruzaba con más frecuencia y facilidad la aduana entre el presente y el pasado y recordaba la voz de su progenitor, sus gestos y sus consejos, pues él seguía viviendo en su memoria. Parecía que los recuerdos datasen de anteaer, que tuviesen una extraña proximidad, y que su padre fuese a doblar la esquina de la casería para sentarse junto a él, bajo el emparrado, para conversar amigablemente, como si el tiempo no hubiera pasado.

Hacía años que decidió construir a las afueras de Perugia una casería similar a la casa solariega que poseyó su padre en Palencia. De piedra, blanqueada con cal, techo de tejas, una Santa Faz pintada en la fachada principal, rejas de forja en las ventanas, un balcón y una alberca para abastecer de agua un huertecillo.

Durante el verano y principios del otoño, le agradaba sentarse por las tardes bajo el emparrado, hasta que anochecía. Cenaba con frugalidad, bebía vino y repasaba los avatares diarios. Y se sentía satisfecho por la vida que llevaba.

Había hecho dinero con el comercio de paños y gozaba de buena

reputación en la ciudad y en muchas ferias italianas. Y todo se lo debía a Francesco, el sacerdote que lo salvó en Marsella cuando fracasó la cruzada infantil del pastorcillo. Aquel cura se encargó de educarlos, a él y a Pierre.

Pierre, quién iba a decirlo.

Criado desde su nacimiento en un hospicio parisino, él mismo se había ocupado de enseñarle los rudimentos de la lectura y escritura durante aquella locura de la cruzada, y aquel niño fuerte y valiente, gracias a su inteligencia y voluntad, se convirtió en profesor de la Universidad de Bolonia. Todos los años se veían, bien en Perugia o en Bolonia, celebraban su amistad, se hacían confidencias y rememoraban el tiempo pasado.

—Don Juan, ¿desea más vino?

—Sí, por favor.

El criado le rellenó de clarete la copa, bebió un sorbo y continuó disfrutando de la puesta de sol bajo las hojas de la parra. Aún olía a tierra mojada, gracias al agua espurreada con un cubo a primera hora de la tarde para aplacar el último calor estival.

Pensó en los diez niños que, días antes, había salvado de la procesión de flagelantes que entró en Perugia proclamando que el fin del mundo se avecinaba por los pecados mortales de la humanidad.

Los pequeños se encontraban bien. Sanados ya de sus heridas por un médico de su confianza y alimentados con regularidad, se hallaban bajo su custodia. Nadie se los llevaría ni los obligaría a azotarse. Pobrecitos. Él sabía bien lo que habían debido soportar durante aquella peregrinación del miedo. Su propia vida lo había escarmentado del fanatismo y de los discursos salvadores de quienes pretendían construir un mundo nuevo exigiendo derramamiento de sangre.

Dio otro trago al vino de color rosado y chasqueó la boca. Estaba delicioso. Las sombras devoraban con avidez la luz crepuscular. Pronto viajaría a Bolonia y se encontraría con Pierre. Sonrió al recordar algo que, con ojos brillantes, les dijo Francesco hacía mucho tiempo: «Las veredas del corazón no conocen atajos». La vida le había demostrado que era verdad, pues todo llegaba a su debido momento.

Y lo que más perduraba era el amor. Y la amistad.

## Nota del autor

CONOCÍ la historia de la cruzada de los niños en la universidad. Cuando tomaba café en la cafetería del campus, consultaba manuales en su biblioteca o preparaba los exámenes pensaba en aquel suceso que parecía entresacado del realismo mágico, pues por aquellos años yo mantenía un idilio con la literatura de Gabriel García Márquez. Cuando decidí abordar esta novela recordé la fascinación que la alocada aventura infantil me había producido durante mi juventud, por lo que la he escrito en un estado de ánimo de constante alegría y con una sensación de suspensión temporal, sin percatarme del avance de las horas, sorprendiéndome al descubrir que la luz del sol se volvía negra y que el anochecer se adueñaba de mi despacho.

El episodio de la cruzada liderada por el pastorcillo Esteban de Cloyes fue recogido por diversas fuentes medievales, como los *Anales de Waverley*, los *Anales de Marbach* y el *Anónimo de Laon*. Los historiadores contemporáneos, asombrados por este acontecimiento, lo han estudiado tras desbrozar los elementos legendarios que lo han impregnado desde el siglo XIII. Steven Runciman incluyó la cruzada infantil en su monumental obra *Historia de las cruzadas*, que vio la luz en la Universidad de Cambridge en 1955. Hay un buen trabajo debido a Franco Cardini y Domenico del Nero: *La Crociata dei Fanciulli* (Giunti, 1999), pero considero que el estudio más exhaustivo es el de Gary Dickson, *The Children's Crusade. Medieval History, Modern Mythistory* (Palgrave MacMillan, 2008), máximo especialista en el tema.

La conexión emocional entre la cruzada infantil y la cruzada contra los almohades (benedicida por Inocencio III) que desembocaría en la batalla de las Navas de Tolosa es un hecho histórico insoslayable. Para adentrarse en el Imperio almohade en al-Andalus, son fundamentales los numerosos estudios de María Jesús Viguera Molins. Una interesante aproximación al califa al-Nasir desde la perspectiva cristiana es la que realiza el profesor Martín Alvira Cabrer en «La imagen del Miramamolín al-Nasir en las fuentes cristianas del siglo XIII», en *Anuario de Estudios Medievales* (26, 1996). También del mismo autor es crucial su tesis doctoral *Guerra e ideología en la España medieval: cultura y actitudes históricas entre el giro de principios del siglo XIII: batallas de las Navas de Tolosa (1212) y Muret (1213)*. Otros

interesantes estudios sobre la célebre batalla son los de Carlos Vara Thorbeck *El lunes de Las Navas* (Universidad de Jaén, 1999) y *Las Navas de Tolosa* (Edhasa, 2012).

El cornezuelo del centeno producía efectos alucinógenos al consumir pan contaminado con dicho hongo. Un fascinante libro sobre su incidencia (baile espasmódico incluido) es el del británico John Waller, *A Time to Dance, a Time to Die: The Extraordinary Story of the Dancing Plague of 1518* (Faber and Faber, 2008). En estos estudios me basé para escribir los capítulos de los bailarines que no podían parar de bailar. La historia nos demuestra que, muchas veces, la realidad supera a la ficción.

Un riguroso estudio de la mujer en esta época es el de Margaret Wade Labarge, *La mujer en la Edad Media* (Nerea, 2003). Me ha sido de gran utilidad para entender el universo femenino en el medievo y plasmarlo en las protagonistas de la novela. Por diversas razones, Raquel, Esther y Giulia fueron especiales para mí durante el proceso de escritura.

El paisaje y la climatología son importantes en la novela por su incidencia en el devenir de los acontecimientos. Por eso me interesó el artículo de Antonio V. Frey Sánchez: «¿Qué puede aportar el clima a la historia? El ejemplo del periodo cálido medieval en el Magreb almorávide y almohade», en *El futuro del pasado* (8, 2017, págs. 221 – 266). A la larga etapa cálida vivida en la cuenca mediterránea hasta bien entrado el siglo XIII, le sobrevendrá otra de frío bien conocida por los historiadores gracias al trabajo de Brian M. Fagan, *La pequeña edad de hielo. Cómo el clima afectó a la historia de Europa, 1300 – 1850* (Gedisa, 2009).

Sería interminable el listado de ensayos y artículos leídos y releídos para documentarme, pero sí quiero citar, por su originalidad al abordar la historia de las mentalidades, el libro de Robert Fossier, *Gente de la Edad Media* (Taurus, 2017) y, por su practicidad, el de Christopher Tyerman, *Cómo organizar una cruzada. El trasfondo racional de las guerras de Dios* (Crítica, 2016).

Hubo pogromos en Francia en 1207 y 1212, este último citado por Runciman en su *Historia de las cruzadas*, que coadyuvó a canalizar la ola de entusiasmo que generó la cruzada de los niños francesa. Asimismo, hubo otros estallidos antisemitas tras el Concilio de Letrán de 1215 organizado por Inocencio III, en el que se obligó a los judíos a llevar un distintivo amarillo en la ropa para marcarlos socialmente. Un riguroso estudio de este concilio — marcado por la personalidad de Inocencio III — es el de Antonio García y

García, *Historia del Concilio IV Lateranense de 1215* (Centro de Estudios Orientales y Ecuménicos «Juan XXIII», Salamanca, 2005).

El miedo a una invasión almohade, el impacto emocional de las cruzadas y las ansias de renovación espiritual hicieron que, paralelamente a la cruzada de los niños francesa, hubiera otra en Alemania, liderada a su vez por un chiquillo llamado Nicolás. Si bien me he ceñido en la novela a la cruzada francesa, los estudiosos de la literatura infantil suelen coincidir en que el cuento del flautista de Hamelín recogido por los hermanos Grimm tiene su origen en esta cruzada de los niños alemana. El hecho de el abuelito lo cuente en la novela es un guiño, una licencia que me he permitido.

Un tema tan sugerente no podía ser obviado por la literatura, de manera que, por ejemplo, Marcel Schwob escribió en 1896 un librito sobre esta cruzada. Destinada al público menudo, también lo hizo E. J. Görlich con *La cruzada de los inocentes* (Seix Barral, 1958). Y en 1970, Bertolt Brecht se inspiró en ella para un hermoso y trágico poema ambientado en la Polonia de la Segunda Guerra Mundial, siendo niños judíos los protagonistas.

Silvia Bastos, mi agente, llegó a mi vida literaria en el momento oportuno. Trabajar con ella es un placer por sus atinados consejos, conocimiento del mundo del libro y juicio preclaro. Asimismo, Penélope Acero, mi editora, fue un derroche de eficacia al combinar de nuevo prusianismo y emociones.

A María José le tocó esperar cada día el regreso de mis viajes a la Edad Media y, como esa época le gusta, siempre recibía mi vuelta con una sonrisa. Fue comprensiva con mi apasionamiento y me escuchó muchas veces relatarle la historia de Francesco y Giulia, concebida durante mis paseos por una playa cuyo mar, de noche, reflejaba la luz del faro de Cabo de Palos.

José López Jiménez fue compañero de trabajo durante bastantes años. Compartimos muchas cosas en el instituto, lo tuve como modelo de conducta y nuestras conversaciones caldearon mi corazón y mi mente, sobre todo cuando era invierno en ellos. Desde que se jubiló lo echo de menos, y para pagar la deuda de amistad que tengo contraída, dedico este libro a mi amigo Pepe.